

LOS ARRIANOS DEL SIGLO IV



JOHN HENRY “CARDENAL” NEWMAN

PARTE I. DOCTRINAL.

CAPÍTULO I.

ESCUELAS Y PARTIDOS EN Y ALREDEDOR DE LA IGLESIA ANTENICENA, EN SU RELACIÓN CON LA HEREJÍA ARIANA.

SECCIÓN I.—La Iglesia de Antioquía

SECCIÓN II.—Las Escuelas de los Sofistas

SECCIÓN III.—La Iglesia de Alejandría

SECCIÓN IV.—La Secta Ecléctica

SECCIÓN V.—El Sabelianismo

CAPÍTULO II.

LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA ANTENICENA EN SU RELACIÓN CON LA HEREJÍA ARIANA.

SECCIÓN I.—Sobre el principio de la formación e imposición de Credos

SECCIÓN II.—La doctrina bíblica de la Trinidad

SECCIÓN III.—La doctrina eclesiástica de la Trinidad

SECCIÓN IV.—Variaciones en las Declaraciones Teológicas Antenicenas

SECCIÓN V.—La Herejía Arriana

PARTE II. HISTÓRICO

CAPÍTULO III.

EL CONCILIO ECUMÉNICO DE NICEA DURANTE EL REINADO DE CONSTANTINO.

SECCIÓN I.—Historia del Concilio de Nicea.

SECCIÓN II.—Consecuencias del Concilio de Nicea.

CAPÍTULO IV

CONCILIOS DURANTE EL REINADO DE CONSTANTINO.

SECCIÓN I.—Los Eusebianos.

SECCIÓN II.—Los Atanasianos.

SECCIÓN III.—Los Atanasianos.

SECCIÓN IV.—Los Anomeos.

CAPÍTULO V.

CONCILIOS DESPUÉS DEL REINADO DE CONSTANTINO.

SECCIÓN I.—El Concilio de Alejandría durante el reinado de Juliano.

SECCIÓN II.—El Concilio Ecuménico de Constantinopla durante el reinado de Teodosio.

TABLA CRONOLÓGICA.

- 40. Filón Judas,
- 49. San Marcos en Egipto,
- 90 Cerinto y Ebión, herejes,
- 137 Nazarenos, herejes,
- 140 Valentín, hereje,
- 144 Marción, hereje,
- 167 Justino, martirizado,
- 168 Teófilo, obispo de Antioquía,
- 169 Taciano, hereje,
- 171 Montano, heresiarca,
- 177 Atenágoras escribe su Apología,
- 189 Panteno, misionero entre los indios,
- 189 Demetrio, obispo de Alejandría,
- 189 Clemente de Alejandría, maestro de la Escuela Catequética,
- 193 Teodoto y Artemón, herejes,
- 193 Severo, emperador,
- 197 Víctor, obispo de Roma,
- 197 Cuartodecimanos de Asia Menor,
- 201 Praxeas, hereje,
- 202 Ireneo, obispo de Lyon, Martirizado
- 203 Orígenes, a los 18 años, Maestro de la Escuela Catequética
- 204 Tertuliano cae en el montanismo
- 217 Filóstrato escribe la Vida de Apolonio Tianeño
- 220 Noeto, hereje
- 231 Orígenes convierte a Gregorio Taumaturgo
- 232 Amonio el Ecléctico

- 239 Gregorio Taumaturgo pronuncia su panegírico sobre Orígenes
- 244 Plotino en Roma
- 250 Babilas, obispo de Antioquía, martirizado
- 250 Novaciano, heresiarca
- 252 Hipólito, mártir
- 253 Muerte de Orígenes, a los 69 años
- 255 Sabelio, heresiarca
- 260 Dionisio, obispo de Roma, critica a Dionisio de Alejandría
- 260 Pablo de Samosata, hereje
- 264 Concilio Contra Pablo,
- 264 Muerte de Dionisio de Alejandría,
- 272 Destitución de Pablo,
- 276 Fin de los cuartodecimanos del Proconsulado,
- 282 Teonas, obispo de Alejandría,
- 295 Hosio, obispo de Corduba,
- 306 Cisma meleciano en Egipto,
- 306 Cisma donatista en África,
- 312 Visión del Lábaro de Constantino,
- 312 Luciano, martirizado,
- 313 Edicto de Milán,
- 319 Eusebio, obispo de Nicomedia,
- 319 Arrio, heresiarca,
- 320 Alejandro excomulga y escribe contra Arrio,
- 323 Batalla de Adrianópolis,
- 324 Constantino escribe a Atanasio y Arrio,
- 325 Concilio Ecuménico de Nicea,
- 325 Audio, el cuartodecimano en Mesopotamia,
- 326 Atanasio, obispo de Alejandría,
- 330 Arrio llamado del exilio,
- 331 Eustacio, obispo de Antioquía, depuesto por los arrianos,
- 333 Concilio de Eusebio de Cesarea,

- 335 Y de Tiro, ibíd. Marcelo, obispo de Ancira, depuesto.
- 335 Atanasio es desterrado a Tréveris.
- 336 Muerte de Arrio.
- 337 Muerte de Constantino, a quien sucede en Oriente Constancio.
- 340 Muerte de Eusebio de Cesarea, a quien sucede Acacio.
- 340 Asamblea de obispos exiliados en Roma. Concilio en Roma.
- 341 Concilio Eusebiano de la Dedicación en Antioquía. Credo semiarriano de Luciano.
- 345 Credo semiarriano de Antioquía, llamado Macrostich.
- 347 Gran Concilio de Sárdica.
- 347 Concilio Eusebiano y Credo semiarriano de Filipópolis.
- 347 Concilio de Milán.
- 348 Atanasio regresa del exilio.
- 349 Retracción formal de Valente y Ursacio.
- 350 Muerte de Constante.
- 350 Pablo. de Constantinopla, martirizado;
- 351 Batalla de Mursa;
- 351 Concilio de Eusebio, con el Credo Semiarriano de Sirmio, contra Fotino;
- 353 Concilio de Eusebio en Arlés;
- 355 Concilio de Eusebio en Milán;
- 356 Hilario exiliado en Frigia;
- 356 Liberio tentado;
- 356 Siriano y Jorge en Alejandría;
- 357 Aecio y Eunomio, anomeos;
- 358 Conferencias y Credos de Eusebio o Acacio de Sirmio; caída de Liberio y Hosio;
- 358 Concilio Acacio de Antioquía;
- 358 Concilio Semiarriano de Ancira;
- 359 Concilios Acacios de Seleucia y Arimino;
- 360 Eudoxio en Constantinopla;
- 360 Concilio Acacio en Constantinopla;
- 361 Melecio, obispo de Antioquía; pág. 361. Muerte de Constancio.

- 362. Juliano restituye a los obispos exiliados.
- 362. Concilio de Alejandría.
- 362. Cisma de Antioquía.
- 365. Concilio Semiarrriano de Lampsaco.
- 366. Cincuenta y nueve obispos semiarrianos aceptan el Homousion.
- 369. Apolinar, heresiarca.
- 370. Basilio, exarca de Casia.
- 370. Muerte de Eudoxio.
- 371. Persecución de los católicos.
- 371. Atanasio excomulga a uno de los duques de Libia.
- 373. Muerte de Atanasio.
- 378. Muerte de Valente.
- 379. Teodosio, emperador.
- 379. Gregorio Nacienceno en Constantinopla.
- 381. Concilio Ecuménico de Constantinopla.
- 395. Sabbatio, cuartodecimano.

CAPÍTULO I.

**ESCUELAS Y PARTIDOS EN Y ALREDEDOR DE LA IGLESIA ANTE-NICENA,
CONSIDERADOS EN SU RELACIÓN CON LA HEREJÍA ARRIANA.**

SECCIÓN I.

LA IGLESIA DE ANTIOQUÍA.

En las páginas siguientes se propone trazar los contornos de la historia del arrianismo, entre el primer y el segundo Concilio General. Estos son sus límites cronológicos naturales, ya sea que por arrianismo nos refiramos a una herejía o a un partido en la Iglesia. En el Concilio celebrado en Nicea, en Bitinia, en el año 325 d.C., fue formalmente detectado y condenado. En los años siguientes siguió su curso, a través de varias modificaciones de opinión, y con varios éxitos, hasta la fecha del segundo Concilio General, celebrado en el año 381 d.C. en Constantinopla, cuando los recursos de la sutileza herética se agotaron al fin, el partido arriano fue expulsado del cuerpo católico y formado en una secta distinta, exterior a él. Es durante este período, mientras todavía mantenía su dominio sobre los credos y el gobierno de la Iglesia, que invita especialmente a la atención del estudiante de historia eclesiástica. Más tarde, el arrianismo no presenta nada nuevo en su doctrina, y sólo es notable por convertirse en el principio animador de una segunda serie de persecuciones, cuando los bárbaros del Norte, que estaban infectados con él, se apoderaron de las provincias del Imperio Romano.

La línea de la historia, así limitada por los dos primeros Concilios Ecuménicos, se verá que pasa por una variedad de otros, provinciales y patriarcales, que presentan la doctrina herética en las diversas etapas de su impiedad. Estos, en consecuencia, deben ser tomados como puntos cardinales sobre los que descansar nuestra narración; y poco importará el resultado, si se llama historia de los Concilios, o de arrianismo, entre las épocas ya señaladas.

Sin embargo, es necesario dirigir la atención del lector, en primer lugar, al estado de los partidos y las escuelas, en la Iglesia y en torno a ella, en el momento de su surgimiento, y a la sagrada doctrina que atacó, a fin de obtener una debida comprensión de la historia de la controversia; y las discusiones que estos temas implican, ocuparán una parte considerable del volumen. Me ocuparé sin demora de este trabajo; y, en este capítulo, me propongo observar primero la conexión del arrianismo con la Iglesia de Antioquía, y el estado y genio de esa Iglesia en los tiempos primitivos. Este será el tema de la presente sección: en las que siguen, consideraré su relación con las filosofías y herejías paganas que prevalecían entonces; y hacia la Iglesia de Alejandría, a la que, aunque con muy poca muestra de razonamiento, a menudo se refiere. La consideración de la doctrina de la Trinidad formará el capítulo segundo.

Durante el siglo III, la Iglesia de Antioquía fue más o menos reconocida como la metrópoli de Siria, Cilicia, Fenicia, Comagene, Osrhoene y Mesopotamia, provincias en las que más tarde tuvo dominio patriarcal. Había sido el centro original de las misiones apostólicas entre los paganos; y reclamó al mismo San Pedro como su primer obispo, que había sido sucedido por Ignacio, Teófilo, Babybas y otros de sagrada memoria en la Iglesia universal, como campeones y mártires de la fe. La importancia secular de la ciudad se sumó a la influencia que le correspondió de las asociaciones religiosas relacionadas con su nombre, especialmente cuando los emperadores hicieron de Siria la sede de su gobierno. Esta antigua y célebre Iglesia, sin embargo, es dolorosamente conspicua a mediados de siglo, por ofrecer una manifestación tan abierta del espíritu del Anticristo, que cumple casi literalmente la profecía del Apóstol en su segunda epístola a los Tesalonicenses.

Pablo, de Samosata, que fue elevado a la sede de Antioquía no muchos años después del martirio de Babybas, después de haber ocupado el episcopado durante diez años, fue depuesto por un concilio de obispos orientales, celebrado en esa ciudad en el año 272 d.C., sobre la base de sus nociones heréticas sobre la naturaleza de Cristo. Su vocación original parece haber sido la de un sofista; se desconoce cómo obtuvo la admisión en el orden clerical; su elevación, o al menos su permanencia en la sede, se la debió a la célebre Zenobia, a quien se supone que le recomendaron sus logros literarios y sus talentos políticos. Cualesquiera que fueran las virtudes personales de la reina de Oriente, de la que se dice que era judía de nacimiento o de credo, no es de extrañar que fuera poco solícita por el crédito o la influencia de la Iglesia cristiana dentro de sus dominios.

El carácter de Pablo está consignado a la historia en la Carta Sinodal de los obispos, escrita en el momento de su condena; el cual, al circular por la Iglesia, podía ser de fiar, aunque los altos nombres de Gregorio de Neocesarea y Firmiliano no se encontraran en el número de sus jueces. Allí se le acusa de una rapacidad, de una arrogancia, de una ostentación vulgar y de un deseo de popularidad, de una profanidad extraordinaria y de un despilfarro que no pueden dejar de reflejar seriamente a la Iglesia y al clero que le eligieron y que tanto tiempo le han soportado.

En cuanto a su herejía, es difícil determinar cuáles eran sus sentimientos precisos con respecto a la Persona de Cristo, aunque ciertamente eran despectivos de la doctrina de su divinidad absoluta y existencia eterna. De hecho, es probable que no tuviera una opinión clara sobre el solemne tema sobre el que se permitió especular; ni tenía ningún deseo de hacer prosélitos y formar partido en la Iglesia.

Los escritores antiguos nos informan que su herejía era una especie de judaísmo en doctrina, adoptado para complacer a su patrona judía; y, si se originaba en este motivo, no era probable que fuera muy sistemático o profundo. Sus hábitos, también, como sofista, lo dispondrían a emplearse en ataques a la doctrina católica y en discusiones irregulares, más que en el esfuerzo sincero de obtener algunas conclusiones definitivas, para satisfacer su propia mente o convencer a otros. Y el espíritu arrogante, que la carta sinodal describe como llevándolo a expresar desprecio por los teólogos que le precedieron en Antioquía, naturalmente ocasionaría inprecaución en sus teorías, y un descuido para protegerlos de las inconsistencias, incluso donde las percibía. En efecto, el Primado de Siria ya había obtenido el más alto puesto al que podía aspirar la ambición, y no tenía nada por lo que trabajar; y teniendo, como vemos, compromisos adicionales como magistrado civil, menos probable aún sería que codiciara los estériles honores de un heresiarca. Es cierto que se

formó una secta sobre sus principios, y se llamó por su nombre, y tiene un lugar en la historia eclesiástica hasta mediados del siglo V; pero nunca fue un cuerpo considerable, e incluso ya en la fecha del Concilio de Nicea se había dividido en partidos, diferenciándose de la fe ortodoxa por varios matices de herejía.

Tendremos, pues, una noción más correcta de la herejía de Pablo, si lo consideramos como el fundador de una escuela más que de una secta, como fomentando en la Iglesia el uso de aquellas disputas e investigaciones escépticas que pertenecían a la Academia y otras filosofías paganas, y como esparciendo arriba y abajo las semillas de los errores que brotó y dio fruto en la generación después de él. En confirmación de este punto de vista, que es sugerido por su vocación original, por los motivos temporales que se dice que influyeron en él, y por sus inconsistencias, puede observarse que su amigo íntimo y compatriota, Luciano, que lo cismatizó o fue excomulgado en su deposición, sostenía principios heréticos de una naturaleza diametralmente opuesta, es decir, los que más tarde se llamaron semiarrianos, y el mismo Pablo defendió una doctrina que casi se parecía a lo que comúnmente se llama la sabeliana.

Más adelante se dirá acerca de Pablo de Samosata; pero pasemos ahora a la historia de este Luciano, hombre de erudición y mártir, pero que casi puede ser considerado el autor del arrianismo. Es muy común, aunque evidentemente ilógico, atribuir el surgimiento real de una escuela de opinión a otra, a partir de alguna similitud real o supuesta en sus respectivos principios. Es así, por ejemplo, que el platonismo, o de nuevo, el origenismo, ha sido asignado como la fuente real de la que se derivó el arrianismo.

Ahora bien, se sabe que la doctrina de Luciano fue precisamente la misma que esa especie de arrianismo que más tarde se llamó semiarrianismo; pero no es por eso que trazo aquí el surgimiento del arrianismo hasta Luciano. Hay una conexión histórica, y no meramente doctrinal, entre él y el partido arriano. En su escuela se encuentran, de hecho, los nombres de la mayoría de los defensores originales del arrianismo, y de todos aquellos que fueron los más influyentes en sus respectivas Iglesias en todo el Oriente: Arrio mismo, Eusebio de Nicomedia, Leoncio, Eudoxio, Asterio y otros, que nos serán familiares en la continuación; y estos hombres apelaron a él como a su autoridad, y adoptaron de él la designación de partido de colucianistas. A pesar de esta indudable conexión entre Luciano y los arrianos, podríamos estar tentados a creer que las afirmaciones de estos últimos acerca de su heterodoxia, se originaron en su deseo de implicar a un hombre de alto carácter en las censuras que la Iglesia dirigió contra ellos mismos, si no fuera innegable que durante los tiempos de los tres obispos que siguieron sucesivamente a Pablo, Luciano estaba bajo excomunión. Los católicos también guardan silencio en su vindicación, y algunos de ellos incluso admiten su falta de solidez en las creencias. Sin embargo, diez o quince años antes de su martirio, se reconcilió con la Iglesia; y podemos suponer que entonces se retractó de todo lo que había de herético en su credo: y se permitió que su glorioso final borrara de la memoria de los católicos de los tiempos sucesivos aquellos pasajes de su historia, que, sin embargo, fueron tan miserables en sus resultados en la época que siguió a la suya. El panegírico de Crisóstomo sobre la fiesta de su martirio aún se conserva, Rufino lo menciona en términos honorables y Jerónimo elogia su laboriosidad, erudición y elocuencia en la escritura.

Tal es la conexión histórica a primera vista entre el partido arriano y la escuela de Antioquía: la evidencia corroborativa aparecerá más adelante, en la semejanza de carácter que existe entre los dos cuerpos. Por el momento, tomemos como una confirmación de un

hecho, que la historia de Luciano prueba directamente, que Eusebio el historiador, sospechoso de arrianismo, y su amigo Paulino de Tiro, uno de sus primeros y principales partidarios, aunque no fueron alumnos de Luciano, fueron más o menos educados, y este último ordenado en Antioquía; mientras que, además de los obispos arrianos de Nicea ya mencionados, Teodoto de Laodicea, Gregorio de Berito, Narciso de Neronias y otros dos, que eran todos partidarios del arrianismo en el Concilio, estaban todos situados dentro de la influencia eclesiástica, y algunos de ellos en las cercanías de Antioquía; de modo que (además del mismo Arrio), de los trece, que según Teodoreto, se arrianizaron en el Concilio, nueve son referibles al patriarcado sirio. Si continuamos la historia de la controversia, tenemos nueva evidencia de la conexión entre Antioquía y el arrianismo. Durante el intervalo entre el Concilio de Nicea y la muerte de Constancio (325-361 d.C.), Antioquía es la metrópoli de los herejes, como Alejandría del partido ortodoxo. En Antioquía, la herejía reinició su ataque contra la Iglesia después de la decisión de Nicea. En un Concilio celebrado en Antioquía, se mostró por primera vez en la forma de semiarrianismo, cuando se produjo el credo de Luciano. Allí, también, en este Concilio y en los siguientes, se llevaron a cabo negociaciones con la Iglesia occidental sobre la doctrina en disputa. Por último, en Antioquía y en Tiro, sede sufragánea, se pronunció la sentencia de condena contra Atanasio.

2.

Hasta ahora he hablado de los individuos como los autores de la apostasía, la cual ocupará nuestra atención en los capítulos siguientes; pero hay razones para temer que hombres como Pablo de Samosata no fueron más que síntomas de un estado corrompido de la Iglesia. La historia de los tiempos nos da suficientes pruebas del lujo de Antioquía; y no es necesario decir que la frialdad en la fe es la consecuencia segura de la relajación de las costumbres. Aquí, sin embargo, pasando por alto esta consideración, que es demasiado obvia para que sea necesario detenerse en ella, quisiera más bien dirigir la atención del lector a la forma particular que parecen haber asumido las corrupciones antioqueñas, a saber, la del judaísmo; que en aquel tiempo, debe recordarse, era el credo de una nación existente, que actuaba sobre la Iglesia, y no meramente, como en nuestros días, un sistema de opiniones más o menos descubiertas entre los cristianos profesantes.

La suerte del pueblo judío había experimentado un cambio favorable desde el reinado de Adriano. La violencia de la persecución romana se había dirigido contra la Iglesia cristiana; mientras que los judíos, recobrando gradualmente sus fuerzas, y obteniendo permiso para establecerse y hacer prosélitos de su credo, se convirtieron finalmente en un cuerpo político influyente en la vecindad de su antiguo hogar, especialmente en las provincias sirias que eran en ese momento la residencia principal de la corte. Se dice que Severo (194 d.C.) fue el primero en extenderles el favor imperial, aunque más tarde lo retiró. Heliogábalo y Alejandro, naturales de Siria, les dieron nuevos privilegios; y este último llegó a colocar la imagen de Abraham en su capilla privada, entre los objetos de su culto ordinario. Filipo el Árabe continuó con un abierto patronato en el reinado de Zenobia. Durante la persecución de Decio, habían estado lo suficientemente seguros en Cartago como para atreverse a tomar parte en el ridículo popular que excitaban los cristianos; e incluso se dice que estimularon a Valeriano a sus crueldades hacia la Iglesia.

Pero esta hostilidad directa no era el único ni el más formidable medio de hostigar a sus enemigos religiosos, que sus crecientes fortunas les abrían. Con su avance en riqueza e importancia, su carácter nacional se mostró bajo un nuevo exterior. La morosidad por la

que antes eran notorios, desaparece en gran medida con su desprendimiento de la tierra de sus antepasados; y al reaparecer como colonos en una tierra extraña, esos hábitos festivos y autoindulgentes, que, en tiempos anteriores, no habían hecho más que atraer sobre ellos la animadversión de sus Profetas, se convirtieron en su marca distintiva a los ojos de los observadores externos. Manifestando una maldad rencorosa hacia los celosos campeones de la Iglesia, cortejaron a la población cristiana con artes adaptadas para cautivar y corromper a los inestables y mundanos. Sus pretensiones de poder mágico les granjearon el crédito de los supersticiosos, a quienes vendían amuletos para la cura de enfermedades; sus ruidosos espectáculos atraían la curiosidad de los ociosos, que debilitaban su fe, mientras deshonoraban su profesión, asistiendo al culto de la Sinagoga. En consecuencia, se formó alrededor de la Iglesia una multitud mixta que, sin renunciar a su dependencia del cristianismo para el otro mundo, buscaba en el judaísmo la promesa de bendiciones temporales y una regla de vida más complaciente que la revelada por el evangelio. Crisóstomo encontró este mal tan urgente en Antioquía en su tiempo, que interrumpió su curso de homilías sobre la herejía de los anomoeanos, para dirigir su predicación contra las seducciones a las que sus oyentes estaban expuestos entonces por el regreso de las fiestas judías. En otra parte del imperio, el Consejo de Illiberis se vio en la necesidad de prohibir una costumbre supersticiosa, que se había introducido entre la gente del campo, de recurrir a los judíos para obtener una bendición en sus campos. Posteriormente Constantino promulgó una ley contra los matrimonios mixtos de judíos y cristianos; y Constancio confiscó los bienes de los cristianos que se habían pasado al judaísmo. Estas promulgaciones sucesivas pueden ser tomadas como evidencia de la opinión que la Iglesia tiene de su propio peligro debido a los artificios de los judíos. Por último, el intento de reconstruir el templo en el reinado de Juliano no fue más que la renovación de un proyecto por su parte, que Constantino ya había frustrado, para restablecer su religión en su antiguo ritual y país.

Tal era la posición de los judíos hacia la Iglesia primitiva, especialmente en el patriarcado de Antioquía; el cual, ya he dicho, fue su principal lugar de establecimiento, y estuvo en un tiempo bajo el gobierno civil de una princesa judaizante, el personaje más ilustre de su tiempo, que poseía suficiente influencia sobre el cuerpo cristiano para seducir al metropolitano mismo de la fe ortodoxa.

3.

Pero la evidencia de la existencia del judaísmo, como sistema, en la porción de la cristiandad en cuestión, está contenida en una circunstancia que merece nuestra atención particular; la adopción, en aquellas partes, de la regla cuartodecimana de observar la Pascua, cuando estaba a punto de ser anulada en las Iglesias del Asia proconsular, donde había prevalecido por primera vez.

Es bien sabido que a finales del siglo II surgió una controversia entre Víctor, obispo de Roma, y Polícrates, obispo de Éfeso, sobre el momento adecuado para celebrar la fiesta de Pascua, o más bien para terminar el ayuno prepascual. En aquel tiempo, toda la cristiandad, con excepción del Asia proconsular (un distrito de unas doscientas millas por cincuenta), y sus vecindarios inmediatos, continuaron el ayuno hasta el domingo después de la Pascua judía, que guardaban como el día de Pascua como lo hacemos ahora, a fin de que las conmemoraciones semanales y anuales de la Resurrección pudieran coincidir. Pero los cristianos del Proconsulado, guiados por la costumbre judía, terminaban el ayuno el mismo día del sacrificio pascual, sin tener en cuenta el lugar real que ocupaba en la

semana la fiesta, que seguía inmediatamente; y en consecuencia se les llamó cuartodecimanos. Víctor sintió el inconveniente de esta falta de uniformidad en la celebración de la principal fiesta cristiana; y era urgente incluso mucho más allá de los límites de la caridad y de los derechos de su sede, en su esfuerzo por obtener la conformidad de los asiáticos. Polícrates, que fue primado de las iglesias cuartodecimanas, defendió su peculiar costumbre con una declaración que es clara e inobjetable. Habían recibido su gobierno, dijo, de San Juan y San Felipe los Apóstoles, de Policarpo de Esmirna, de Melitón de Sardes y de otros; y juzgaron que les correspondía transmitir tal como lo habían recibido. No había nada judío en esta conducta; porque, aunque los Apóstoles tenían la intención de que la disciplina judía cesara con los conversos que nacían bajo ella, sin embargo, no estaba claro de ninguna manera que su calendario cayera bajo la proscripción de sus ritos. Por otra parte, era natural que las Iglesias asiáticas estuvieran afectuosamente apegadas a una costumbre que sus primeros fundadores, y que inspiraron a los maestros, habían sancionado.

Pero el caso fue muy diferente cuando las Iglesias, que durante siglos habían observado el gobierno de los gentiles, adoptaron una costumbre que en ese tiempo sólo existía entre los judíos. Los cuartodecimanos del Proconsulado habían llegado a su fin en el año 276 d.C.; y, hasta esa fecha, las provincias antioqueñas guardaban su fiesta de Pascua en conformidad con el uso católico; sin embargo, en la época del Concilio de Nicea (cincuenta años después), encontramos a los antioqueños como los campeones especiales y solitarios del dominio judío. Apenas podemos dudar de que lo adoptaron a imitación de los judíos que se establecieron entre ellos, que se sabe que influyeron en ellos, y que en esa misma fecha, obsérvese, tenían una patrona en Zenobia, y, lo que era más extraño, tenían casi un converso en la persona del Primado cristiano. Hay evidencia, además, del crecimiento real de la costumbre en el Patriarcado a fines del siglo III; el Concilio de Nicea se estableció sólo en las Iglesias sirias, y se abrió camino con éxito incompleto en las extremidades del Patriarcado. En Mesopotamia, Audio comenzó su cisma con la característica de la regla cuartodecimana, justo en la fecha del Concilio; y casi al mismo tiempo, Cilicia fue dividida entre las dos partidos, como deduzco de las declaraciones contradictorias de Constantino y Atanasio, que se ajustaba a la costumbre gentil. Al mismo tiempo, la controversia había llegado también a Egipto. Epifanio se refiere a una célebre contienda, ahora totalmente desconocida, entre un tal Crescencio y Alejandro, el primer defensor de la fe católica contra el arrianismo.

Es cierto que había una tercera escuela cuartodecimana, situada geográficamente entre el Proconsulado y Antioquía, que a primera vista podría parecer haber sido el medio por el cual la costumbre judía se transmitió del primero al segundo; pero no hay evidencia de su existencia hasta finales del siglo IV. A fin de completar mi relato de los cuartodecimanos, y mostrar más plenamente su relación con los judaizantes, lo mencionaré aquí; aunque, al hacerlo, debo desviarme un poco del tema principal que estamos considerando.

La porción de Asia Menor, situada entre el Proconsulado y el río Halys, puede ser considerada, en los tiempos ante-nicenos, como un solo país, que comprendía las provincias de Frigia, Galacia, Capadocia y Paflagonia, incluidas más tarde en el Exarcado de Cesarea; y luego se caracterizó por un carácter religioso de un tinte peculiar. Sócrates, hablando de este distrito, nos informa que sus habitantes se distinguían sobre otras naciones por la severidad y seriedad de sus costumbres, sin tener ni la ferocidad de los

escitas y tracios, ni la frivolidad y sensualidad de los orientales. Sin embargo, las excelentes cualidades implícitas en esta descripción se vieron empañadas por el amor a la singularidad, el espíritu de insubordinación y separatismo, y el sombrío orgullo espiritual que evidencia su historia. La epístola de San Pablo nos proporciona el primer ejemplo de este temperamento anticristiano, como se evidencia en la conducta de los Gálatas, quienes, insatisfechos con la doctrina evangélica exacta, aspiraban a algún sistema más alto y útil que el que el Apóstol les predicó.

Lo que los gálatas fueron en el siglo I, Montano y Novaciano lo fueron en el II y III; ambos autores de una disciplina dura y arrogante, ambos nativos del país en cuestión, y ambos con especial éxito en ese país, aunque el cisma de este último se organizó en Roma, de cuya Iglesia era presbítero. Era, además, la peculiaridad, más o menos, de los montanistas y los novacianos en aquellas partes, diferir de la Iglesia general en cuanto al tiempo de observar la Pascua; mientras que ni en África ni en Roma las dos sectas disintieron de la regla recibida. Cuál fue el principio u origen de esta irregularidad, no aparece claramente; a menos que podamos considerar como característico lo que parece ser el hecho de que cuando sus vecinos del Proconsulado eran cuartodecimanos, (en palabras de Sócrates) “se abstendrían de festejar con la fiesta judía,” y después de que los demás se habían conformado a la regla gentil, ellos, por el contrario, judaizaban abiertamente. Este cambio en su práctica, que tuvo lugar a finales del siglo IV, fue efectuado principalmente por un judío, llamado Sabbatius, que convirtiéndose al cristianismo ascendió al episcopado en la Iglesia Novaciana. Sozomeno, al dar cuenta de la transacción, observa que era una costumbre nacional entre los gálatas y los frigios judaizar en su observancia de la Pascua. Juntando esta observación con la mención de Eusebio de las iglesias en las cercanías del Proconsulado, como incluidas entre los cuartodecimanos a quienes Víctor condenó, podemos sospechar que el espíritu perverso que San Pablo reprende en su Epístola, y que hemos estado rastreando en sus variedades montanistas y novacianas, todavía acechaba en esas partes en su forma judaizante original hasta que, al cabo de unos años, fue accidentalmente puesta a la luz por las circunstancias en la escena pública de la historia eclesiástica. Si se requiere más evidencia de la conexión del uso cuartodecimano con el judaísmo, puedo referirme al Edicto de Nicea de Constantino, que lo prohíbe, entre otras razones, sobre la base de ser judío.

4.

La evidencia que se ha aducido de la existencia del judaísmo en la Iglesia de Antioquía no deja de tener relación con la historia del surgimiento del arrianismo. No diré que la doctrina arriana es el resultado directo de una práctica judaizante; pero merece consideración si la tendencia a menospreciar el honor debido a Cristo no fue creada por la observancia de los ritos judíos, y mucho más, por esa religión carnal y autocomplaciente que parece haber prevalecido en aquel tiempo en la nación rechazada.

Cuando el espíritu y la moral de un pueblo se degradan materialmente, surgen variedades de error doctrinal, como si fueran sembrados por ellos mismos, y se propagan rápidamente. Si bien el judaísmo inculcaba una dependencia supersticiosa, o incluso idólatra, de las meras casualidades de la vida diaria, y daba licencia a los gustos más groseros de la naturaleza humana, necesariamente indisponía la mente para los misterios severos y poco emocionantes, las grandes promesas indefinidas y las sanciones remotas de la fe católica; que caía tan fría y poco atractiva en la depravada imaginación, como las doctrinas de la Unidad Divina y de la confianza implícita en el Dios invisible, en las mentes

de los primeros israelitas. Aquellos que no estaban constreñidos por el mensaje de la misericordia, tuvieron tiempo de considerar atentamente las dificultades intelectuales que eran el medio de su comunicación, y no escucharon más que “una palabra dura” en lo que se envió del cielo como “nuevas de gran alegría.” “La mente,” dice Hooker, “al sentir el gozo presente, siempre está maravillosamente reacia a admitir cualquier otra reflexión, y en ese caso, se deshace de aquellas disputas a las que la parte intelectual en otras ocasiones se inclina fácilmente... El pueblo que se dice en Juan que fue en pos de nuestro Señor a Cafarnaúm dejándole, a un lado del mar de Tiberíades, y volviéndole a encontrar tan pronto como ellos mismos llegaron en barco al lado contrario, como ellos se maravillaban, así también preguntaron: Rabí, ¿cuándo llegaste acá? Los discípulos, cuando Cristo se les apareció de una manera mucho más extraña y milagrosa, no conmovieron ninguna pregunta, sino que se regocijaron mucho en lo que vieron. El uno, porque no disfrutaban, disputaba; el otro no disputaba, porque disfrutaba.”

También se trata de saber si la mera realización de los ritos de la Ley, de los que Cristo vino como antitipo y derogador, no tiende a apartar la mente de la contemplación de las imágenes más gloriosas y reales del Evangelio; de modo que los cristianos de Antioquía disminuirían su reverencia hacia el verdadero Salvador del hombre, en la medida en que confiaban en los medios de adoración proporcionados por un tiempo por el ritual judío. Es esta consideración la que explica la energía con que el gran Apóstol combate la adopción de las ordenanzas judías por los cristianos de Galacia, y que podría parecer excesiva, hasta que fue vindicada por acontecimientos posteriores a su propio día. En la epístola dirigida a ellos, se describe a los judaizantes como hombres que trabajan bajo una fascinación irracional, caídos en desgracia y autoexcluidos de los privilegios cristianos; cuando en apariencia no hacían más que usar lo que por un lado podrían llamarse meras formas externas, y por el otro, habían sido realmente entregados a los judíos por autoridad divina. La Epístola a los Hebreos arroja algo de luz sobre el tema, en la que se da a entender que los ritos judíos, después de la llegada de su Antitipo, no hicieron más que ocultar al ojo de la fe su divinidad, soberanía y toda suficiencia. Si nos volvemos a la historia de la Iglesia, nos parece ver los males en la existencia real, que el Apóstol anticipó en la profecía; es decir, vemos, que, en el mobiliario obsoleto del ceremonial judío, se conservaba de hecho la pestilencia de la incredulidad judía, tendiendo (ya sea directamente o no, al menos eventualmente) a introducir un error fundamental con respecto a la Persona de Cristo.

Antes de que termine el siglo I, este resultado se revela en el sistema de los cerintios y los ebionitas. Estas sectas, aunque más o menos infectadas con el gnosticismo, eran de origen judío y observaban la ley mosaica; y cualesquiera que fuesen las pequeñas peculiaridades de sus puntos de vista doctrinales, también coincidían en sostener concepciones judías más bien que gnósticas de la Persona de Cristo. Ebion, especialmente, se caracteriza por su credo humanitario; mientras que, por otra parte, su judaísmo era tan notorio, que Tertuliano no tiene escrúpulos en describirlo como virtualmente objeto de la censura del Apóstol en su Epístola a los Gálatas.

Los nazarenos son los siguientes en ser notados, no por la influencia que ejercieron en la creencia de los cristianos, sino por evidenciar, con las sectas que acabamos de mencionar, la conexión latente entre una disciplina judaizante y la herejía en la doctrina. Quiénes eran, y cuáles eran sus principios, ha sido objeto de mucha controversia. Es suficiente para mi propósito, y hasta aquí es indudable, que fueran al mismo tiempo "celosos de la Ley" e insanos en su teología; y esto sin estar relacionados con las familias

gnósticas: una circunstancia que los establece como una evidencia más convincente de la conexión real del ritual con el judaísmo doctrinal que la proporcionada por las teologías mixtas de Ebión y Cerinto. Vale la pena observar que su declinación de la ortodoxia parece haber sido gradual; Epifanio es el primer escritor que los incluye por su nombre en el número de sectas heréticas.

Tales son los ejemplos de la conexión entre el judaísmo y el error teológico, anteriores a la época de Pablo de Samosata, que lo ejemplifica aún más notablemente. En primer lugar, estamos en posesión de sus opiniones doctrinales, que son groseramente humanitarias; luego encontramos que en los primeros tiempos se les reconocía como de origen judío; además, que su judaísmo ceremonial también era tan notorio que un autor incluso afirma que observaba el rito de las circuncisiones: y finalmente, justo después de su día descubrimos el surgimiento de un uso judío, el Quartodecimano, en las provincias de la cristiandad, inmediatamente sometido a su influencia.

Puede añadirse que este punto de vista de la influencia del judaísmo sobre la escuela escéptica que más tarde se llamó arriana, está respaldada por frecuentes pasajes en los escritos de los Padres contemporáneos, en los que tal vez no se podría poner el acento con justicia, si su significado no fuera interpretado por los hechos históricos antes mencionados. Además, en los levantamientos populares que tuvieron lugar en Antioquía y Alejandría a favor del arrianismo, los judíos se pusieron del lado del partido herético; demostrando con ello, no un interés definido en el tema de la disputa, sino una especie de sentimiento espontáneo de que el lado de la herejía era su posición natural; y además, que su espíritu, y el carácter que creó, eran congeniantes con el suyo propio. O, también, si consideramos el tema desde un punto de vista diferente, y omitiendo fechas y escuelas, hacemos un estudio general de la cristiandad durante los primeros siglos, la encontraremos dividida en los mismos dos partidos, tanto en la cuestión arriana como en la quartodecimana; Roma y Alejandría, con sus dependencias, son las campeonas de la tradición católica en cualquiera de las dos controversias, y Palestina, Siria y Asia Menor, son los bastiones de la oposición. Y estas son las dos cuestiones que dieron lugar a las deliberaciones de los Padres Nicenos.

Sin embargo, es de mucha menor importancia, ya que es menos seguro, si el arrianismo es de origen judío, que si surgió en Antioquía, que es el punto en el que se insiste principalmente en las páginas anteriores. Porque en la medida en que se remonta a Antioquía, así también la acusación de haberla originado se aleja de la gran escuela alejandrina, sobre la cual varios enemigos de nuestra Iglesia Apostólica han estado ansiosos por adherirla. En corroboración de lo que se ha dicho anteriormente sobre este asunto, añado aquí las palabras de Alejandro, en su carta a la Iglesia de Constantinopla, al principio de la controversia; las cuales son por sí mismas decisivas en la prueba de la parte que tuvo Antioquía al dar origen a la blasfemia detestable que estaba combatiendo.

“No ignoráis,” escribe a la Iglesia constantinopolitana sobre el arrianismo, “que esta doctrina rebelde pertenece a Ebión y Artemas, y es a imitación de Pablo de Samosata, obispo de Antioquía, que fue excomulgado por la sentencia de los obispos reunidos en Concilio. Pablo fue sucedido por Luciano, que permaneció en separación durante muchos años durante el tiempo de tres obispos... Nuestros herejes actuales han bebido las heces de la impiedad de estos hombres, y son sus descendientes secretos; Arrio y Aquilas, y su partido de malhechores, incitados como están a mayores excesos por tres prelados sirios, que están de acuerdo con ellos... En consecuencia, han sido expulsados de la Iglesia,

como enemigos de la piadosa enseñanza católica; según la sentencia de San Pablo: Si alguno os anuncia otro Evangelio del que habéis recibido, sea anatema.”

SECCIÓN II

LAS ESCUELAS DE LOS SOFISTAS.

Así como Antioquía fue el lugar de nacimiento del arrianismo, así también las escuelas de los sofistas fueron el lugar de educación del espíritu herético que estamos considerando. En esta sección, me propongo mostrar su carácter polémico y referirlo a estas Escuelas como fuente de este espíritu.

El vigor del primer movimiento de la herejía y la rápida extensión de la controversia que introdujo, se encuentran entre las circunstancias más notables relacionadas con su historia. En el curso de seis años pidió la interposición de un Consejo General; a pesar de que de los trescientos dieciocho obispos allí reunidos, sólo veintidós, según el cálculo más grande y, como realmente parece, sólo trece, después de todo resultaron ser sus partidarios. Aunque así condenado por todo el mundo cristiano, en pocos años se rompió de nuevo; aseguró el patrocinio de la corte imperial, que recientemente se había convertido a la fe cristiana; se abrió paso en las más altas dignidades de la Iglesia; presidió sus Consejos y tiranizó a la mayoría de sus miembros que eran creyentes ortodoxos.

Ahora bien, indudablemente, una de las causas principales de estos éxitos se encuentra en la circunstancia de que los alumnos de Luciano fueron traídos de tantos lugares diferentes, y fueron promovidos a puestos de influencia en tantas partes de la Iglesia. Así, Eusebio, Maris y Teognis, fueron obispos de las sedes principales de Bitinia; Menofantes fue exarca de Éfeso; y Eudoxio fue uno de los obispos de Comagene. Otras causas aparecerán más adelante en la historia secular del día; pero aquí voy a hablar de su talento para la disputa, a la que, después de todo, estaban principalmente en deuda por su éxito.

Es obvio que en toda contienda, el agresor, como tal, tiene la ventaja de la parte atacada; y esto, no sólo por la recomendación que la novedad da a su causa a los ojos de los circunstantes, sino también por la mayor facilidad en la naturaleza de las cosas, para encontrar que para resolver objeciones, cualquiera que sea la cuestión en disputa. Por consiguiente, la habilidad de un contendiente consiste principalmente en asegurar una posición ofensiva, aferrándose a los puntos más débiles de la causa de su adversario, y luego no aflojar su dominio hasta que este último se hunda bajo su impetuosidad, sin tener la oportunidad de mostrar la fuerza de su propia causa, y de aplicarla a su oponente; o, para hacer uso de una ilustración conocida, al provocar una súbita agotamiento de sus recursos, que las circunstancias del tiempo y del lugar no le permiten enfrentar. Este fue el artificio al que el arrianismo debió sus primeros éxitos. Se debían a la circunstancia de ser (en su forma original) una enseñanza escéptica más que dogmática; a su propuesta de investigar y reformar el credo recibido, en lugar de arriesgar uno propio. Las herejías que la precedieron, originadas por talentos menos sutiles y diestros, adoptaron una posición falsa, profesaron una teoría y se hundieron bajo las obligaciones que implicaba. Los dogmas monstruosos de las diversas sectas gnósticas desaparecen de la escena de la historia tan pronto como entran en ella. El sabelianismo, que triunfó, también se aventuró

en un credo; y vacilando entre una salvajez de doctrina y una ambigüedad menos imponente, pronto se desvaneció a su vez. Pero la escuela de Antioquía, representada por Pablo de Samosata y Arrio, tomó el terreno de un asaltante, atacó la doctrina católica y llamó la atención de los hombres sobre sus dificultades, sin intentar proporcionar una teoría menos desconcertante o una evidencia más clara.

Los argumentos de Pablo (que no es nuestro propósito detallar aquí) parecen haber dominado con justicia al primero de los Concilios convocados contra él (264 d.C.), que se disolvió sin llegar a una decisión. Un segundo, y (según algunos escritores) un tercero, fueron convocados con éxito, cuando al fin sus sutilezas fueron expuestas y condenadas; sin embargo, no por los razonamientos de los mismos Padres del Concilio, sino por medio de un tal Malchion, presbítero de Antioquía, quien, habiendo sido sofista de profesión, se encontró con su adversario con sus propias armas. Aun vencido, las artes de Pablo obtuvieron de sus jueces una concesión mal aconsejada, el abandono de la célebre palabra *homousion* (consustancial), adoptada más tarde como prueba en Nicea; que los ortodoxos habían empleado en la controversia, y a la que Pablo se opuso por estar abierta a interpretaciones erróneas. Arrio siguió el camino trazado por su predecesor.

Turbulento por carácter, es conocido en la historia como un ofensor contra el orden eclesiástico, antes de que su agitación tomara la forma que ha hecho familiar su nombre a la posteridad. Cuando se lanzó a la controversia doctrinal escogió para la primera confesión abierta de su heterodoxia la oportunidad de atacar a su diocesano, que estaba disertando sobre el misterio de la Trinidad ante el clero de Alejandría. Sócrates, que está lejos de ser un partidario de los católicos, nos informa que Arrio, que era muy hábil en dialéctica, respondió duramente al obispo, lo acusó de sabelianismo y llegó a argumentar que "si el Padre engendró al Hijo, se seguirían ciertas conclusiones", y así procedió. Su herejía, así fundada en un silogismo, se extendió por instrumentos de carácter afín. En primer lugar, leemos sobre la excitación que sus razonamientos produjeron en Egipto y Libia; luego de sus cartas dirigidas a Eusebio y a Alejandro, que muestran un espíritu igualmente belicoso y casi satírico; y luego de sus versos compuestos para el uso del populacho en ridículo de la doctrina ortodoxa. Pero más tarde, cuando la herejía fue acusada ante el Concilio de Nicea y puesta a la defensiva, y más tarde aún, cuando sus éxitos la redujeron a la necesidad de ocupar las cátedras de teología, sufrió la suerte de las otras herejías dogmáticas antes de dividirse, a pesar del favor de la corte, en al menos cuatro credos diferentes en menos de veinte años; y al fin cedió a la verdad despreciada pero indestructible que había oscurecido durante un tiempo.

De hecho, el arrianismo tenía una estrecha relación con la escuela aristotélica existente. Esto podría haberse conjeturado, incluso si no hubiera habido prueba del hecho, adaptado como es el sistema lógico de ese filósofo para desconcertar a un adversario, o a lo sumo para detectar errores, más que para establecer la verdad. Pero en realidad tenemos razón, en las circunstancias de su historia, para considerarlo como el vástago de esas escuelas de investigación y debate que reconocieron a Aristóteles como su principal autoridad, y fueron dirigidas por maestros que se llamaban sofistas. Fue en estas escuelas donde los líderes del cuerpo herético fueron educados para el papel que se les asignó en los problemas de la Iglesia.

La oratoria de Pablo de Samosata se caracteriza por los rasgos distintivos de la elocuencia escolástica en la carta descriptiva del Concilio que lo condenó; en la que, además, se le estigmatiza con el título más vergonzoso al que se exponía un sofista por el

degradado ejercicio de su profesión. La habilidad de Arrio en el arte de la disputa es bien conocida.

Asterio era sofista de profesión. Aecio procedía de la escuela de un aristotélico de Alejandría. Eunomio, su discípulo, que reconstruyó la doctrina arriana sobre su base original, al final del reinado de Constancio, es representado por Rufino como “preeminente en el poder dialéctico.” En un período aún más tardío, el mismo espíritu polémico y la originalidad espuria se atribuyen indirectamente a la escuela heterodoxa, en el consejo de Sisinio a Nectario de Constantinopla, cuando el emperador Teodosio le pidió a este último que renovara la controversia con miras a su solución final. Bien versado en el conocimiento teológico, y consciente de que la habilidad en el debate era la vida y el arma misma de la herejía, Sisinio propuso al Patriarca abandonar el uso de la dialéctica y simplemente desafiar a sus oponentes a pronunciar un anatema general contra todos los Padres Ante-Nicenos que habían enseñado lo que ellos mismos ahora denunciaban como falsa doctrina. Al intentar el experimento, los herejes no consintieron en ser juzgados por las opiniones de los antiguos, ni se atrevieron a condenar a aquellos a quienes “todo el pueblo consideraba profetas.” “Sobre esto,” dicen los historiadores que registran la historia, “el Emperador percibió que basaban su causa en su habilidad dialéctica, y no en el testimonio de la Iglesia primitiva.”

Abundantes pruebas, si se necesitaran más, podrían añadirse a lo anterior, en prueba de la conexión de los arrianos con las escuelas de disputa pagana. Los dos Gregorías, Basilio, Ambrosio y Cirilo, protestan a una sola voz contra la dialéctica de sus adversarios; y la suma de sus declaraciones es brevemente expresada por un escritor del siglo IV, que llama a Aristóteles el obispo de los arrianos.

2.

Y mientras que la ciencia de la argumentación proporcionaba los medios, su práctica de disputar por el bien del ejercicio o la diversión, suministraba la tentación de atacar las opiniones recibidas. Esta práctica, que había prevalecido durante mucho tiempo en las Escuelas, fue introducida tempranamente en la Iglesia Oriental. Allí se empleaba como medio de preparar al maestro cristiano para la controversia con los incrédulos. La discusión a veces procedía en forma de una conferencia pronunciada por el maestro de la escuela a sus alumnos; a veces en la de una investigación, para ser sometida a la crítica de sus oyentes; a veces a modo de diálogo, en el que se tomaban bandos opuestos por el bien de la discusión. En algunos casos, fue anotado en notas por los transeúntes en ese momento; en otros, encomendados por escrito por las partes involucradas en ello. Por muy necesarios que fueran estos ejercicios para el propósito diseñado, sin embargo estaban obviamente abiertos al abuso, aunque moderados por una regla tan ortodoxa y estrictamente bíblica, en una época en que no existía un símbolo eclesiástico suficiente, como guía para la memoria y el juicio del ansioso disputador. Es evidente, también, cuán difícil sería obtener de la publicidad opiniones o argumentos, que sólo eran arriesgados en la confianza de la amistad cristiana, y que, vistos aparte de las circunstancias del caso, prestaban una sanción aparentemente deliberada a las novedades heterodoxas. Atanasio da a entender que en las obras teológicas de Orígenes y Teognosto mientras que la fe ortodoxa se mantenía explícitamente, sin embargo se discutían los principios heréticos, y en su lugar se defendían más o menos a modo de ejercicio de argumentación. El semblante así dado accidentalmente a la causa del error se evidencia en su afán por dar la explicación. Pero mucho mayor era el mal, cuando hombres desprovistos de seriedad y seriedad

religiosa se dedicaban a discusiones teológicas similares, no con ningún objeto eclesiástico definido, sino como una mera prueba de habilidad, o como una recreación literaria a pesar del daño que se ha hecho a la sencillez de la moral cristiana, y del mal estímulo dado a los razonamientos falaces y a las opiniones escépticas. El error de los antiguos sofistas había consistido en entregarse sin restricción ni discriminación a la discusión de temas prácticos, ya fueran religiosos o políticos, en lugar de seleccionar aquellos que pudieran ejercitar, sin desmoralizar, sus mentes. Los retóricos de los tiempos cristianos introdujeron el mismo error en su tratamiento de los temas más elevados y sagrados de la teología. Se nos dice que Juliano comenzó su oposición a la verdadera fe defendiendo el lado pagano de las cuestiones religiosas al disputar con su hermano Gallo; y probablemente él mismo no habría sido capaz de determinar el momento en el que dejó de tomar parte y se convirtió el primero a la incredulidad. Pero no es necesario recurrir a casos particulares para probar las consecuencias de una práctica tan evidentemente destructiva de un espíritu reverencial y sobrio.

Además, en estas discusiones teológicas, los contendientes corrían el peligro de ser engañados por la falta de solidez de las posiciones que asumían, como verdades elementales o axiomas en el argumento. Así como la lógica y la retórica las hacían expertas en la demostración y la refutación, así también había mucho en otras ciencias, que formaban una educación liberal, en geometría y aritmética, para limitar la mente a la contemplación de los objetos materiales, como si éstos pudieran proporcionar pruebas y normas adecuadas para examinar los de naturaleza moral y espiritual; mientras que hay verdades extrañas a la provincia del intelecto más ejercitado, algunas de ellas los descubrimientos peculiares del sentido moral mejorado (o lo que la Escritura llama “el Espíritu”), y otras aún menos al nivel de nuestra razón, y recibidas con la sola autoridad de la Revelación.

Sin embargo, entonces como ahora, las mentes de los hombres especulativos estaban en peligro por la ignorancia y se resistían a confesar que las leyes de la verdad y la falsedad, que su experiencia de este mundo proporcionaba, no podían aplicarse de inmediato para medir y determinar los hechos de otro. Por consiguiente, no quedaba nada para los que no creían en la incomprendibilidad de la Esencia divina, sino que la concebían por analogía de los sentidos; y usando los términos figurativos de la teología en su significado literal como si fueran puntos de referencia en sus investigaciones, para suponer que entonces, y sólo entonces, se dirigieron en un curso seguro, cuando evitaron toda contradicción de naturaleza matemática y material. De ahí que los cánones fundados en la física se basaran en discusiones sobre las posibilidades e imposibilidades de una sustancia espiritual, con tanta confianza y tan falacia como las que en los tiempos modernos se han derivado de las mismas falsas analogías contra la existencia de la autoacción moral o el libre albedrío. Así, el argumento con el cual Pablo de Samosata desconcertó al Concilio de Antioquía se basó en un uso sofístico de la misma palabra *sustancia*, que los ortodoxos habían empleado para expresar la noción bíblica de la unidad que subsiste entre el Padre y el Hijo.

Tal era también el modo de razonar adoptado en Roma por los Artemas o Artemón, ya mencionados, y sus seguidores, a fines del siglo II. Un escritor contemporáneo, después de decir que apoyaban su “apostasía negadora de Dios” por medio de formas silogísticas de argumentación, prosigue: “Abandonando los escritos inspirados, se dedican a la geometría, como conviene a los que son de la tierra, y hablan de la tierra, y son ignorantes

de Aquel que es de arriba. Los tratados de Euclides, por ejemplo, son estudiados con celo, algunos de ellos, Aristóteles y Teofrasto, son objeto de su admiración; mientras que se puede decir que Galeno es adorado por otros. Es innecesario declarar que tales pervertidores de las ciencias de los incrédulos, para los propósitos de su propia herejía, tales diluyentes de la fe sencilla de las Escrituras con sutilezas paganas, no tienen derecho alguno a ser llamados creyentes. Y tal es la descripción que hace Epifanio de los anomoeanos, los descendientes genuinos de la estirpe arriana original. “Con el intento,” dice, “de exhibir la naturaleza divina por medio de silogismos aristotélicos y datos geométricos, se ven inducidos a declarar que Cristo no puede derivarse de Dios.”

3

Por último, la ausencia de un símbolo adecuado de la doctrina aumentaba los males existentes, proporcionando una excusa y a veces una razón para las investigaciones, cuya necesidad aún no había sido superada por la autoridad de una decisión eclesiástica. El sistema tradicional, recibido desde la primera época de la Iglesia, había sido hasta ahora sólo parcialmente expuesto en formas autoritativas; y para la época del Concilio de Nicea, las voces de los Apóstoles sólo se oían débilmente en toda la cristiandad, y podían ser plausiblemente ignoradas por aquellos que no estaban dispuestos a escuchar. Ya a principios del siglo III, los discípulos de Artemas declararon audazmente que su herejía era apostólica, y sostuvieron que todos los obispos de Roma la habían sostenido hasta Víctor inclusive, cuyo episcopado fue sólo unos años antes de su propio tiempo. El progreso de la incredulidad los llevó naturalmente a menospreciar, en lugar de apelar a sus predecesores; y a confiar su causa a su propio ingenio, en lugar de defender una ficción inconveniente sobre las opiniones de una época anterior. Terminó por enseñarles a considerar a las autoridades eclesiásticas de tiempos anteriores al mismo nivel que los incultos e ignorantes de sus propios días. Pablo no tuvo escrúpulos en expresar desprecio por los expositores de la Escritura recibidos en Antioquía; y es una de las primeras acusaciones hechas por Alejandro contra Arrio y su partido, que “se pusieron por encima de los antiguos, y de los maestros de nuestra juventud, y de los prelados de la época; considerándose los únicos sabios y habiendo descubierto verdades que nunca antes habían sido reveladas al hombre antes de ellos”

Por otra parte, mientras que la línea de la tradición, trazada como estaba a una distancia de dos siglos de los Apóstoles, se había vuelto finalmente de una textura demasiado frágil para resistir el toque de la razón sutil y mal dirigida, la Iglesia naturalmente no estaba dispuesta a recurrir a la medida novedosa, aunque necesaria, de imponer un credo autoritario a aquellos a quienes invistió con el oficio de enseñar. Si confieso mi creencia de que la libertad de símbolos y artículos es abstractamente el estado más elevado de la comunión cristiana y el privilegio peculiar de la Iglesia primitiva, no es por ninguna ternura hacia esa orgullosa impaciencia de control en la que muchos se regocijan como en una virtud; sino en primer lugar, porque el tecnicismo y el formalismo son, en su grado, los resultados inevitables de las confesiones públicas de fe; y luego, porque cuando no existen confesiones, los misterios de la verdad divina, en lugar de estar expuestos a la mirada de los profanos e incultos, se mantienen ocultos en el seno de la Iglesia, mucho más fielmente de lo que es posible de otro modo; y reservadas por una enseñanza privada, por conducto de sus ministros, como recompensas en su debida medida y a su tiempo, para aquellos que estén dispuestos a aprovecharse de ellas; es decir, para aquellos que están pasando diligentemente por las etapas sucesivas de la fe y la obediencia. Y así,

mientras la Iglesia no se compromete con las declaraciones, que, por muy verdaderas que sean, todavía son arrebatadas diariamente por los infieles a su ruina; por otra parte, se evita gran parte de ese fanatismo perverso, que en la actualidad abunda en la vanidad de los hombres, que creen poder explicar las doctrinas sublimes y las promesas exuberantes del Evangelio, antes de haber aprendido aún a conocerse a sí mismos y a discernir la santidad de Dios, bajo la disciplina preparatoria de la Ley y de la Religión Natural. Influidos, como podemos suponer, por estas diversas consideraciones, por la reverencia hacia el espíritu libre de la fe cristiana, y aún más por las verdades sagradas que son objeto de ella, y también por la ternura tanto hacia los paganos como hacia los neófitos, que no estaban a la altura de recibir la fuerte carne del Evangelio completo, los gobernantes de la Iglesia fueron dilatorios en aplicar un remedio, que, sin embargo, las circunstancias de los tiempos requerían imperativamente. Se resistían a confesar que la Iglesia había envejecido demasiado para disfrutar de la enseñanza libre y sin sospechas con que su infancia fue bendecida; y que sus discípulos debían, para el futuro, calcular y razonar antes de hablar y actuar. Tanto fue así, que en el Concilio de Antioquía (como se ha dicho), por la objeción de Paulo, retiraron una prueba que finalmente fue adoptada por los Padres más experimentados de Nicea; y que, si entonces se hubiera sancionado, podría, en lo que concierne a la Iglesia, haber extinguido el espíritu herético en el mismo lugar de su nacimiento. Mientras tanto, la adopción del cristianismo, como religión del imperio, aumentó las malas consecuencias de esta omisión, la excomunión se hizo más difícil, mientras que la entrada en la Iglesia estaba menos restringida que antes.

SECCIÓN III

LA IGLESIA DE ALEJANDRÍA.

Así como la Iglesia de Antioquía estuvo expuesta a la influencia del judaísmo, así también la Iglesia de Alejandría se caracterizó en los tiempos primitivos por su apego a esa filosofía comprensiva, que fue reducida a sistema a principios del siglo III, y luego pasó a llamarse la Neo Platonismo o Ecléctica. Una supuesta semejanza entre la doctrina arriana y la ecléctica acerca de la Santísima Trinidad, ha llevado a una noción común de que los Padres alejandrinos fueron el medio por el cual se introdujo un error filosófico en la Iglesia; y esta causa hipotética de una semejanza discutible ha sido aparentemente evidenciada por el hecho solitario, que no se puede negar, de que el mismo Arrio era un presbítero de Alejandría.

Ya hemos visto, sin embargo, que Arrio fue educado en Antioquía; y veremos más adelante que, lejos de ser oído favorablemente en Alejandría, fue, en la primera promulgación de su herejía, expulsado de la Iglesia en esa ciudad, y obligado a buscar refugio entre sus colucianistas de Siria, discípulos de Luciano de Antioquía. Entre ellos, los más destacados fueron: Eusebio de Nicodemia; Teognis de Nicca; Maris de Calcedonia; Leoncio de Antioquia; y Asterio el Sofista. Y es manifiestamente la opinión de Atanasio que él no fue más que el alumno o el instrumento de hombres más profundos, probablemente de Eusebio de Nicomedia, que en ningún sentido pertenece a Alejandría. Pero varios motivos han llevado a los escritores teológicos a implicar a esta célebre Iglesia en la acusación de herejía.

Los infieles han sentido una satisfacción, y los herejes han tenido interés, en representar que la comunidad cristiana más erudita no se sometió implícitamente a la teología enseñada en la Escritura y por la Iglesia; una conclusión que, incluso si estuviera fundamentada, poco perturbaría al ilustrado defensor del cristianismo, que puede admitir con seguridad que el aprendizaje, aunque es un poderoso instrumento de la verdad en las manos correctas, no es una guía infalible para ella. Los romanistas, por otra parte, han pensado por la misma línea de política exaltar la pureza apostólica de su propia Iglesia, por el contraste de la infidelidad en su rival primitivo; y (lo que es de mayor importancia) insinuar tanto la necesidad de una autoridad infalible, exagerando los errores y contrariedades de los Padres Ante-Nicenos, como el hecho de su existencia, arrojándonos, por exactitud de la declaración doctrinal, a las decisiones de los Concilios subsiguientes. En las páginas que siguen, espero librar a la ilustre Iglesia en cuestión de la grave imputación que se dirige contra ella desde partes opuestas: la imputación de considerar al Hijo de Dios por naturaleza inferior al Padre, es decir, de platonizar o arianizar. Pero no tengo necesidad de profesarme su discípulo, aunque, en lo que se refiere a la doctrina en debate, bien podría hacerlo; y, en lugar de hacer una defensa formal, me limitaré a exponer ante el lector los principios generales de su enseñanza, y dejaré que él los aplique, hasta donde

juzgue que llegarán, en la explicación del lenguaje que ha sido el motivo de las sospechas contra ella.

1.

San Marcos, el fundador de la Iglesia de Alejandría, puede contarse entre los amigos personales y asociados de ese Apóstol, que sostenía como su oficio especial convertir a los paganos; un oficio, que fue impreso en la comunidad formada por el evangelista, con una fuerza y permanencia desconocidas en las otras Iglesias primitivas. La alejandrina puede ser llamada peculiarmente la Iglesia Misionera y Polémica de la Antigüedad. Situada en el centro del mundo accesible, y en el extremo de la cristiandad, en una ciudad que era a la vez el principal mercado del comercio y una célebre sede de la filosofía judía y griega, estaba provista en especial abundancia, tanto de materiales como de instrumentos que impulsaban el ejercicio del celo cristiano. Su escuela catequética, fundada (se dice) por el mismo evangelista, fue un modelo para otras Iglesias en su preparación diligente y sistemática de los candidatos al bautismo; mientras que se añadieron otras instituciones de carácter polémico, con el propósito de examinar cuidadosamente las doctrinas reveladas en la Escritura, y de cultivar el hábito de la discusión y la disputa.

Mientras que los asuntos internos de la comunidad eran administrados por sus obispos, en estos cuerpos académicos, como subsidiarios del sistema divinamente sancionado, recaía la defensa y propagación de la fe, bajo la presidencia de laicos o eclesiásticos inferiores. Atenágoras, el primer maestro registrado de la escuela catequética, es conocido por su defensa de los cristianos, aún existente, dirigida al emperador Marco Aurelio. Panteno, que le sucedió, fue enviado por Demetrio, a la sazón obispo, como misionero entre los indios o árabes. Orígenes, que poco después fue nombrado catequista a la temprana edad de dieciocho años, ya había dado la garantía de su futura celebridad, con sus persuasivas disputas con los incrédulos de Alejandría. Más tarde apareció en el carácter de un apologista cristiano ante un príncipe árabe y Mammea, la madre de Alejandro Severo, y dirigió cartas sobre el tema de la religión al emperador Filipo y a su esposa Severa; y fue conocido en todas partes en su día, por su celo infatigable y sus servicios en la refutación de herejes, por sus diversos escritos polémicos y críticos, y por el número y dignidad de sus conversos.

El proselitismo, pues, en todas sus ramas, siendo la apologética, la polémica y la didáctica la función peculiar de la Iglesia alejandrina, manifiesto en los escritos de sus teólogos participaría en gran medida de un carácter exotérico. Quiero decir que tales hombres escribirían, no con la franqueza de la familiaridad cristiana, sino con la ternura o la reserva con la que estamos acostumbrados a dirigirnos a aquellos que no simpatizan con nosotros, o a quienes tememos engañar o prejuzgar contra la verdad, revelando precipitadamente sus detalles. El ejemplo del escritor inspirado de la Epístola a los Hebreos fue su autoridad para hacer una amplia distinción entre las doctrinas adecuadas al estado de los débiles e ignorantes, y las que son la propiedad peculiar de un cristiano bautizado y regenerado. El Apóstol en esa epístola, al hablar de las más sagradas verdades cristianas, como ocultas bajo las alegorías del Antiguo Testamento, parece refrenarse de repente, por la aprensión de que estaba divulgando misterios más allá de la comprensión de sus hermanos; los cuales, en lugar de ser maestros en la doctrina de la Escritura, no estaban todavía versados ni siquiera en sus elementos, necesitaban el alimento de los niños más que de los adultos; es más, tal vez, habiendo apagado la iluminación del

bautismo, habían perdido la capacidad de comprender incluso los primeros elementos de la verdad.

En el mismo lugar enumera estos elementos, o fundamento de las enseñanzas cristianas, en contraste con las doctrinas esotéricas de las que sólo el “hábito largamente ejercido del discernimiento moral” puede apropiarse y disfrutar, de la siguiente manera: el arrepentimiento, la fe en Dios, el significado doctrinal del derecho del bautismo, la confirmación como canal de dones milagrosos, la resurrección futura y la separación final del bien y el mal. Su primera epístola a los Corintios contiene la misma distinción entre el carnal o imperfecto y el cristiano establecido, que se establece en la dirigida a los hebreos. Al mismo tiempo que sostiene que en el cristianismo está contenida una grandeza de sabiduría, o (para usar el lenguaje humano) una filosofía profunda, que cumple esas vagas concepciones de grandeza, que habían llevado al intelecto aspirante de los sabios paganos a ensombrecer sus sistemas irreales, al mismo tiempo insiste en la imposibilidad de que el hombre llegue a este tesoro escondido de una sola vez, y advierte a sus hermanos que, en vez de intentar cruzar por un corto sendero del falso conocimiento al verdadero, se humillen hasta el portal del templo celestial, y se hagan necios, para que al fin puedan ser realmente sabios. Como antes, habla de la diferencia de doctrina que conviene respectivamente a los neófitos y a los cristianos confirmados, bajo la analogía de la diferencia de alimento propia de los ancianos y de los jóvenes; una diferencia que radica, no en la voluntad arbitraria del dispensador, sino en la necesidad del caso, las verdades más sublimes de la Revelación que no proporcionan alimento a las almas de los incrédulos o inestables.

Por consiguiente, en el sistema de las primeras escuelas catequéticas, los perfectos, o los hombres en Cristo, eran aquellos que habían tomado deliberadamente sobre sí la profesión de creyentes; había hecho los votos y recibido la gracia del bautismo; y fueron admitidos a todos los privilegios y a las revelaciones de los que la Iglesia se había constituido en dispensadora. Pero antes de ser recibidos en este discipulado completo, se les ordenaba una temporada previa de preparación, de dos a tres años, a fin de probar su obediencia e instruirlos en los principios de la verdad revelada. Durante esta disciplina introductoria, se les llamaba catecúmenos, y la enseñanza misma catequética, por el examen cuidadoso y sistemático mediante el cual se efectuaba su arraigo en la fe. La materia de la instrucción así comunicada a ellos variaba con el tiempo de su discipulado, avanzando desde el principio más simple de la religión natural hasta las doctrinas peculiares del Evangelio, desde las verdades morales hasta los misterios cristianos.

En su primera admisión fueron denominados oyentes, por el permiso que se les concedió para asistir a la lectura de las Escrituras y a los sermones en la Iglesia. Después, cuando se les permitía permanecer durante las oraciones, y recibían la imposición de las manos como signo de su progreso en el conocimiento espiritual, se les llamaba adoradores. Por último, poco tiempo antes de su bautismo, se les enseñaba el Padre Nuestro (el privilegio peculiar de los regenerados), se les confiaba el conocimiento del Credo y, como destinados a ser incorporados al cuerpo de los creyentes, recibían los títulos de competentes o elegidos. Hasta el final, no se les concedió nada más que una relación formal y general de los artículos de la fe cristiana; las doctrinas exactas y plenamente desarrolladas de la Trinidad y de la Encarnación, y aún más, la doctrina de la Expiación, tal como fue hecha una vez en la cruz, y conmemorada y apropiada en la Eucaristía, siendo posesión exclusiva del cristiano serio y practicante. Por otra parte, los temas principales de

las catequesis, como sabemos por Cirilo, eran las doctrinas del arrepentimiento y del perdón, de la necesidad de las buenas obras, de la naturaleza y uso del bautismo y de la inmortalidad del alma, tal como el Apóstol las había determinado.

La enseñanza esotérica, así observada en las escuelas catequéticas, era aún más apropiada cuando el maestro cristiano se dirigía, no a la instrucción de oyentes dispuestos, sino a la controversia o a la predicación pública. En la actualidad, son muchos los cristianos sinceros, que consideran que las doctrinas evangélicas son los instrumentos designados para la conversión y, como tales, cuentan exclusivamente con la bendición divina. En prueba de esta posición, con una inconsistencia notable en aquellos que profesan una adhesión celosa al texto inspirado, y no tardan en acusar a otros de ignorancia de su contenido, apelan, no a la Escritura, sino a los efectos conmovedores de esta (así llamada) predicación evangélica, y a la ineficacia, por otra parte, de las meras exhortaciones respecto a la benevolencia y misericordia de Dios, la necesidad del arrepentimiento, los derechos de conciencia y la obligación de obedecer. Pero no es propio de una fe generosa indagar ansiosamente sobre las consecuencias de tal o cual sistema, con el fin de decidir su admisibilidad, en lugar de recurrir inmediatamente a la palabra revelada e indagar en la regla que allí se nos presenta. Dios puede defender y vindicar Su propio mandamiento, sea cual sea; por débil que parezca a nuestra vana sabiduría, e indigna del Dador; y que su proceder en este caso es realmente el que el religioso apresurado condena como si fuera la teoría de los formalistas no iluminados, es evidente para los estudiantes cuidadosos de la Escritura, y está confirmada por la práctica de la Iglesia Primitiva.

En cuanto a la Escritura, me limitaré a observar, además de las observaciones ya hechas sobre los pasajes de las Epístolas a los Corintios y a los Hebreos, que no se puede aducir ninguna sanción de aquí, ya sea de precepto o de ejemplo, en favor de la práctica de estimular los afectos, como la gratitud o el remordimiento, por medio de la doctrina de la Expiación. para la conversión de los oyentes; que, por el contrario, es su método uniforme para conectar el Evangelio con la Religión Natural, y para señalar la obediencia a la ley moral como el medio ordinario de alcanzar una fe cristiana, las verdades evangélicas más elevadas, así como la Eucaristía, que es el emblema visible de ellas, que en la predicación de los Apóstoles y Evangelistas en el libro de los Hechos, los misterios sagrados se revelan a los individuos en proporción a su competencia religiosa real; que los primeros principios de la justicia, la templanza y el juicio venidero se le instan a Félix; mientras que a los ancianos de Éfeso se les recuerda la divinidad y el sacrificio vicario de Cristo, y la presencia y el poder del Espíritu Santo en la Iglesia; por último, que entre los conversos que fueron hechos los principales instrumentos de la primera propagación del Evangelio, o que son honrados con especial favor en la Escritura, no se encuentra ninguno que no haya sido fiel a la luz ya dada, y que no se haya distinguido, antes de su conversión, por una conducta estrictamente consciente.

Tales son los avisos divinos que se dan a los que desean una regla apostólica para dispensar la palabra de vida; y como tales, los antiguos Padres los recibieron. Los recibieron como cumplimiento del mandamiento de nuestro Señor: “No dar a los perros lo que es santo, ni echar perlas a los cerdos;” un texto citado por Clemente y Tertuliano, entre otros, para justificar su cautelosa distribución de la verdad sagrada. También consideraron esta cautela como el resultado de la consideración más verdaderamente caritativa hacia aquellos a quienes se dirigían, que probablemente se sentirían perplejos, no convertidos,

por la repentina exhibición de todo el proyecto evangélico. Esta es la doctrina de Teodoreto, Crisóstomo y otros, en sus comentarios sobre el pasaje de la Epístola a los Hebreos. “Si un catecúmeno te pregunta qué han determinado los maestros (dice Cirilo de Jerusalén), no digas nada al que está fuera. Porque te comunicamos un secreto y una promesa del mundo venidero. Guarda a salvo el secreto para Aquel que da la recompensa. No escuchéis a los que preguntan: «¿Qué hay también en que yo lo sepa?» Incluso los enfermos piden vino, el cual, dado a destiempo, provoca delirio; y así vienen dos males, la muerte del paciente y el descrédito del médico.” En otro lugar dice: “Todos pueden oír el Evangelio, pero la gloria del Evangelio está reservada para los verdaderos discípulos de Cristo. A todos los que podían oír, el Señor les hablaba, pero en parábolas; a sus discípulos se los explicó en privado. Lo que es el resplandor de la gloria divina para los iluminados, es la ceguera de los incrédulos. Estos son los secretos que la Iglesia revela a aquel que pasa de los catecúmenos, y no a los paganos. Porque nosotros revelamos ardientemente a los paganos las verdades concernientes al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; es más, ni siquiera en el caso de los catecúmenos explicamos claramente los misterios, sino que frecuentemente decimos muchas cosas indirectamente, para que los creyentes que han sido enseñados entiendan, y los demás no sufran daño””

La obra de San Clemente de Alejandría, llamada *Estrómatas*, o trabajo de tapicería, por la variedad de su contenido, ilustra bien el método de instrucción de la Iglesia primitiva, en lo que se refiere a la parte educada de la comunidad. Tenía el claro objeto de interesar y conciliar a los sabios paganos que lo examinaban; pero también ejemplifica la peculiar precaución adoptada entonces por los cristianos al enseñar la verdad: su deseo de despertar las facultades morales a la acción voluntaria interna, y su temor de cargar o formalizar la mente. En el comienzo de su obra, Clemente habla de sus discusiones misceláneas como una mezcla de la verdad con la filosofía; “O más bien,” continúa, “envolviéndolo y ocultándolo, como la cáscara oculta el fruto comestible de la nuez.” En otro lugar los compara, no con un jardín elegante, sino con una montaña densamente arbolada, donde la vegetación de toda clase, que crece promiscuamente, por su misma abundancia oculta al saqueador los árboles frutales, que están destinados al legítimo dueño. “Debemos esconder,” dice, “esa sabiduría, hablada en misterio, que el Hijo de Dios nos ha enseñado. Así el profeta Isaías tiene su lengua limpiada con fuego, para que pueda declarar la visión; y nuestros oídos deben ser santificados, así como nuestras lenguas, si aspiramos a ser receptores de la verdad. Esto fue un obstáculo para mi escritura; y todavía tengo ansiedad, porque la Escritura dice: No echéis vuestras perlas delante de los cerdos; porque esas verdades puras y brillantes, que son tan maravillosas y llenas de Dios para las buenas naturalezas, no hacen más que provocar risa, cuando se dicen a oídos de muchos.” Los Padres consideraban que tenían el modelo y la recomendación de este método de enseñanza en la Escritura misma.

SECCIÓN IV.

LA SECTA ECLÉCTICA (NEO PLATONISMO).

Las palabras de San Jerónimo, con las que se cierra la última sección, pueden sugerir tal vez la sospecha de que los alejandrinos, aunque ortodoxos ellos mismos, prepararon imprudentemente el camino para el arrianismo con el semblante que dieron al uso del lenguaje teológico platónico. Pero, antes de especular sobre el medio de conexión entre el platonismo y el arrianismo, sería bueno cerciorarse de la existencia de la conexión misma, lo cual es muy dudoso, ya sea que la busquemos en la historia, o en los caracteres respectivos de los partidos que profesan las dos doctrinas; aunque es cierto que el platonismo, y también el origenismo, se convirtieron en excusa y refugio de la herejía cuando fue condenada por la Iglesia. Procedo a dar cuenta del surgimiento y genio del eclecticismo, con el fin de arrojar luz sobre esta cuestión; es decir, de mostrar su relación tanto con la Iglesia alejandrina como con el arrianismo.

1.

La filosofía ecléctica se llama así porque pretende seleccionar las mejores partes de los sistemas inventados antes de ella, y digerirlas en una doctrina consistente. Es dudoso dónde se originó su principio, pero probablemente debe atribuirse a los judíos alejandrinos. Es cierto que la verdadera fe nunca podría entrar en contacto con las filosofías paganas sin ejercer su derecho a arbitrar entre ellas, a protestar contra sus dogmas viciosos o erróneos, y a extender su semblante a todo lo que tuviera un carácter exaltado o práctico. Un gusto cultivado probablemente produciría entre los paganos el mismo espíritu crítico que fue creado por el verdadero conocimiento religioso; y por consiguiente encontramos en los filósofos de la época augusta y subsiguientes, una aproximación a un sistema ecléctico o sincretista, semejante al que se encuentra en los escritos de Filón. Algunos autores han supuesto incluso que Potamo, el proyector original de la escuela basada en este principio, floreció en el reinado de Augusto; pero esta noción es insostenible, y debemos referirlo a la época de Severo, a fines del siglo II. Mientras tanto, los cristianos habían continuado actuando de acuerdo con el punto de vista discriminativo de la filosofía pagana que los filonistas habían abierto; y, como ya hemos visto, Clemente, aunque sin alusión a una secta o teoría particular, que no existió hasta después de su época, se declara el patrón del principio ecléctico. Así se nos introduce en la historia de la Escuela que la encarnó.

Amonio, contemporáneo de Potamo, y virtualmente el fundador de la secta ecléctica, nació de padres cristianos y fue educado como cristiano en las instituciones catequéticas de Alejandría, bajo la supervisión de Clemente o Panteno. Al cabo de un tiempo renunció, al menos secretamente, a su creencia en el cristianismo; y abriendo una escuela de moral y teología sobre el acervo de principios, esotéricos y exotéricos, que había aprendido en la Iglesia, se convirtió en el fundador de un sistema realmente suyo, pero que por un hábil artificio atribuyó a Platón. La filosofía así introducida en el mundo fue patrocinada inmediatamente por la corte imperial, tanto en Roma como en Oriente, y se extendió en el curso de los años por todo el imperio, con amarga hostilidad y grave detrimento de los

intereses de la verdadera religión; hasta que al fin, obteniendo en la persona de Juliano un segundo apóstata por su defensor, se convirtió en la interpretación autorizada y apología del politeísmo estatal. Es un punto controvertido si Amonio realmente se separó o no de la Iglesia. Sus discípulos lo afirman; Eusebio, aunque no sin cierta confusión inmaterial de afirmación, lo niega. En general, es probable que comenzara su enseñanza como cristiano, y poco a poco revelara la infidelidad sistemática en la que se basaba. Se nos dice expresamente que obligó a sus discípulos a guardar el secreto, el cual no se rompió hasta que ellos a su vez se convirtieron en conferenciantes en Roma, y fueron conducidos uno por uno a divulgar las verdaderas doctrinas de su maestro; ni tampoco podemos explicar de otro modo el hecho de que Orígenes le haya asistido durante algún tiempo, ya que el que se negó a oír a Pablo de Antioquía, aun cuando dependía de la patrona de aquel hereje, difícilmente habría extendido un semblante voluntario a un desertor profeso de la fe y del nombre cristianos.

Esta conclusión se confirma al considerar la naturaleza del error sustituido por Amonio por la creencia ortodoxa; que era en sustancia lo que en estos tiempos se llamaría neologismo, una herejía que, aún más que otras, se ha mostrado deseosa y capaz de ocultarse bajo el ropaje de la sana religión, y de conservar la forma mientras destruye el espíritu del cristianismo. Tan estrecha, en efecto, era la semejanza externa entre el eclecticismo y el sistema divino del que era el enemigo mortal, que San Austin observa, en más de un pasaje, que la diferencia entre las dos profesiones radicaba sólo en la variada acepción de unas pocas palabras y proposiciones. Este carácter peculiar de la filosofía ecléctica debe ser notado cuidadosamente, porque exculpa a los Padres Católicos de estar realmente implicados en procesos, de los que al principio no discernieron la deriva; a la vez que explica esa aparente conexión que, a la distancia de los siglos, existe entre ellos y el verdadero originador de la misma.

La marca esencial del neoplatonismo es la negación de la misión divina exclusiva y de la inspiración peculiar de los profetas de las Escrituras; acompañó el tiempo con una profesión de respeto general hacia ellos como benefactores de la humanidad, como verdaderos instrumentos en la mano de Dios, y como en cierto sentido los órganos de sus revelaciones; más aún, en una medida más completa que otros maestros religiosos y morales. En su forma más engañosa, sostiene que todo lo que es bueno y verdadero en las diversas religiones del mundo, en realidad proviene de Dios; en su forma más degradada, los considera a todos por igual como el resultado de la mera benevolencia y habilidad humanas. En todas sus formas, difiere de la creencia ortodoxa, principalmente, en que niega que los milagros de la Escritura hayan tenido lugar, en la forma peculiar que allí se representa, como marcas distintivas de la presencia de Dios que acreditan la enseñanza de aquellos que los realizaron; luego, como consecuencia, al negar que esta enseñanza, tal como se conserva en la Escritura, sea en tal sentido el único registro de la verdad religiosa, que todos los que la oyen están obligados a profesar ser discípulos de ella. Su aparente conexión con el cristianismo radica (como señala San Agustín) en el uso ambiguo de ciertos términos, como divino, revelación, inspiración y similares; que con la misma facilidad se puede hacer referirse a citas ordinarias y meramente providenciales, o a citas milagrosas en los consejos de la Sabiduría Todopoderosa. Y estas palabras serían aún más ambiguas que en el día de hoy, en una época en que los cristianos estaban dispuestos a conceder que los paganos estaban en cierto sentido bajo una dispensación sobrenatural, como se explicó en la sección anterior.

El racionalismo de los ecléticos, aunque igualmente opuesto al moderno a la doctrina de la divinidad peculiar de las revelaciones de las Escrituras, era circunstancialmente diferente de él. Los neoplatónicos de hoy niegan que los milagros ocurrieran de la manera que se relata en el registro sagrado; los ecléticos negaron su contundencia como evidencia de la extraordinaria presencia de Dios. En lugar de considerarlos como acontecimientos de muy rara ocurrencia, y permitidos para objetos importantes en el curso de la providencia de Dios, los consideraron comunes a todas las épocas y países, más allá del conocimiento del poder de los hombres ordinarios, alcanzables sometiéndose a la disciplina de ciertas reglas misteriosas y a la obra inmediata de seres muy inferiores al Supremo Gobernador del mundo. De ello se deducía que, al no tener ninguna relación con la verdad del sistema religioso al que acompañaba, al menos no más de lo que se relacionaba con cualquier don meramente humano, como el conocimiento o el talento, el investigador se lanzaba de inmediato al examen de las doctrinas en busca de pruebas de la divinidad del cristianismo; y no quedando lugar para reclamar su lealtad a ella en su conjunto, y a lo que estrictamente se llama fe, admitió o rechazó según quisiera, lo comparó y lo combinó con lo que fuera valioso en otra parte, y quedó en libertad de proponerse a ese filósofo como autoridad que presidía, a quien los cristianos no hicieron más que condescender al alabar por su aproximación algunas de las verdades que la Revelación había revelado. La capilla de Alejandro Severo era un emblema apropiado de ese sistema, que colocaba en un nivel a Abraham, Orfeo, Pitágoras y el Nombre Sagrado por el que se llama a los cristianos. El celo, el amor fraternal, la beneficencia y la sabia disciplina de la Iglesia, son aplaudidos y presentados para su imitación en las cartas del emperador Juliano; quien en otro tiempo llama al Guardián Todopoderoso de los israelitas un “gran Dios” mientras que en común con su secta profesaba restaurar la doctrina cristiana de la Trinidad a su antigua y pura base platónica. De ello se deducía naturalmente que, al no estar ya combinadas, definidas y encarnadas las exigencias de la religión en un Mediador personal entre Dios y el hombre, sus diversos preceptos se disipaban de nuevo y se confundían en la masa del conocimiento humano, como antes de la venida de Cristo; y en su lugar surgió en la Escuela Ecléctica una mera literatura intelectual, y usurpó la cátedra teológica como intérprete de los deberes sagrados e instructora de la mente inquisitiva. “En la religión que él (Juliano) había adoptado,” dice Gibbon, “la piedad y la erudición eran casi sinónimos; y una muchedumbre de poetas, de retóricos y de filósofos se apresuró a acudir a la corte imperial para ocupar los puestos vacantes de los obispos, que habían seducido la credulidad de Constancio” ¿Quién no reconoce en esta vieja filosofía los rasgos principales de esa reciente escuela de liberalismo y falsa iluminación, política y moral, que ahora es el instrumento de Satanás para engañar a las naciones, pero que es peor y más terrenal que ella, en la medida en que su antiguo artificio, afectando a un ceremonial religioso, no podía menos de dejar tanto de verdad sustancial mezclada en el sistema como para impresionar a sus discípulos con algo de elevado y serio carácter completamente ajeno al espíritu frío y burlón del racionalismo moderno?

La libertad de los cristianos alejandrinos del error eclético se mostró más arriba, cuando explicaba los principios de su enseñanza; se cita un pasaje de Clemente, que distinguía claramente entre los nombramientos ordinarios y los milagrosos de la Providencia. Un examen de las fechas de la historia mostrará que no podían hacer más que dar este testimonio indirecto contra ella por anticipación. El propio Clemente fue anterior al surgimiento del eclecticismo; Orígenes, antes de su establecimiento público como

secta. Amonio abrió su escuela a finales del siglo II, y continuó presidiendo en ella al menos hasta el año 437 d.C.; durante este período, y probablemente durante algunos años después de su muerte, el verdadero carácter de sus doctrinas fue cuidadosamente ocultado al mundo. No se dedicó a escribir nada, ni de su filosofía exotérica ni esotérica, y cuando Orígenes, que era apenas su menor, lo asistió en sus primeros años, probablemente aún no había establecido decididamente la forma de su sistema. Plotino, el primer promulgador y principal lumbrero del eclecticismo, comenzó sus conferencias públicas en el año 244 d.C.; y durante algún tiempo se mantuvo atado a la promesa de secreto hecha a su amo. Además, eligió Roma como sede de sus labores, e incluso hay pruebas de que Orígenes y él nunca se conocieron. En Alejandría, por el contrario, languideció la filosofía naciente; ningún maestro notable sucedió a Amonio; y si hubiera sido de otro modo, Orígenes había abandonado la ciudad para siempre, diez años antes de la muerte de aquel filósofo. Está claro, pues, que no tenía medios para descubrir la secreta infidelidad de los ecléticos; y la prueba de esto es aún más fuerte, si, como calcula Brucker, Plotino no divulgó el secreto de su amo hasta el año 255 d.C., ya que Orígenes murió en el 253 d.C. Sin embargo, incluso en esta ignorancia del propósito de los ecléticos, encontramos a Orígenes, en su carta a Gregorio, expresando su descontento por los efectos reales que habían resultado para la Iglesia de esa literatura en la que él mismo era tan eminentemente realizado. "Por mi parte," le dice a Gregorio, "enseñado por la experiencia, te confesaré que raro es el hombre que, habiendo aceptado las cosas preciosas de Egipto, abandona el país y las usa para decorar el culto de Dios. La mayoría de los hombres que descienden allí son hermanos de Hadad (Jeroboam), inventando teorías heréticas con destreza pagana, y estableciendo (por así decirlo) becerros de oro en Betel, la casa de Dios" Hasta aquí la ignorancia de Orígenes sobre la filosofía eclética. En cuanto a sus discípulos, Gregorio y Dionisio, este último, que fue obispo de Alejandría, murió en el año 264 d.C.; Gregorio, por su parte, pronunció su oración panegírica sobre Orígenes, en la que se declara su propio apego a la literatura pagana, ya en el año 239 d.C.; y, además, no tenía relación alguna con Alejandría, habiéndose encontrado con Orígenes en Cesarea. Por otra parte, precisamente en esta época se estaban difundiendo en la Iglesia herejías de carácter teológico opuesto, como el paulianismo; que retiró su atención de la perspectiva o del surgimiento real de una pseudo-teología platónica; como se mostrará a continuación.

Tales fueron, pues, el origen y los principios de la secta eclética. Era una excrecencia de la escuela de Alejandría, pero no atribuible a ella, excepto en la medida en que se pueden atribuir otras herejías a otras Iglesias, que las dan a luz, pero las expulsan y las condenan cuando se manifiestan. Salió de los cristianos, pero no era de ellos; si se parecía a los arrianos, por otra parte, y qué utilidad tenían sus principios para ellos, son los siguientes puntos a considerar.

2.

La escuela arriana ya ha sido atribuida a Antioquía como su lugar de nacimiento, y su carácter ha sido determinado como lo que podríamos llamar aristotélico-judaico. Ahora bien, a primera vista, hay notables puntos de diferencia entre éste y los ecléticos. En su aspecto aristotélico, su temperamento polémico era en absoluto desagradable para los nuevos platónicos. Estos filósofos se distinguían comúnmente por su temperamento melancólico, que los predisponía al misticismo, y a menudo los incitaba a excentricidades que rayaban en la locura. Lejos de cultivar los talentos necesarios para el éxito en la vida,

colocaban las virtudes más sublimes en una abstracción de los sentidos y en una indiferencia a los deberes ordinarios. Creían que una relación con las inteligencias del mundo espiritual sólo podía efectuarse despojándose de su humanidad; y que la adquisición de dones milagrosos compensaría su descuido de las reglas necesarias para el bienestar de los mortales comunes. En pos de este talento oculto, Plotino meditó un viaje a la India, siguiendo el modelo de Apolonio; mientras que las privaciones corporales y los ritos mágicos eran métodos prescritos en su filosofía para elevarse en la escala del ser. Como podía esperarse de los profesantes de semejante credo, la ciencia de la argumentación era desdeñada, como si estuviera por debajo de la mirada de los que caminaban por una visión interna de la verdad, no por los cálculos de una razón tediosa y progresiva; y sólo se empleaba en la consideración condescendiente de aquellos que no podían elevarse a su propio nivel. Cuando Jámblico fue frustrado en su argumentación por un dialéctico, observó que los silogismos de su secta no eran armas que se pudieran poner delante de muchos, siendo la energía de esas virtudes internas las que son el ornamento peculiar del filósofo. Nociones como éstas, que tienen su medida de verdad, si sustituimos la iluminación irreal y casi pasiva de los místicos, esa percepción moral instintiva que asegura la práctica de la virtud, no encontraron simpatía en la astuta política secular y en el espíritu intrigante de los arrianos; ni tampoco en su aguda astucia y falta de imaginación, en sus disputas precisas y técnicas, en sus distinciones verbales y en sus ansiosas apelaciones al juicio del populacho, que siempre está desprovisto de refinamiento y delicadeza, y tiene la suficiente agudeza de aprehensión para ser susceptible de razonamientos sofísticos.

Por otra parte, al ver la escuela de Antioquía en su aspecto judaico, nos encontramos con un contraste diferente, pero no menos notable, con los eclécticos. Estos filósofos habían seguido a los alejandrinos en la adopción de la regla alegórica; tanto por su evidente idoneidad a su mente mística, como por medio de borrar los escándalos y reconciliar las inconsistencias de la mitología pagana. El judaísmo, por el contrario, siendo carnal en sus puntos de vista, era esencialmente literal en sus interpretaciones; y, en consecuencia, tan hostil por su tosquedad, como los sofistas por su sequedad a la fantasiosa meticulosidad de los eclécticos. Había rechazado al Mesías, porque no cumplía sus esperanzas de un conquistador y rey temporal. Se había aferrado a su ritual obsoleto, como si no discerniera en él la anticipación de mejores promesas y mandamientos, entonces cumplidos en el Evangelio. En la Iglesia cristiana, estaba perpetuando la obstinación de su incredulidad en un menosprecio de la autoridad espiritual de Cristo, una confianza en los aspectos externos del culto religioso y una indulgencia en los placeres mundanos y sensuales. Además, había adoptado en su forma más odiosa la doctrina de los quiliastas o milenaristas, respecto al reinado de los santos sobre la tierra, doctrina a la que Orígenes, y más tarde su discípulo Dionisio, se opusieron sobre la base de una interpretación alegórica de la Escritura. Y en esta controversia, el judaísmo estaba todavía en conexión, más o menos, con la escuela de Antioquía; que se celebra en aquellos tiempos, en contraste con el alejandrino, por su adhesión a la teoría del sentido literal.

Puede añadirse, para hacer una distinción adicional entre los arrianos y los eclécticos, que mientras estos últimos sostenían la doctrina de las emanaciones y de la eternidad de la materia, la hipótesis de los primeros exigía o implicaba el rechazo de ambos principios; de modo que la filosofía ni siquiera proporcionó el fundamento argumentativo de la herejía, con la que su teología tenía exteriormente una semejanza parcial.

3.

Pero en épocas de dificultad, los hombres miran a su alrededor por todos lados buscando apoyo; y el eclecticismo, que no tenía ningún atractivo para los sofistas de Antioquía mientras sus especulaciones eran desconocidas para el mundo en general, se convirtió en un refugio oportuno (como aprendemos de varios autores), en manos de ingeniosos disputadores, cuando se vio presionado por el número y la autoridad de los defensores de la ortodoxia. En primer lugar, hubo un acuerdo entre las escuelas de Amonio y de Pablo, en el punto cardinal de una oposición inveterada a la doctrina católica de la divinidad de nuestro Señor. Los judaizantes admitían, a lo sumo, sólo su milagrosa concepción. Los eclécticos, honrándole como a un maestro de sabiduría, sin embargo, lejos de considerarlo más que a un hombre, se esforzaron en buscar en los sabios paganos ejemplares rivales en santidad y poder. A continuación, las dos partes coincidieron en rechazar de su teología todo misterio, en la noción eclesiástica de la palabra. La hipótesis trinitaria de los eclécticos no estaba perpleja por ninguna parte de esa dificultad de enunciado que, en la verdadera doctrina, resulta de la misma incomprendibilidad de su tema. Declararon su creencia en un principio sublime, que Platón había propuesto por primera vez y que los cristianos corrompieron; pero sus Tres Principios Divinos no eran en ningún sentido uno, y, aunque esencialmente distintos entre sí, había una subordinación sucesiva de la naturaleza en el segundo y en el tercero. En tales especulaciones encontró el sofista judaizante el mismo desiderátum que en vano exigió de la Iglesia; un credo redactado en las Escrituras, sin la dificultad que lo acompaña.

De acuerdo con esto, a la doctrina así puesta en sus manos, podría apelar a modo de contraste, como si cumpliera sus justas exigencias; es más, en la medida en que argumentaba y perturbaba la fe de su oponente católico, también abría un camino, por necesidad y sin esfuerzo formal, para el credo pervertido de esa filosofía que tan maliciosamente se había anticipado a los trabajos y usurpado el oficio de un Sínodo eclesiástico.

Y, además, debe observarse que, cuando el sofista hubo dominado la teología ecléctica, tenía de hecho un arma muy poderosa para engañar o avergonzar a su antagonista católico. La doctrina que Amonio profesaba descubrir en la Iglesia, y reclamar de los cristianos, fue empleada por el arriano como si fuera el testimonio de los primeros Padres la verdad herética que él sostenía. Lo que en la teología ante-nicena no era más que una advertencia, o más bien una libertad inevitable, se insistía en ella como verdad apostólica. Clemente y Orígenes, ya sometidos a una interpretación perversa, fueron testigos proporcionados por los eclécticos por anticipación contra la ortodoxia. Esta apelación expresa a los escritores alejandrinos parece, de hecho, haber sido reservada para un período tardío de la controversia; pero desde el principio se acumularía una ventaja para los arrianos, por su acuerdo (hasta donde llegaba) con el lenguaje recibido en la Iglesia primitiva. De este modo, la perplejidad y la duda se introdujeron necesariamente en las mentes de aquellos que sólo oyeron el rumor de la discusión, e incluso de muchos que la presenciaron, y que, de no haber sido por esta aparente sanción primitiva, se habrían rehuido de las audaces e irreverentes indagaciones y de las ociosas sutilezas que son las muestras del genuino temperamento arriano. Tampoco el principio alegórico del eclecticismo era incompatible con los instrumentos del sofista. Esto, también en manos de un hábil disputador, particularmente en el ataque, sería más útil para la causa herética que para la ortodoxa. Porque, en la medida en que el polemista arriano afirmaba estar

preguntando razones por las que debía creer en la divinidad de Nuestro Señor, una respuesta basada en alegorismos no lo silenciaba, al mismo tiempo que le sugería los medios para evadir así las pruebas más argumentativas de la doctrina católica, que se basan en los testimonios explícitos y literales de la Escritura. Era notoriamente el artificio de Arrio, que desde entonces ha sido adoptado más audazmente por los herejes modernos, para explicar sus declaraciones más claras mediante una exposición figurativa forzada. Aquí, esa peculiar sutileza en el uso del lenguaje, en la que su escuela sobresalía, apoyaba y extendía la aplicación de la regla alegórica, recomendada, como era, al creyente desprevenido, y forzada a los más cautelosos, por su recepción previa de parte de los ornamentos más ilustres y de los más verdaderos campeones de la fe apostólica.

Pero, después de todo, no hay suficientes pruebas en la historia de que los arrianos hicieran este uso del neoplatonismo, considerado como un partido. Creo que no lo hicieron, y de los hechos de la historia se deduce que sólo Eusebio de Cesarea es favorable a esa filosofía; pero algunas personas pueden atribuir importancia a la circunstancia de que Siria fue una de sus principales sedes desde su primera aparición. El virtuoso y amable Alejandro Severo profesó abiertamente su credo en su corte siria y, como consecuencia de esta profesión, extendió su favor a la nación judía. Zenobia, judía de religión, sucedió a Alejandro en su gusto por la literatura pagana y su apego a la filosofía sincretista. Su instructor en la lengua griega, el célebre Longino, había sido alumno de Amonio, y fue el primer maestro de Porfirio, el más acérrimo oponente del cristianismo que emanó de la escuela ecléctica. Posteriormente, Amelio, el amigo y sucesor de Plotino, trasladó la sede de la filosofía de Roma a Laodicea en Siria; que se hizo notable por el número y fama de sus eclécticos. En el siglo siguiente, Jámblico y Libanio, el amigo de Juliano, pertenecían a la rama siria de la secta. Es notable que, mientras tanto, su rama alejandrina declinó en reputación a la muerte de Amonio; probablemente, como consecuencia de la hostilidad que encontró por parte de la Iglesia que tuvo la desgracia de darle a luz.

CAPÍTULO II.
LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA ANTE-NICÉNICA EN SU RELACIÓN CON LA
HEREJÍA ARRIANA.

SECCIÓN I.

SOBRE EL PRINCIPIO DE LA FORMACIÓN E IMPOSICIÓN DE CREDOS.

En el capítulo anterior se ha visto que el temperamento de la Iglesia ante-nicena se oponía a la imposición de pruebas doctrinales a sus miembros; y por otra parte que tal medida se hizo necesaria a medida que la fuerza de la Tradición Apostólica se debilitaba con el paso del tiempo. Este es un tema que merecerá algunas observaciones adicionales; y conducirá a una investigación del principio sobre el cual descansa la formación e imposición de credos. Después de esto, delinearé la doctrina católica misma; tal como se sostenía en los primeros tiempos del cristianismo; y luego, la sustitución arriana por ella.

1.

Ya he observado que el conocimiento de los misterios cristianos era, en aquellos tiempos, considerado como un privilegio que había que codiciar con avidez. No era probable, pues, que la recepción de ellos se considerara una prueba; lo que implica una concesión por parte del receptor, no una ventaja. La idea de descreer o criticar las grandes doctrinas de la fe, por la naturaleza del caso, apenas se les ocurriría a los cristianos primitivos. Estas doctrinas fueron objeto de una Tradición Apostólica; eran las mismas verdades que habían sido reveladas recientemente a la humanidad. Habían sido confiados a la custodia de la Iglesia, y eran dispensados por ella a aquellos que los buscaban, como un favor. Eran hechos, no opiniones. Venir a la Iglesia era expresar la disponibilidad a recibir su enseñanza; vacilar en creer, después de haber venido por creer, sería una inconsistencia demasiado rara para requerir una provisión especial contra la posibilidad de que ocurra. Era suficiente hacer frente al mal a medida que surgía: el poder de excomunión y deposición estaba en manos de las autoridades eclesiásticas y, como en el caso de Pablo de Samosata, se usaba con imparcialidad. Sin embargo, en realidad, tales casos de contumacia eran comparativamente raros; y las herejías ante-nicenas fueron en muchos casos las innovaciones de aquellos que nunca habían estado en la Iglesia, o que ya habían sido expulsados de ella.

Tenemos alguna dificultad para ponernos en la situación de los cristianos en aquellos tiempos, por la circunstancia de que las Sagradas Escrituras son ahora nuestro único medio de satisfacernos en puntos de doctrina. Así, todo el que se acerca a la Iglesia se considera con derecho a juzgar y decidir individualmente sobre su credo. Pero en aquella época primitiva, la Tradición Apostólica, es decir, el Credo, era prácticamente la principal fuente de instrucción, especialmente considerando las oscuridades de la Escritura; y al estar retirado de la vista del público, no podía ser objeto de la degradación de una comparación, por parte de los indagadores y los cristianos a medias, con los documentos escritos que nos son otorgados por las mismas autoridades inspiradas. En cuanto a los

bautizados y miembros incorporados de la Iglesia, tenían, por supuesto, el privilegio de comparar la tradición escrita y la oral, y podían ejercerla tan provechosamente como comparar y armonizar la Escritura consigo misma. Pero antes del bautismo, el conocimiento sistemático era retenido; y sin ella, la Escritura, en lugar de ser la fuente de instrucción sobre las doctrinas de la Trinidad y la Encarnación, era poco más que un libro sellado, que necesitaba una interpretación, amplia y poderosamente ya que servía al propósito de probar esas doctrinas, una vez que fueron reveladas. Y tanto sobre la renuencia de los Padres primitivos a publicar credos, sobre la base de que el conocimiento de las doctrinas cristianas era un privilegio reservado a los bautizados, y en ningún sentido un tema de vacilación y disputa, que predispondrían a los eclesiásticos a innovar sobre un principio que los convertía en los guardianes especiales de la verdad revelada.

Su atraso procedía también de una profunda reverencia por los sagrados misterios de los que eran dispensadores. Aquí nos presentan la verdadera exhibición de esa sensibilidad piadosa que los paganos habían concebido, pero que no podían ejecutar con justicia. Estos últimos tenían sus misterios, pero sus rudos intentos fueron reemplazados por la disciplina divina del Evangelio, que aquí actuaba en el oficio que es peculiarmente suyo, rectificando, combinando y completando las invenciones de la naturaleza no instruida. Si la Iglesia primitiva consideraba el conocimiento mismo de la verdad como un privilegio temible, mucho más consideraba esa verdad misma como gloriosa y terrible; y apenas hablando de ello con sus hijos, se acobardaba ante la impiedad de someterlo a la dura mirada de la multitud. Todavía oramos, en el servicio de la Confirmación, por aquellos que son introducidos en todos los privilegios del pacto cristiano, para que puedan ser “llenos del espíritu del santo temor de Dios”; pero el significado y los resultados prácticos de la reverencia religiosa profundamente arraigada se entendían mucho mejor en los tiempos primitivos que ahora, cuando la infidelidad del mundo ha corrompido a la Iglesia. Ahora, nos permitimos sondear públicamente las verdades más solemnes de una manera descuidada o ferozmente argumentativa; verdades, que es tan inútil como indecoroso discutir en público, como si sólo fueran alcanzables por los sobrios y vigilantes, por grados lentos, con dependencia en el Dador de la sabiduría, y con estricta obediencia a la luz que ya ha sido concedida. Entonces, apenas expresarían por escrito, lo que ahora no sólo se predica a las multitudes mixtas que frecuentan nuestras iglesias, sino que circula en forma impresa entre todos los rangos y clases de los impuros y los profanos, y se presiona a todos los que deciden comprarlo. Es más, tan perplejo está el estado actual de las cosas, que la Iglesia se ve obligada a cambiar su curso de acción, según el espíritu de la alteración hecha en Nicea, y a tomar parte a regañadientes en las discusiones teológicas del día, como un hombre aplasta a las criaturas venenosas de la necesidad, poderosas para hacerlo, pero que aborrecen el empleo. Esta es la disculpa que el autor de la presente obra, en la medida en que vale la pena presentarse, ofrece a todos los cristianos sobrios y celosos, por atreverse a exponer públicamente las grandes doctrinas evangélicas, no ciertamente en medio de controversia o prueba (lo que sería un oficio aún más humillante), sino en forma histórica y explicativa. Y confía fervientemente en que, al hacerlo, pueda ser traicionado en ninguna familiaridad o extravagancia de expresión, rebajando cautelosamente la Verdad, y (por así decirlo), envolviéndola en un lenguaje reverente, y así depositándola en su debido lugar de descanso, que es el corazón del cristiano: libre de esas profanaciones inefables con las que una infidelidad escrutadora lo hiere y lacera. Aquí, de nuevo, se pone un ejemplo sorprendente de la ineptitud de los libros, comparada con la comunicación privada, para los propósitos de la instrucción religiosa; nivelando, como lo hacen, las

distinciones de mente y temperamento por la formalidad del carácter escrito, y transmitiendo cada clase de conocimiento menos perfectamente, en la medida en que es de naturaleza moral, y requiere ser tratado con delicadeza y discriminación.

2.

En cuanto a los Padres primitivos, con sus sentimientos reverenciales hacia el Ser Supremo, grande debió ser su indignación primero, y luego su perplejidad, cuando los apóstatas revelaban y corrompían la verdad sagrada, o cuando las sectas heréticas o filosóficas hacían conjeturas que se aproximaban a ella. Aunque los herejes también tenían sus misterios, sin embargo, es notable que, en lo que se refiere a las elevadas doctrinas del Evangelio, abandonaron en gran medida esa restricción y reserva con la que los católicos significaban en parte, y en parte se aseguraron una reverencia hacia ellos. Tertuliano expone agudamente la falta de una disciplina grave y ordenada entre ellos en su día. “No se sabe -dice- quién de ellos es catecúmeno, quién creyente. Se encuentran igual, oyen igual, rezan igual; es más, aunque los paganos entrasen, echarán cosas sagradas a los perros, y sus perlas, falsas joyas como son, a los cerdos. A este derrocamiento del orden lo llaman simplicidad, y a nuestra atención la llaman embellecimiento meretricio. Se comunican con todos los hombres promiscuamente; no siendo nada para ellos en lo que difieren de ellos, con tal que se unan a ellos para la destrucción de la verdad. Todos son activos; todos fingen conocimiento. Sus catecúmenos son perfectos en la fe antes de ser enseñados plenamente. Incluso sus mujeres se aventuran singularmente hacia adelante, es decir, para enseñar, argumentar, exorcizar, emprender curas, no, tal vez bautizar”

El espíritu herético es siempre uno y el mismo en sus diversas formas: esta descripción de los gnósticos tuvo exactamente paralelo, en todos los puntos para los que la hemos introducido aquí, en la historia del arrianismo; históricamente distinto como es este último sistema del gnosticismo. Arrio comenzó por lanzar sus preguntas como tema de debate para la consideración pública; y de inmediato se formaron multitudes de polemistas de aquellas clases que eran las menos calificadas o merecedoras de tomar parte en la discusión. Alejandro, su diocesano, le acusa de ponerse del lado de los judíos y de los paganos contra la Iglesia; y ciertamente sabemos por los historiadores, que los filósofos paganos estuvieron desde el principio calurosamente interesados en la disputa, de modo que algunos de ellos asistieron al Concilio de Nicea, para tener la oportunidad de averiguar la doctrina ortodoxa. Alejandro también lo acusa de emplear mujeres en su perturbación de la Iglesia, aparentemente refiriéndose al mismo tiempo a la predicción del Apóstol sobre ellas. Habla especialmente de las mujeres más jóvenes como celosas en su causa, y como si atravesaran Alejandría en su afán de promoverla, un hecho confirmado por Epifanio, quien habla (si se le puede dar crédito) de hasta setecientas de las sociedades religiosas de esa ciudad que inmediatamente tomaron parte con el heresiarca. Pero Arrio llevó su agitación aún más abajo. No es con otra autoridad que la del historiador Filostorgio, su propio partidario, que estamos seguros de que compuso y puso música a canciones sobre el tema de su doctrina para uso de las clases más rudas de la sociedad, con el fin de familiarizarlas con ella. Otras de sus composiciones, de mayor excelencia literaria, se usaban en la mesa como acompañamiento religioso de la comida ordinaria; uno de los cuales, conservado en parte por Atanasio, se refiere a las partes más sagradas de la cuestión teológica. El éxito de estos esfuerzos en atraer la atención pública a su doctrina está registrado por Eusebio de Cesarea, quien, aunque no era amigo del heresiarca, es evidencia insospechada de ser uno de su partido. “De una pequeña chispa se encendió un

gran fuego. La disputa comenzó en la Iglesia de Alejandría, luego se extendió por todo Egipto, Libia y la lejana Tebaida; Luego asoló las otras provincias y ciudades, hasta que la guerra de palabras reclutó no sólo a los preladados de las iglesias, sino también al pueblo. Al final, la exposición fue tan extraordinaria, que incluso en los teatros paganos, la doctrina divina se convirtió en objeto del más vil ridículo.”

Tal era el arrianismo en sus comienzos; y si era tan indecente en manos de su creador, quien, a pesar de cortejar a la multitud, se distinguía por cierta reserva y altivez en su comportamiento personal, mucho más flagrante era su impiedad bajo la dirección de sus sucesores menos refinados. Valente, el obispo favorito de Constancio, expuso las solemnidades de la Eucaristía en un examen judicial al que eran admitidos judíos y paganos; Eudoxio, el arrianizador de las naciones godas, cuando se instaló en el trono patriarcal de Constantinopla, pronunció como primeras palabras una broma profana, que fue recibida con grandes carcajadas en la recién consagrada iglesia de Santa Sofía; y Aecio, el fundador de los anomoeanos era el más grosero y despreciable de los bufones. Más tarde, encontramos la misma descripción del partido herético en un discurso del amable y amable Gregorio Nacianceno. Con una referencia a los problemas arrianos, dice: “Ahora es sacerdote un nombre vacío; el desprecio se derrama sobre los gobernantes, como dice la Escritura... Todo miedo ha sido desterrado de nuestras almas, la desvergüenza ha tomado su lugar. El conocimiento está ahora a la voluntad de quien lo elige, y todos los misterios profundos del Espíritu. Todos somos piadosos, porque condenamos la impiedad de los demás. Usamos a los infieles como nuestros árbitros, y echamos lo que es santo a los perros, y las perlas a los cerdos, publicando verdades divinas a oídos y mentes profanas; y, miserables como somos, cumplimos cuidadosamente los deseos de nuestros enemigos, mientras, sin sonrojarnos, nos contaminamos con nuestras invenciones”

Ya se ha dicho bastante, para describir la condición de la Iglesia Católica, indefensa ante la misma sacralidad y refinamiento de su disciplina, cuando se le hizo el ataque del arrianismo; insultando su silencio, provocándolo a discutir, inquietando y seduciendo a sus miembros, y en consecuencia exigiendo su juicio autoritario sobre el punto en disputa. Y además de los instrumentos del mal que se dirigían internamente contra ella, los eclécticos habían extendido ya su credo entre los eruditos, con mucho mayor decoro que los arrianos, pero todavía para interpretar prácticamente las Escrituras en lugar de la Iglesia, y para exponer dogmáticamente las conclusiones para las que los controvertistas arrianos no estaban sino preparando indirectamente la mente con sus objeciones y sofismas.

3.

En estas circunstancias, era el deber de los gobernantes de la Iglesia, a pesar de cualquier sacrificio de sus sentimientos, discutir el tema en controversia plenamente y sin reservas, y declarar su decisión abiertamente. La única alternativa era una no injerencia poco varonil y una prohibición arbitraria o traicionera de la discusión. Imponer silencio a los perplejos indagadores, no es silenciar sus pensamientos; y en el caso de las mentes serias, es natural acudir al gobernante espiritual en busca de consejo y alivio, y sentir decepción por la timidez, o irritación por la dureza, de aquellos que se niegan a dirigir una investigación legal que no pueden sofocar. Semejante proceder, pues, es de lo más imprudente, así como cruel, en la medida en que arroja la cuestión en disputa a otros árbitros; o más bien, es más comúnmente insincero, el acto traidor de aquellos que se preocupan poco por la cuestión en disputa, y se contentan con que prevalezcan

secretamente opiniones que profesan condenar. Los Padres Nicenos podían desesperar de reclamar el partido arriano, pero estaban obligados a erigir un testimonio de la verdad, que podría ser una guía y una advertencia para todos los católicos, contra el espíritu mentiroso que estaba en la Iglesia. Estas observaciones se aplican a una censura que a veces se les transmite, como si fuera su deber haber encerrado la cuestión con las palabras de la Escritura; porque las palabras de la Escritura eran el mismo tema en controversia, y el haber prohibido la controversia, de hecho, no habría sido más que para insultar a los perplejos, y para extender verdadero aliento a los insidiosos oponentes de la verdad. Pero tal vez sea conveniente explicar aquí más ampliamente el principio de la obligación que llevó a su interposición.

Obsérvese, pues, que en lo que se refiere a la doctrina de la Trinidad, el mero texto de la Escritura no está calculado ni para satisfacer el entendimiento ni para determinar el temperamento de los que profesan aceptarla como regla de fe.

1. Antes de que la mente haya sido despertada a la reflexión y a la curiosidad acerca de sus propios actos e impresiones, consiente, si está religiosamente entrenada, en esa devoción práctica a la Santísima Trinidad, y en el reconocimiento implícito de la divinidad del Hijo y del Espíritu, que la Sagrada Escritura enseña y ejemplifica a la vez.

Esta es la fe de los hombres incultos, que no es menos filosóficamente correcta, ni menos aceptable a Dios, porque no se concibe en esas afirmaciones precisas que presuponen la acción de la mente sobre sus propios sentimientos y nociones. Los sentimientos morales no contemplan y realizan directamente para sí mismos los objetos que los excitan. Un pagano, al obedecer a su conciencia, adora implícitamente a Aquel de quien nunca ha oído hablar claramente. Además, un niño no siente la menor reverencia afectuosa hacia sus padres, porque no puede discriminar en palabras, es más; o en idea, entre ellos y otros. Sin embargo, a medida que su razón se abre, puede preguntarse acerca al fundamento de sus propias emociones y conducta hacia ellas; y podría descubrir que estos son los correlativos de su peculiar ternura hacia él, su largo e íntimo conocimiento de él, y su asunción sin vacilaciones de autoridad sobre él; todo lo cual experimenta continuamente. Y, además, podría atribuir estas características de su influencia sobre él a la relación esencial misma, que implica su propia deuda original con ellos por el don de la vida y la razón, la bendición inestimable de una existencia indestructible e interminable. Y ahora su intelecto contempla el objeto de esos afectos, que actuaron verdaderamente desde el principio, y que no son más puros o fuertes por el mero hecho de acceder al conocimiento. Esto tenderá a ilustrar el tema sagrado al que estamos dirigiendo nuestra atención.

A medida que la mente se cultiva y se expande, no puede abstenerse de intentar analizar la visión que influye en el corazón, y el Objeto en el que se centra esa visión; y no se detiene hasta que, de alguna manera, ha logrado expresar con palabras lo que siempre ha sido un principio tanto de sus afectos como de su obediencia. Pero aquí cesa el paralelismo; siendo el objeto de la veneración religiosa invisible y diferente de todo lo que se ve, la razón no puede sino representarlo en medio de las ideas que proporciona la experiencia de la vida (como vemos en el relato de la Escritura, en cuanto se dirige al entendimiento); y a menos que estas ideas, por inadecuadas que sean, se apliquen correctamente a ella, reaccionan sobre los afectos y depravan el principio religioso. Esto se ejemplifica en el caso de los paganos, quienes, tratando de hacer de su noción instintiva de la Deidad un objeto de reflexión, pintaron en sus mentes imágenes falsas, que

finalmente les dieron un modelo y una sanción para pecar. Así, la doctrina sistemática de la Trinidad puede ser considerada como la sombra, proyectada para la contemplación del intelecto, del Objeto de la piedad bíblicamente informada: una representación, económica; necesariamente imperfecta, por ser exhibido en un medio extranjero, y por lo tanto implicando aparentes inconsistencias o misterios; dada a la Iglesia por la tradición contemporáneamente a los escritos apostólicos, que se dirigen más directamente al corazón; mantenida en un segundo plano en la infancia del cristianismo, cuando la fe y la obediencia eran vigorosas, y presentada en un momento en que, estando la razón desproporcionadamente desarrollada, y apuntando a la soberanía en el campo de la religión, su presencia se hizo necesaria para expulsar a un ídolo usurpador de la casa de Dios.

Si este relato de la conexión entre el sistema teológico y la implicación de las Escrituras es sustancialmente correcto, se verá cuán ineficaces serán todos los intentos de asegurar la doctrina por medio de un lenguaje meramente general. Se puede conceder fácilmente que la representación intelectual debe estar siempre subordinada al cultivo de los afectos religiosos. Y después de todo, hay que reconocerlo, una mente bien constituida es tan reacia a reflexionar sobre sus propios principios motrices, que la imagen intelectual correcta, por la dureza de su contorno, puede sorprender y ofender a aquellos que siempre han estado actuando de acuerdo con ella. Indudablemente, hay porciones de la doctrina eclesiástica que pronto se van a exponer y que a primera vista pueden parecer un refinamiento, simplemente porque el objeto y los significados de ellas no se comprenden sin reflexión y experiencia. Pero ¿qué le queda a la Iglesia sino hablar para excluir el error? Por mucho que lo deseemos, no podemos refrenar las andanzas del intelecto, ni silenciar su clamorosa demanda de una declaración formal concerniente al Objeto de nuestra adoración. Si, por ejemplo, la Escritura nos pide que adoremos a Dios y adoremos a su Hijo, nuestra razón pregunta inmediatamente si no se sigue que hay dos Dioses; y un sistema de doctrina se hace inevitable; al estar enmarcado, obsérvese, no con el propósito de explicar, sino de organizar las noticias inspiradas concernientes al Ser Supremo, de proporcionar, no una declaración consistente, sino una declaración conectada. Allí descansa la curiosidad de una mente piadosa, es decir, cuando ha perseguido al sujeto hasta el misterio que es su límite. Pero esto no es todo. La expresión intelectual de la verdad teológica no sólo excluye la herejía, sino que asiste directamente a los actos de culto religioso y obediencia; fijando y estimulando el espíritu cristiano de la misma manera que el conocimiento del Dios Único alivia e ilumina la conciencia perpleja de los paganos religiosos. Y así sobre la importancia de los Credos para tranquilizar la mente; el texto de la Escritura se dirige principalmente a los afectos, y es de carácter religioso, no filosófico.

2. Tampoco, en segundo lugar, es suficiente un asentimiento al texto de la Escritura para los propósitos de la comunión cristiana. Como el texto sagrado no estaba destinado a satisfacer el intelecto, tampoco se dio como una prueba del temperamento religioso que forma, y del cual es una expresión. Indudablemente, ninguna combinación de palabras determinará una unidad de sentimiento en aquellos que las adoptan; pero una forma es más adecuada para este propósito que otra. Siendo la Escritura asistemática, y la fe que ella propone está dispersa a través de sus documentos, y comprendida sólo cuando se consideran como un todo, los Credos tratan de concentrar su espíritu general, a fin de dar seguridad a la Iglesia, en la medida de lo posible, de que sus miembros tienen esa visión definida de esa fe que es la única verdadera. Pero, si este es el caso, ¡cuán ocioso es suponer que exigir el asentimiento a una forma de palabras que resulta ser bíblica, es por

eso suficiente para lograr una unanimidad en el pensamiento y la acción! Si la Iglesia ha de ser vigorosa e influyente, debe ser decidida y franca en su doctrina, y debe considerar su fe más como un carácter de la mente que como una noción. Intentar la comprensión de la opinión, por amable que sea a menudo el motivo, es confundir arreglos de palabras, que no tienen existencia sino en el papel, con hábitos que son realidades; e ingeniosas generalizaciones de sentimientos discordantes para ese acuerdo práctico que es el único que puede conducir a la cooperación. Podemos, en efecto, clasificar artificialmente la luz y la oscuridad bajo un solo término o fórmula; pero la naturaleza tiene sus propios cursos fijos, y une a la humanidad por la simpatía del carácter moral, no por esas semejanzas forzadas que la imaginación señala a su antojo incluso en la colección más promiscua de materiales. Por muy verosímil que sea el velo así echado sobre doctrinas heterogéneas, el endeble artificio se descompone tan pronto como los principios subyacentes son llamados a moverse y actuar. Tampoco son inocentes estos intentos de comprensión; porque, siendo el interés de nuestros enemigos debilitar a la Iglesia, siempre han ganado un punto, cuando nos han puesto palabras para las cosas, y nos han persuadido a confraternizar con aquellos que, diferenciándose de nosotros en lo esencial, sin embargo, en el campo excursivo de la opinión, se cruzan en alguna parte con ese camino de la fe, que se centra en la suprema y celosa devoción al servicio de Dios.

Reconozcámonos, pues, como indiscutible, que no hay dos opiniones tan contrarias entre sí, sino que se puede encontrar alguna forma de palabras lo suficientemente vagas como para comprenderlas a ambas. El panteísta admitirá que hay un Dios, y el humanitario que Cristo es Dios, si se les permite decirlo sin explicación. Pero si esto es así, se convierte en el deber, así como en la política evidente de la Iglesia, interrogarlos, antes de admitirlos a su comunión. Si la Iglesia es columna y baluarte de la verdad, y está obligada a contender por la conservación de la fe una vez que le ha sido entregada; si somos responsables como ministros de Cristo por la formación de un solo carácter en el corazón del hombre; y si las Escrituras nos son dadas como un medio para ese fin, pero inadecuadas para el oficio de interpretarse a sí mismas, excepto para aquellos que viven bajo la misma influencia divina que las inspiró, y que se nos envía expresamente para que las interpretemos, entonces, es evidentemente nuestro deber recoger piadosa y cautelosamente el sentido de la Escritura, y promulgarla solemnemente en la forma que sea más adecuada, hasta donde llegue, para excluir el orgullo y la incredulidad del mundo. Se admitirá que, negar a los cristianos individuales el uso de términos que no se encuentran en las Escrituras, como tales, sería una superstición y una usurpación de su libertad religiosa; y de la misma manera, indudablemente, prohibir a las autoridades de la Iglesia exigir a sus miembros la aceptación de tales términos, cuando sea necesario, es interferir con el cumplimiento de sus deberes peculiares, como designados por el Espíritu Santo para ser supervisores del rebaño del Señor. Y, aunque el desempeño de este oficio es el más trascendental y temible que puede sobrevenir al hombre mortal, y nunca debe emprenderse sino mediante la iluminación colectiva de los Jefes de la Iglesia, sin embargo, cuando surgen innovaciones, deben cumplirlo lo mejor que puedan; y ya sea que tengan éxito o fracasen, ya sea que hayan juzgado correcta o apresuradamente la necesidad de su interposición, ya sea que conciban bien o mal su salvaguarda, que tracen la línea de la comunión de la Iglesia ancha o estrechamente, que toleren al razonador profano o que hagan tropezar al escrupuloso, ante su Maestro se mantienen o caen, como en todos los demás actos del deber, la obligación misma de proteger la Fe sigue siendo incuestionable.

Se trata de una explicación del principio abstracto sobre el que descansan las confesiones eclesíásticas. En su adopción práctica, se ha suavizado en dos aspectos importantes. En primer lugar, los Credos impuestos han sido compilados a partir de tradiciones apostólicas o de escritos primitivos; de modo que, de hecho, la Iglesia nunca se ha visto obligada a recoger literalmente el sentido de la Escritura. En segundo lugar, la prueba ha sido usada, no como una condición de comunión, sino de autoridad. Así como el aprendizaje no es necesario para un cristiano privado, tampoco lo es el conocimiento completo del sistema teológico. El clero, y otros en su posición, deben ser interrogados en cuanto a sus puntos de vista doctrinales; pero para la masa de los laicos, es suficiente si no establecen sus propias contradicciones, que implican que han sistematizado, y eso erróneamente. En el Concilio de Nicea, la prueba fue impuesta a los Gobernantes de la Iglesia. No se negaba la comunión laical a los que se negaban a tomarla, con tal de que no introdujeran novedades propias; los anatemas o excomuniones que se dirigían contra los innovadores arrianos.

SECCIÓN II.

LA DOCTRINA BÍBLICA DE LA TRINIDAD.

COMIENZO exponiendo el asunto de la evidencia para la Doctrina Católica, tal como se encuentra en la Escritura; es decir, suponiendo que esté allí contenida, rastreemos la forma en que se nos ha comunicado, es decir, la disposición de los fenómenos que la implican, a la vista de la Revelación. Y obsérvese aquí, en referencia a lo que ya se ha admitido acerca de la oscuridad de los documentos inspirados, que no es nada útil si hubiéramos podido o no extraer de ellos el siguiente punto de vista de la doctrina, si nunca nos hubiera sido sugerido en los Credos. Porque así se nos ha sugerido (providencialmente) a todos nosotros; y la cuestión no es qué habríamos hecho si nunca hubiéramos tenido ayuda externa, sino que, tomando las cosas tal como las encontramos, si, dada la clave del significado de la Escritura (como siempre se ha dado), no podemos deducir la doctrina a partir de ahí, mediante un proceso tan argumentativo como el que nos permite verificar la teoría recibida de la gravitación, que tal vez nunca hubiéramos podido descubrir por nosotros mismos, aunque poseyéramos los datos de los que el inventor sacó sus conclusiones. De hecho, tal estado de caso es análogo a aquel en el que se nos presenta la evidencia de la Religión Natural. Es muy dudoso que los fenómenos del mundo visible nos hubieran llevado por sí mismos al conocimiento del Creador; pero la tradición universal de su existencia ha sido desde el principio su propio comentario sobre ellos, precediendo graciosamente al estudio de la evidencia. Con esta observación me dirijo a una ardua empresa.

En primer lugar, supongamos como agradable tanto a la razón como a la revelación, que hay Atributos y Operaciones, o por cualquier término más adecuado que los designemos, peculiares de la Deidad. Por ejemplo, el poder creador y preservador, la presciencia absoluta, la soberanía moral, etc. Estos están siempre incluidos en nuestra noción de la naturaleza incomunicable de Dios; y, por una figura retórica, si hubiera ocasión de usarla, se podría decir que eran uno con Dios, presentes, cooperando activamente y ejerciendo su propia influencia distintiva en todas sus leyes, providencias y actos. Por lo tanto, si Él es eterno y omnipresente, consideramos que Su conocimiento, bondad y santidad son coeternos y coextensivos con Él. Además, sería un absurdo hacer una comparación entre éstos y Dios mismo; considerarlos como numéricamente distintos de Él; investigar el modo particular de su existencia en la Mente Divina; o tratarlos como partes de Dios, en la medida en que todos están incluidos en la idea de la única Divinidad indivisible. Y, por último, podrían plantearse preguntas sutiles y sin sentido sobre algunas de ellas; por ejemplo, el poder de Dios, es decir, si existió o no desde la eternidad, sobre la base de que, teniendo relación con las cosas creadas, no se puede decir que existiera antes del siglo de la creación.

A continuación, es de notar que las Escrituras judías introducen en nuestra atención ciertos atributos o manifestaciones peculiares (según parecen) de la Deidad, que corresponden en cierta medida a los ya mencionados tal como nos han sido transmitidos por la religión natural, aunque de un carácter más oscuro. Tal es lo que se llama “el Espíritu

de Dios;" una frase que denota a veces la energía divina, a veces el poder creador o preservador, a veces el conjunto de dones divinos, morales e intelectuales, otorgados a la humanidad; teniendo en todos los casos una conexión general con la noción del principio vivificante de la naturaleza. Tal es, de nuevo, "la Sabiduría de Dios," tal como se introduce en el libro de Proverbios; y tal es el "Nombre," "la Palabra", la "Gloria" de Dios.

Además, estas Manifestaciones peculiares (para darles un nombre) están a veces en las mismas Escrituras antiguas singularmente investidas con las propiedades de la personalidad; y, aunque las expresiones del texto sagrado pueden en algunos lugares ser interpretadas en sentido figurado, sin embargo, hay pasajes tan extrañamente redactados, que a primera vista son inconsistentes consigo mismos, y tales que se atribuirían, en una obra no inspirada, al olvido o a la inexactitud del escritor; como, por ejemplo, cuando lo que primero se llama la Gloria de Dios se habla posteriormente como un Agente inteligente, a menudo con las características, o incluso el nombre de un ángel. Por otra parte, en otra parte sucede que lo que se presenta como un ángel, se describe después como Dios mismo.

Ahora bien, cuando pasamos al Nuevo Testamento, encontramos estas peculiares Manifestaciones de la Esencia Divina concentradas y fijadas en dos, llamadas el Verbo y el Espíritu. Al mismo tiempo, la aparente Personalidad que se les atribuye en el Antiguo Testamento, es cambiada por una Personalidad real, tan clara y explícitamente marcada que resiste todos los experimentos críticos sobre el lenguaje, todos los intentos de interpretación alegórica. También aquí el Verbo es llamado Hijo de Dios, y parece poseer atributos personales tan estrictos, que puede descender voluntariamente del cielo y asumir nuestra naturaleza sin dejar de ser idénticamente a lo que era antes para hablar de sí mismo, aunque hombre, como uno y el mismo con el Verbo Divino que existía en el principio. La Personalidad del Espíritu, en algún sentido verdadero y suficiente, se revela con la misma precisión; y que el Hijo no es el Espíritu, es también evidente por las relaciones fijas que se describen como separándolos unos de otros en la Esencia Divina.

Al repasar este proceso de revelación, Gregorio Nacianceno, un poco a la manera del relato anterior, observa que, así como Dios Todopoderoso en el curso de sus dispensaciones ha cambiado el ritual de la religión mediante abrogaciones sucesivas, así también ha cambiado su teología mediante adiciones continuas hasta que ha llegado a la perfección. "El Padre fue revelado abiertamente, y el Hijo sólo oscuramente. Cuando se dio lo Nuevo, el Hijo se manifestó, pero la Divinidad del Espíritu sólo insinuó. Ahora bien, el Espíritu habita con nosotros, dándonos una evidencia más clara acerca de sí mismo... para que por adiciones graduales y vuelos, como dice David, y avanzando y progresando de gloria en gloria, el resplandor de la Trinidad brille sobre los que son iluminados."

Ahora bien, de este método peculiar en el que se nos revela la doctrina en la Escritura, aprendemos tanto como esto en nuestra contemplación de ella; a saber, lo absurdo, así como la presunción, de indagar minuciosamente acerca de las relaciones reales que subsisten entre Dios y Su Hijo y Espíritu, y sacar grandes inferencias de lo que se nos dice de Ellos. Ya sean iguales o desiguales a Él, ya sean posteriores a Él en existencia o coetáneos, tales preguntas (aunque a menudo deben ser respondidas una vez iniciadas) son en su origen tan superfluas como preguntas similares acerca de la relación del Todopoderoso con Sus propios atributos (a las que todavía respondemos en la medida de lo posible, cuando se nos preguntan); porque el Hijo y el Espíritu son uno con Él, excluyendo las ideas de número y comparación. Sin embargo, esta declaración debe ser matizada a

partir de la evidencia de las Escrituras, por dos observaciones adicionales. Por una parte, el Hijo y el Espíritu se nos representan en la Economía de la Revelación, como sirviendo a Dios, y como, hasta ahora, personalmente subordinados a Él; y, por otra parte, a pesar de esta desigualdad personal, sin embargo, como partícipes de la plenitud del Padre, son iguales a Él en naturaleza y en sus exigencias sobre nuestra fe y obediencia, como lo prueba suficientemente la forma del bautismo.

El misterio de la doctrina reside evidentemente en nuestra incapacidad para concebir un sentido de la palabra persona, tal que sea más que un mero personaje, pero menos que un ser inteligente individual; nuestras propias nociones, tal como se recogen de nuestra experiencia de los agentes humanos, nos llevan a considerar la personalidad como equivalente, en su misma idea, a la unidad e independencia de la sustancia inmaterial de la que se predica.

SECCIÓN III.

LA DOCTRINA ECLESIAÍSTICA DE LA TRINIDAD.

Siendo este el punto de vista general de la Escritura de la Santísima Trinidad se sigue para describir la Doctrina Eclesiástica, principalmente en relación con nuestro Señor, tal como está contenida en los escritos de los Padres, especialmente en el Anteniceno.

La Escritura es expresa al declarar tanto la divinidad de Aquel que a su debido tiempo se hizo hombre por nosotros, como también Su distinción personal de Dios en Su estado preexistente. Esto es suficientemente claro desde el comienzo del Evangelio de San Juan, que expone el misterio tan claramente como un comentario eclesiástico puede proponerlo. Sobre estas dos verdades gira toda la doctrina, a saber, que nuestro Señor es uno con Dios, pero personalmente separado de él. Ahora bien, hay dos apelativos que se le dan en la Escritura, reforzando respectivamente estos dos elementos esenciales de la verdadera doctrina; denominaciones imperfectas y abiertas a conceptos erróneos por sí mismas, pero que se califican y completan entre sí. El título del Hijo marca Su derivación y distinción del Padre, el del Verbo (es decir, la Razón) denota Su inherencia inseparable en la Unidad Divina; y mientras que la primera, tomada por sí misma, podría inducir a la mente a concebirlo como un segundo ser, y la segunda como un ser no real en absoluto, ambas juntas dan testimonio del misterio de que Él es a la vez del Dios Inmaterial e Incomprensible y, sin embargo, en él. Ya sea que estos títulos contengan o no la prueba de esta afirmación (lo cual, se supone, realmente lo hacen), al menos, nos permitirán clasificar nuestras ideas, y tenemos autoridad para usarlas así. “El Hijo;” dice Atanasio, “es el Verbo y la Sabiduría del Padre: de cuyos títulos se infiere su derivación impasible e indivisible del Padre, en cuanto que la palabra (o razón) de un hombre no es una mera parte de él, ni cuando se ejercita, sale de él por una pasión; mucho menos, por lo tanto, es así con la Palabra de Dios. Por otra parte, el Padre le llama su Hijo, no sea que, por oír sólo que era el Verbo, lo consideremos como el Verbo del hombre, impersonal, mientras que el título de Hijo lo designa como un Verbo que existe, y una Sabiduría substancial.”

Valgándonos de esta división, detengámonos primero en el apelativo de Hijo, y luego en el de Palabra o Razón.

1.

Nada puede ser más claro para el estudiante atento de la Escritura, que el hecho de que nuestro Señor es llamado allí el Hijo de Dios, no sólo en lo que respecta a su naturaleza humana, sino también a su estado preexistente. Y si esto es así, el hecho mismo de la revelación de Él como tal, implica que debemos recoger algo de ello, y adjuntar en consecuencia a ello algunas ideas a nuestra noción de Él, que de otro modo no habríamos adjuntado; de lo contrario, no se habría hecho. Tomando, pues, la palabra en su sentido más vago, a fin de admitir el menor riesgo posible de forzar la analogía, parece que adquirimos la noción de la derivación de Dios y, por lo tanto, de la absoluta disimilitud y

distancia que existe entre Él y todos los seres, excepto Dios su Padre, como si participara de esa inaccesible Naturaleza Divina incommunicable, que es increada e imperecedera.

Pero la Escritura no nos deja aquí: para fijarnos en este punto de vista, para que no quedemos perplejos con otra noción de la analogía, derivada de esa filiación adoptada, que se atribuye en ella a los seres creados, añade un epíteto característico a su nombre, como descriptivo de la relación peculiar de Aquel que lo lleva con el Padre. Lo designa como el Unigénito o el propio Hijo de Dios, términos que evidentemente se refieren, donde ocurren, a su naturaleza celestial, y así se convierten en el comentario inspirado sobre el título más general. Es cierto que el término generación se aplica también a ciertos acontecimientos de la historia mediadora de nuestro Señor: a su resurrección de entre los muertos; y, según los Padres, a su misión original en el principio de todas las cosas de crear el mundo; y a Su manifestación en la carne. Sin embargo, concediendo esto, el sentido de la palabra “unigénito” permanece, definido por su contexto para relacionarse con algo más elevado que cualquier evento que ocurra en el tiempo, por grande o beneficioso que sea para la raza humana.

Siendo tomada, pues, como es necesario que se tome, para designar su naturaleza original, da testimonio de la manera más contundente e impresionante de lo que hay de peculiar en ella, a saber: Su origen de Dios, y tal que excluye toda semejanza con cualquier ser excepto Él, a quien nada creado se asemeja. Así, sin especular irreverente y ociosamente sobre la generación en sí misma, sino considerando la doctrina como dada como una dirección práctica para nuestra adoración y obediencia, podemos aceptarla en señal de que todo lo que es el Padre, tal es el Hijo. Y hay algunos textos notables en las Escrituras que corroboran este punto de vista: por ejemplo, que en el capítulo quinto de San Juan: “Como el Padre tiene vida en sí mismo, así también dio al Hijo tener vida en sí mismo. Todo lo que hace el Padre, esto también lo hace el Hijo. Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que Él hace. Como el Padre resucita a los muertos y los vivifica, así también el Hijo da vida a los que Él quiere... que todos los hombres honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió.”

Este es el principio de interpretación reconocido por la Iglesia primitiva. Sus maestros nos advierten que no nos quedemos en la palabra “generación”, nos instan a aprovechar y usar su significado práctico. “No especules sobre la generación divina (*genesis*)” dice Gregorio Nacianceno, “porque no es segura... Que la doctrina sea honrada en silencio; es una gran cosa para ti conocer el hecho; no podemos admitir que ni siquiera los ángeles lo entiendan, y mucho menos tú.” Basilio dice: “No busques lo que es indiscubrible, porque no lo descubrirás; si no obedeces, sino que eres obstinado, me burlaré de ti, o más bien lloraré por tu atrevimiento: ... Cree en lo que está escrito, no busques lo que no está escrito.” Atanasio y Crisóstomo rechazan argumentativamente la indagación profana. “Tales especuladores” dice el primero, “bien podrían investigar dónde está Dios, y cómo es Dios, y de qué naturaleza es el Padre. Pero, así como tales preguntas son irreligiosas, y argumentan ignorancia de Dios, así también es ilícito aventurar tales pensamientos acerca de la generación del Hijo de Dios.” Y Crisóstomo: “Yo sé que engendró al Hijo: de la manera en que lo sé, lo ignoro. Sé que el Espíritu Santo proviene de Él; cómo de Él, no lo entiendo. Yo como; pero cómo se convierte esto en mi carne y sangre, no lo sé. No sabemos estas cosas, que vemos todos los días cuando comemos, sin embargo, nos entrometemos en preguntas acerca de la sustancia de Dios”

Aunque prohibieron la especulación, usaron audazmente la doctrina para los propósitos para los cuales se les dio en las Escrituras. Así, Justino Mártir habla de Cristo como el Hijo, “el único que es llamado literalmente por ese nombre;” y discutiendo con los paganos, dice: “Jesús bien podría merecer por su sabiduría ser llamado el Hijo de Dios, aunque no fuera más que un hombre como los demás, porque todos los escritores hablan de Dios como el Padre de los hombres y de los dioses. Pero no os extrañe que, además de esta generación común, le consideremos como el Verbo de Dios como engendrado por Dios de una manera especial.” Eusebio de Cesarea, a pesar de ser insatisfactorio como autoridad, ha expresado bien el punto de vista católico general en su ataque a Marcelo. “El que describe al Hijo como una criatura hecha de la nada,” dice, “no se da cuenta de que le está otorgando sólo el nombre de Hijo, y negándole ser realmente tal; porque el que ha salido de la nada, no puede ser verdaderamente Hijo de Dios, más que las demás cosas hechas. Pero el que es verdaderamente el Hijo, nacido de Dios, como de un Padre, puede ser razonablemente llamado el singularmente amado y unigénito del Padre, y por lo tanto Él mismo es Dios.” Esta última inferencia, de que lo que es nacido de Dios es Dios, por supuesto, apela implícitamente a los numerosos textos que llaman expresamente al Hijo Dios y le atribuyen los atributos divinos.

El espíritu reverencial con que los Padres sostenían la doctrina de la *gennesis*, los llevó al uso de otras formas de expresión, en parte tomadas de la Escritura, en parte no, con el fin de significar el hecho de la plena participación del Hijo en la divinidad de Aquel que es Su Padre, sin detenerse en el modo de participación u origen, sobre la que no se atrevían a especular. Tales eran las imágenes del sol y su resplandor, la fuente y el arroyo, la raíz y sus retoños, un cuerpo y su exhalación, el fuego y el fuego que brotaba de él; todos los cuales fueron usados como emblemas del sagrado misterio en aquellos puntos en que fue declarado en la Escritura, a saber, el misterio del ser del Hijo del Padre y, como tal, partícipe de sus perfecciones divinas. El primero de ellos se encuentra en el primer capítulo de la Epístola a los hebreos, donde nuestro Señor es llamado “el resplandor de la gloria de Dios” Estas ilustraciones tuvieron un uso adicional en su misma variedad, como recordatorio al cristiano de que no debe detenerse en ninguna de ellas por su propio bien. El siguiente pasaje de Tertuliano mostrará cómo se aplicaron en la inculcación de la doctrina sagrada. “Aun cuando un rayo es lanzado desde el sol, aunque no sea más que una parte del todo, sin embargo, el sol está en el rayo, en cuanto es el rayo del sol; ni su sustancia se separa, sino que se extrae. De la misma manera, hay Espíritu del Espíritu, y Dios de Dios. Como cuando se enciende una luz de otra, la luz original permanece entera y sin disminuir, aunque tomes prestadas de ella muchas como ella; así que lo que procede de Dios, se llama a la vez Dios y Hijo de Dios, y ambos son uno”

Evidentemente se puede deducir mucho de lo que la Escritura nos dice acerca de la generación del Hijo; que hay, (para expresarlo así) una reiteración de la Naturaleza Infinita Única de Dios, una divinidad comunicada, en la Persona de nuestro Señor; una inferencia apoyada por la fuerza de la palabra “unigénito” y verificada por la libertad y plenitud con que los Apóstoles atribuyen a Cristo los altos títulos incommunicables de perfección y gloria eternas. Hay otra noción que se nos transmite en la doctrina, que debe ser evidente tan pronto como se expone, por poca que sea la utilidad práctica de detenerse en ella. El mismo nombre de Hijo, y la idea misma de derivación, implican una cierta subordinación del Hijo al Padre, en la medida en que lo vemos como distinto del Padre, o en su personalidad; y se da testimonio frecuente de la exactitud de esta inferencia en la Escritura, como en las descripciones del Ángel Divino en el Antiguo Testamento revivido en las

revelaciones finales del Apocalipsis; y en pasajes como el citado del Evangelio de San Juan. Esta es una verdad que todo cristiano siente, admite y actúa; pero por piedad no se permitiría reflexionar sobre lo que hace, si no le obligara el ataque de las herejías. La respuesta directa que una verdadera lealtad religiosa le lleva a hacer a cualquier pregunta sobre la subordinación del Hijo es que tales comparaciones son irreverentes, que el Hijo es uno con el Padre, y que a menos que honre al Hijo en toda la plenitud de honor que atribuye al Padre, está desobedeciendo su mandato expreso. Puede servir como una ilustración muy débil de la ofensa que se le ha dado, considerar la manera en que recibiría cualquier pregunta acerca del amor que siente respectivamente por dos amigos íntimos, o por un hermano y hermana, o por sus padres; aunque en tales casos la incorrección de la investigación surge de lo inconmensurable, no la coincidencia de los sentimientos respectivos.

Pero la falsa doctrina nos obliga a analizar nuestras propias nociones, con el fin de excluirla. Arrio argumentó que, puesto que nuestro Señor era un Hijo, por lo tanto, no era Dios: y desde entonces nos hemos visto obligados a determinar cuánto concedemos y qué negamos, no sea que, mientras oramos sin mirar, lo perdamos todo. En consecuencia, la teología ortodoxa ha tenido desde su tiempo un aspecto diferente; primero, en cuanto que los teólogos han medido lo que ellos mismos dijeron; en segundo lugar, en cuanto han medido la lengua ante-nicena, que por sus autores era hablada desde el corazón, por las necesidades de controversias de una fecha posterior. Y así se ha hecho parecer técnicos a esos primeros maestros, cuando en realidad sólo se les ha reducido al sistema; así como en la literatura lo que se compone libremente, se somete después a las reglas de los gramáticos y críticos. Esto debe ser tomado como una disculpa por lo que sea que suene duro en las observaciones que ahora tengo que hacer, y por la injusticia que pueda parecer que incidentalmente hago en el curso de ellas a los escritores antiguos cuyas palabras están en cuestión.

“Los doctores católicos,” dice el obispo Bull, “tanto antes como después del Concilio de Nicea, son unánimes en declarar que el Padre es mayor que el Hijo, incluso en cuanto a la divinidad [¿paternidad?]; es decir, no en la naturaleza ni en ninguna perfección esencial, que está en el Padre y no en el Hijo, sino sólo en lo que puede llamarse autoridad, es decir, en el punto de origen, ya que el Hijo es del Padre, no el Padre del Hijo.” Justino, por ejemplo, habla del Hijo como “teniendo el segundo lugar después del Dios inmutable y eterno y Padre de todos.” Orígenes dice que “el Hijo no es más poderoso que el Padre, sino subordinado; según sus propias palabras: “El Padre que me envió, es mayor que yo.” Este texto es citado en prueba de la misma doctrina por los Padres Nicenos y Post-Nicenos, Alejandro, Atanasio, Basilio, Gregorio Nacianceno, Crisóstomo, Cirilo y otros, de quienes podemos contentarnos con las palabras de Basilio: “Mi Padre es mayor que yo”, es decir, en cuanto Padre, ya que ¿qué otra cosa significa “Padre” sino que Él es causa y origen de Aquel que fue engendrado por Él?;” y en otro lugar, “El Hijo es el segundo en orden después del Padre, ya que procede de Él; y en dignidad, en cuanto que el Padre es origen y causa de su existencia.”

Por consiguiente, los escritores primitivos, con una explicitud insospechada pero reverente, dan por sentado el carácter ministrativo de la relación del Hijo y del Espíritu hacia el Padre, hablando todavía, por supuesto, de ellos como incluidos en la unidad divina, no como externos a ella. Así, Ireneo, por clara e innegable que sea su ortodoxia, declara todavía que el Padre “es ministrado en todas las cosas por su propia descendencia y

semejanza, el Hijo y el Espíritu Santo, el Verbo y la Sabiduría, de los cuales todos los ángeles son siervos y súbditos” De la misma manera, Justino, Ireneo, Clemente, Orígenes y Metodios atribuyen un ministerio al Padre, y un mandato y voluntad al Padre, todo en el espíritu de las autoridades post-nicenas ya citadas: y sin riesgo alguno de engañar al lector, tan pronto como se comprenda que la segunda y tercera Personas son internas a la Mente Divina, *connaturalia instrumento*, concurrente (a lo sumo) en un sentido no más fuerte que cuando se dice que la voluntad humana está de acuerdo con la razón. Gregorio Nacianceno expone la misma doctrina con una explicación, en la siguiente frase: “Es evidente -dice- que las cosas de las que el Padre designa en Él las formas, éstas las ejecuta el Verbo; no como un siervo, ni inhábilmente, sino con pleno conocimiento y poder de amo, y, para hablar más apropiadamente, como si Él fuera el Padre”

Tal es el sentido bíblico y católico de la palabra “Hijo.” Por otro lado, es fácil ver cuál era el defecto de esta imagen, y el consiguiente peligro en el uso de esta. En primer lugar, había una apariencia de materialidad, tanto más sospechosa cuanto que en aquella época había herejías que negaban o descuidaban la naturaleza espiritual de Dios Todopoderoso. A continuación, parecía trazarse una distinción demasiado marcada entre el Padre y el Hijo, tendiendo a dar a cada uno una individualidad separada, e introduciendo así una especie de dicitismo; y también aquí la herejía y la filosofía habían preparado el camino para la introducción del error. Los valentinianos y los maniqueos son responsables de ambos conceptos erróneos. Los Eclécticos, con estos últimos; siendo emanatistas, parecen haber considerado al Hijo como individualmente distinto del Padre, y de una naturaleza inferior.

Contra estos errores tenemos las siguientes protestas, entre otras.

Tertuliano dice: “Declaramos que dos se revelan como Dios en la Escritura, dos como Señor; pero nos explicamos, para que nadie se ofenda. No se les llama dos, en cuanto a que ambos son Dios o Señor, sino en cuanto a que son Padre e Hijo; y esto, además, no por una división de la sustancia, sino por una relación mutua, ya que declaramos que el Hijo es individual e inseparable del Padre.” También Orígenes, comentando la palabra resplandor en el primer capítulo de los hebreos, dice: “La Sagrada Escritura se esfuerza por dar a los hombres una percepción refinada de su enseñanza, introduciendo la ilustración de los santos. Ha seleccionado esta imagen material, para que entendamos, incluso en cierto grado, cómo Cristo, que es Sabiduría, emana, como si fuera el Aliento de la perfección de Dios mismo... De la misma manera, por analogía con los objetos materiales, se le llama una emanación pura y perfecta de la gloria Todopoderosa. Ambas semejanzas muestran muy claramente la comunión de la naturaleza entre el Hijo y el Padre. Porque una emanación parece ser de una sola sustancia con el cuerpo del cual es la emanación o aliento. Y para protegerse aún más enérgicamente contra cualquier concepto erróneo de la deriva real de la ilustración, advierte a sus lectores contra esas ficciones absurdas que dan la noción de ciertas extensiones literales en la Naturaleza Divina; como si lo repartieran en partes, y dividieran a Dios Padre, si pudieran; mientras que abrigar incluso la más leve sospecha de esto, no sólo es una impiedad extrema, sino también una completa locura, es más, ni siquiera inteligible en absoluto, que una naturaleza incorpórea sea capaz de división.”

2.

Para responder más plenamente a este concepto erróneo a que dio lugar la palabra Clase, los Padres antiguos se valieron del otro apelativo principal dado a nuestro Señor en la Escritura. El Logos o Sophia, la Palabra, la Razón o la Sabiduría de Dios, sólo se aplica claramente a Cristo por San Juan; pero tanto antes de su tiempo como por sus apóstoles contemporáneos se usa en ese sentido ambiguo, mitad literal, mitad evangélico, que, una vez que se sabe que pertenece a nuestro Señor, nos guía a la interpretación correcta de la metáfora. Por ejemplo, cuando San Pablo declara que “el Verbo de Dios es vivo y activo, y más agudo que una espada de dos filos, y tan penetrante que separa el alma y el espíritu, las coyunturas y los nervios, y un juez de nuestros pensamientos y designios, y un testigo de toda criatura”, es apenas posible decidir si se habla de la ley revelada de Dios. o el Hijo Eterno. En general, parece que nuestro Señor es llamado el Verbo o Sabiduría de Dios en dos aspectos; primero, para denotar su presencia esencial en el Padre, en un sentido tan pleno como el atributo de la sabiduría es esencial para él; en segundo lugar, su mediación, como Intérprete o Palabra entre Dios y sus criaturas. Ningún apelativo, seguramente, podría haber sido otorgado de manera más apropiada, a fin de contrarrestar las nociones de materialidad y de individualidad distinta, y de comienzo de la existencia, que el título del Hijo probablemente introduciría en la doctrina católica. En consecuencia, después de las palabras recientemente citadas, Orígenes lo usa (o una metáfora parecida) para este mismo propósito. Habiendo mencionado la idea absurda que había prevalecido de partes o extensiones en la naturaleza divina, prosigue: “Más bien, como la voluntad procede de la mente, y ni desgarrar la mente, ni se separa o divide de ella, de alguna manera debemos concebir que el Padre ha engendrado al Hijo, que es su imagen”. En otro lugar dice: “Sería impío y peligroso, simplemente porque nuestro intelecto es débil, privar a Dios, hasta donde llegan nuestras palabras, de su Verbo coeterno unigénito, es decir, la sabiduría en la que se regocijó. Bien podríamos concebir que Él no estaba para siempre en gozo”. De ahí que se acostumbrara a declarar que negar la eternidad de nuestro Señor era todo uno, como decir que Dios Todopoderoso careció de inteligencia en otro tiempo: por ejemplo, dice Atenágoras, que el Hijo es “el primogénito del Padre; no como fue hecho, porque Dios, siendo Mente Eterna, tuvo desde el principio razón en sí mismo, siendo eternamente intelectual; sino como emanando sobre la masa caótica como la Idea y el Agente de la Creación”. La misma interpretación de la figura sagrada se continúa después del Concilio de Nicea; así Basilio dice: “Si Cristo es el Poder de Dios, y la Sabiduría, y éstos son increados y coeternos con Dios, (porque nunca estuvo sin sabiduría y poder), entonces, Cristo es increado y coeterno con Dios”.

Pero también en este caso la metáfora era necesariamente imperfecta; y, si se persigue, se presta a conceptos erróneos. Su tendencia obvia era borrar la noción de la Personalidad del Hijo, es decir, introducir el sabelianismo. Algo semejante a esto fue el error de Paulo de Samosata y Marcelo: quienes, por el carácter fugaz y momentáneo de una palabra pronunciada, dedujeron que el Verbo Divino no era más que la manifestación temporal de la gloria de Dios en el hombre Cristo. Y fue para contrarrestar esta tendencia, es decir, para dar testimonio contra ella, que los Padres hablan de Él como el Verbo en una hipóstasis, el Verbo permanente, real y vivo.

3.

Lo que antecede es un bosquejo de la doctrina primitiva concerniente a la naturaleza divina de nuestro Señor, tal como está contenida en los dos apelativos principales que se le atribuyen en las Escrituras. Las ideas opuestas que transmiten pueden ser denotadas

respectivamente por los símbolos “de Dios” y “en Dios”, como si Él se derivara de la simple Unidad de Dios que en ningún aspecto pudiera ser dividido o extendido de ella (para hablar metafóricamente), sino que fuera inherente a esa inefable individualidad. Sin embargo, de estas dos condiciones de la doctrina, la divinidad de Cristo y la unidad de Dios, se insistió mucho más seriamente en esta última en los primeros tiempos. La divinidad de nuestro Señor era, en general, una verdad demasiado clara para discutirla; pero en la medida en que era conocido por los paganos, les parecería que implicaba esta consecuencia: que, por mucho que los cristianos hablaran contra el politeísmo, sin embargo, después de todo, admitían un politeísmo propio en lugar del pagano. De ahí la ansiedad de los apologistas, mientras atacan el credo pagano por este motivo, para defender el suyo contra una acusación similar. Así, Atenágoras, en el pasaje a que nos hemos referido, dice: “Que nadie ridiculice la idea de que Dios tiene un Hijo. Porque nosotros no tenemos tales pensamientos acerca de Dios el Padre o del Hijo como vuestros poetas, que, en sus mitologías, no hacen a los dioses mejores que los hombres. Pero el Hijo de Dios es el Verbo del Padre [como Creador] tanto en idea como en poder activo. ... siendo el Padre y el Hijo uno. Estando el Hijo en el Padre, y el Padre en el Hijo, en la unidad y poder del Espíritu, el Hijo de Dios es la Mente y el Verbo del Padre”. En consecuencia, asumiendo la divinidad del Hijo, los primeros escritores son serios en proteger la doctrina de la Unidad; protegiéndola tanto del materialismo de dividir a la Deidad, como del paganismo de separar al Hijo y al Espíritu del Padre. Y con este propósito subordinaron tanto a los “de Dios” como a los “en Dios”, de una manera que ahora se mostrará.

Primero, el “en Dios”. Es la clara declaración de la Escritura, que debemos recibir sin cuestionar que el Hijo y el Espíritu están en el único Dios, y Él en ellos. Hay un texto notable en el primer capítulo de San Juan que dice que el Hijo está “en el seno del Padre”. En otro lugar se dice que “el Hijo está en el Padre y el Padre en el Hijo”. (Juan 14. 2.) Y en otros lugares el Espíritu de Dios es comparado con “el espíritu del hombre que está en él” (I Corintios 2:2). Esta es, en el lenguaje de la teología, la doctrina de las *coinherencias*; la cual fue usada desde los primeros tiempos con la autoridad de la Escritura, como salvaguarda y testimonio de la Unidad Divina. Se acaba de citar un pasaje de Atenágoras a este propósito. Clemente tiene la siguiente doxología al final de su Instructor Cristiano. “Al único Padre y Hijo, Hijo y Padre, Hijo nuestro guía y maestro, también con el Espíritu Santo, al Único en todas las cosas, en quien están todas las cosas, etc. a Él es la gloria, etc.” Y Gregorio de Neocesarea, si las palabras forman parte de su credo: “En la Trinidad no hay nada creado, nada servil, nada de naturaleza extraña, como si estuviera ausente de ella una vez, y después añadido. El Hijo nunca falló al Padre, ni el Espíritu al Hijo, pero la Trinidad permanece siempre inmutable, inalterable”. Estas *audiorías* pertenecen a la primera escuela alejandrina. La escuela ante-nicénica de Roma es aún más explícita. Dionisio de Roma dice: “No debemos distribuir en tres divinidades la terrible y divina Unidad, ni disminuir la dignidad y la majestad trascendente de nuestro Señor con el nombre de criatura, sino que debemos creer en Dios Padre Todopoderoso, y en Cristo Jesús su Hijo, y en el Espíritu Santo; y creen que el Verbo está unido con el Dios del universo. Porque Él dice: Yo y el Padre somos Uno; y, Yo estoy en el Padre, y el Padre en Mí. Porque así se conservará la Divina Trinidad y la santa predicación de la monarquía”.

Esta doctrina de la coherencia, como protectora de la Unidad sin atrincherarse en las perfecciones del Hijo y del Espíritu, puede incluso llamarla la característica del trinitarismo católico en oposición a todas las falsificaciones, ya sean filosóficas, arrianas u orientales. Se añadirá una declaración post-nicena de ello. “Si alguien verdaderamente recibe al Hijo -

dice Basilio-, encontrará que trae consigo por una parte a su Padre, y por la otra al Espíritu Santo. Porque tampoco puede ser separado del Padre, el cual es del Padre y está siempre en él; ni tampoco de su propio Espíritu desunido, que en él opera todas las cosas... Porque no debemos concebir la separación o la división de ninguna manera; como si se pudiera suponer al Hijo sin el Padre, o bien el Espíritu desunido del Hijo. Pero se descubre entre ellos algo inefable e incomprensible, a la vez comunión y distinción”.

En segundo lugar, así como el “en Dios” condujo a los Padres a la doctrina de la *coincerencia*, así también el “de Dios” los condujo a la doctrina de la *monarquía*, pero con el único objeto de protegerse contra cualquier semejanza con el politeísmo en su credo. Incluso los paganos habían mostrado una disposición, deliberadamente o por un sentimiento espontáneo, de rastrear todas sus deidades hasta un Principio o *arché*, como es evidente por sus Teogonías. Mucho más se convirtió en esa verdadera religión, que prominentemente presentaba la unidad de Dios, para guardar celosamente su lenguaje, para que no pareciera admitir la existencia de una variedad de principios originales. Se dice que la doctrina de los marcionistas y maniqueos era que había tres seres independientes e inconexos en la naturaleza divina. La Escritura y la Iglesia evitan la apariencia del triteísmo, remontando (si podemos decirlo así) las perfecciones infinitas del Hijo y del Espíritu a Aquel de quien son Hijo y Espíritu. Son, para decirlo así, sino la nueva manifestación y repetición del Padre; no habiendo lugar para la numeración o comparación entre Ellos, ni ningún lugar de descanso para la mente contempladora, hasta que sean referidos a Aquel en quien se centran. Por otra parte, al nombrar al Padre, implicamos al Hijo y al Espíritu, ya sea que se llamen o no. Sin esta clave, el lenguaje de las Escrituras está perplejo en los extremos. Por eso es por lo que el Padre es llamado "el único Dios", en un tiempo en que también se menciona el nombre de nuestro Señor, Juan 17. 3, I Timoteo 1. 16-17, como si el Hijo no fuera más que la reiteración de Su Persona, que es el Existente por Sí mismo, y por lo tanto no debe ser contrastado con Él en el camino del número. El Credo, llamado los Apóstoles, sigue este modo de expresar la doctrina; el título de Dios se encuentra en la apertura contra el nombre del Padre, mientras que el Hijo y el Espíritu son introducidos como formas o modos distintos, (por así decirlo) de y en el Único Ser Eterno. El Credo de Nicea, comúnmente llamado así, dirigido como está contra los impugnadores tanto de la divinidad del Hijo como del Espíritu, observa, sin embargo, la misma regla incluso en una forma más estricta, comenzando con una confesión del "Dios Único". Ya sea que este modo de hablar haya sido diseñado en las Escrituras para proteger la doctrina de la Unidad de toda infracción verbal (y parece haber evidencia de que fue así, como en I Corintios 8:5-6), ciertamente fue usado para este propósito en la Iglesia primitiva. Así, Tertuliano dice que es un error "suponer que el número y la disposición de la Trinidad es una división de su Unidad; en la medida en que la Unidad, sacando a la Trinidad de sí misma, no es destruida por ella, sino que es subservida". Novaciano, de la misma manera, dice: “Dios que se origina de Dios, para ser la Segunda Persona, pero que no interfiere con el derecho del Padre a ser llamado el único Dios. Porque, si no tuviese nacimiento, entonces, en verdad, cuando se le comparara con el que no tuvo nacimiento, parecería, por la apariencia de igualdad en ambos, que hizo dos que no tenían nacimiento, y por lo tanto dos dioses.”

Por consiguiente, es imposible adorar a una de las personas divinas sin adorar también a las otras. Al orar al Padre, solo llegamos a su presencia misteriosa a través de su Hijo y su Espíritu; y al orar al Hijo y al Espíritu, somos necesariamente llevados más allá de ellos a la fuente de la Divinidad de la que se derivan. Vemos esto en la forma misma de muchos de los discursos recibidos a la Santísima Trinidad; en el cual, sin intención de

referirse al esquema mediador, el Hijo y el Espíritu parecen, incluso a los ojos de la Unidad Divina, ocupar un lugar en nuestros pensamientos entre el Padre y sus criaturas; como en las doxologías ordinarias “al Padre por el Hijo y por el Espíritu”, o “al Padre y al Hijo en la unidad del Espíritu Santo”.

Esto nos da una idea de la fuerza de las expresiones, común a los Padres primitivos, pero que lleva, a los ojos de los observadores desconsiderados, un carácter refinado y curioso. Llaman al Hijo, “Dios de Dios, Luz de Luz”, etc., con mucha más frecuencia que simplemente Dios, para anticipar en la forma misma de palabras la acusación o el riesgo del doteísmo. De ahí también que las ilustraciones del sol y sus rayos, etc., tuvieran tal reputación, es decir, que contenían, no sólo una descripción, sino también una defensa de la doctrina católica. Así, Hipólito dice: “Cuando digo que el Hijo es distinto del Padre, no hablo de dos Dioses; sino, por decirlo así, luz de luz, y el arroyo de la fuente, y un rayo del sol”. Fue la misma razón que llevó a los Padres a insistir en la doctrina de la generación divina.

SECCIÓN IV.

VARIACIONES EN LAS DECLARACIONES TEOLÓGICAS ANTE-NICENAS.

Habría, por supuesto, diferencias de opinión al decidir cuánto de la doctrina eclesiástica, como se describió anteriormente, se derivó de la Tradición Apostólica directa, y cuánto fue el resultado de la percepción espiritual intuitiva en mentes profundamente religiosas e informadas por las Escrituras. Sin embargo, no parece exagerado afirmar que, por abundante que pueda ser en términos teológicos, apenas se puede señalar uno que no se encuentre o esté estrictamente implícito en el Nuevo Testamento mismo. Y, en efecto, tal vez tanto se les concederá a todos los que tienen derecho a ser considerados trinitarios; las objeciones que algunos de ellos pueden estar dispuestos a plantear, residiendo más bien contra su supuesta excesiva exactitud en la sistematización de la Escritura, que contra las verdades mismas que están contenidas en ella. Pero debe recordarse que somos nosotros, en los tiempos posteriores, los que sistematizamos las declaraciones de los Padres, las cuales, tal como ocurren en sus obras, son en su mayor parte tan naturales y no premeditadas como las del mismo volumen inspirado. Si se juntan los términos y frases más exactos de cualquier escritor, es decir, de un escritor que tiene principios fijos, por supuesto que parecerán técnicos y severos. Contamos las palabras de los Padres, y medimos sus sentencias; y así convertimos las doxologías en credos. Que lo hagamos, que la Iglesia lo haya hecho más o menos desde el Concilio de Nicea hacia abajo, es culpa de los que nos han obligado, de los que, “mientras los hombres dormían”, han “sembrado cizaña entre el trigo”.

Esta observación se aplica a las declaraciones reunidas en la última sección de los primeros escritores, las cuales, aunque generalmente están subordinadas a ciertos fines importantes, como, por ejemplo, el mantenimiento de la unidad de Dios, etc., siguen siendo en general escritas libre y devotamente. Pero ahora la discusión pasa a esa sistematización más intencional por parte de los Padres Ante-Nicenos, que, por inevitable que fuera, pero porque era en parte convencional e individual, era ambigua y, en consecuencia, a veces daba un aparente semblante a la herejía arriana. A menudo se hace necesario establecer la fraseología de la divinidad, en puntos donde el problema principal es, seleccionar las palabras más claras para expresar nociones en las que todos estén de acuerdo; o para encontrar la proposición que mejor encaje y conecte con una serie de doctrinas recibidas. Así, los calvinistas discuten entre sí si Dios quiere o no la condenación de los no elegidos; Ambas partes están de acuerdo en la doctrina, dudan de cómo se puede expresar mejor su propio significado. Por muy claramente que veamos, y por muy firmemente que comprendamos la verdad, tenemos un temor natural a la apariencia de inconsistencia; más aún, un temor apropiado de engañar a otros con nuestra inexactitud de lenguaje; Y especialmente cuando nuestras palabras han sido malinterpretadas por los oponentes, ¿estamos ansiosos por protegernos contra tal inconveniente en el futuro? Hay dos características de las opiniones sometidas a este escrutinio intelectual: en primer lugar, se expresan de diversas maneras durante el proceso; en segundo lugar, se relegan a fórmulas arbitrarias, al final de esta. Ahora, para ejemplificar esto en ciertas declaraciones ante-nicenas de la gran doctrina católica.

1

La palabra no nacido, ingenerado, era el término filosófico para denotar lo que había existido desde la eternidad. En consecuencia, Aristóteles la había aplicado al mundo o a la materia, lo cual era según su sistema sin principio; y por Platón a sus ideas. Ahora bien, puesto que el Verbo Divino fue engendrado según la Escritura, no podía ser llamado ingenerado (o eterno), sin una contradicción verbal. Con el transcurso del tiempo se hizo una distinción entre increar e ingenerar, según que la letra v se duplicara o no, de modo que se pudiera decir que el Hijo era engendrado increadamente. El argumento que surgió de esta perplejidad del lenguaje es esgrimido por el mismo Arrio; que ridiculiza lo ingenerado-generado, que concibe que debe ser atribuido, según el credo ortodoxo, al Hijo de Dios. Algunos años después, el mismo fue el palmario, o más bien el argumento esencial de Eunomio, el campeón de los anomoeos.

2.

Lo inoriginario. Como está implícito en la palabra monarchia, como ya se ha explicado, sólo el Padre es el *arché*, u origen, y el Hijo y el Espíritu no son orígenes. La herejía de los triteístas hizo necesario insistir en esto. De ahí la condenación, en los (llamados) Cánones Apostólicos, de aquellos que bautizaron en el nombre de Tres No Originarios. Y Atanasio dice: "No enseñamos tres Orígenes, como muestra nuestra ilustración; porque no hablamos de tres Soles, sino del Sol y su resplandor". Por la misma razón, los primeros escritores hablaron del Padre como la Fuente de la Divinidad. Al mismo tiempo, para no deshonrar de palabra al Hijo, le atribuyeron "una generación no originada" o "nacimiento". Así, Alejandro, el primer campeón de la verdad ortodoxa contra Arrio, en su carta a su homónimo de Bizancio: "Debemos reservar al Padre no engendrado (o no nacido) su prerrogativa peculiar, confesando que nadie es la causa de su existencia, y al Hijo debemos rendir el debido honor, atribuyéndole la generación no originaria del Padre, y como ya hemos dicho, rindiéndole culto, para hablar siempre de Él piadosa y reverentemente, como preexistente, siempre viviente y ante los mundos". Esta distinción, sin embargo, como era de esperar, sólo fue parcialmente recibida entre los católicos. A diferencia de todos los seres creados, el Hijo y el Espíritu son necesariamente Inoriginarios de la Unidad del Padre. Clemente, por ejemplo, llama al Hijo "el eterno, no originado, origen y principio de todas las cosas". No fue hasta que se dieron cuenta del aparente doteísmo de tales frases, que la controversia sabelina seguramente les impondría, que aprendieron la discriminación exacta observada por Alejandro. Por otra parte, cuando la contienda arriana los impulsó en la dirección opuesta a Sabelio, entonces volvieron más o menos al lenguaje original de Clemente, aunque con una explicación más completa de su propio significado. Gregory Nyssen da el siguiente relato claro de las variaciones de su práctica: "Mientras que la palabra Origen tiene muchos significados, a veces decimos que el apelativo de lo No Originado no es inadecuado para el Hijo. En efecto, cuando se entiende por derivación de la sustancia sin causa, esto se lo atribuyemos sólo al Padre. Pero según los otros sentidos de la palabra, desde la creación, el tiempo, el orden del mundo se refieren a un origen, respecto de los cuales atribuimos al Unigénito, superioridad a cualquier origen; para creer que Él está más allá de la creación, del tiempo y del orden mundano, por quien fueron hechas todas las cosas. Y así confesamos que Él, que no es inoriginado en cuanto a su subsistencia, en todos los demás aspectos es inoriginario, y, mientras que el Padre es inoriginario y no nacido, el Hijo es inoriginario en el sentido explicado, pero no no nacido".

La palabra causa usada en este pasaje, como sustituto de ese uso del Origen que se aplica peculiarmente al Padre como la Fuente de la Divinidad, se encuentra ya en el tiempo de Justino Mártir, quien, en su diálogo con Trifón, declara que el Padre es para el Hijo la causa de su ser; y fue reanudada por los escritores post-nicenos, cuando se encontró que la controversia arriana giraba en no pequeño grado sobre la aplicación exacta de tales términos. Así, Gregorio Nacianceno dice: "Hay un solo Dios, ya que el Hijo y el Espíritu se refieren a una sola causa".

3.

La historia ante-nicena de la palabra homasión o consubstancial, que el Concilio de Nicea adoptó como su prueba, introducirá una discusión más importante.

Es una característica de la Revelación, que aclara todas las dudas acerca de la existencia de Dios, como separado e independiente de la naturaleza; y nos muestra que el curso del mundo depende no sólo de un sistema, sino de un Ser, real, viviente e individual. Lo que nosotros mismos presenciamos, nos evidencia el funcionamiento de las leyes, físicas y morales; pero nos deja insatisfechos, ya sea que el principio de éstas sea o no una mera naturaleza o destino, ya sea que la vida de todas las cosas sea un mero Anima Mundi, un espíritu connatural con el cuerpo en el que actúa, o un Agente poderoso para hacer o deshacer, para cambiar o reemplazar, según Su voluntad. Es aquí donde la Revelación suple la deficiencia de la religión filosófica; los milagros son su emblema, así como sus credenciales, imponiendo a la imaginación la existencia de un Ser irresponsable y autodependiente, así como recomendando un mensaje particular a la razón. Esta gran verdad, transmitida en las mismas circunstancias bajo las cuales se hizo la Revelación, se reconoce explícitamente en su doctrina. Entre otros modos de inculcarlo, puede nombrarse el apelativo bajo el cual Dios Todopoderoso se reveló a los israelitas; Siendo Yahvé un apelativo expresivo de Él, que está esencialmente separado de aquellos seres o sustancias variables y perecederas, que la creación presenta a nuestra observación.

En consecuencia, la descripción de Él como Dios visto como Ser y como el único Ser, se hizo familiar a las mentes de los cristianos primitivos; como encarnando el espíritu de las Escrituras, e indirectamente testificando contra el error característico de la filosofía pagana, que consideraba a la Mente Divina, no como una realidad, sino como un mero nombre abstracto, o ley generalizada de la naturaleza, o en el mejor de los casos como un mero modo, principio o alma animadora, no un Ser externo a la creación y poseído de individualidad. Cirilo de Alejandría define la palabra usia, (ser, sustancia), como "aquello que tiene existencia en sí mismo, independiente de todo lo demás para constituirlo"; es decir, un individuo. Este sentido de la palabra debe tenerse muy en cuenta, ya que no es el que usan los filósofos, que con él denotan el género o la especie, o el "ens unum in multis", un sentido que, por supuesto, no podría soportar cuando se aplica al Dios Único Incomunicable.

La palabra, así apropiada al servicio del Dios de la Revelación, fue usada desde la fecha más temprana para expresar la realidad y subsistencia del Hijo; y ninguna palabra podía ser menos metafórica y más precisa para este propósito, aunque los platónicos optaron por refinar, y por una afectación de reverencia se negaron a hablar de Dios excepto como hiperusios. Justino Mártir, por ejemplo, habla de los herejes, que consideraban que Dios proponía y retiraba su Logos cuando le acordaba, como si fuera una influencia, no una persona, en cierto modo en el sentido adoptado más tarde por Paulo de Samosata y otros.

Para hacer frente a este error, habla de Él como inseparable de la sustancia o ser, usia, del Padre; es decir, para excluir todas las evasiones de las Escrituras, que podrían representar al hombre Cristo como habitado por una gloria divina, poder, naturaleza y cosas semejantes, evasiones que en realidad conducen a la conclusión de que Él no es Dios en absoluto.

Con este propósito se puso en uso la palabra homousión o consustancial entre los escritores cristianos; a saber, para expresar la divinidad real de Cristo, y eso, como derivado de y uno con el Padre. También aquí, como en el caso de su raíz, la palabra fue adoptada, por la necesidad del caso, en un sentido bajo la misma naturaleza general, o especie; es decir, se aplica a las cosas que son semejantes entre sí, y que se consideran como una sola por una abstracción de nuestras mentes; o bien, puede significar del mismo material. Así, Aristóteles habla de que los astros son consustanciales entre sí; y el pórvido de las almas de los animales brutos siendo consustancial a la nuestra. Sin embargo, cuando se usaba en relación con la Esencia incomunicable de Dios, era evidente que no había abstracción posible en la contemplación de Él, que está por encima de toda comparación con sus obras. Su naturaleza es solitaria, peculiar a Él mismo, y una; de modo que todo lo que se consideraba consustancial o coesencial con Él, estaba necesariamente incluido en su individualidad, por todos los que evitaban recurrir a la vaguedad de la filosofía, y se cuidaban de distinguir entre la Esencia incomunicable de Yahvé y todas las inteligencias creadas. Y de ahí la idoneidad del término para denotar, sin metáfora, la relación que el Logos tenía en el credo ortodoxo con su Padre eterno. Su uso es explicado por Atanasio de la siguiente manera. "Aunque", dice, "no podemos entender lo que se entiende por la usia, el ser o la sustancia de Dios, sin embargo, sabemos tanto como esto, que Dios es, que es la forma en que la Escritura habla de Él; y según este patrón, cuando queremos designarlo claramente, decimos Dios, Padre, Señor. Entonces, cuando Él dice en la Escritura: "Yo soy Dios", el Ser, y "Yo soy Yahvé, Dios", o usa la palabra pura y llana Dios, no entendemos por tales declaraciones nada más que Su sustancia incomprensible, y que Él, de quien allí se habla, es. Que a nadie le parezca extraño que se diga que el Hijo de Dios procede del ser o sustancia de Dios; más bien, que esté de acuerdo con la explicación de los padres nicenos, quienes, en lugar de las palabras "de Dios" sustituyeron "del ser o sustancia divina". Consideraban que las dos frases eran sustancialmente iguales, porque, como he dicho, la palabra "Dios" no denota nada más que el ser de Aquel que es. Por otra parte, si el Verbo no es en tal sentido "de Dios" que sea el verdadero Hijo del Padre según su naturaleza, sino que se dice que es "de Dios", simplemente como todas las criaturas son tales porque son su obra, entonces ciertamente no es del ser del Padre, ni Hijo según el ser o la sustancia, sino llamado así por su virtud, como podemos ser nosotros, que recibimos el título de gracias".

El término homousios es empleado por primera vez para este propósito por el autor del Paemander, un cristiano de principios del siglo II. Luego ocurre en varios escritores al final de la segunda y al principio de la tercera. En Tertuliano, la frase equivalente, "unius substantiae", "de una sustancia", se aplica a la Trinidad. En el comentario de Orígenes a los hebreos, la homóusión del Hijo se deduce del título figurado de resplandor, que allí se le dio. En la misma época, fue empleada por varios escritores, obispos e historiadores, como sabemos por los testimonios de Eusebio y Atanasio. Pero en esta época, a mediados del siglo III, se produjo un cambio en el uso de ella y de otras palabras similares, que es lo que a continuación se explicará.

La doctrina oriental de las Emanaciones se combinó en un período muy temprano con la teología cristiana. De acuerdo con el sistema de Valentín, heresiarca gnóstico, que floreció en la primera parte del siglo II, la Inteligencia Suprema del mundo dio existencia a una línea de Espíritus o Eones, que eran todos más o menos partícipes de Su naturaleza, es decir, de una naturaleza específicamente la misma, e incluidos en Su gloria. aunque individualmente separada de la verdadera y Soberana Deidad. Es obvio que una enseñanza como ésta abandona el gran principio revelado en el que se ha insistido anteriormente, el carácter incomunicable y la individualidad de la Esencia Divina. Considera a todos los seres espirituales como semejantes a Dios, en el mismo sentido en que un hombre se asemeja o tiene la misma naturaleza que otro; y, por consiguiente, tenía libertad para aplicar, y de hecho aplicó, al Creador y a sus criaturas la palabra homousión o consustancial, en el sentido filosófico que la palabra tenía originalmente. Tenemos evidencia en la obra de Ireneo de que los valentinianos lo emplearon de esta manera. Le siguieron los maniqueos, un siglo más tarde; ellos también eran emanatistas, y hablaban del alma humana como siendo consustancial o co-esencial con Dios, de una sustancia con Dios. Sus principios permitían, evidentemente, una especie de trinitarismo; siendo el Hijo y el Espíritu considerados Eones de un orden superior a los demás, consustanciales con Dios a causa de Eones, pero uno con Dios en ningún sentido que no fuera cierto también para el alma del hombre. Se dice, además, que eran materialistas; y usó la palabra consustancial tal como puede aplicarse a diferentes vasos o instrumentos, forjados a partir de una sola masa de metal o madera. Sin embargo, sea esto así o no, es evidente que, de todos modos, la palabra en cuestión se volvería inadecuada para expresar la doctrina católica, en la medida en que los oídos de los cristianos estuvieran familiarizados con los términos empleados en las teologías gnóstica y maniquea; Tampoco es de extrañar que al fin dejaran de usarla.

La historia de la palabra probola o descendencia es paralela a la de la consustancial. Significa propiamente cualquier cosa que procede, o es enviada de la sustancia de otro, como el fruto de un árbol, o los rayos del sol; en latín se traduce por *prolatio*, *emissio*, o *editio*, descendencia o descendencia. En consecuencia, Justino lo empleó, o más bien una frase afín, para designar lo que Cirilo llama por encima de la autoexistencia del Hijo, en oposición a las evasiones que eran necesarias para el sistema de Paulo, Sabelio y los demás. Tertuliano hace lo mismo; pero para entonces, Valentín había dado a la palabra un significado material. De ahí que Tertuliano se vea obligado a disculparse por haberlo usado, al escribir contra Práxeas, el precursor de los sabelianos. "¿Puede ser insustancial el Verbo de Dios, que se llama Hijo, que incluso se llama Dios? Se dice que tiene la forma o imagen de Dios. ¿No es Dios un cuerpo [sustancia], aunque sea Espíritu? Entonces, cualquiera que haya sido la sustancia del Verbo, a eso, yo llamo a una Persona, y reclamo para ella el nombre de Hijo, y siendo tal, Él viene después del Padre. Que nadie suponga que estoy introduciendo la noción de una probola (descendencia) como la que Valentín imaginó, sacando sus Eones el uno del otro. ¿Por qué tener que renunciar a la palabra en un sentido correcto, porque la herejía la usa en un sentido incorrecto? Además, la herejía lo tomó prestado de nosotros, y ha convertido la verdad en mentira... Esta es la diferencia entre los usos de la misma. Valentín separa su probolo de su Padre; no lo conocen. Pero sostenemos que sólo el Hijo conoce al Padre, lo revela, hace su voluntad y está dentro de él. Él está siempre en el Padre, como Él ha dicho; siempre con Dios, como está escrito; nunca se separan de Él, porque Él y el Padre son uno. Esta es la verdadera probola, la salvaguardia de la unidad, enviada, no dividida". Poco después de que

Tertuliano defendiera así su uso de la palabra probola, Orígenes en otra parte de la Iglesia la abandonó, o más bien la atacó, en una discusión con Cándido, un valentiniano. "Si el Hijo es una probola del Padre", dice, "que lo engendra de sí mismo, como el nacimiento de los animales, entonces necesariamente tanto la descendencia como el original son de naturaleza corporal". Aquí vemos a dos escritores, con exactamente el mismo credo teológico ante ellos, adoptando puntos de vista opuestos en cuanto a la conveniencia de usar una palabra que la herejía había corrompido.

Pero volvamos a la palabra consubstancial: aunque Orígenes renunció a la palabra probola, sin embargo, usó la palabra consubstancial, como ya se ha mencionado. Pero poco después de su muerte, sus discípulos lo abandonaron en el célebre Concilio celebrado en Antioquía (264 d.C.) contra Paulo de Samosata. Cuando quisieron usarlo como prueba, este hereje se opuso astutamente a él por el mismo motivo en que Orígenes había entregado la probola. Insistió en que, si el Padre y el Hijo eran de una sola sustancia, consustancial, había alguna sustancia común en la que participaban, y que, por consiguiente, era distinta y anterior a las mismas Personas Divinas; un sofisma miserable, que, por supuesto, no podía engañar a Firmiliano y a Gregorio, pero que, adaptado para dejar perplejos a las mentes débiles, podía decidirles a retirar la palabra. Es notable también que el Concilio se celebrara en la época en que Manes apareció en las fronteras del Patriarcado de Antioquía. La escuela contestativa de Paulo persiguió la ventaja así obtenida; y desde ese momento usó la acusación de materialismo como un arma para atacar todas las exposiciones sólidas de la verdad de las Escrituras. Habiendo arrancado a los católicos la condena de una palabra conocida desde hace mucho tiempo en la Iglesia, casi encontrada en la Escritura, y menos figurativa y material en su significado que cualquiera que pudiera ser seleccionada, y objetable sólo en boca de los herejes, emplearon esta concesión como base para atacar expresiones más directamente metafóricas, tomadas de objetos visibles. y sancionado por autoridad de menor peso. En una carta que se citará más adelante, Arrio encarga a los católicos que enseñen los errores de Valentín y Manes; y en otro de los documentos arrianos originales, Eusebio de Nicomedia, sostiene de la misma manera que su doctrina implica la materialidad de la Naturaleza Divina. De este modo, poco a poco fueron silenciando a la Iglesia mediante un proceso que legítimamente condujo al panteísmo, cuando los alejandrinos dieron la voz de alarma y se presentaron noblemente en defensa de la fe.

Vale la pena observar que, cuando las Iglesias asiáticas renunciaron a lo consubstancial, por el contrario, lo conservaron. No sólo Dionisio acepta de buen grado el reto de su homónimo de Roma, que le recordó el valor del símbolo; pero también Teognosto, que presidió la escuela catequética a fines del siglo III, lo reconoce implícitamente en el siguiente pasaje, que ha sido conservado por Atanasio. "La sustancia del Hijo", dice, "no es externa al Padre, ni creada; pero es por derivación natural de la del Padre, ya que el resplandor proviene de la luz. Porque el resplandor no es el sol... y, sin embargo, no le es ajeno; y de la misma manera hay un efluvio de la sustancia del Padre, aunque sea indivisible de Él. Porque, así como el sol permanece igual sin infringir su naturaleza, aunque derrame su resplandor, así la sustancia del Padre es inmutable, aunque el Hijo sea su imagen.

4.

Alguna noticia de la generación voluntaria, seguirá convenientemente a la discusión de lo consubstancial; aunque el tema no concierne de cerca a la teología. Ya se ha

observado que la tendencia de las herejías de la primera época era hacia el materialismo y el fatalismo. Así como el objeto de la Revelación era destruir todas las teorías que interferían con la creencia de la Omnisciencia Divina y la Soberanía activa, así la Iglesia secundó este designio recibiendo y promulgando la doctrina del "Aquel que es", o el "Ser" o "Esencia" Divina, como símbolo de Su distinción esencial del mundo percedero en el que Él actúa. Pero cuando la palabra sustancia o esencia misma fue tomada por los gnósticos y maniqueos en un sentido material, el error fue introducido de nuevo por el mismo término que se pretendía testificar contra él.

Según la Teoría Oriental, las emanaciones de la Deidad eran eternas consigo mismo, y se consideraban como el resultado, no de su voluntad y energía personal, sino de las leyes necesarias a las que estaba sometida su naturaleza; una doctrina que no era más que fatalismo en otra forma. Los eclécticos se distinguieron honorablemente por resistir este principio blasfemo, o más bien ateo. Plotino declara que "la sustancia de Dios y su voluntad son la misma; y si es así, como Él quiso, así es; de modo que no es una verdad más cierta que, como es su sustancia o naturaleza, así es su voluntad y acción, que, como su voluntad y acción, así es su sustancia". Orígenes los había precedido en su oposición a la misma escuela. Hablando de la simplicidad y perfección de la Esencia Divina, dice: "Dios ni siquiera participa de la sustancia, sino que es participado; por aquellos que tienen el Espíritu de Dios. Y nuestro Salvador no participa de la santidad, sino que, siendo la santidad misma, es compartida por los santos". El significado de esta doctrina es claro: protestar, a la manera de Atanasio, en un pasaje recientemente citado, contra la noción de que la sustancia de Dios es algo distinto de Dios mismo, y no Dios visto como existente por sí mismo, el único Espíritu inmaterial, inteligente y todo perfecto; pero el riesgo de ello radicaba en su tendencia a destruir la doctrina de su existencia individual y real (que simbolizaba el uso católico de la sustancia), y a introducir en su lugar la noción de que una cualidad o modo de actuar era el principio rector de la naturaleza; en otras palabras, el panteísmo. Este es un error del que no se puede acusar a Orígenes, por supuesto; pero es imputable en su medida a los Maestros platónicos, y es tolerada incluso por su modo de hablar del Ser Supremo, como no sustancial, sino por encima de la noción de sustancia".

La controversia no terminó en el tema del teísmo, sino que fue llevada por el partido hereje a cuestiones de teología cristiana. Los maniqueos consideraban al Hijo y al Espíritu como emanaciones necesarias del Padre; errando, primero, en su clasificación de aquellas Personas Divinas con inteligencias confesamente imperfectas y serviles; luego, al introducir una especie de materialismo en su noción de la Deidad. Los eclécticos, por su parte, sostenían, por una figura fuerte, que el Hijo Eterno se originó del Padre por su propia voluntad; significando con esto que el misterio eterno, que constituye la relación entre el Padre y el Hijo, no tiene condiciones físicas ni materiales, y es tal que conviene a Aquel que es completamente Mente, y no está sujeto a ninguna ley, sino a las establecidas por Su propia perfección como causa primera. Así, Jámblico llama al Hijo engendrado por sí mismo.

La discusión no parece haber penetrado más en la Iglesia ante-Nicea de lo que se da a entender en la nota anterior de ella, aunque algunos suponen que Justino y otros se refirieron a la divina genesis o generación a la voluntad de Dios. Sin embargo, es fácil ver que el terreno estaba preparado para la introducción de una cuestión sutil e irreverente, siempre que los sofistas teologizantes decidieran plantearla. En consecuencia, fue uno de los primeros y principales interrogatorios hechos a los católicos por sus oponentes

arrianos, si la generación del Hijo fue voluntaria o no por parte del Padre; su dilema era que Dios Todopoderoso estaba sujeto a leyes externas a Él, si no eran voluntarias, y que, si por el contrario eran voluntarias, el Hijo estaba en el número de las cosas creadas. Pero de esto hablaremos más en la siguiente sección.

5.

El Verbo como interno o externo al Padre: Había una teoría, adoptada por varios de los primeros Padres, que los llevó a hablar de la generación o nacimiento del Hijo como resultado de la voluntad del Padre, y sin embargo, no interfería con su consubstancialidad. De los dos títulos atribuidos en la Escritura a nuestro Señor, el del "Verbo" expresa con fuerza peculiar Su coeternidad en el Único Padre Todopoderoso. Por otro lado, el título de "Hijo" tiene una referencia más clara a Su derivación y oficio ministerial. Los estoicos ya habían aplicado una distinción semejante a ésta al Logos platónico, al que representaban bajo dos aspectos, el Pensamiento interno y el Propósito de Dios, y su Manifestación externa, como si se tratara de palabras habladas.

Los términos fueron recibidos entre los católicos; el "Endiatético" representaba al Verbo, como escondido de la eternidad en el seno del Padre, mientras que el "Profórico" era el Hijo enviado al mundo, en aparente separación de Dios, con el nombre y los atributos de Su Padre sobre Él, y la voluntad de Su Padre para cumplir. Este contraste es reconocido por Atanasio, Gregorio Nyssen, Cirilo y otros escritores post-nicenos; ni tampoco puede ser refutada, siendo bíblica en su doctrina, y meramente expresada en lenguaje filosófico, hallada lista para el propósito. Pero, además, este cambio de estado en el Verbo Eterno, de reposo a manifestación energética, tal como tuvo lugar en la creación, fue llamado por ellos una génesis y aquí tampoco se les puede reprochar, porque la expresión se usa en la Escritura en diferentes sentidos, uno de los cuales parece ser el significado mismo que le dieron: la misión del Verbo de hacer y gobernar todas las cosas. Tal es el texto de San Pablo, que Él es "la imagen del Dios Invisible, el Primogénito de toda criatura"; tal es Su título en San Juan como "el Principio de la Creación de Dios". A esta genesis o generación se le llamaba también la "salida" o "condescendencia" del Hijo, la cual puede atribuirse bíblicamente a la voluntad del Padre todomunífico. Sin embargo, hubo algunos escritores primitivos que parecen interpretar la genesis en este significado exclusivamente, atribuyendo el título de "Hijo" a nuestro Señor solo después de la fecha de Su misión o economía, y considerando el del "Verbo" como Su apelativo peculiar durante la eternidad anterior. Es más, si nos apresuramos o pervertimos a sus expresiones, como han hecho algunos teólogos, tal vez concluiremos que concibieron que Dios existía en una sola persona antes de la "salida", y luego, si se puede decir, por un cambio en su naturaleza, comenzó a existir en una segunda persona; como si un atributo (la Palabra Interna, "Endiatético") hubiera llegado a ser sustantivo, como "Profórico". Los Padres que se han expuesto a esta acusación son Atenágoras, Taciano, Teófilo, Hipólito y Novaciano, como se mencionó en el primer capítulo.

Ahora bien, que no querían decir lo que un lector superficial podría imputarles, se puede argumentar, primero, desde el lenguaje paralelo de los postnicenos, como se mencionó anteriormente, cuya ortodoxia nadie cuestiona: luego, desde el extremo absurdo, por no hablar de la impiedad, de la doctrina que se les imputaba; como si, con una extravagancia más que gnóstica, concibieran que cualquier cambio o extensión podía tener lugar en esa Esencia Individual, que no tiene partes ni pasiones, o que la generación divina podía ser un acontecimiento en el tiempo, en lugar de ser considerada como una

mera expresión de la eterna relación del Padre para con el Hijo. De hecho, el mismo absurdo del sentido literal de las palabras, en cualquier grado en que se expresaran así, era el daño que había que aprehender de ellas. El lector, intentando una descripción retórica por medio de una regla demasiado rígida, trataría de suscitar el sentido imputando una herejía, y concluiría que por Palabra Externa o Profórica se refería a un ser creado, hecho en el principio de todas las cosas como el emblema visible de lo Interno o Endiatético, y el instrumento de los propósitos de Dios para con Su creación. Esta es, en efecto, la doctrina arriana, que sin duda se valió en su defensa de las declaraciones de piedad imprudente; o más bien tenemos evidencia del hecho de que así se valió, en la carta de Arrio a Alejandro, y del anatema del Credo de Nicea dirigido contra los que decían que "el Hijo no era antes de su genesis".

Por último, la ortodoxia de los cinco escritores en cuestión se determina mediante un examen cuidadoso de los pasajes que dan base a la acusación. Dos de ellos se citarán aquí sin comentarios. Teófilo entonces dice: "Dios, teniendo su propio Verbo en su seno, lo engendró junto con su Sabiduría" (es decir, su Espíritu), "pronunciándolas antes del universo". "Tenía a este Verbo por ministro de sus obras, e hizo todas las cosas por medio de él... Los profetas no existían cuando el mundo fue hecho; sino la Sabiduría de Dios, que está en Él, y Su Santa Palabra, que está siempre presente con Él". En otro lugar habla de "el Verbo, eternamente asentado en el corazón de Dios"; "porque", añade luego, "antes de que nada se hiciera, Él poseía a este Consejero, como si fuera Su mente y providencia. Y cuando se propuso hacer todo lo que había meditado, engendró a este Verbo como exterior a Él, siendo el Primogénito antecedente de toda la creación; sin embargo, no perdiendo Él mismo el Verbo" (es decir, lo Interno), sino engendrándolo, y sin embargo comulgando eternamente con él".

De la misma manera, Hipólito en su respuesta a Noeto: "Dios estaba solo, y no había ningún ser coetáneo con Él, cuando quiso crear el mundo. No es que estuviera desprovisto de razón (el Logos), sabiduría o consejo. Todos ellos están en Él, Él era todo. En el momento y de la manera que Él quiso, Él manifestó Su Palabra [Logos]... por medio de quien hizo todas las cosas... Además, puso sobre ellos a su Verbo, a quien engendró como su consejero e instrumento; a quien Él tenía dentro de Él, invisible a la creación, hasta que Él lo manifestó, pronunciando la Palabra, y engendrando Luz de la Luz... Y así Otro permaneció a su lado, no como si hubiera dos dioses, sino como si fuera luz de luz, o un rayo del sol".

Y así cierra nuestro estudio de la teología católica ante-nicena.

SECCIÓN V.

LA HEREJÍA ARIANA

Queda por dar cuenta de la doctrina herética, que fue promulgada por primera vez dentro de la Iglesia por Arrio. Ha habido intentos de atribuir esta herejía a escritores católicos anteriores a su tiempo; sin embargo, sus contemporáneos expresan en su testimonio que él fue el autor de la misma, y no se puede aducir nada de la teología antenicensa para respaldar tal imputación. Sozomeno dice expresamente que Arrio fue el primero en introducir en la Iglesia la fórmula del "de la nada" y del "una vez que no fue", es decir, la creación y la no eternidad del Hijo de Dios. Alejandro y Atanasio, que disponían de los más amplios medios de información sobre el tema, confirman su testimonio. Que la herejía existía antes de su tiempo fuera de la Iglesia, puede ser cierto, aunque se sabe poco sobre el tema; y que había habido ciertos especuladores, como Paulo de Samosata, que eran simplemente humanitarios, es indudablemente cierto; pero no sostenían la doctrina formal de Arrio, de que un ser angélico había sido exaltado a Dios. Sin embargo, él y sus partidarios, aunque no se atreven a aducir en su favor la evidencia de los antiguos católicos, sin embargo, hablan de una manera general de haber recibido sus doctrinas de otros. También el propio Arrio parece ser sólo un partidario de los eusebianos, y éstos a su vez se refieren a Luciano de Antioquía, que por una u otra causa estuvo en un tiempo bajo excomunión. Pero aquí perdemos de vista la herejía; excepto que Orígenes ataca una doctrina, cuya nota, que tiene una semejanza con ella; más aún, si hemos de confiar en Rufino, que se expresó en la misma fórmula heterodoxa que Sozomeno declara que Arrio fue el primero en predicar dentro de la Iglesia.

1.

Sin embargo, antes de detallar las características separadas de su herejía, puede ser correcto confrontarla brevemente con las doctrinas anteriores, dentro y fuera de la Iglesia, que pueden considerarse semejantes a ella.

El principio fundamental del arrianismo era que el Hijo de Dios era una criatura, no nacida del Padre, sino que, en el lenguaje científico de la época, estaba hecha "de la nada". De ello se deducía que sólo poseía una naturaleza superangélica, siendo hecho a gusto de Dios antes de los mundos, antes del tiempo, según el modelo del atributo Logos o Sabiduría, tal como existía en la Mente Divina, dotado de la iluminación de ella, y en consecuencia llamado después de él el Verbo y la Sabiduría, es más, heredando el título mismo de Dios; y finalmente unido a un cuerpo humano, en el lugar de su alma, en la persona de Jesucristo.

1. Esta doctrina se asemejaba a la de los cinco Padres filosóficos, tal como se describe en la sección precedente, en cuanto que identificaba al Hijo con el Logos externo o profórico, hablaba del Logos divino mismo como si fuera un mero atributo interno, y sin embargo afectaba a mantener una conexión entre el Logos y el Hijo. Su doctrina difería de ella, en la medida en que creían que Él, que era el Hijo, había estado siempre en existencia

personal como el Logos en el seno del Padre, mientras que el arrianismo databa su existencia personal desde el momento de su manifestación.

2. Se asemejaba a la teología ecléctica, hasta el punto de sostener que el Hijo era por naturaleza separado del Padre e inferior a él; y de nuevo, formado por voluntad del Padre. Se diferenciaba del eclecticismo en que consideraba que el Hijo tenía un principio de existencia, mientras que los platónicos sostenían que Él, como sostenían el universo, era una emanación eterna, y que la voluntad del Padre era un concomitante, no un antecedente, de su genesis.

3. Estuvo de acuerdo con la enseñanza de los gnósticos y maniqueos, en sostener la inferioridad esencial del Hijo con respecto al Padre: se opuso vehementemente a ellos en sus nociones materiales de la Deidad.

4. Coincidió con los discípulos de Paulo, en considerar que el Principio Intelectual y Rector en Cristo, el Hijo de Dios, era una simple criatura, por naturaleza sujeta a una prueba moral, como los demás hombres, y exaltada en el terreno de su obediencia, y dotada, además, de una sabiduría celestial, llamada el Logos, que le guiaba. Las dos herejías también coincidían, como implican las últimas palabras, en sostener que el Logos era un atributo o manifestación, no una Persona. Paulus lo consideraba como si fuera una voz o un sonido, que va y viene; para que pueda decirse que Dios habló en Cristo. Arrio hace uso de la misma ilustración: "Muchas palabras habla Dios", dice, "¿cuál de ellas se manifiesta en la carne?" Difiere de Paulo en sostener la preexistencia de la inteligencia espiritual en Cristo, o el Hijo, a quien considera como la primera y única creación de la Mano del Padre, superangélica y el Dios de la economía cristiana.

5. El arrianismo estaba de acuerdo con la herejía de Sabelio, al enseñar a Dios que existiera sólo en una Persona, y que su verdadero Logos fuera un atributo, manifestado en el Hijo, que era una criatura. Difiere del sabelianismo en el sentido en que el Logos debe ser considerado como existente en Cristo. El sabeliano, últimamente un patripasiano, por lo menos insistió mucho en la presencia formal y permanente del Logos en él. El arriano, admitiendo sólo parcialmente la influencia del Logos divino sobre esa naturaleza superangélica, que era el Hijo, y que en Cristo tomó el lugar de un alma, sin embargo, le dio el nombre de Logos, y sostuvo, por consiguiente, que el Logos encarnado no era la verdadera Sabiduría y Palabra de Dios, que era uno con Él. sino una semejanza creada de ella.

6. Tal es el arrianismo en sus relaciones con los principales errores de su tiempo; y de éstos era el que más se oponía a los gnósticos y sabelianos, a los cuales, como veremos, no tenía escrúpulos en imputar a sus adversarios católicos. Con respecto a los católicos, en cambio, era así: estaba dispuesto a atribuir al Hijo todo lo que comúnmente se atribuye a Dios Todopoderoso, su nombre, autoridad y poder; todo menos la naturaleza o ser incomunicable (usia), es decir, todo menos lo único que podía darle derecho a estas prerrogativas de la divinidad en un sentido real y literal. Pasemos ahora a los argumentos con los que la herejía se defendía, o mejor dicho, atacaba a la Iglesia.

2.

1. Arrio comenzó su herejía de la siguiente manera, como nos informa Sócrates: "(1) Si el Padre dio a luz al Hijo, el que nació tiene un origen de existencia; (2) por lo tanto, en otro tiempo el Hijo no era; (3) por tanto, ha sido creado de la nada. Parece, pues, que dedujo

su doctrina del significado mismo de la palabra "Hijo", que es la designación de nuestro Señor en la Escritura; Y hasta ahora adoptó un modo de razonar justo e intachable. Las relaciones humanas, aunque sean meras sombras de las "cosas celestiales", no serían, por supuesto, empleadas por la Sabiduría Divina sin aptitud, ni a menos que tengan la intención de instruirnos. Pero cuál debería ser la instrucción exacta que derivamos de la palabra "Hijo" es otra cuestión. Los católicos (por no hablar de su guía por la tradición para determinarlo) habían tomado "Hijo" en su significado más obvio; como se interpreta además por el título de "Unigénito", y como lo confirma el tenor general del Apocalipsis. Pero los arrianos eligieron, como sentido de la figura, esa parte del significado original de la palabra, que, aunque innegablemente incluida en ella, cuando se nos refiere, es, en el mejor de los casos, lo que los lógicos llaman una propiedad deducida de la esencia o de la naturaleza, no un elemento de su idea esencial, y que estaba especialmente fuera de lugar. cuando la palabra se usaba para expresar una verdad sobre el Ser Divino. Que un padre es anterior a su hijo, no se sugiere, aunque se da a entender, por la fuerza de los términos, tal como se usan ordinariamente; y es una inferencia completamente irrelevante, cuando la investigación se refiere a ese Ser, de nuestra noción de quien el tiempo, así como el espacio están necesariamente excluidos. Es justo, en verdad, objetar desde el principio que la palabra "Padre" se aplique en su sentido primario al Ser Supremo; pero éste no era el terreno arriano, que era para argumentar a partir de la metáfora empleada, no en contra. Ni siquiera era este el grado de perversidad que su argumento evidencia. Obsérvese que admitían el sentido primario de la palabra, para introducir un sentido meramente secundario, argumentando que, porque nuestro Señor debía ser considerado realmente como un Hijo, por lo tanto, de hecho, no era Hijo en absoluto. En la primera proposición, Arrio supone que Él es realmente un Hijo, y argumenta como si lo fuera; en la tercera, ha llegado a la conclusión de que fue creado, es decir, que no fue Hijo en absoluto, excepto en un sentido secundario, como habiendo recibido del Padre una especie de adopción. Los arrianos hicieron un intento de suavizar su inconsistencia, aduciendo pasajes de la Escritura, en los que se habla de las obras de Dios como nacimientos, como en el ejemplo de Job: "Él da a luz a las gotas de rocío". Pero este es obviamente un modo completamente nuevo de defender su teoría de una adopción divina, y no alivia su falta original; que consistía en que argumentaban a partir de una analogía supuesta, que el resultado de esa argumentación destruyó. Porque, si Él es el Hijo de Dios, no es de otra manera que el hombre, es decir, por adopción, ¿qué pasa con el argumento de lo anterior y lo posterior en la existencia? como si la noción de adopción contuviera en ella toda referencia necesaria a la naturaleza y circunstancias de las dos partes entre las que se produce.

2. En consecuencia, los arrianos pronto se vieron obligados a recurrir a una argumentación más refinada. Dejaron de considerar el tiempo y retiraron la inferencia que habían sacado del sentido literal de la palabra "Hijo". En lugar de esto, sostenían que la relación del Padre y el Hijo, como tal, en cualquier sentido considerado, no podía sino implicar la noción de originador voluntario, y por otro lado, de un don gratuito conferido; y que el Hijo debía ser esencialmente inferior a Aquel de cuya voluntad resultó su existencia. Su argumento se expresaba en forma de dilema: «¿Si el Padre dio a luz al Hijo volens o nolens?» Los católicos les respondieron sabiamente con una contrapregunta, que se adaptó para silenciar, sin tolerar, al presuntuoso disputador. Gregorio Nacianceno les preguntó: «¿Es Dios el Padre, volens o nolens?» Y Cirilo de Alejandría: "¿Es Él bueno, compasivo, misericordioso y santo, a favor o en contra de su elección? Porque, si Él es así como consecuencia de haberlo elegido, y el choide siempre precede a lo que se elige, estos

atributos una vez no existieron en Dios. Atanasio da sustancialmente la misma respuesta, resolviendo, sin embargo, en lugar de refutar, la objeción. "Los arrianos", dice, "dirigen su mirada a lo contradictorio de la voluntad, en lugar de considerar la cuestión más importante y la anterior; Porque, así como la falta de voluntad se opone a la voluntad; Así es la naturaleza antes de querer, y guía el camino hacia ello".

3. Además: los arrianos trataron de sacar su conclusión en cuanto a la disimilitud del Padre y del Hijo, del atributo divino del "Ingenerado" (no nacido o increado), que, como ya he dicho, era reconocido por todos como el atributo peculiar del Padre, mientras que había sido la denominación filosófica y valentiniana del Dios Supremo. Este fue el principal recurso de los anomoeanos, que revivieron la herejía arriana pura, algunos años después de la muerte de su primer autor. Su argumento ha sido expresado en la siguiente forma: que "es la esencia del Padre ser ingenerado, y del Hijo ser generado; pero no nacido y nacido no pueden ser lo mismo". La superficialidad, así como la miserable frivolidad de tales disputas sobre un tema serio, las hace indignas de una refutación.

4. Además, argumentaban contra el sentido católico de la palabra "Hijo", desde lo que concebían como su materialidad; Y, contrastando injustificadamente su significación primaria con su significación figurativa, como si ambas no pudieran conservarse, sostenían que, puesto que la palabra debía ser figurativa, por lo tanto, no podía conservar su sentido primario, sino que debía tomarse en el sentido secundario de adopción.

5. Sus razonamientos (por así decirlo) los habían llevado hasta aquí: para sostener que nuestro Señor era una criatura, adelantada, después de la creación, para ser un Hijo de Dios. No se rehuían a la inferencia que implicaban estas posiciones, a saber, que había sido juzgado como otros agentes morales, y adoptado al ser hallado digno; que su santidad no era esencial, sino adquirida.

6. A continuación, les correspondía explicar en qué sentido nuestro Señor era el "Unigénito", ya que se negaban a entender ese título en el sentido católico de la Homousión o consubstancial. Por consiguiente, al mismo tiempo que declaraban que el nacimiento divino era una especie de creación o adopción, trataban de ocultar el carácter ofensivo de la doctrina herética por la variedad y dignidad de las prerrogativas, por las que distinguían al Hijo de las demás criaturas. Declararon que Él era, estrictamente hablando, la única criatura de Dios, como siendo el único hecho inmediatamente por Él; y por eso fue llamado Unigénito, como "nacido solo de Él solo", mientras que todos los demás fueron hechos por Él, como instrumento del Poder Divino; y que, en consecuencia, era "una criatura, pero no como una de las criaturas, un nacimiento o producción, sino no como uno de los producidos", es decir, para expresar su sentimiento con algo de la misma ambigüedad, "No era una criatura como las demás criaturas". Siguió otra ambigüedad del lenguaje. Dependiendo la idea del tiempo de la de la creación, pudieron conceder que Él, que se ocupaba en formar todas las cosas, por lo tanto trajo el tiempo mismo a la existencia, y estaba "antes de todo tiempo"; no concediendo con ello que Él era eterno, sino significando que Él fue traído a la existencia "intemporalmente", independiente de esa sucesión de causas segundas (como se las llama), ese sistema elemental, aparentemente autosostenido y auto-renovador, a cuyas leyes la creación misma puede considerarse como sujeta.

7. Por último, tampoco tuvieron dificultad alguna en admitir o en explicar los otros atributos de la divinidad atribuidos a Cristo en la Escritura. Podían confesar con seguridad

que Él era Dios perfecto, uno con Dios, el objeto de adoración, el autor del bien; todavía con la reserva de que los apelativos sagrados le pertenecían sólo en el mismo sentido general en que a veces se otorgan accidentalmente a los fieles siervos de Dios, y sin interferir con las prerrogativas de la Causa Una, Eterna y Autoexistente de todas las cosas.

3.

Este relato de la teología arriana puede ser adecuadamente ilustrado por algunos de los documentos originales de la controversia. Aquí, pues, seguirán dos cartas del mismo Arrio, un extracto de su Thalia, una carta de Eusebio de Nicomedia, y partes de la epístola encíclica de Alejandro de Alejandría, en justificación de su excomunión de Arrio y sus seguidores.

1. "A su queridísimo Señor, Eusebio, hombre de Dios, fiel y ortodoxo, Arrio, el hombre injustamente perseguido por el papa Alejandro por causa de la verdad que todo lo conquista, de la que tú también eres campeón, envía la salud en el Señor. Como Amonio, mi padre, se dirigía a Nicomedia, me pareció oportuno abordar esto a través de él; y al mismo tiempo para representar a ese afecto profundamente arraigado que tienes hacia los hermanos por amor a Dios y a su Cristo, con cuánta fiereza nos ataca y conduce el obispo, sin dejar medios sin probar en su oposición. Al fin nos ha echado de la ciudad, como hombres sin Dios, por disentir de sus declaraciones públicas, de que, como Dios es eterno, así es su Hijo: donde el Padre, allí el Hijo; el Hijo coexiste en Dios sin principio (ni nacimiento): siempre generado, un engendrado ingeneradamente; que ni en la idea, ni por un instante de tiempo, Dios precede al Hijo; un Dios eterno, un Hijo eterno; el Hijo es de Dios mismo. Desde entonces, Eusebio, tu hermano de Cesarea, Teódoto, Paulino, etc. y todos los obispos de Oriente declaran que Dios existe sin origen antes que el Hijo, se convierten en anatema por la sentencia de Alejandro; todos menos Filogonio, Helánico y Macario, hombres heréticos y mal fundados, que dicen que uno es una expresión, otro un vástago, otro co-engendrado. Estas blasfemias no podemos soportar ni siquiera escucharlas; No, no si los herejes nos amenazan con diez mil muertes. Por otro lado, ¿cuáles son nuestras declaraciones y opiniones, nuestras enseñanzas pasadas y presentes? que el Hijo no es ingenerado, ni de ninguna manera una parte de lo ingenerado, ni está hecho de ninguna materia; sino que, por la voluntad y el consejo de Dios, subsistió antes de los tiempos y de los siglos, Dios perfecto, Unigénito, inmutable; y que antes de esta generación, o creación, o determinación, o establecimiento, Él no era, porque Él no es ingenerado. Y somos perseguidos por decir: El Hijo tiene un origen, pero Dios es inoriginado; por esto estamos bajo persecución, y por decir que Él es de la nada, en cuanto que no es parte de Dios, ni de ninguna materia. Por eso somos perseguidos; el resto lo sabes tú. Te ruego que seas fuerte en el Señor, recordando nuestras aflicciones, compañero lucianista, verdaderamente llamado Eusebio".

2. La segunda carta está escrita en su nombre y en el de sus partidarios de la Iglesia alejandrina; los cuales, viéndose excomulgados, se habían retirado a Asia, donde tenían un campo para propagar sus opiniones. Fue compuesta bajo la dirección de Eusebio de Nicomedia, y es mucho más templada y cautelosa que la primera.

"A Alejandro, nuestro bendito Papa y Obispo, los sacerdotes y diáconos envían salud en el Señor. Nuestra fe hereditaria, que también tú, bendito Papa, nos has enseñado, es ésta: Creemos en un solo Dios, único ingenerado, único eterno, único sin origen, solo verdaderamente Dios, solo inmortal, solo sabio, solo bueno, solo soberano, solo juez de

todos, ordenador y dispensador, inmutable e inalterable, justo y bueno, de la Ley y de los Profetas, y de la Nueva Alianza. Creemos que este Dios dio a luz al Hijo Unigénito antes de los siglos, por medio del cual Él ha hecho esas edades mismas, y todas las demás; que Él lo generó, no en apariencia, sino en verdad, dándole una subsistencia real (o hipóstasis), a su propia voluntad, para que fuera inmutable e inalterable, la criatura perfecta de Dios, pero no como las demás criaturas, su producción, sino como otras producciones; ni como sostenía Valentín, una descendencia (probola); ni tampoco también, como Maniqueo, una parte consustancial; ni, como Sabelio, un Hijo-Padre, que ha de hacer dos de uno; ni, como Hieracas, una antorcha de otra, o una llama dividida en dos; ni, como si Él estuviera antes en el ser, y después engendrado o creado de nuevo para ser Hijo, noción condenada por ti mismo, bendito Papa, en plena Iglesia y entre el Clero reunido; sino que, como afirmamos, fue creado por la voluntad de Dios antes de los tiempos y antes de los siglos, y teniendo vida y ser del Padre, que dio subsistencia en cuanto a Él, así como a sus gloriosas perfecciones. Porque, cuando el Padre le dio la herencia de todas las cosas, no por ello se privó de los atributos, que son suyos ingeneradamente, que es la fuente de todas las cosas.

"Así que hay Tres Subsistencias (o Personas); y, mientras que Dios es la Causa de todas las cosas, y por lo tanto no se originó simplemente por Sí mismo, el Hijo, por otra parte, nacido del Padre con tiempo aparte, y creado y establecido antes de todos los períodos, no existía antes de que Él naciera, sino que, al nacer del Padre con tiempo aparte, fue traído a la existencia sustantiva (subsistencia), solo Él por el Padre solo. Porque Él no es eterno, ni coeterno, ni co-ingenerado con el Padre; ni tiene una existencia junto con el Padre, como si hubiera dos Orígenes ingenerados; pero Dios es antes de todas las cosas, como siendo una Mónada, y el Origen de todo, y por lo tanto también antes del Hijo, como de hecho hemos aprendido de ti en tu predicación pública. Así que, en la medida en que es de Dios que Él tiene su ser, y sus gloriosas perfecciones, y su vida, y su cargo de todas las cosas, por esta razón Dios es su origen, como siendo su Dios y antes de Él. En cuanto a frases tales como de Él, y desde el vientre, y emanadas del Padre, y he llegado, si son entendidas, como lo son por algunos, para denotar una parte de lo consustancial, y una probola (descendencia), entonces el Padre será de naturaleza compuesta, y divisible, y mudable, y corpóreo; y así, hasta donde llegan sus palabras, el Dios incorpóreo estará sujeto a las propiedades de la materia. Rezo por tu salud en el Señor, bendito Papa".

3. Casi al mismo tiempo, Arrio escribió su Thalia, o canción para banquetes y jolgorios, de la que se extrae lo siguiente. Comienza así: "De acuerdo con la fe de los elegidos de Dios, que conocen a Dios, hijos santos, sanos en su credo, dotados del Espíritu Santo de Dios, he recibido estas cosas de los participantes de la sabiduría, realizadas, enseñadas por Dios, y enteramente sabias. A lo largo de su camino he seguido mi curso con opiniones similares: yo, el famoso entre los hombres, el que sufre mucho por la gloria de Dios; y, enseñado por Dios, he adquirido sabiduría y conocimiento". Después de este exordio, procede a declarar "que Dios hizo al Hijo el origen (o principio) de la creación, siendo Él mismo no originario, y lo adoptó para ser Su Hijo; el cual, por otra parte, no tiene ninguna propiedad de divinidad en su propia hipóstasis, no siendo igual ni consustancial a Él; que Dios es invisible, no sólo para las criaturas creadas por medio del Hijo, sino para el Hijo mismo; que hay una Trinidad, pero no con igual gloria, siendo las hipóstasis incomunicables entre sí, una infinitamente más gloriosa que la otra; que el Padre es extraño en sustancia al Hijo, como existente sin origen; que por la voluntad de Dios el Hijo se convirtió en Sabiduría, Poder, Espíritu, Verdad, Verbo, Gloria e Imagen de Dios; que el Padre, como Todopoderoso, es capaz de dar existencia a un ser igual al Hijo, aunque no superior

a Él; que desde el momento en que fue hecho, siendo un Dios poderoso, ha cantado las alabanzas de su Superior; que no puede investigar la naturaleza de su Padre, siendo claro que lo originado no puede comprender lo no originado; más aún, que no conoce a los suyos".

4. Al recibir la carta de Arrio, que fue el primer documento que aquí se exhibe, Eusebio de Nicomedia dirigió una carta a Paulino de Tiro, de la cual es un extracto el siguiente: "No hemos oído hablar de dos ingenerados, ni de uno dividido en dos, sometido a ningún afecto material; sino de Uno Ingenerado, y uno generado por Él realmente; no de su sustancia, no participando en absoluto de la naturaleza del Ingenerado, sino hecho totalmente distinto de Él en naturaleza y en poder, aunque hecho a la perfecta semejanza del carácter y excelencia de su Hacedor... Pero, si Él fuera de Él en el sentido de de Él, como si fuera una parte de Él, o de la efluencia de Su sustancia, no se hablaría de Él (en la Escritura) como creado o establecido... porque lo que existe como siendo de lo ingenerado deja de ser creado o establecido, siendo ingenerado desde su origen. Pero, si el hecho de que Él haya sido llamado engendrar sugiere la idea de que Él está hecho de la sustancia del Padre, y tiene de Él una igualdad de naturaleza, sabemos que no sólo de Él usa la Escritura la palabra engendrar, sino también de cosas totalmente diferentes del Padre en la naturaleza. Porque dice de los hombres: Yo engendré hijos y los exalté, y me despreciaron; y, Has dejado al Dios que te engendró; y en otros casos, como ¿Quién ha dado a luz las gotas de rocío? ... Nada es de Su sustancia; pero todas las cosas son hechas a su voluntad".

5. Alejandro, en su acusación pública contra Arrio y su partido a Alejandro de Constantinopla, escribe así: "Dicen que una vez el Hijo de Dios no existió, y que Él, que antes no existía, al fin fue hecho, hecho tal, cuando fue hecho, como cualquier otro hombre lo es por naturaleza. Al contar al Hijo de Dios entre las cosas creadas, son coherentes en añadir que es de naturaleza alterable, capaz de virtud y vicio. Cuando se les insiste en que el Salvador difiere de los demás, llamados hijos de Dios, por la inmutabilidad de su naturaleza, despojándose de toda reverencia, responden que Dios, conociendo y previendo su obediencia, lo eligió de entre todas las criaturas; Le eligió, digo, no como poseyendo algo por naturaleza y prerrogativa sobre los demás (ya que, como dicen, no hay Hijo de Dios por naturaleza), ni teniendo ninguna relación peculiar con Dios; pero, como siendo, como los demás, de naturaleza alterable, y preservado de caer por la persecución y ejercicio de una conducta virtuosa; de modo que, si Pablo o Pedro hubieran hecho un progreso tan vigoroso, habrían obtenido una filiación igual a la de Él".

En otra carta, dirigida a las Iglesias, dice: "Es su doctrina que Dios no siempre fue Padre", que "el Verbo de Dios" no ha existido siempre, sino que fue hecho de la nada; porque el Dios que existe por sí mismo hizo a Él, que una vez no era, de lo que una vez no era... Ni es semejante al Padre en sustancia, ni es el verdadero y natural Logos del Padre, ni su verdadera Sabiduría, sino una de sus obras y criaturas; y Él es el Verbo y la Sabiduría, en cuanto que Él mismo fue hecho por el Logos propio de Dios, y por esa Sabiduría que está en Dios, por la cual Dios hizo todas las cosas, y Él en el número. De ahí que sea mutable y alterable por naturaleza, como los demás seres racionales; y Él es extraño y externo a la sustancia de Dios, estando excluido de ella. Él fue hecho por nosotros, para que Dios nos creara por Él como por un instrumento; y Él no habría tenido subsistencia, si Dios no hubiera querido que lo hiciéramos. Alguien les preguntó, ¿si la Palabra de Dios podía cambiar, como cambió el diablo? Ellos no tuvieron escrúpulos en responder: 'Ciertamente puede'.

4.

Ya se ha dicho más que suficiente para explicar una controversia, cuyo sonido mismo debe ser doloroso para cualquiera que tenga una fe amorosa en la Divinidad del Hijo. Sin embargo, así se ha ordenado, que Aquel que una vez fue elevado a la mirada del mundo, y no ocultó Su rostro de contumacia, ha sido nuevamente sometido a un grosero escrutinio y deshonor en la promulgación de Su religión al mundo. Y sus verdaderos seguidores se han visto obligados en su defensa a levantar y fijar sus ojos en él con valentía, como si fuera uno de ellos, rechazando la reverencia natural que los mantendría siempre a sus pies. El tema puede ser despedido con las siguientes observaciones:

1. En primer lugar, es obvio notar el carácter no bíblico de los argumentos en los que se basó la herejía. Es cierto que los arrianos no dejaron de apoyar su caso en las porciones separadas del Volumen Inspirado que convenían a su propósito; pero, aun así, nunca puede decirse que mostraran ese deseo ferviente de la verdad sagrada y esa búsqueda cuidadosa en sus documentos, que son los únicos que caracterizan al investigador cristiano. La cuestión no es simplemente si se limitaron al lenguaje de las Escrituras, sino si comenzaron con el estudio de ellas. Indudablemente, prohibir en la controversia el uso de todas las palabras que no sean las que realmente aparecen en la Escritura, es una superstición, una usurpación de la libertad de la Escritura y un impedimento para la libertad de pensamiento; y especialmente irrazonable, considerando que un sistema tradicional de teología, consistente con, pero independiente de la Escritura, ha existido en la Iglesia desde la época apostólica. «¿Por qué estás en esa excesiva esclavitud al pie de la letra - dice Gregorio Nacianceno-, y empleas una sabiduría judaica, que se detiene en las sílabas mientras deja escapar las realidades? Supongamos que, al decir dos veces cinco, o dos veces siete, entendiera de allí diez o catorce; ¿O si yo hablara de un hombre, cuando tú hubieras nombrado a un animal racional y mortal, te parecería en ese caso que me he puesto a jugar? ¿Cómo podría yo parecer así, con sólo expresar tu propio significado? Pero, en la medida en que esta libertad era un privilegio evangélico, que podía ser admitido a los disputantes arrianos, por otra parte, también era un privilegio peligroso, siempre sujeto a un profundo respeto por el texto sagrado, a una adhesión cautelosa a toda la doctrina contenida en él, y también a una consideración por las declaraciones recibidas. las cuales, aunque no se nos dan como inspiradas, probablemente se derivan de maestros inspirados. Ahora bien, la admisión más liberal que se puede hacer en favor de los arrianos, es conceder que no dejaron de lado por completo la autoridad de la Escritura en la controversia; es decir, proclamarse incrédulos; Porque es evidente que tomaron sólo la parte que les proporcionaría una base para erigir su sistema de herejía por un proceso lógico abstracto. Las meras palabras "Padre e Hijo", "nacimiento", "origen", etc., eran todo lo que postulaban de autoridad revelada para su argumento; Profesaban hacer todo lo demás por sí mismos. El significado de estos términos en su contexto, la ilustración que se proporcionan unos a otros, y, mucho más, la doctrina divina considerada como un mensaje indivisible, diversamente exhibido y disperso en las diversas partes de la Escritura, fueron excluidos de la consideración de los polemistas, que pensaban que la verdad se obtenía disputando en lugar de investigar.

2. A continuación, se observará que, a lo largo de sus discusiones, asumieron como axioma que no podía haber ningún misterio en la doctrina de la Escritura con respecto a la naturaleza de Dios. En esto, en efecto, no hicieron más que seguir el ejemplo de las teologías espurias contemporáneas; aunque su modo abstracto de razonar por la mera

fuerza de uno o dos términos de la Escritura, necesariamente los obligó más que otros herejes al uso y confesión del principio. El sabeliano, para evitar el misterio, negaba la distinción de las personas en la naturaleza divina. Paulo, y después Apolinar, por la misma razón, negaron la existencia de dos principios inteligentes a la vez, el Verbo y el alma humana, en la persona de Cristo. Los arrianos adoptaron ambos errores. Sin embargo, ¿qué es un misterio en la doctrina, sino una dificultad o inconsistencia en la expresión intelectual de la misma? ¿Y qué razón hay para suponer que la Revelación se dirige al entendimiento, sino en la medida en que el entendimiento es necesario para transmitir y fijar sus verdades en el corazón? ¿Por qué no nos contentamos con tomar y usar lo que se nos da, sin hacer preguntas? Los católicos, por otra parte, proseguían la investigación intelectual de la doctrina, bajo la guía de la Escritura y la Tradición, sólo hasta donde alguna necesidad inmediata lo requería; y le importaba poco, aunque un modo de expresión pareciera inconsistente con otro. Así, desarrollaron la noción de "sustancia" contra los panteístas, de la "Palabra Hipostática" contra los sabelianos, de la "Palabra Interna" para hacer frente a la imputación del Diteísmo; Sin embargo, no usaron estas fórmulas para nada más allá de las sombras de la verdad sagrada, símbolos que testificaban contra las especulaciones en las que caía el intelecto desenfrenado.

En consecuencia, durante un tiempo fueron inconsistentes entre sí en los detalles menores de sus declaraciones doctrinales, estando mucho más inclinados a oponerse al error que a formar una teología, es decir, inconsistentes, antes de que la experiencia de la controversia y la voz de la tradición los hubieran separado de expresiones menos precisas o aconsejables, y los hubieran hecho correctos. o al menos comparar y ajustar sus diversas declaraciones. Así, algunos decían que en Dios no había más que una hipóstasis, es decir, sustancia; otras tres hipóstasis, es decir, Subsistencias o Personas; y algunos hablaban de una usia, es decir, de la sustancia, mientras que otros hablaban de más de una usia. Algunos admitieron, otros rechazaron, los términos *probole* y *homousion*, según se guiaran por la herejía prevaleciente en el día y por su propio juicio sobre la mejor manera de enfrentarla. Algunos hablaban del Hijo como existiendo desde la eternidad en la Mente Divina; otros insinuaban que el Logos era eterno y se convirtió en el Hijo con el tiempo. Algunos afirmaban que Él no era originario, otros lo negaban. Algunos, al ser interrogados por los herejes, enseñaban que Él había nacido del Padre por voluntad del Padre; otros, por su naturaleza, no por su voluntad; otros, ni con su voluntad ni con su no voluntad. Algunos declararon que Dios estaba en el número Tres; otros, que Él era numéricamente Uno; mientras que a otros les pareció tal vez más filosófico excluir por completo la idea del número, en las discusiones sobre esa Naturaleza Misteriosa, que está más allá de la comparación consigo misma, ya sea considerada como Tres o Una, y que no cae ni involucra a ninguna especie concebible.

En todas estas diversas declaraciones, el objeto es claro e inobjetable, siendo simplemente el de protestar y prácticamente protegerse contra las peligrosas deducciones de la doctrina de las Escrituras; Y el problema implícito en todos ellos es determinar la mejor manera de lograr este fin. No hay signos de curiosidad intelectual en el tenor de estas exposiciones católicas, husmeando en cosas aún no vistas; ni de una ambición de dar cuenta de las representaciones de la verdad que se nos dan en las Sagradas Escrituras. Pero tal temperamento es la característica misma de los disputantes arrianos. Insistían en tomar los términos de la Escritura y de la Iglesia más de lo que significaban, y esperaban que sus oponentes admitieran inferencias completamente extrañas al sentido teológico en el que realmente se usaban. De ahí que a veces acusaran a los ortodoxos de herejía, a veces

de contradicción consigo mismos. Los Padres de la Iglesia han descendido hasta nosotros cargados de la imputación de los más extraños errores, simplemente porque unieron verdades, que las herejías sólo compartían entre sí; Tampoco han faltado escritores en los tiempos modernos, por malevolencia o descuido, para agravar estas acusaciones. El misterio de su credo se ha convertido en una evidencia de herejías concurrentes. Creer en la Encarnación real de la Sabiduría Eterna, ha sido tratado, no como ortodoxia, sino como un ariano-sabelianismo. Creer que el Hijo de Dios era el Logos, era sabelianismo; creer que el Logos preexistente era el Hijo de Dios, era valentinianismo. Gregorio de Neo-Cesarea fue llamado sabeliano, porque hablaba de una sola sustancia en la Naturaleza Divina; se le llamó precursor de Arrio, porque decía que Cristo era una criatura. Orígenes, tan frecuentemente acusado de arrianismo, parecía ser un sabeliano, cuando dijo que el Hijo era la Verdad Arquetípica. Atenágoras es acusado de sabelianismo por el mismo escritor cuya teoría general es que fue uno de esos Padres platonizantes que anticiparon a Arrio. Alejandro, que al comienzo de la controversia fue acusado por Arrio de sabolinizar, ha sido detectado en estos últimos tiempos por el frívolo Jortin como un defensor del semiarrianismo, que era el enemigo peculiar y asaltante del sabelianismo en todas sus formas. La célebre palabra homousión no ha escapado a una contrariedad similar de acusaciones. El mismo Arrio lo atribuye a los maniqueos; los semiarrianos de Ancyra lo anatematizan, como sabeliano. Es con el mismo espíritu que Arrio, en su carta a Eusebio, se burla del "nacimiento eterno" y de la "generación ingenerada", tal como se atribuyen al Hijo en la teología ortodoxa; como si la inconsistencia que implicaban las palabras, tomadas en su pleno sentido, fueran una refutación suficiente de la verdad celestial, de la cual son, cada una en su lugar, la expresión parcial y relativa.

Los católicos sostuvieron estas acusaciones con una prudencia que (humanamente hablando) ha asegurado el éxito de su causa, aunque ha servido de poco para eliminar las calumnias acumuladas sobre ellos mismos. El gran Dionisio, que ha sido difamado por el "acusador de los hermanos", declara perspicazmente el principio de la enseñanza ortodoxa. "Las expresiones particulares que he usado", dice en su defensa, "no pueden tomarse separadas unas de otras... mientras que mis adversarios han tomado dos palabras mías y me las han lanzado desde lejos; sin comprender que, en el caso de materias parcialmente conocidas, las ilustraciones extrañas a ellos en la naturaleza, es más, inconsistentes entre sí, ayudan a la investigación".

Sin embargo, los católicos, por supuesto, consideraban un deber eliminar, en la medida de lo posible, sus propias inconsistencias verbales, y sancionar una forma de expresión, como ortodoxa en cada caso, entre las muchas que podrían adoptarse. De ahí que se hicieran distinciones entre lo no nacido y lo no hecho, origen y causa, como ya se ha notado. Pero éstas, claras e inteligibles como eran en sí mismas, y valiosas, tanto para facilitar el argumento como para desengañar al perplejo investigador, abrieron a la parte herética la oportunidad de una nueva tergiversación. Cada vez que los escritores ortodoxos mostraban una ansiedad por reconciliar y discriminar sus propias expresiones, se les acusaba de maniqueísmo; como si fuera a detenerse en las imágenes materiales que eran los signos de las verdades desconocidas. Así, la frase "Luz de Luz", el emblema ortodoxo y casi apostólico de la derivación del Hijo del Padre, como símbolo de Su inseparabilidad, relación mutua y la plenitud separada y el exacto paralelismo y unidad de Sus perfecciones, fue interpretada por las groseras concepciones de los herejes maniqueos.

3. Cuando, en respuesta a tales objeciones, los católicos negaron que atribuyeran a sus palabras otro significado que el figurado, sus oponentes se volvieron repentinamente y afirmaron que el significado figurado de los términos era el que ellos mismos defendían. Esta inconsistencia en su modo de conducir el argumento merece ser notada. Ya se ha puesto un ejemplo en el argumento original de Arrio, quien sostenía que, puesto que la palabra Hijo en su sentido literal incluía entre otras ideas la de un comienzo del ser, el Hijo de Dios había tenido un comienzo o fue creado, y por lo tanto no era realmente un Hijo de Dios en absoluto. Fue a causa de esta destreza sin escrúpulos en la controversia, que Alejandro y Atanasio les dieron el título de camaleones. "Son tan variables e inciertos en sus opiniones -dice éste- como los camaleones en su color. Cuando se les refuta, parecen confusos, y cuando se les examina se quedan perplejos; Sin embargo, al fin recuperan su seguridad y presentan alguna evasión. Entonces, si esto a su vez se expone, no descansan hasta que hayan ideado algún nuevo absurdo, y, como dice la Escritura, meditan cosas vanas, para asegurarse el privilegio de ser profanos".

Persiguimos, sin embargo, a los arrianos en su nuevo terreno de alegoría. Ya se ha observado que explican la palabra Unigénito en el sentido de unigénito; y consideró que la unicidad del Padre y del Hijo consistía en una unidad de carácter y voluntad, tal como existe entre Dios y sus santos, no en la naturaleza.

Ahora bien, ciertamente, el temperamento de la mente que recurrió a tal comparación entre Cristo y nosotros para defender una herejía, era aún más odioso, si cabe, que la impiedad original de la herejía misma. Así, los honores graciosamente otorgados a la naturaleza humana, así como la condescendiente humillación de nuestro Señor, fueron hechos para servir a la causa del blasfemo. Es una peculiaridad conocida del mensaje de misericordia, que ve a la Iglesia de Cristo como si estuviera revestida o escondida dentro de la gloria de Aquel que la rescató; de modo que no hay ningún nombre o título que le pertenezca literalmente, que no se aplique en un sentido secundario al penitente reconciliado. Como nuestro Señor es el Sacerdote y Rey de los redimidos, ellos, como miembros de Él, son contados también como reyes y sacerdotes. Se dice que son Cristos, o los ungidos, que participan de la Naturaleza Divina, que son los bien amados de Dios, Sus hijos, uno con Él, y herederos de gloria; a fin de expresar la plenitud y la excelencia trascendente de las bendiciones que Cristo ha obtenido para los santos. En todas estas formas de expresión, ninguna mente religiosa corre el riesgo de confundir sus propios privilegios con las verdaderas prerrogativas de Aquel que los dio; sin embargo, es obviamente difícil en la argumentación discriminar entre el uso primario y secundario de las palabras, y obtener y exhibir las delicadas razones que yacen en el contexto de las Escrituras para las conclusiones, que el sentido común de un cristiano está impaciente y conmocionado al escuchar disputadas. ¿Quién jugaría tanto con las palabras, para tomar un caso paralelo, como para argumentar que, porque San Juan dice que los cristianos "conocen todas las cosas", por lo tanto, Dios no es omnisciente en un sentido infinitamente por encima de la inteligencia más alta del hombre

Puede observarse, además, que los arrianos fueron inconsistentes en su aplicación de la regla alegórica, por la cual intentaron interpretar la Escritura; y mostraron tanta deficiencia en sus concepciones filosóficas de Dios, como en su devoción práctica a Él. Parecen haber imaginado que algunos de sus actos eran más comprensibles que otros, y que, en consecuencia, podrían convertirse en la base sobre la cual se podría interpretar el resto. Remitían la genesis o generación divina a la noción de creación; Pero la creación es,

de hecho, tan misteriosa como la divina Gennesis; es decir, somos tan poco capaces de entender nuestras propias palabras, cuando hablamos de que el mundo ha sido sacado de la nada por la palabra de Dios, como cuando confesamos que Sus Perfecciones Eternas se reiteran, sin ser duplicadas, en la persona de Su Hijo. "¿Cómo es que los hombres impíos se atreven a hablar con ligereza sobre temas demasiado sagrados para abordarlos, mortales como son, e incapaces de explicar incluso las obras de Dios en la tierra? ¿Por qué digo Sus obras terrenales? Que se ocupen de sí mismos, si es que pueden investigar su propia naturaleza; sin embargo, aventureros y seguros de sí mismos, no tiemblan ante la gloria de Dios, a la cual los ángeles están dispuestos a mirar con reverencia, aunque en naturaleza y rango sean mucho más excelentes que ellos". En consecuencia, argumenta que no se gana nada resolviendo una de las operaciones divinas en otra; que el hacer, cuando se atribuye a Dios, es esencialmente distinto del mismo acto cuando se atribuye al hombre, tan incomprensible como dar a luz o engendrar; y, en consecuencia, que es nuestra más alta sabiduría tomar las verdades de la Escritura tal como las encontramos allí, y usarlas para los fines para los que se conceden, sin proceder con precisión a sistematizarlas o explicarlas. Lejos de dilucidar, evidentemente estamos debilitando la doctrina revelada, al sustituir el unigénito por el unigénito; porque si las palabras son sinónimas, ¿por qué se ha de insistir en estas últimas en la Escritura? En consecuencia, es apropiado hacer una distinción entre el significado primario y el significado literal de un término. Todos los términos que el lenguaje humano aplica al Ser Supremo pueden ser tal vez más o menos figurativos; Pero su significado primario y secundario pueden seguir siendo tan distintos, como cuando se refieren a objetos terrestres. No necesitamos renunciar al significado primario de la palabra Hijo en oposición al sentido secundario de adopción, porque nos abstenemos de usarlo en su sentido literal y material.

4. Siendo éste el carácter general de los razonamientos arrianos es natural indagar cuál era el objeto hacia el cual tendían. Ahora bien, se verá que este audaz y elaborado sofisma no podía escapar a una de dos conclusiones: el establecimiento de una especie de diteísmo o, como alternativa más práctica, de un mero humanitarismo con respecto a nuestro Señor; ya sea una herejía tendente al paganismo, o el ateísmo virtual de la filosofía. Si hemos de creer en las profesiones de los arrianos, confesaron que nuestro Señor es Dios, Dios en todos los aspectos, pleno y perfecto, pero al mismo tiempo estar infinitamente distante de las perfecciones de la Única Causa Eterna. Aquí, de inmediato, están comprometidos con un diteísmo; pero Atanasio los lleva al extremo del politeísmo. "Si", dice, "el Hijo fue objeto de adoración por su gloria trascendente, entonces todo ser subordinado está obligado a adorar a su superior". Pero tan repulsiva es la noción de un Dios secundario tanto para la razón como para el cristianismo, que la verdadera tendencia del arrianismo se encuentra hacia la única alternativa restante, la doctrina humanitaria. — Su acuerdo esencial con la herejía de Paulo ya ha sido mostrado incidentalmente; sólo difería de ella cuando la presión de la controversia lo requería. Su historia es la prueba de ello. Comenzó con una audacia no inferior a la de Paulo; Pero tan pronto como fue atacado, de repente se enroscó en una postura defensiva y se sumergió en medio de la espesura de la controversia verbal. Al principio no había tenido escrúpulos en admitir la naturaleza pecable del Hijo; pero pronto aprendió a disimular tales consecuencias de su doctrina, y confesó que, de hecho, Él era indefectible. A continuación, tomó prestado el lenguaje del platonismo, el cual, sin comprometerlo a ninguna renuncia real a sus declaraciones anteriores, admitió el vestido de una piedad elevada y casi entusiasta. Entonces profesó un acuerdo completo con los católicos, excepto en lo que se refiere a la adopción de la única

palabra consubstancial, a la que le instaban, y acerca de la cual afectaba a albergar escrúpulos de conciencia. En este tiempo estaba listo para confesar que nuestro Señor era el Dios verdadero, Dios de Dios, nacido con un tiempo separado, o antes de todos los tiempos, y no una criatura como las otras criaturas, sino peculiarmente el Hijo de Dios, y Su imagen exacta. Después, cambiando de fundamento, protestó, como veremos, contra las expresiones no bíblicas, de las que él mismo había sido el principal inventor; y propuso una unión de todas las opiniones, sobre la base integral de un credo, en el que el Hijo debería ser simplemente declarado "en todas las cosas como el Padre", o simplemente "como Él". Esta versatilidad de profesión es una ilustración del carácter dado de los arrianos por Atanasio, algunas páginas atrás, que se ejemplifica aún más en su conducta en el Concilio en el que fueron condenados; pero se aduce aquí para mostrar el peligro al que estaba expuesta la Iglesia por parte de un partido que no tenía otro principio fijo, excepto el de la oposición a la verdadera noción de la divinidad de Cristo; y cuya enseñanza, en consecuencia, no tenía una base firme de consistencia interna sobre la cual descansar, hasta que descendió a la noción de su sencilla humanidad, es decir, a la doctrina de Artemas y Paulo, aunque también ellos, así como Arrio, habían envuelto sus impiedades en tales admisiones y profesiones, que la asimilaban más o menos en apariencia a la fe de la Iglesia Católica.

La conducta de los arrianos en Nicea, como se ha dicho, fue la siguiente. "Cuando los obispos reunidos en Concilio", dice Atanasio, un testigo ocular, "deseaban librar a la Iglesia de las expresiones impías inventadas por Arrio: 'el Hijo es de la nada', 'es una criatura', 'una que no era', de naturaleza alterable, y perpetuar las que recibimos con la autoridad de la Escritura, de que el Hijo es el Unigénito de Dios por naturaleza, el Verbo, el Poder, la única Sabiduría del Padre, Dios verdadero, como dice el Apóstol Juan, y como Pablo, el Resplandor de Su gloria, y la Imagen misma de Su Persona; los eusebianos, influidos por su propia heterodoxia, se decían unos a otros: Convengamos en esto; porque también nosotros somos de Dios, siendo un solo Dios, del cual son todas las cosas".

Los obispos, sin embargo, discerniendo su astucia y el artificio que adoptaba su impiedad, para expresar más claramente la de Dios, escribieron de la sustancia de Dios, diciendo que las criaturas eran de Dios, como no existiendo por sí mismas sin causa, sino teniendo un origen de su producción; pero siendo el Hijo peculiarmente de la sustancia del Padre... De nuevo, cuando los obispos preguntaron a los pocos defensores del arrianismo presentes si permitían que el Hijo fuera, no una criatura, sino el único Poder, Sabiduría e Imagen, eterno y en todos los aspectos, del Padre, y Dios mismo, los seguidores de Eusebio fueron descubiertos haciéndose señas unos a otros, para expresar que esto también podía aplicarse a nosotros mismos. Porque también nosotros, decían, somos llamados en la Escritura imagen y gloria de Dios; Se dice que vivimos siempre... Hay muchos poderes; la langosta es llamada en las Escrituras "un gran poder". Más aún, que somos hijos de Dios, se prueba expresamente en el texto en el que el Hijo nos llama hermanos. Tampoco nos aflige su afirmación de que Él es el Dios (verdadero); Él es verdadero Dios, porque Él fue hecho así. Este era el significado sin principios de los arrianos. Pero también aquí los Obispos, viendo a través de su engaño, reunidos de la Escritura, el resplandor, la fuente y el arroyo, expresan la Imagen de la Persona, En Tu Luz veremos la luz, Yo y el Padre somos uno, y el último de todos, se expresaron más clara y concisamente, en la frase consustancial con el Padre; porque todo lo que se ha dicho antes tiene este sentido. En cuanto a su queja acerca de las frases no bíblicas, ellas mismas son evidencia de su inutilidad. Fueron ellos los que comenzaron con sus expresiones impías; porque, después

de que salieron de la nada, y una vez no fue, yendo más allá de la Escritura para ser impíos, ahora hacen un agravio, que, al condenarlos, vamos más allá de la Escritura, para ser piadosos". La última observación es importante; incluso las declaraciones tradicionales de la doctrina católica, que eran más explícitas que las Escrituras, no habían tomado todavía, cuando comenzó la controversia, la forma de una fórmula. Eran las proposiciones arrianas definidas de "de la nada" y cosas por el estilo, las que exigían la imposición de lo "consustancial".

A veces se ha dicho que los católicos buscaban ansiosamente alguna prueba ofensiva que pudiera operar con exclusión de los arrianos. Esto no es correcto, en la medida en que no tienen necesidad de buscar; el "de la sustancia de Dios" habiendo sido abiertamente negado por los arrianos, cinco años antes del Concilio, y sin distinción práctica entre él y lo consustancial existente, hasta la época de Basilio y sus semiarrianos. Sin embargo, si hubiera sido necesario, sin duda habría sido su deber buscar una prueba de esta naturaleza; Más aún, para instar a los maestros herejes a las claras consecuencias de su doctrina, y para impulsarlos a adoptarlas. Es seguro que estas consecuencias se producirán a largo plazo; Y es justo anticiparlos en las personas de los heresiarcas, en lugar de permitir que se desarrollen gradualmente y se extiendan a lo largo y ancho después de su día, minando la fe de sus seguidores ilusos y menos culpables. Más de un hombre se vería disuadido de sobrepasar la verdad, si pudiera ver el final de su carrera desde el principio. Los arrianos sintieron esto y, por lo tanto, se resistieron a una detección, que los expondría de inmediato a la condenación de todos los hombres serios. En esto radica la diferencia entre el trato que se le da a un individuo en herejía y a uno que tiene la suficiente confianza como para publicar las innovaciones que ha originado. El primero reclama de nosotros la simpatía más afectuosa y la atención más considerada. Estos últimos no deben tener piedad; asume el oficio de Tentador y, en lo que respecta a su error, debe ser tratado por la autoridad competente, como si fuera el Mal encarnado. Perdonárselo es una lástima falsa y peligrosa. Es poner en peligro las almas de miles de personas, y es poco caritativo consigo mismo.

CAPÍTULO III.
EL CONCILIO ECUMÉNICO DE NICEA EN EL REINADO DE CONSTANTINO.

SECCIÓN I.

HISTORIA DEL CONCILIO DE NICEA.

No se conserva el relato auténtico de las actas del Concilio de Nicea. En consecuencia, se ha juzgado conveniente reunir en el capítulo anterior lo que era necesario para la explicación de los credos católico y arriano, y la controversia concerniente a ellos, en lugar de reservar cualquier parte de la discusión doctrinal para el presente, aunque en algunos aspectos es el lugar más apropiado para su introducción. Aquí, pues, se examinarán las transacciones en Nicea en su aspecto político o eclesiástico.

Arrio publicó por primera vez su herejía alrededor del año 319. Con su turbulenta conducta en el año 306 y unos años más tarde no nos interesa aquí. Después de esta fecha, en 313, se dice, a la muerte de Aquilas, que aspiraba al primado de la Iglesia egipcia; y, según Filostorgio, el historiador de su partido, escritor de poco crédito, renunció generosamente a sus pretensiones en favor de Alejandro, que fue elegido. Su carácter ambicioso hace que no sea improbable que fuera candidato a la dignidad vacante; pero, si es así, la diferencia de edad entre él y Alejandro, que debe haber sido considerable, explicaría de inmediato la elevación de este último, y sería una prueba de la indecencia de Arrio al convertirse en un competidor. Su primer ataque a la doctrina católica se llevó a cabo con una franqueza que, considerando la duplicidad general de su partido, es el rasgo más honorable de su carácter. En una reunión pública del clero de Alejandría, acusó a su diocesano de sabelianismo; un insulto que Alejandro, por deferencia a los talentos y a la erudición del objetor, soportó con muy poca de la dignidad propia del "gobernante del pueblo". El daño que se derivaba de su mansedumbre fuera de lugar era considerable. Arrio fue uno de los predicadores públicos de Alejandría; y, como algunos suponen, Maestro de la Escuela Catequética. Otros presbíteros de la ciudad fueron estimulados por su ejemplo a irregularidades similares. Colluto, Cárponas y Sármatas comenzaron a formar cada uno su propio partido en una Iglesia que Melecio ya había perturbado; y Colluto llegó a promulgar una doctrina herética y a fundar una secta. Todavía con la esperanza de resolver estos desórdenes sin el ejercicio de su poder episcopal, Alejandro convocó una reunión de su clero, en la que se le permitió a Arrio exponer sus doctrinas libremente y argumentar en su defensa; y, ya sea por el deseo de no dominar la discusión, o por la desconfianza en su propio poder para expresar con exactitud la verdad, y por la ansiedad por la acusación de herejía presentada contra él mismo, se dice que el Primado, aunque de ninguna manera era un hombre de mente débil, se abstuvo de comprometerse en el tema controvertido, "aplaudiendo", como nos dice Sozomeno, "a veces una parte, a veces la otra". Al fin, el error de Arrio pareció ser de una naturaleza tan grave y confirmada, que su semblante habría sido pecaminoso. Comenzó a extenderse más allá de la Iglesia de Alejandría; la indecisión de Alejandro excitó los murmullos de los católicos; hasta que, llamado a regañadientes al cumplimiento de un severo deber, dio pruebas públicas de su verdadera indignación contra las blasfemias que había soportado durante tanto tiempo, excomulgando a Arrio con sus seguidores.

Este procedimiento, obligatorio como era para un obispo cristiano, y ratificado por la concurrencia de un concilio provincial, y conveniente incluso para los intereses inmediatos de la cristiandad, si otras Iglesias hubieran sido igualmente honestas en su lealtad a la verdadera fe, tuvo el efecto de aumentar la influencia de Arrio, lanzándolo sobre sus compañeros lucianistas de las diócesis rivales de Oriente. y dando notoriedad a su nombre y principios. En Egipto, en efecto, ya había sido apoyado por la facción meleciana, que, a pesar de su profesión de ortodoxia, continuaba aliada con él, por celos de la Iglesia, incluso después de haber caído en la herejía. Pero el semblante de estos cismáticos era de poca consideración, comparado con la poderosa ayuda que francamente le ofrecieron, en su excomunión, los principales hombres de las grandes comunidades católicas de Asia Menor y Oriente. Cesárea fue el primer lugar que le concedió un retiro de la ortodoxia alejandrina, donde recibió una cordial acogida por parte del sabio Eusebio, metropolitano de Palestina; mientras que Atanasio, obispo de Anazarbo en Cilicia, y otros, no vacilaron, por cartas en su nombre, en declarar su conformidad con él en toda la extensión de su herejía. Eusebio llegó a declarar que Cristo no era Dios verdadero ni verdadero; y su asociado Atanasio afirmó que estaba en el número de las cien ovejas de la parábola, es decir, una de las criaturas de Dios.

Sin embargo, a pesar del semblante de estos y otros hombres eminentes, a Arrio le resultó difícil mantenerse firme contra la indignación general que su herejía excitaba. A él se opusieron resueltamente Filogonio, patriarca de Antioquía, y Macario de Jerusalén, quienes respondieron rápidamente a la llamada que les hizo Alejandro, en sus circulares dirigidas a las Iglesias sirias. Mientras tanto, Eusebio de Nicomedia, el primer amigo de Arrio, y la consejera eclesiástica de Constancia, hermana del emperador, declararon a su favor; y le ofreció un refugio, que aceptó de buena gana, de la creciente impopularidad que le acompañaba en Palestina. Apoyado por el patrocinio de un prelado tan poderoso, Arrio apenas podía ser considerado en la posición de un cismático o un paria. Asumió, en consecuencia, una actitud más tranquila y respetuosa hacia Alejandro; imitó el lenguaje cortés de su amigo; y en su Epístola, que fue introducida en el Capítulo anterior, se dirige a su diocesano con humildad estudiosa, y difiere o apela a las declaraciones anteriores hechas por el mismo Alejandro sobre la doctrina en disputa. En este momento también parece haber corregido y completado su sistema. Jorge, más tarde obispo de Laodicea, le enseñó una evasión para la prueba ortodoxa "de Dios" mediante una referencia a 1 Corintios XI. 12. Asterio, un sofista de Capadocia, abogó por el sentido secundario de la palabra Logos aplicado a Cristo, con una referencia a pasajes como Joel II. 25; y, para explicar la fuerza de la palabra "Unigénito", sostenía que sólo a Cristo, de todas las criaturas, se le había dado, para que fuera moldeado bajo la presencia inmediata y el peligroso peso de la Mano Divina. Ahora bien, también, como parece, el título de "Dios Verdadero" le fue atribuido por el partido herético; se retiró el "de naturaleza alterable"; y una admisión de su indefectibilidad real la sustituyó. Colocada así la herejía sobre una base menos censurable, la influencia de Eusebio se ejerció en los Concilios tanto en Bitinia como en Palestina; en la que se reconoció a Arrio, y se dirigieron solicitudes más urgentes a Alejandro, con el fin de efectuar su readmisión en la Iglesia.

Esta fue la historia de la controversia durante los primeros cuatro o cinco años de su existencia; es decir, hasta la época de la batalla de Adrianópolis (323 d.C.), por la cual Constantino, convirtiéndose en dueño del mundo romano, tuvo la libertad de dirigir sus pensamientos al estado del cristianismo en las provincias orientales del Imperio. A partir de esta fecha se relaciona con la historia civil; un resultado natural, y de hecho necesario

en las circunstancias existentes, aunque era la ocasión de someter al cristianismo a nuevas persecuciones, en lugar de aquellas que su triunfo nominal había terminado. Cuando una herejía, condenada y excomulgada por una Iglesia, era asumida por otra, y los cuerpos cristianos independientes se oponían abiertamente, no se dejaba nada a los que deseaban la paz, por no hablar de la ortodoxia, sino que se sometía la cuestión a la atención de un Concilio General. Pero como paso previo, la licencia del poder civil era claramente necesaria para una manifestación tan pública de esa asociación tan extensa, de la cual la fe del Evangelio era el principio unificador y animador. Así, la Iglesia no podía reunirse en una, sin entrar en una especie de negociación con los poderes fácticos; cuyos celos es deber de los cristianos, como individuos y como cuerpo, si es posible, disipar. Por otra parte, el emperador romano, como discípulo profeso de la verdad, estaba obligado, por supuesto, a proteger sus intereses y a dar todas las facilidades para su establecimiento en pureza y eficacia. Fue en estas circunstancias que se convocó el Concilio de Nicea.

2.

Ahora debemos dirigir nuestra mirada por un momento al carácter y la historia de Constantino. Es una tarea ingrata discutir las opiniones privadas y los motivos de un emperador que fue el primero en profesarse protector de la Iglesia, y aliviarla de la condición abyecta y sufriente en la que había permanecido durante tres siglos. Constantino es nuestro benefactor; en la medida en que nosotros, que ahora vivimos, podemos considerar que hemos recibido el don del cristianismo por medio de la creciente influencia que él dio a la Iglesia. Y si no fuera porque al conferir su beneficio lo cargó con el legado de una herejía que sobrevivió a su época por muchos siglos, y que todavía existe en sus efectos en las divisiones de Oriente, nada se diría aquí, por un simple recuerdo agradecido de él, a modo de analizar el estado de ánimo en el que veía el beneficio que nos ha transmitido. Pero su conducta, tal como se descubre en la historia subsiguiente, natural como lo fue en su caso, todavía tiene algo de advertencia, que no debe descuidarse en los tiempos futuros.

Es, por supuesto, imposible describir con exactitud los diversos sentimientos con los que uno en la situación peculiar de Constantino probablemente miraba al cristianismo; Sin embargo, el efecto conjunto de todos ellos puede deducirse de su conducta real y del estado del mundo civilizado en ese momento. Encontró su imperio distraído con disensiones civiles y religiosas, que tendían a la disolución de la sociedad; en una época en que los bárbaros de afuera la presionaban con un vigor formidable en sí mismo, pero mucho más amenazador a consecuencia de la decadencia del antiguo espíritu de Roma. Percibió agotados los poderes de su antiguo politeísmo, por cualquier causa; y una filosofía recién surgida que se esforzaba en vano por resucitar una mitología que había hecho su trabajo, y ahora, como todas las cosas de la tierra, volvía rápidamente al polvo de donde había sido tomada. Oyó la misma filosofía inculcar los principios de esa religión más exaltada y refinada, que siempre requerirá una época civilizada; y presencié la misma enseñanza sustancial, tal como él la consideraría, incorporada en los preceptos, y reforzada por la enérgica disciplina, la unión y el ejemplo de la Iglesia cristiana. Aquí descansarían sus pensamientos, como en una solución natural de la investigación a que daba lugar el estado de su imperio; y, sin conocer lo suficiente de los caracteres internos del cristianismo para preocuparse de instruirse en ellos, discerniría, a primera vista, una doctrina más real que la de la filosofía, y una regla de vida más severa y enérgica aún que la de la antigua República. El Evangelio parecía ser el instrumento adecuado de una reforma civil, no siendo más que una nueva forma de la antigua sabiduría, que había

existido en el mundo entero desde el principio. Reverenciando, más aún, en un sentido, sometiéndose honestamente a su fe, sin embargo, la reconocía más como una escuela que como una entidad política; Y al abstenerse del sacramento del bautismo hasta su última enfermedad, actuó con el espíritu de los hombres del mundo de todas las épocas, a quienes no les gusta comprometerse con compromisos que todavía tienen la intención de cumplir, y descender de la posición de jueces a la de discípulos de la verdad.

La concordia es tan eminentemente la perfección del temperamento, la conducta y la disciplina cristianas, y había sido tan maravillosamente ejemplificada en la historia anterior de la Iglesia, que era casi inevitable en un soldado y estadista pagano considerarla como el único precepto del Evangelio. Se requería una percepción moral mucho más refinada, para detectar y aprobar el principio en el que se basa esta paz interior en la Escritura; someterse al dictado de la verdad, como tal como autoridad primaria en asuntos de conducta política y privada; comprender cómo la creencia en un determinado credo era una condición del favor divino, cómo la unión social debía resultar de una unidad de opiniones, el amor del hombre para brotar del amor de Dios, y el celo para ser anterior en la sucesión de las gracias cristianas a la benevolencia. Había sido predicho por Él, que vino a ofrecer paz al mundo, que, de hecho, ese don sería cambiado en espada de discordia; ofendidos por la doctrina, más de lo que fueron conquistados por la amabilidad del cristianismo. Pero sólo Él pudo discernir así a través de qué sucesión de dificultades la verdad divina avanza hacia su victoria final; Las mentes superficiales anticipan el final aparte del curso que conduce a él. Especialmente aquellos que reciben de su enseñanza apenas más de lo que el instinto de la civilización reconoce (y Constantino, en general, debe ser clasificado entre ellos), ven las disensiones religiosas de la Iglesia como simplemente malas, y (como quisieran probar) contrarias a sus propios preceptos; que, en realidad, no son más que la historia de la verdad en su primera fase de prueba, cuando aspira a ser "pura" antes de ser "pacífica"; y sólo son reprehensibles en la medida en que las pasiones más bajas se mezclan con la verdadera lealtad a Dios, que desea su gloria en primer lugar, y sólo en segundo lugar, la tranquilidad y el buen orden de la sociedad.

El Edicto de Milán (313 d.C.) fue uno de los primeros efectos de la ansiedad de Constantino por restaurar la comunión de sentimientos con los miembros de su distraído imperio. En ella se dio una tolerancia absoluta por él y su colega Licinio, a los cristianos y a todas las demás creencias, para seguir la forma de culto que cada uno había adoptado para sí mismo; y se le concedió con el propósito profesado de consultar por la paz de su pueblo.

No pasó un año desde la fecha de este edicto, cuando Constantino se vio en la necesidad de apoyarlo con severas medidas represivas contra los donatistas de África, aunque sus ofensas apenas eran de naturaleza civil. Su cisma se había originado en la ambición defraudada de dos presbíteros, que fomentaban una oposición a Ceciliano, ilegalmente elevado, como pretendían, al episcopado de Cartago. Al convertirse en una secta, apelaron a Constantino, quien sometió su causa al arbitraje de los sucesivos Concilios. Estos se pronunciaron a favor de Ceciliano; y, cuando Constantino revisó y confirmó su sentencia, el partido derrotado lo atacó con quejas inmoderadas, acusó a Osio, su consejero, de parcialidad en la decisión, incitó a los magistrados contra la Iglesia Católica y trató de privarla de sus lugares de culto. En consecuencia, Constantino tomó posesión de sus iglesias, desterró a sus obispos sediciosos y condenó a muerte a algunos de ellos.

El amor a la verdad no es irreconciliable ni con una tolerancia ilimitada, ni con un patrocinio exclusivo de una religión escogida; Pero soportar o descartar el error, según esté o no representado en un sistema independiente y en una autoridad existente, para perdonar a los paganos y tiranizar a los cismáticos, es la conducta de alguien que sometió el principio religioso a la conveniencia y apuntó a la paz, como un bien supremo, por medidas enérgicas donde era posible. en caso contrario, por conciliación.

Debe observarse, además, que después de la célebre visión del Lábaro (312 d.C.), invocó públicamente a la Deidad como una y la misma en todas las formas de adoración; y en un período posterior (321 d.C.), promulgó edictos simultáneos para la observancia del domingo y la debida consulta de los arúspices. Por otra parte, como en el Edicto de Milán, así también en sus Cartas y Edictos relacionados con la controversia arriana, se hace la misma referencia a la paz exterior y al buen orden, como el objeto principal hacia el que se dirigían sus pensamientos. El mismo deseo de tranquilidad le llevó a convocar al Concilio de Nicea al obispo novaciano Acesio, así como a los preladados ortodoxos. Todavía en un período posterior, cuando extendió un semblante más abierto a la Iglesia como institución, se descubre en su conducta el mismo principio que lo impulsó en sus medidas contra los donatistas. En la medida en que reconoce el cuerpo católico, abandona su tolerancia hacia los sectarios. Prohibió los conventículos de los valentinianos, montanistas y otros herejes que, a sus órdenes, se unieron a la Iglesia en tal número (muchos de ellos, dice Eusebio, "por miedo a la amenaza imperial, con mentes hipócritas"), que al final se podría decir que tanto la herejía como el cisma desaparecieron de la faz de la sociedad.

Observemos ahora su conducta en la controversia arriana.

Sin duda, fue una dolorosa decepción para un príncipe generoso y generoso descubrir que la Iglesia misma, de la que había esperado la consolidación de su imperio, estaba convulsionada por disensiones como eran desconocidas en medio de las disputas despiadadas de la filosofía pagana. Los disturbios causados por los donatistas, que su adquisición de Italia (312 d.C.) había abierto a su vista, se extendían desde las fronteras del patriarcado alejandrino hasta el océano. La conquista del Oriente (323 d. de J.C.) no hizo más que ampliar su perspectiva de las distracciones de la cristiandad. El patriarcado que acabamos de mencionar había sido visitado recientemente por una herejía deplorable que, habiendo seguido su curso a través de las partes principales de Egipto, Libia y Cirenaica, había atacado a Palestina y Siria, y se había extendido desde allí a las diócesis de Asia Menor y al Proconsulado de Lidia.

Constantino fue informado del creciente cisma en Nicomedia, e inmediatamente dirigió una carta a Alejandro y Arrio conjuntamente; una referencia a la cual permitirá al lector verificar por sí mismo el relato que se ha dado anteriormente de la naturaleza del cristianismo del Emperador. Profesa en ella dos motivos que le impulsan en su conducta pública; primero, el deseo de efectuar la recepción, a través de sus dominios, de alguna forma definida y completa de culto religioso; Después, el de asentar y vigorizar las instituciones civiles del Imperio. Deseoso de asegurar una unidad de sentimiento entre todos los creyentes en la Deidad, primero dirigió su atención a las disensiones religiosas de África, que había esperado, con la ayuda de los cristianos orientales, terminar.

"Pero", continúa, "¡gloriosa y divina Providencia! ¡Cuán fatalmente heridos estaban mis oídos, o más bien mi corazón, por la noticia de un cisma creciente entre vosotros, mucho más enconado que las disensiones africanas! Al investigar, descubro que la razón

de esta pelea es insignificante e inútil ... Según tengo entendido, tú, Alejandro, estabas preguntando a tu clero la opinión particular sobre algún pasaje de tu ley, o más bien estabas indagando sobre alguna cuestión ociosa, cuando tú, Arrio, te comprometiste desconsideradamente con declaraciones que nunca debieron venir a tu mente o que habrían sido reprimidas de inmediato. A esto se produjo una diferencia, se suspendieron las relaciones cristianas, el rebaño sagrado se dividió en dos, rompiendo la unidad armoniosa del cuerpo común... Escucha mi consejo, tu consiervo: no hagas ni respondas preguntas que no sean por mandato de tu ley, sino por el altercado de un ocio estéril; en el mejor de los casos, guárdenlos para ustedes mismos, y no los publiquen ... Su contención no se refiere a ningún mandamiento capital de su ley; Ninguno de vosotros está introduciendo ningún esquema novedoso de adoración divina; Vosotros sois de una misma manera de pensar, de modo que está en vuestro poder uniros en una sola comunión. Incluso los filósofos pueden estar de acuerdo, todos y cada uno, en un dogma, aunque difieran en los detalles... ¿Es correcto que los hermanos se opongan a los hermanos, por el bien de las nimiedades?... Semejante conducta podía esperarse de la multitud, o de la imprudencia de la niñez; pero es poco conforme a tu sagrada profesión y a tu sabiduría personal". ¿Tal es la sustancia de hi? carta, que, escrita sobre un conocimiento imperfecto de los hechos del caso, y con algunos de los prejuicios del liberalismo ecléctico, era inaplicable, incluso cuando era abstractamente verdadera; Su culpa consistía en suponer que un individuo como él, que ni siquiera había recibido la gracia del bautismo, podía distinguir entre grandes y pequeñas cuestiones en teología. Concluye con las siguientes palabras, que muestran la amabilidad y sinceridad de una mente en cierta medida despertada de las tinieblas del paganismo, aunque delatan la afectación del retórico: "Devuélveme mis días de calma, mis noches de seguridad; para que pueda experimentar en adelante el consuelo de la luz clara y la alegría de la tranquilidad, de lo contrario, suspiraré y me disolveré en lágrimas... Tan grande es mi dolor, que pospuse mi viaje a Oriente por la noticia de tu disensión... Ábreme ese camino hacia ti, que tus contiendas han cerrado. Déjame verte a ti y a todas las demás ciudades en felicidad; para que pueda dar gracias a Dios en lo alto, por la unanimidad y libre trato que se ve entre vosotros".

Esta carta fue transmitida a la Iglesia de Alejandría por Osio, quien fue designado por el emperador para mediar entre las partes contendientes. Se convocó un Consejo, en el que se arreglaron algunas irregularidades menores, pero nada se resolvió sobre la cuestión principal en disputa. Osio volvió a su maestro para informar de una misión infructuosa, y para aconsejarle, como única medida que quedaba por adoptar, la convocatoria de un Concilio General, en el que la doctrina católica pudiera ser declarada formalmente, y se promulgara un juicio sobre la base sobre la cual se determinaría la comunión con la Iglesia en lo sucesivo. Constantino asintió; y, descubriendo que las autoridades eclesiásticas eran serias en condenar los principios de Arrio, como si fueran una innovación audaz sobre el credo recibido, adoptó repentinamente una nueva línea de conducta hacia la herejía; y en una carta que dirigió a Arrio, se profesa un celoso defensor de la verdad cristiana, se atreve a exponerla y ataca a Arrio con una vehemencia que sólo puede imputarse a su impaciencia al descubrir que algún individuo se había atrevido a perturbar la paz de la comunidad. Es notable, como muestra de su completa ignorancia de las doctrinas, que nunca fueron destinadas a la discusión entre los paganos no bautizados, o los cristianos secularizados, que, a pesar de esta audaz confesión de la fe ortodoxa en detalle, poco después le explicó a Eusebio una de las declaraciones nicenas en un sentido que incluso Arrio apenas habría permitido: expresada como es casi a la manera de Paulus.

3.

El primer Concilio Ecuménico se reunió en Nicea, Bitinia, en el verano del año 325 d.C. Asistieron unos 300 obispos, principalmente de las provincias orientales del imperio, además de una multitud de sacerdotes, diáconos y otros funcionarios de la Iglesia. Osio, uno de los hombres más eminentes de una época de santos, fue presidente. Los Padres que tomaron la parte principal en sus procedimientos fueron Alejandro de Alejandría, asistido por su diácono Atanasio, que entonces tenía unos 27 años, y poco después su sucesor en la sede; Eustaquio, patriarca de Antioquía, Macario de Jerusalén, Ceciliano de Cartago, objeto de la hostilidad de los donatistas, Leoncio de Cesárea en Capadocia, y Marcelo de Ancira, cuyo nombre fue después desgraciadamente notorio en la Iglesia. El número de obispos arrianos se indica de diversas maneras: 13, 17 o 22; los más conspicuos de ellos fueron los conocidos prelados de Nicomedia y Cesárea, ambos con el nombre de Eusebio.

Las deliberaciones del Consejo comenzaron a mediados de junio y al principio fueron privadas. Arrio fue presentado y examinado; y confesó sus impiedades con una sencillez y vehemencia mucho más respetables que la hipocresía, que era la característica de su partido, y que finalmente fue adoptada por él mismo. Luego siguió su disputa con Atanasio, quien más tarde se enfrentó al arriano Eusebio de Nicomedia, Maris y Theognis. El desdichado Marcelo también se distinguió en la defensa de la doctrina católica.

Ya se ha hecho referencia a la afirmación de Gibbon, de que los Padres del Concilio dudaron durante un tiempo cómo discriminar entre su propia doctrina y la herejía; pero las discusiones del capítulo anterior contienen pruebas suficientes de que más bien tuvieron que reconciliarse con la adopción de una fórmula que la conveniencia sugería, y con el uso de ella como prueba, que descubrir un medio de expulsar o someter a sus oponentes. Al principio de la controversia, Eusebio de Nicomedia había declarado que no admitiría el "de la sustancia" como un atributo de nuestro Señor. Se leyó en el Consejo una carta que contenía una declaración similar, y se aclaró a sus miembros los objetivos por los que se habían reunido; a saber, para determinar el carácter y la tendencia de la herejía; para levantar una protesta y defensa contra ella; por último, para vencer su propia renuencia a la adopción formal y sin autoridad de una palabra, en explicación de la verdadera doctrina, que no se encontraba en la Escritura, había sido pervertida en el siglo anterior a un significado herético, y en consecuencia fue prohibida por el Concilio de Antioquía que condenó a Paulo.

El partido arriano, por su parte, ansioso por evitar una prueba, que ellos mismos habían sugerido, presentó un Credo propio, redactado por Eusebio de Cáscara. En ella, aunque se omitía la expresión "de la sustancia" o "consustancial", se otorgaba al Hijo de Dios todo término de honor y dignidad, excepto este; quien fue designado como el Logos de Dios, Dios de Dios, Luz de Luz, Vida de Vida, el Hijo Unigénito, el Primogénito de toda la creación, del Padre antes de todos los mundos, y el Instrumento de crearlos. Se confesó que las Tres Personas estaban en verdadera hipóstasis o subsistencia (en oposición al sabelianismo), y que eran verdaderamente Padre, Hijo y Espíritu Santo. Los católicos vieron muy claramente que concesiones de este tipo por parte de los arrianos no ocultaban la verdadera cuestión en disputa. Por ortodoxos que fueran los términos empleados por ellos, por naturales y satisfactoriamente que hubieran respondido a los propósitos de una prueba, si las cuestiones existentes nunca hubieran sido agitadas, y por consistentes que fueran con ciertas declaraciones producibles de los escritores ante-nicenos, eran

irrelevantes en un momento en que se habían encontrado evasivas para todos ellos, y se habían proclamado triunfalmente. La pregunta clara era si nuestro Señor era Dios en un sentido tan completo como el Padre, aunque no se le pudiera ver como separable de Él; o si, como única alternativa, era una criatura; es decir, si Él era literalmente de, y en, la única Esencia Indivisible que adoramos como Dios, "consustancial a Dios", o de una sustancia que tuvo un principio. Los arrianos decían que era una criatura, los católicos que era verdadero Dios; Y todas las sutilezas del ingenio más fértil no podían alterar, y no podían sino ocultar, esta diferencia fundamental. Un espécimen de la argumentación arriana en el Concilio ya ha sido dado sobre el testimonio de Atanasio; Felizmente, no tuvo éxito. Osio elaboró una forma de credo que contenía los términos discriminatorios de la ortodoxia; y se añadieron anatemas contra todos los que mantenían las fórmulas heréticas. Arrio y sus seguidores inmediatos son mencionados por su nombre. Con el fin de evitar malentendidos sobre el sentido en el que se utilizó la prueba, la acompañaron explicaciones. Así, cuidadosamente definido, se ofrecía a los miembros del Consejo para su suscripción; los cuales, en consecuencia, se comprometieron a excomulgar de sus respectivos cuerpos a todos los que realmente se inmiscuyeran en la Iglesia las posiciones antibíblicas y novedosas de Arrio. En cuanto a los laicos, no estaban obligados a suscribirse a ninguna prueba como condición de comunión; aunque, por supuesto, estaban expuestos a la operación del anatema, en caso de que se aventuraran en innovaciones positivas sobre la regla de la fe.

Mientras el Concilio adoptaba esta visión clara y moderada de sus deberes, Constantino desempeñó un papel totalmente coherente con sus propios sentimientos anteriores, y digno de elogio en las circunstancias de su conocimiento defectuoso. Había seguido con interés los procedimientos de los prelados reunidos y no había descuidado ninguna oportunidad de inculcarles la suprema importancia de asegurar la paz de la Iglesia. Al inaugurarse el Consejo, había dado el ejemplo de la conciliación, quemando públicamente, sin leer, ciertos cargos que se le habían presentado contra algunos de sus miembros; un acto noble, como transmitir una lección a todos los presentes para reprimir todo sentimiento privado y deliberar por el bien de la Iglesia Católica hasta el fin de los tiempos. Tal fue su comportamiento, mientras la cuestión en controversia aún estaba pendiente; Pero una vez anunciada la decisión, su tono cambió, y lo que había sido una recomendación de precaución, se convirtió de inmediato en un requerimiento para que se conformara. La oposición a la sentencia de la Iglesia era considerada como desobediencia a la autoridad civil; se propuso la perspectiva del destierro como alternativa a la suscripción; y no pasó mucho tiempo antes de que siete de los trece obispos disidentes se sometieran a la presión de la ocasión y aceptaran el credo con sus anatemas como artículos de paz.

De hecho, la posición en la que Eusebio de Nicomedia había colocado su causa, les dificultaba negarse sistemáticamente a suscribirse. La violencia, con la que Arrio atacó originalmente a los católicos, había sido sucedida por un afectado fervor por la unidad y la concordia, tan pronto como su favor en la corte le permitió prescindir de la baja popularidad por la que se hizo notar por primera vez. La insignificancia de los puntos en disputa, que últimamente habían sido motivo de queja contra él y su partido contra la Iglesia particular que lo condenaba, se convirtió en un argumento para que cedieran, cuando las otras Iglesias de la cristiandad confirmaron la sentencia del alejandrino. Se dice que algunos de ellos sustituyeron el "semejante en sustancia" por el "uno en sustancia" en las confesiones que presentaron al Concilio; pero no es seguro confiar en el anomoeo

Filostorgio, en cuya autoridad descansa el informe, en una acusación contra el partido de Eusebio, y tal vez después de todo simplemente quiere decir que explicaron lo segundo por lo primero como una excusa para su propia retractación. Los seis, que seguían sin ser persuadidos, habían fundado una objeción, que las explicaciones dadas por el Concilio habían llegado a obviar, en el supuesto materialismo de la palabra que había sido elegida como prueba. Al fin, cuatro de ellos cedieron el paso; y los otros dos, Eusebio de Nicomedia y otro, retirando su oposición a la "homousion", sólo se negaron a firmar la condena de Arrio. Estos, sin embargo, fueron finalmente liberados de su dificultad, por la sumisión del heresiarca mismo, que fue perdonado en el entendimiento de que nunca volvió a la Iglesia, que tanto había sufrido por sus intrigas. Hay, sin embargo, algunas dificultades en esta parte de la historia. Poco después, Eusebio sufrió un exilio temporal, al descubrirse sus antiguas prácticas con Licinio en perjuicio de Constantino; y Arrio, implicado en su ruina, fue desterrado con sus seguidores a Iliria.

SECCIÓN II.

CONSECUENCIAS DEL CONCILIO DE NICEA

Desde el momento en que los eusebianos consintieron en suscribir la Homousión de acuerdo con los deseos de un príncipe pagano, se convirtieron en nada más que un partido político. Pronto aprendieron, de hecho, a llamarse a sí mismos homoeusianos, o creyentes en la sustancia "similar", como si todavía tuvieran las peculiaridades del credo de una religión; Pero en verdad es un abuso del lenguaje decir que tenían alguna creencia definida en absoluto. Por esta razón, el relato de la doctrina homeusiana o semiarriana será pospuesto hasta el momento en que nos encontremos con individuos que creamos serios en sus profesiones, y que actúen bajo la influencia de convicciones religiosas, por erróneas que sean. Aquí hay que describir a los eusebianos como una facción secular, que es el verdadero carácter de ellos en la historia en la que toman parte.

Estrictamente hablando, la Iglesia cristiana, como sociedad visible, es necesariamente un poder político o partido. Puede ser un partido triunfante, o un partido bajo persecución; Pero un partido debe ser siempre, anterior en existencia a las instituciones civiles de las que está rodeado, y desde su divinidad latente, formidable e influyente, incluso hasta el fin de los tiempos. La concesión de la permanencia se hizo al principio, no a la mera doctrina del Evangelio, sino a la misma Asociación construida sobre la doctrina; en predicción, no sólo de la indestructibilidad del cristianismo, sino también del medio a través del cual iba a ser manifestado al mundo. Por lo tanto, el Cuerpo Eclesiástico es un medio divinamente designado para realizar las grandes bendiciones evangélicas. Los cristianos se apartan de su deber, o se vuelven en un sentido ofensivo políticos, no cuando actúan como miembros de una comunidad, sino cuando lo hacen con fines temporales o de manera ilegal; no cuando asumen la actitud de un partido, sino cuando se dividen en muchos. Si los creyentes primitivos no interferían con los actos del gobierno civil, era simplemente porque no tenían derechos civiles que les permitieran hacerlo legalmente. Pero donde tienen derechos, el caso es diferente; Y la existencia de un espíritu secular ha de ser comprobada, no por su uso, sino por su uso para fines que no son los fines para los cuales fueron dados. Indudablemente, al criticar el modo en que las ejercen en un caso particular, pueden existir con justicia diferencias de opinión; Pero el principio mismo, el deber de usar sus derechos civiles al servicio de la religión, es claro; y puesto que existe un concepto erróneo popular de que los cristianos, y especialmente el clero, como tal, no tienen interés en los asuntos temporales, es conveniente aprovechar cada oportunidad para negar formalmente la posición y exigir pruebas de ella. En verdad, la Iglesia fue creada con el propósito expreso de interferir, o (como dirán) entrometerse en el mundo. Es el claro deber de sus miembros, no sólo asociarse internamente, sino también desarrollar esa unión interna en una guerra externa con el espíritu del mal, ya sea en las cortes de los reyes o entre la multitud mezclada; Y, si no pueden hacer otra cosa, al menos pueden sufrir por la verdad, y recordársela a los hombres, infligiéndoles la tarea de la persecución.

1.

Asumiendo estos principios, es fácil entrar en las posiciones relativas de los católicos y arrianos en la época que estamos considerando. En cuanto a los arrianos, es un hecho que Arrio y sus amigos comenzaron su carrera con la comisión deliberada de actos desordenados y cismáticos; y es una clara inferencia de sus procedimientos posteriores, que lo hicieron con fines privados. Por ambas razones, pues, eran una mera facción política, usurpando el nombre de la religión; y, como tal, esencialmente anticristiano. La cuestión aquí no es si su doctrina era correcta o incorrecta; sino si no lo convirtieron en un objeto secundario de sus esfuerzos, en un instrumento para alcanzar fines que estimaban por encima de él. Ahora se descubrirá que el partido era anterior al credo. Injertaron su herejía en el cisma de los melecianos, que continuaron apoyándolos después de que lo publicaron; Y lo abandonaron de buena gana, cuando sus intereses seculares exigían sacrificios. En el Concilio de Nicea, comenzaron por mantener una doctrina errónea; Terminaron con concesiones que implicaban la herejía adicional de que los puntos de fe no tienen importancia; Y si eran odiosos cuando blasfemaban contra la verdad, lo eran aún más cuando la confesaban. El principio mismo del eclecticismo consistía en restar importancia a las diferencias de creencias; mientras que estaba implicado en la noción primaria de una Revelación que estas diferencias eran de importancia, y se enseñaba con claridad en el Evangelio, que unirse a aquellos que negaban la fe correcta era un pecado.

Sin embargo, esta adopción por parte de los eusebianos de los sueños de la filosofía pagana, sirvió en cierto modo como una recomendación de ellos a un príncipe que, tanto por su educación como por su conocimiento del mundo, estaba especialmente tentado a considerar toda verdad como una teoría que no se realizaba en una forma tangible presente. Así, una vez que se hubieron librado de la mortificación causada por su suscripción forzada, tuvieron la satisfacción de encontrarse como el partido más poderoso de la Iglesia, como representante y órgano de los sentimientos del Emperador. Inmediatamente cambiaron de lugar con los católicos; que sufrieron una doble derrota, tanto en el continuo poder de aquellos a quienes habían esperado excluir de la Iglesia, como en la envidia de su propia sospecha implacable y antipatía hacia los hombres, que habían parecido satisfacer por suscripción toda duda razonable con respecto a su ortodoxia.

El partido arriano fue afortunado, además, en sus líderes; uno el político más diestro, el otro el teólogo más consumado de la época. Eusebio de Nicomedia era un lucianista, condiscípulo de Arrio. Originalmente fue obispo de Berito, en Fenicia; pero, habiéndose ganado la confianza de Constancia, hermana de Constantino y esposa de Licinio, fue trasladado por su influencia a Nicomedia, donde entonces residía la Corte de Oriente. Aquí se dedicó secretamente a la causa de Licinio contra su rival e incluso se dice que fue indiferente a la seguridad de los cristianos durante la persecución que siguió; una acusación que ciertamente deriva alguna confirmación de la epístola circular de Alejandro, en la que se acusa a los arrianos de dirigir la violencia del poder civil contra los ortodoxos de Alejandría. En la ruina de Licinio, fue protegido por Constancia del resentimiento del conquistador; y, recomendado por sus modales refinados y su talento astuto y persuasivo, pronto se las ingenió para ganar una influencia sobre la mente del mismo Constantino. Desde el momento en que Arrio recurrió a él en su huida de Palestina, debe ser considerado como el verdadero jefe del partido herético; y su influencia es rápidamente perceptible en el cambio que se produjo en su lenguaje y conducta. Mientras que se asumía un tono cortés hacia los defensores de la doctrina ortodoxa, las sutilezas de la dialéctica, en las que la secta sobresalía, se usaban, no para atacar, sino para engañar a sus oponentes, para hacer

plausible la incredulidad y borrar las marcas distintivas del verdadero credo. No hay que olvidar que fue desde Nicomedia, la sede de Eusebio, donde Constantino escribió su epístola a Alejandro y Arrio.

Al apoyar al arrianismo en su nueva dirección, el otro Eusebio, obispo de Cesárea, prestó un servicio singular. Este distinguido escritor, con quien el mundo cristiano tiene una deuda tan grande en la actualidad, aunque no se caracterice por la ambición sin principios de su homónimo, está desgraciadamente relacionado en la historia con el partido arriano. Parece haber tenido los defectos y las virtudes del simple hombre de letras; fuertemente no excitado ni al bien ni al mal, y descuidado a la vez de la causa de la verdad y de los premios de la grandeza secular, en comparación con las comodidades y decencias de la facilidad literaria. Su primer maestro fue Doroteo de Antioquía; después se convirtió en alumno de la Escuela de Cesárea, que parece haber sido su lugar de nacimiento, y donde Orígenes había enseñado. Allí estudió las obras de ese gran maestro y de los demás escritores de la escuela alejandrina. No aparece cuando comenzó a arrianizarse. En Cesárea es celebrado como amigo del ortodoxo Pánfilo, después martirizado, a quien ayudó en su defensa de Orígenes, en respuesta a las acusaciones de heterodoxia que circulaban entonces contra él. El primer libro de esta obra se conserva todavía en la traducción latina de Rufino, y sus declaraciones de las doctrinas católicas son totalmente explícitas y precisas. En sus propios escritos, por numerosos que sean, hay muy poco que acuse a Eusebio de alguna acusación, más allá de la de un apego a la fraseología platónica. Si no se hubiera relacionado con el partido arriano, habría sido injusto sospechar de él de herejía. Pero sus actos son su confesión. Se puso abiertamente del lado de aquellos cuyas blasfemias un verdadero cristiano habría aborrecido; y sancionó y compartió sus actos de violencia e injusticia perpetrados contra los católicos.

Pero es una razón diferente la que ha llevado a la mención de Eusebio a este respecto. La grave acusación bajo la que se encuentra no es la de arrianizar, sino la de corromper la sencillez del Evangelio con un espíritu ecléctico. Al mismo tiempo que sostenía el lenguaje ambiguo de las escuelas como refugio, y la imitación alejandrina de él como argumento, contra la búsqueda de los ortodoxos, su conducta daba fe de la máxima secular de que la diferencia en los credos es un asunto de importancia inferior, y que, siempre que confesemos hasta los términos mismos de la Escritura, podemos especular como filósofos y vivir como el mundo. Difícilmente podría haber elegido Constantino un consejero más peligroso que un hombre tan diversamente dotado, tan exaltado en la Iglesia, tan dispuesto hacia los mismos errores contra los que requería especialmente ser guardado. Se ha hecho notar que, a lo largo de su historia eclesiástica, no se encuentra ningún caso en el que exprese aborrecimiento de las supersticiones del paganismo, y que su costumbre es alabar, o no culpar, a los escritores heréticos que caen bajo su atención.

Tampoco debe pasar desapercibida la influencia de la Corte al relatar los medios por los cuales el arrianismo se apoderó de la mente del Emperador. Constancia, su hermana favorita, fue la patrona original de Eusebio de Nicomedia; y así, una princesa, cuyo nombre sería dignificado por sus desgracias, es conocida por los cristianos de tiempos posteriores sólo como un instrumento principal del éxito de la herejía. Impulsada por un presbítero, una criatura del obispo, que era de su confianza, llamó a Constantino a su lecho en su última enfermedad, le rogó, como petición de despedida, que extendiera su favor a los arrianos, y especialmente encomendó a su consideración al presbítero mismo, que la había estimulado a este experimento sobre los sentimientos de un hermano. Los secuaces

de la corte imperial la imitaban en su preferencia por el comportamiento cortés y suave de los preladados eusebianos, que contrastaba ventajosamente con la severa sencillez de los católicos. Los eunucos y esclavos del palacio (por extraño que parezca) abrazaron los principios del arrianismo; Y todos los hombres más ligeros y frívolos se permitieron pervertir el solemne tema de la controversia y convertirlo en materia de conversación de moda o diversión literaria.

Las artes de la adulación completaron el triunfo del partido herético. Tantas son las tentaciones a las que están expuestos los monarcas de olvidar que son hombres, que evidentemente es deber del Orden Episcopal recordarles que hay un Poder visible en el mundo, divinamente fundado y protegido, superior al suyo. Pero Eusebio se pone a los pies de un pagano; y olvidando su propia gracia de ordenación, permite al Emperador llamarse a sí mismo "el obispo del paganismo" y "el apóstol predestinado de la virtud de todos los hombres". El santuario de la Iglesia se abrió de par en par a su inspección; y, contrariamente al espíritu del cristianismo, sus misterios fueron explicados oficiosamente a alguien que aún ni siquiera era candidato al bautismo.

La restauración y erección de las Iglesias, que es la distinción honrosa de su reinado, lo asimiló, en la mente de sus cortesanos, al Divino Fundador y Sacerdote del templo invisible; y la magnificencia, que calmaba la vanidad de un monarca, parecía en sus usos caritativos casi un sustituto de la religión personal.

2.

A medida que los acontecimientos obraban gradualmente para el avance secular del partido herético, a los católicos se les asignaban gratificaciones y ansiedades de un carácter superior. Las actas del Concilio habían detectado la escasez de arrianos entre los Gobernantes de la Iglesia; lo cual había sido tanto más claramente comprobado, cuanto que ningún interés temporal había operado para ganar para la causa ortodoxa la vasta preponderancia de defensores que realmente había obtenido. Además, había confirmado con la evidencia combinada de la Iglesia universal, el argumento de la Escritura y la tradición local, que cada comunidad cristiana separada ya poseía. Y había una satisfacción en haber encontrado una fórmula adecuada para la conservación del importantísimo artículo en controversia en toda su pureza. Por otra parte, a pesar de estas causas inmediatas de felicitación, la suerte de la Iglesia se vio empañada en perspectiva, por la adopción por parte del Emperador de su Credo como una fórmula de paz, no de creencia, y por la pronta suscripción de la facción sin principios, que anteriormente se había opuesto a ella. Este fracaso inmediato, que no pocas veces acompaña a las medidas benéficas en su comienzo, se tradujo, como se ha dicho, en el triunfo temporal de los arrianos. La enfermedad, que había llamado al Concilio, en lugar de ser expulsada del sistema, fue arrojada sobre la Iglesia, y por un tiempo la afligió; Tampoco fue expulsada, excepto por el ayuno y la oración perseverantes, los trabajos y sufrimientos de los creyentes oprimidos. Mientras tanto, los preladados católicos no podían sino retirarse del partido de la Corte y vigilar cuidadosamente sus movimientos; y, en consecuencia, incurrieron en el oprobio y la pena de ser "perturbadores de Israel". Esto puede ilustrarse a partir de la historia posterior del mismo Arrio, con la que se cerrará este capítulo.

Es dudoso si Arrio fue persuadido o no para firmar el símbolo en el Concilio de Nicea; pero al menos profesó recibirlo unos cinco años después. En este momento, Eusebio de Nicomedia había sido restaurado al favor de Constantino, quien, por otro lado, influenciado

por su hermana, se había vuelto menos celoso en su adhesión al lado ortodoxo de la controversia. Los amigos de Arrio hicieron un intento de efectuar su readmisión en la Iglesia de Alejandría. El gran Atanasio era en este tiempo Primado de Egipto; y en su caso se trató la cuestión de si la Iglesia adoptaría o no los principios seculares, a los que los arrianos estaban dispuestos a someterla, y abandonaría su fe, como condición de la paz y prosperidad presentes. Ya era conocido como el consejero de Alejandro en la controversia anterior; sin embargo, Eusebio no abandonó de inmediato la esperanza de conquistarlo, una esperanza que se vio reforzada por su reciente triunfo sobre los preladados ortodoxos de Antioquía, Gaza y Adrianópolis, a quienes había encontrado medios para privar de sus sedes y dejar paso a los arrianos. Fracasando en su intento de conciliación, siguió la política que podría haberse anticipado y acusó al obispo de Alejandría de una temeridad juvenil y de un obstinado espíritu contencioso, incompatible con el buen entendimiento que debe subsistir entre los cristianos, Arrio fue llamado a la corte, presentó una confesión ambigua y fue recibido favorablemente por Constantino. De allí fue enviado a Alejandría y rápidamente fue seguido por un mandato imperial dirigido a Atanasio, con el fin de asegurar la restauración del heresiarca a la Iglesia a la que había pertenecido. "Al ser informado de mi complacencia -dice Constantino, en el fragmento de la Epístola conservado por Atanasio-, conceded libre entrada a todos los que deseen entrar en comunión con la Iglesia. Porque si me entero de que estás en el camino de algunos que lo buscaban, o que los juzgaban, enviaré inmediatamente a los que te depongan en su lugar, por mi autoridad, y te desterrarán de tu sede". No era de suponer que Atanasio cediera a una orden, aunque de su soberano, que fue concebida en tal ignorancia de los principios de la comunión eclesiástica y de los poderes de sus gobernantes; y, en su explicación, el Emperador se declaró satisfecho de que debía usar de su propia discreción en el asunto. Las intrigas de los eusebianos, que siguieron, serán relatadas en otra parte; terminaron con el destierro de Atanasio a la Galia, la restauración de Arrio en un Concilio celebrado en Jerusalén, su regreso a Alejandría y, cuando la ira del intratable pueblo contra él estalló en un tumulto, su regreso a Constantinopla para dar más explicaciones sobre sus verdaderas opiniones.

Allí tuvo lugar la última y memorable escena de su historia, que proporciona una nueva ilustración de la claridad y la integridad con que los católicos mantuvieron los verdaderos principios de la unión de la Iglesia, contra los que habrían sacrificado la verdad por la paz. El anciano Alejandro, obispo de la sede, sufrió una persecución de súplicas y amenazas, como las que ya se habían empleado contra Atanasio. Los eusebianos le insistieron, a modo de advertencia, en sus nuevos éxitos sobre los obispos de Ancira y Alejandría; y señaló un día para admitir a Arrio a la comunión, o ser expulsado de su sede. Constantino confirmó esta alternativa. Al principio, en efecto, le habían asaltado dudas respecto a la sinceridad de Arrio; pero, al profesar este último con juramento que sus dogmas eran ortodoxos, y presentar una confesión, en la que los términos de la Escritura se convertían en el vehículo de sus impiedades características, el Emperador desestimó sus escrúpulos, observando con una ansiedad y seriedad que se elevan por encima de su carácter ordinario, que Arrio había jurado bien si sus palabras no tenían doble sentido; de lo contrario, Dios se vengaría. El miserable hombre no vaciló en jurar que profesaba el Credo de la Iglesia Católica sin reservas, y que nunca había dicho ni pensado de otra manera que de acuerdo con las declaraciones que ahora hacía.

Durante los siete días anteriores a la señalada para su readmisión, la Iglesia de Constantinopla, el obispo y el pueblo, se dedicaron al ayuno y a la oración. Alejandro, después de un vano esfuerzo por conmovier al Emperador, recurrió a la forma más solemne

y extraordinaria de anatema permitida en la Iglesia; y con lágrimas rogó a su Divino Guardián, o se apartase del mundo, o que sacara de allí el instrumento de aquellos males espirituales prolongados y crecientes, con los que la cristiandad se oscurecía. La víspera del día de su propuesto triunfo, Arrio recorrió las calles de la ciudad con su comitiva, de manera ostentosa; cuando el golpe de la muerte lo alcanzó repentinamente, y expiró antes de que se descubriera su peligro.

Dadas las circunstancias, una mente reflexiva no puede menos de considerar esto como una de esas notables interposiciones de poder, por las cuales la Divina Providencia insta a las conciencias de los hombres en el curso natural de las cosas, lo que su razón reconoce desde el principio, que no es indiferente a la conducta humana. Decir que éstos no caen dentro del curso ordinario de Su gobierno, es simplemente decir que son juicios; que, en el sentido común de la palabra, representan acontecimientos extraordinarios e inesperados. Que esto sucede bajo la Dispensación Cristiana, está suficientemente probado por la historia de Ananías y Safira. Es notable también que los sucesos semejantes, que ocurren en la actualidad, están generalmente conectados con algún perjurio inusual o blasfemia extrema; Y, aunque no podemos inferir el pecado de la circunstancia de la imposición temporal, sin embargo, una vez comprobada la comisión del pecado, bien podemos dar cuenta de que su culpa se imprime providencialmente en las mentes y se amplía en la estimación de la multitud, por la pena visible por la que es seguido. Tampoco en tales casos dictamos necesariamente ninguna sentencia absoluta sobre la persona que parece ser el objeto de la Visitación Divina; sino sólo sobre el acto particular que lo provocó, y que tiene su terrible carácter de mal impreso en él, independientemente del castigo que atraiga nuestra atención hacia él. El hombre de Dios, que profetizó contra el altar de Betel, no debe ser considerado a la luz de su último acto, aunque le siguió un juicio, sino según el tenor general de su vida. Por lo tanto, el ano también debe ser visto; Aunque, desgraciadamente, su acto final no es más que el sello de una carrera prevaricadora y presuntuosa.

Atanasio, que es una de las autoridades de quienes se toma el relato anterior, lo recibió de Macario, un presbítero de la Iglesia de Constantinopla, que estaba en esa ciudad en ese momento. Y añade: "mientras la Iglesia se regocijaba por la liberación, Alejandro administraba la comunión en forma piadosa y ortodoxa, orando con todos los hermanos y glorificando a Dios en gran manera; no como si se regocijara por su muerte (¡Dios no lo quiera!, porque a todos los hombres está establecido morir una sola vez), sino porque en este evento se desplegó algo más que un juicio humano. Porque el Señor mismo, juzgando entre las amenazas de los eusebianos y la oración de Alejandro, ha dictado sentencia contra la herejía de los arrianos; mostrándola indigna de la comunión eclesiástica, y manifestando a todos, que aunque tiene el patrocinio del Emperador y de todos los hombres, sin embargo, por la Iglesia misma es condenada".

SECCIÓN I. LOS EUSEBIANOS

La muerte de Arrio no tuvo consecuencias importantes en la historia de su partido. Nunca se habían sometido a él como su líder, y desde el Concilio de Nicea incluso habían abandonado su credo. La teología de los eclécticos había abierto a Eusebio de Cesarea un lenguaje menos desagradable para los católicos y para Constantino, que aquel en el que había sido traicionado en Palestina; mientras que su tocayo, poseyendo la confianza del Emperador, estaba capacitado para empuñar armas más decisivas en la controversia que las que Arrio había usado. A partir de ese momento, el semiarrianismo fue su profesión, y la calumnia su arma, para la deposición, por medio de un proceso legal, de sus oponentes católicos. Este es el carácter de sus procedimientos desde el año 328 d.C. hasta el 350 d.C.; cuando las circunstancias les llevaron a adoptar un tercer credo, y les permitieron sostenerlo por la fuerza abierta.

A primera vista, puede excitar nuestra sorpresa que hombres que fueron tan poco cuidadosos en ser consistentes en sus profesiones de fe, se tomaran la molestia de encontrar evasivas para una prueba, que podrían haber suscrito como algo natural, y luego descartado de sus pensamientos. Pero, sin mencionar el deseo natural de continuar una oposición a la que una vez se habían comprometido, y especialmente después de una derrota, hay, además, en los misterios religiosos que siempre es desagradable para las mentes seculares. Lo maravilloso, que seguramente excitará la impaciencia y el resentimiento de la razón desconcertada, se vuelve insoportable cuando se encuentra en esos temas solemnes, que de buena gana consideraría como necesarios para los incultos, pero irrelevante cuando se dirige a aquellos que ya son expertos en el conocimiento y las decencias superficiales de la virtud. Las dificultades de la ciencia pueden ser descartadas de la mente, y virtualmente olvidadas; Los preceptos de la moralidad, por imperativos que sean, pueden ser recibidos con la condescendencia y aplicados con las modificaciones de un refinamiento que se aplaude a sí mismo. Pero lo que de inmediato exige atención, pero se niega a satisfacer la curiosidad, se coloca por encima de la mente humana, imprime en ella el pensamiento de Aquel que es eterno e impone la necesidad de la obediencia por sí misma. Y así se convierte para el orgulloso e irreverente, en lo que la conciencia de la culpa es para el pecador; un espectro que acecha el campo y perturba la complacencia de sus investigaciones intelectuales. Al menos en esto, a lo largo de sus cambios, los eusebianos son coherentes en su odio al Sagrado Misterio.

Por otra parte, a veces se ha dicho despectivamente que el celo de los cristianos, en la discusión de temas teológicos, ha aumentado con el misterio de la doctrina en disputa. No hay ninguna razón por la que debamos rehuir la confesión. Indudablemente, un tema que nos es querido se fija más profundamente en nuestros afectos por sus mismas peculiaridades y oscuridades incidentales. Deseamos reverenciar lo que ya amamos; y buscamos los materiales de reverencia en aquellas partes de ella que exceden nuestra inteligencia o imaginación. Por lo tanto, debería excitar nuestra devota gratitud, reflejar cómo la verdad nos ha sido revelada en las Escrituras de la manera más práctica; para

humillar y conquistar, mientras consuela, a los que realmente la aman. Además, con referencia al misterio particular que estamos considerando, dado que la creencia en la divinidad de nuestro Señor está estrechamente relacionada (no importa cómo) con el sentimiento general de las religiones profundas, que implica un sentido tanto de nuestra necesidad como del valor de las bendiciones que Él nos ha procurado, y una emancipación de la tiranía del mundo visible, no es de extrañar que a aquellos que limitan nuestro conocimiento de Dios a las cosas vistas, no les guste oír hablar de su verdadera y única imagen. Si el incrédulo ha intentado explicar el surgimiento de la doctrina por el supuesto crecimiento natural de una veneración por la Persona y los actos del Redentor, que al menos se permita a los cristianos invertir el proceso de argumentación, y sostener más bien que una baja estimación de las bendiciones evangélicas conduce a concepciones indignas del Autor de ellas. En el caso de los profanos, se mostrará en un descuido escéptico del tema de la religión por completo; mientras que los eclesiásticos, en cuyas mentes se impone la religión, son tentados a una exaltación indebida de su orden, o a un credo deshonoroso para su Señor. Los eusebianos adoptaron esta última alternativa, y así fusionaron la supremacía de la Verdad Divina en medio de las múltiples religiones y filosofías del mundo.

Su habilidad en el razonamiento y su amor a la disputa nos proporcionan una explicación adicional de su pertinaz oposición al Credo de Nicea. Aunque, al poseer el favor de la Corte Imperial, ya tenían las ventajas sustanciales de la victoria, desdeñaban el éxito sin batalla. Amaban la emoción del suspenso y el triunfo de la victoria. Y este giro sofisticado de la mente explica, no sólo sus incesantes disputas, sino también sus frecuentes cambios de opinión con respecto a la doctrina en disputa. Se puede dudar de que los hombres, tan entrenados en la gimnasia de la escuela aristotélica, pudieran desarrollar cuidadosamente y mantener consecuentemente una visión definida de la doctrina; Especialmente en un caso en el que las dificultades de una causa poco sólida se combinaban con su propia inquietud y ligereza habituales para frustrar el intento. En consecuencia, en su conducción de la argumentación, parecen no aspirar a nada más que a "vivir al día", como se suele decir; valiéndose de algún que otro expediente que bastaría para sacarlos de las dificultades existentes; admisiones, ya sea para satisfacer la tímida conciencia de Constancio, o para engañar a la Iglesia occidental; o afirmaciones tan débilmente precisas y tan decentemente ambiguas, que abarcan el mayor número de opiniones posibles, y que privan a la religión, en consecuencia, de su aspecto austero y dominante.

Para que no parezca que me entrego a una vaga acusación, presento aquí al lector un bosquejo de las vidas del jefe de ellos; a partir de la cual podrá decidir si la anterior explicación de su conducta es innecesaria o gratuita.

El más distinguido del grupo, después del propio Eusebio, por su habilidad, erudición y falta de escrúpulos. era Acacio, el sucesor del otro Eusebio en la sede de Cesarea. Había sido su alumno, y a su muerte heredó su biblioteca. Jerónimo lo clasifica entre los comentaristas más eruditos de las Escrituras. El historiador arriano, Filostorgio, elogia su audacia, penetración y perspicuidad en el despliegue de sus puntos de vista; y Sozomeno habla de sus talentos e influencia como iguales a la ejecución de los designios más difíciles. Comenzó al principio profesándose semiarriano, siguiendo el ejemplo de Eusebio, su maestro; luego, se convirtió en el fundador del partido, que más adelante se describirá como el Homeean o Escritural; en tercer lugar, se unió a los anomoeanos o arrianos puros, hasta el punto de ser el asociado íntimo del desdichado Aecio; cuarto, por orden de

Constancio, lo abandonó y lo excomulgó; quinto, en el reinado del católico Joviano, firmó la Homousion o símbolo de Nicea.

Jorge, de Laodicea, otro de los principales miembros del partido de Eusebio, fue originalmente un presbítero de la Iglesia de Alejandría, y depuesto por Alejandro por la ayuda prestada por él a Arrio en Nicomedia. Al final del reinado de Constancio, profesó durante un tiempo los sentimientos de los semiarrianos; si en serio o no, no tenemos los medios de decidir, aunque el carácter que le da Atanasio, que es generalmente sincero en sus juicios, es desfavorable a su sinceridad. Ciertamente, abandonó a los semiarrianos en poco tiempo, y murió como un anomoeano. También se le acusa de irregularidades abiertas y habituales de la vida.

Leoncio, el más astuto de su partido, fue promovido por los arrianos a la sede de Antioquía; y aunque fue alumno de la escuela de Luciano, y siempre apegado a las opiniones de Arrio a lo largo de su vida, parece haberse comportado en su alta posición con moderación y buen humor. El partido católico era todavía fuerte en la ciudad, particularmente entre los laicos; los crímenes de Esteban y Placilo, sus inmediatos predecesores arrianos, habían traído descrédito a la causa herética; y las opiniones teológicas de Constancio, que estaba apegado a la doctrina semiarriana, hacían peligroso confesar las blasfemias del primer fundador de su credo. En consecuencia, con el fin de seducir a los católicos a su propia comunión, estaba ansioso por profesar un acuerdo con la Iglesia, incluso cuando tenía una opinión opuesta; y nos queda frío que en la doxología pública, que era prácticamente la prueba de la fe, ni siquiera los más cercanos a él en la congregación pudieran oír de él más que las palabras "por los siglos de los siglos", con las que concluye: Al parecer, fue con el mismo designio, que convirtió las casas de beneficencia de la ciudad, destinados a la acogida de extraños, en seminarios para propagar la fe cristiana; y publicó un relato panegírico de San Babilonia, cuando su cuerpo iba a ser trasladado a Dafne, a modo de consagración de un lugar que antes había estado dedicado a los excesos sensuales. Mientras tanto, debilitó gradualmente a la Iglesia, mediante una promoción sistemática de los herejes y un rechazo del clero ortodoxo; uno de sus actos más escandalosos fue la ordenación de Aecio, el fundador de los anomoes, que más tarde fue promovido al episcopado en el reinado de Juliano.

Eudoxio, el sucesor de Leoncio, en la sede de Antioquía, fue su condiscípulo en la escuela de Luciano. Se dice que fue convertido al semiarrianismo por los escritos del sofista Asterio; pero más tarde se unió a los anomoeos, y tomó posesión del patriarcado de Constantinopla. Fue allí, en la dedicación de la catedral de Santa Sofía, donde pronunció la impiedad desenfadada que lo ha caracterizado con una distinción que supera toda noticia histórica de su conducta, o discusión de sus opiniones religiosas. "Cuando Eudoxio -dice Sócrates- se sentó en el trono episcopal, sus primeras palabras fueron estas célebres: "el Padre es irreligioso; el Hijo, religioso". Cuando se produjo un ruido y confusión, añadió: "No os angusties por lo que digo; porque el Padre es irreligioso, como si no adorara a nadie; pero el Hijo es religioso hacia el Padre". Al oír esto, cesó el tumulto, y en su lugar una risa intemperante se apoderó de la congregación; y sigue siendo un buen dicho hasta el día de hoy".

Valente, obispo de Mursa, en Panonia, cerrará esta lista de prelados eusebianos. Fue uno de los discípulos inmediatos de Arrio; y, desde muy joven, el campeón de su herejía en la Iglesia latina. En la conducción de la controversia, heredó más del trato sencillez, así como de los principios de su amo, que sus asociados; fue un abierto defensor de la

doctrina anomoea, y por su influencia personal con Constancio equilibró el poder del partido semiariano, derivado del apego privado del emperador a su doctrina. El favor de Constancio fue ganado por un afortunado artificio, en el momento en que éste dirigía sus armas contra el tirano Magnencio. "Mientras los dos ejércitos se enfrentaban en las llanuras de Mursa -dice Gibbon-, y la suerte de los dos rivales dependía de la suerte de la guerra, el hijo de Constantino pasaba los momentos de ansiedad en una iglesia de los mártires, bajo las murallas de la ciudad. Su consolador espiritual, Valente, el obispo arriano de la diócesis, empleó las precauciones más astutas para obtener información tan temprana como para asegurar su favor o su escape. Una cadena secreta de mensajeros rápidos y confiables le informaba de las vicisitudes de la batalla; y mientras los cortesanos permanecían temblando en torno a su amo asustado, Valente le aseguró que las legiones galas cedían; e insinuó, con cierta presencia de ánimo, que el glorioso acontecimiento le había sido revelado por un ángel. El agradecido emperador atribuyó su éxito a los méritos y a la intercesión del obispo de Mursa, cuya fe había merecido la aprobación pública y milagrosa del cielo".

Tales eran los jefes de la facción de Eusebio o de la Corte; y al examinarlas, ¿no nos parece ver en cada una de ellas una nueva exposición de su gran tipo y precursor, Paulus, en un lado u otro de su carácter, aunque le supere en extravagancia de conducta, como poseyendo un campo más amplio, y más poderosos incentivos para el esfuerzo ambicioso y enérgico? Vemos la misma acomodación del Credo Cristiano al humor de un Soberano terrenal, la misma fertilidad de disputas en apoyo de su versión de la misma, la misma profanación imprudente de las cosas sagradas, la misma paciente diseminación del error para los servicios de la época venidera; y, si están libres de las inmoralidades personales de su amo, equilibran este rasgo favorable de carácter con el temperamento cruel y duro de corazón que se descubre en su persecución de los católicos.

2.

Esta persecución se llevó a cabo hasta mediados de siglo, de acuerdo con las formas externas de la ley eclesiástica. En el Consejo se preferían cargos de diversas clases contra los prelados ortodoxos de las sedes principales, con una profesión al menos de regularidad, cualquiera que fuera la injusticia que pudiera haber en los detalles de los procedimientos. Por este medio, todas las Iglesias más poderosas de la cristiandad oriental, al comienzo del reinado de Constancio (337 d. de J.C.), habían sido puestas bajo la influencia de los arrianos; Constantinopla, Heraclea, Adrianópolis, Éfeso, Ancira, Cesarea, Antioquía, Laodicea y Alejandría. Eustaquio de Antioquía, por ejemplo, había incurrido en su odio por su tenaz resistencia a la herejía en el excremento de su primer origen. Siguiendo el ejemplo de su predecesor inmediato Filogonio, negó la comunión a Esteban, Leoncio, Eudoxio, Jorge y otros; y acusó abiertamente a Eusebio de Cesarea de haber violado la fe de Nicea. Los jefes del partido se reunieron en Consejo en Antioquía; y, bajo cargos de herejía e inmoralidad, que afirmaban que se mantenían satisfactoriamente, pronunciaron sentencia de deposición contra él. Constantino lo desterró a Filipos, junto con un número considerable de sacerdotes y diáconos de su Iglesia. De la misma manera, Marcelo de Ancira, otro de sus adversarios empedernidos, fue depuesto, anatematizado y desterrado por ellos, con mayor apariencia de justicia, sobre la base de su inclinación a los errores de Sabelio. Pero su enemistad más rencorosa y sus esfuerzos más perseverantes se dirigieron contra el noble Patriarca de Alejandría; y, para ilustrar sus principios y conducta, se relatarán brevemente las circunstancias de su primera persecución.

Cuando Eusebio de Nicomedia fracasó en su intento de restaurar a Arrio en la Iglesia de Alejandría por medio de la persuasión, había amenazado con conseguir su fin por medios más duros. Las calumnias se inventaban fácilmente contra el hombre que había resistido su propósito, y sucedió que se encontraron en el lugar herramientas dispuestas a llevar a cabo el ataque. Ya se ha notado que los sectarios meletianos son los asociados originales de Arrio; que había perturbado a la Iglesia tomando parte en su cisma, antes de que él promulgara su peculiar herejía. Fueron llamados en honor a Melecio, obispo de Licópolis en la Tebaida; el cual, siendo depuesto por haber caído en la persecución de Diocleciano, separado de los católicos, y, propagando una sucesión espuria de clero por su prerrogativa episcopal, formó un cuerpo poderoso en el corazón de la Iglesia egipcia. El Concilio de Nicea, deseoso de poner fin al desorden de la manera más templada, en lugar de deponer a los obispos meletianos, había acordado que conservarían un rango nominal en las sedes en las que se habían colocado respectivamente; mientras que, al prohibirles ejercer sus funciones episcopales, disponía la terminación del cisma a su muerte. Pero, con la mala fortuna que suele acompañar a las medidas conciliatorias, si no van acompañadas de un despliegue de vigor tal que demuestre que la concesión no es más que condescendencia, la clemencia se olvidó en la restricción, que irritaba, sin reprimirlas; y, empeñados en el derrocamiento de la Iglesia dominante, hicieron un sacrificio de sus principios, que hasta entonces habían sido ortodoxos, y se unieron a los eusebianos. Por medio de esta intriga, estos últimos lograron una entrada en la Iglesia egipcia, tan eficaz como la que ya se les había abierto, por medio de su herejía misma, en Siria y Asia Menor.

Los cargos contra Atanasio fueron presentados y examinados en Concilios celebrados sucesivamente en Cesarea y Tiro (333-335 d.C.); los Melecianos son los acusadores, y los Eusebianos los jueces en el juicio. En una fecha anterior, se había intentado condenarlo por delitos políticos; pero, al examinarlo, Constantino quedó satisfecho de su inocencia. Se había representado que, por su propia autoridad, había impuesto y exigido rigurosamente un derecho sobre el paño de lino egipcio; el tributo pretendido no era en realidad más que las ofrendas que personas piadosas habían hecho a la Iglesia, en forma de vestiduras para el servicio del santuario. Además, se había afirmado que había enviado ayuda pecuniaria a un tal Filomeno, que estaba en rebelión contra el Emperador; como en un período posterior lo acusaron de un plan para angustiar a Constantinopla, deteniendo los barcos de trigo de Alejandría, destinados al abastecimiento de la metrópoli,

Los cargos que se le imputaron ante estos Concilios fueron tanto de carácter civil como eclesiástico; que él, o Macario, uno de sus diáconos, había roto un cáliz consagrado, y la mesa sagrada misma, y había arrojado los libros sagrados al fuego; luego, que había matado a Arsenio, un obispo meletiano, cuya mano, amputada y conservada con fines mágicos, había sido encontrada en la casa de Atanasio. La última de estas extrañas acusaciones fue refutada en el Concilio de Cesarea por el mismo Arsenio, a quien Atanasio había ganado, y quien, al presentar una mano humana en el juicio, se presentó ante los jueces, destruyendo así la evidencia circunstancial por la cual debía ser identificada como suya. La primera acusación fue refutada en Tiro por el testimonio de los obispos egipcios; los cuales, después de exponer las pruebas equívocas del acusador, pasaron a probar que en el lugar donde se decía que su Metropolitano había roto el cáliz, no existía iglesia, ni altar, ni cáliz. Estas fueron las principales acusaciones formuladas contra él; y su extraordinario absurdo (por ciertas que sean las acusaciones como asuntos de la historia, a partir de pruebas de varias clases) sólo puede explicarse suponiendo que los eusebianos eran ya

entonces demasiado poderosos y demasiado audaces para preocuparse por mucho más que las formas desnudas de la ley, o para tener escrúpulos ante cualquier evidencia que la inhabilidad de sus coadjutores egipcios pudiera poner ante ellos. A lo anterior se añadió una acusación de violencia en su conducta hacia ciertos Melecianos; Y, como dicen algunos, una acusación aún más frívola de incontinencia, pero si alguna vez se presentó, es más que dudoso.

Cesarea y Tiro eran lugares demasiado públicos incluso para la audacia de los eusebianos, cuando los hechos del caso estaban tan claramente a favor del acusado. Se propuso entonces que se enviara una comisión de investigación a la Mareotis, que estaba en las cercanías y formaba parte de la diócesis de Alejandría, y fue el escenario de la supuesta profanación del sagrado cáliz. Los principales miembros de esta comisión eran Valente y Ursacio, Teognis, Maris y otros dos, todos eusebianos; llevaron consigo al principal acusador de Atanasio como su guía y anfitrión, dejando a Atanasio y Macario en Tiro, y negando la admisión en el tribunal de investigación a aquellos clérigos de los Mareotis, que deseaban defender los intereses de su obispo en su ausencia. Se puede prever la emisión de tales procedimientos. A la vuelta de la comisión a Tiro, Atanasio fue condenado formalmente por rebelión, sedición y uso tiránico de su poder episcopal, de asesinato, sacrilegio y magia; fue depuesto de la sede de Alejandría, y se le prohibió volver a esa ciudad. Constantino confirmó la sentencia del Concilio, y Atanasio fue desterrado a la Galia.

3.

A menudo se ha observado que las persecuciones de los cristianos, como en el caso de San Pablo, "se extienden más bien hacia el avance del Evangelio". La dispersión de los discípulos, después del martirio de San Esteban, introdujo la palabra de verdad junto con ellos mismos entre los samaritanos; y en el caso que nos ocupa, el destierro de Atanasio condujo a su presentación al joven Constantino, hijo del gran emperador de ese nombre, quien abrazó calurosamente su causa y le dio la oportunidad de despertar el celo y ganar la amistad personal de los católicos de Occidente. Constante también, otro hijo de Constantino, declaró a su favor; y así, a la muerte de su padre, acaecida dos años después del Concilio de Tiro, sólo un tercio de su poder, en la persona del semiarriano Constancio, emperador de Oriente, permaneció con aquel partido, que, mientras vivió Constantino, pudo ejercer toda la fuerza del Estado contra los obispos ortodoxos. El apoyo de la Sede Romana fue una ventaja aún más importante obtenida por Atanasio. Roma era el mediador natural entre Alejandría y Antioquía, y en ese momento poseía una amplia influencia entre las Iglesias de Occidente. En consecuencia, cuando Constancio reinició la persecución, a la que su padre había sido persuadido, los exiliados se dirigieron a Roma; y hacia el año 340 o 341 leemos de obispos de Tracia, Siria, Fenicia y Palestina, reunidos allí, además de una multitud de presbíteros, y entre los primeros, el mismo Atanasio, Marcelo, Asclepas de Gaza y Lucas de Adrianópolis. El primer acto de la Sede Romana en su favor fue la celebración de un Concilio provincial, en el que se examinaron los cargos contra Atanasio y Marcelo, y se declararon insostenibles. Y su siguiente acto fue abogar por la convocatoria de un Concilio de toda la Iglesia con el mismo propósito, remitiéndolo a Atanasio para que eligiera un lugar de reunión, donde su causa pudiera estar segura de una audiencia más imparcial que la que había encontrado en Cesarea y Tiro.

Los eusebios, por otra parte, percibiendo el peligro que sus intereses sufrirían si se celebraba un Concilio a cualquier distancia de su propio territorio peculiar, decididos a

anticipar el Concilio proyectado por uno de los suyos, en el que podrían confirmar la sentencia de deposición contra Atanasio y, si era posible, idear una confesión de fe, para disipar las sospechas que los occidentales albergaban de su ortodoxia. Esta fue la ocasión del Concilio de la Dedicación, como se le llama, celebrado por ellos en Antioquía, en el año 341, y que es uno de los concilios más célebres del siglo. Era costumbre solemnizar la consagración de los lugares de culto, con la asistencia de los principales preladados de los distritos vecinos; y la gran iglesia de la metrópoli de Siria, llamada *Dominicum Aureum*, que acababa de ser construida, proporcionó el pretexto y el nombre a su asamblea. Entre noventa y cien obispos se reunieron en esta ocasión, todos arrianos o arrianizantes, y acordaron sin dificultad el objetivo inmediato del Concilio, la ratificación de los Sínodos de Cesarea y Tiro en condena de Atanasio.

Hasta ahora, su empresa estaba en sus propias manos; pero quedaba una tarea más difícil, a saber, obtener la aprobación y el consentimiento de la Iglesia occidental, mediante una exposición de los artículos de su fe. No queriendo obligarse por la decisión de Nicea, tuvieron que encontrar algún sustituto para la Homousion. Con este punto de vista, se adoptaron sucesivamente cuatro, o incluso cinco credos, más o menos parecidos al niceno en el lenguaje. La primera fue la atribuida al mártir Luciano, aunque hay dudas sobre su autenticidad. Es en sí mismo casi inobjetable; y, si no hubiera habido controversias sobre los temas contenidos en él, habría sido una prueba satisfactoria de la ortodoxia de sus promulgadores. El Hijo es llamado allí la Imagen exacta de la sustancia, voluntad, poder y gloria del Padre; y se dice que las Tres Personas de la Santísima Trinidad son tres en sustancia, una en voluntad. Se añadió una condena evasiva de los principios arrianos; suficiente, como podía parecer, para engañar a los latinos, que no eran expertos en las sutilezas de la cuestión. Por ejemplo, se negaba que nuestro Señor hubiera nacido "en el tiempo", pero en la escuela herética, como se mostró anteriormente, se suponía que el tiempo comenzaba con la creación del mundo; y se negaba que estuviera "en el número de las criaturas", siendo su doctrina que era la única obra inmediata de Dios, y, como tal, no como las demás, sino separada de toda la creación, de la que en verdad era el autor. A continuación, por una u otra razón, se propusieron dos nuevos credos, que fueron adoptados parcialmente por el Concilio; Lo mismo en carácter de doctrina, pero más corto. Estos tres fueron todos circulados, y más o menos recibidos en las Iglesias vecinas; pero, considerándolos, ninguno de ellos parecía adecuado para el objeto que se perseguía, el de recomendar a los eusebianos a las Iglesias lejanas de Occidente. En consecuencia, después de algunos meses de retraso, se elaboró un cuarto formulario, entre otros por Marcos, obispo de Aretusa, obispo semiarriano de carácter religioso, que se mencionará más adelante; sus compositores fueron comisionados para presentarlo a Constante; y, resultando insatisfactorio este credo, se redactó una quinta confesión con considerable cuidado y habilidad; aunque tampoco logró acallar las sospechas de los latinos. Este último se llama el Maerostich, por el número de sus párrafos, y no hizo su aparición hasta tres años después del primero.

En verdad, ninguna exposición semejante de la fe católica podía satisfacer a los cristianos occidentales, mientras fueran testigos del exilio de su gran campeón a causa de su fidelidad a ella. Aquí los eusebianos carecían de su habitual astucia práctica. Las palabras, por ortodoxas que fueran, no podían pesar en contra de un hecho tan evidente. Los occidentales, aunque poco hábiles en las sutilezas de la lengua griega, fueron capaces de averiguar la herejía de los eusebianos en su malevolencia hacia Atanasio. Más aún, los ansiosos intentos de sus enemigos por complacerlos por medio de una confesión de fe,

eran una refutación de sus pretensiones. Porque, en la medida en que el sentido del mundo católico ya había sido registrado en la Homousion, ¿por qué iban a idear un nuevo formulario, si después de todo estaban de acuerdo con la Iglesia? ¿O por qué habrían de ser ellos mismos tan fértiles en confesiones, si no tenían todas ellas más que una sola fe? Atanasio les reprocha que en sus credos fechan la exposición de la doctrina católica como si fuera algo nuevo, en lugar de ser simplemente declarada, que era el único designio de los Padres Nicenos; mientras que en otras ocasiones, afectaban a reconocer la autoridad de los Consejos anteriores, a los que, sin embargo, se oponían indirectamente. En estas circunstancias, la Iglesia Romana, como representante de los latinos, sólo se inclinó más a la convocación de un Concilio General en el que se pudiera ratificar el Credo de Nicea, y se pudiera reprobar cualquier innovación al respecto; y la inocencia de Atanasio, que ya había comprobado en su Sínodo provincial, podía ser formalmente probada y proclamada a toda la cristiandad. Este objetivo se cumplió al fin. Constante, a quien Atanasio había visitado y conquistado, ejerció con éxito su influencia con su hermano Constancio, emperador de Oriente; y se convocó en Sárdica un Concilio de todo el mundo cristiano para los propósitos mencionados, incluyendo la exculpación de Marcelo y otros con la de Atanasio.

Sárdica fue elegida como lugar de reunión, ya que se encontraba en los confines de las dos divisiones del Imperio. Está en las fronteras de Moesia, Tracia e Ilírico, y al pie del monte Haemus, que la separa de Filipópolis. Allí se reunieron los jefes del mundo cristiano en el año 347, veintidós años después del Concilio de Nicea, en número superior a 380 obispos, de los cuales setenta y seis eran arrianos. El Presidente del Consejo era el venerable Hosius; cuyo nombre era en sí mismo una promesa, de que la decisión de Nicea había de ser simplemente preservada, y no se había planteado ninguna nueva cuestión sobre un tema ya agotado por la controversia. Pero, casi antes de la apertura del Consejo, las cosas entraron en crisis; se produjo un cisma en sus miembros; los arrianos se retiraron a Filipópolis, y allí excomulgaron a los líderes de los ortodoxos, Julio de Roma, Osio y Protógenes de Sárdica, emitieron una sexta confesión de fe y confirmaron los procedimientos del Concilio de Antioquía contra Atanasio y los otros exiliados.

Esta secesión de los arrianos surgió como consecuencia de su hallazgo de que a Atanasio se le permitía un asiento en el Consejo; a cuyas discusiones se negaron a asistir, mientras tomaba parte en ellas un obispo, que ya había sido depuesto por los Sínodos de Oriente. Los ortodoxos respondieron que un Concilio posterior, celebrado en Roma, lo había absuelto y restaurado completamente; además, que sostener su culpabilidad no era más que asumir el punto principal, que entonces se reunían para debatir; y, aunque muy consecuente con su ausencia total del Concilio, no se les podía permitir a los que con su venida habían reconocido el objeto para el cual se llamaba. En consecuencia, sin conmoverse por su retirada, el Concilio procedió a la condena de algunos de los oponentes más notorios del Credo de Nicea, examinó los cargos contra Atanasio y los demás, revisó los actos de las investigaciones en Tiro y los Mareotis, que los eusebianos habían enviado a Roma en su defensa. y confirmó el decreto del Concilio de Roma, a favor del acusado. Constante impuso esta decisión a su hermano con los argumentos propios de un monarca; y el tímido Constancio, cediendo al miedo de lo que negaba a la justicia, consintió en devolver a Alejandría a un campeón de la verdad, que había sido condenado por los cargos más descabellados, por el más hostil y falto de principios de los jueces.

El viaje de Atanasio a Alejandría suscitó los testimonios más completos y satisfactorios de la verdadera ortodoxia de los cristianos orientales; a pesar de la cobardía o malentendido existente, que los entregó al gobierno tiránico de unos pocos herejes decididos y enérgicos. Los obispos de Palestina, uno de los principales bastiones del espíritu arriano, acogieron con la solemnidad de un Concilio una restauración que, dadas las circunstancias del caso, era casi un triunfo sobre su propio soberano; y tan excitado estaba el sentimiento católico incluso en Antioquía, que Constancio temió conceder a los atanasios una sola iglesia en esa ciudad, por temor a que hubiera sido la ruina de la causa arriana.

Una de las consecuencias más importantes del Concilio de Sárdica fue la retractación pública de Valente y de su cómplice Ursacio, obispo de Singidon, en Panonia, dos de los más inveterados enemigos y calumniadores de Atanasio. Estaba dirigida al Obispo de Roma, y fue concebida en los siguientes términos: "Considerando que hasta ahora se sabe que hemos preferido muchas acusaciones graves contra el Obispo Atanasio, y, al ser puestos en nuestra defensa por Vuestra Excelencia, no hemos podido cumplir nuestras acusaciones, declaramos a Vuestra Excelencia, en presencia de todos los presbíteros, Hermanos nuestros, que todo lo que hasta ahora hemos oído contra lo susodicho, es falso y totalmente extraño a su carácter; y por lo tanto, que abrazamos de corazón la comunión del mencionado Atanasio, especialmente considerando que Su Santidad, según su habitual clemencia, ha condescendido a perdonar nuestro error. Además, declaramos que, si los orientales en algún momento, o Atanasio, por sentimientos resentidos, desean hacernos rendir cuentas, no actuaremos en el asunto sin su aprobación. En cuanto al hereje Arrio y sus partidarios, que dicen que una vez el Hijo no fue, que es de la Sustancia creada y que no es el Hijo de Dios antes de todos los tiempos, los anatematizamos ahora, y de una vez por todas, de acuerdo con nuestra declaración anterior que presentamos en Milán. Testigo nuestro de que condenamos de una vez por todas la herejía arriana, como ya hemos dicho, y a sus defensores. Atestigua también la mano de Ursacio.— Yo, Ursacio el Obispo, he puesto mi nombre a esta declaración".

El Concilio de Milán, al que se hace referencia en la conclusión de esta carta, parece haberse celebrado en el año 347 d.C.; dos años después el credo arriano, llamado Macrosich, fue enviado a Occidente, y poco después de la declaración de Constante a favor de la restauración de los atanasianos.

SECCIÓN II.

LOS SEMIARRIANOS.

Los acontecimientos registrados en la última sección tuvieron importantes consecuencias en la historia del arrianismo. El Concilio de Sárdica llevó a la separación entre las Iglesias de Oriente y de Occidente; que parecían estar allí representados respectivamente por los Sínodos rivales de Sárdica y Filipópolis, y que hasta entonces habían ocultado sus diferencias entre sí, y se habían comunicado entre sí por temor a aumentar el mal existente. No es que realmente hubiera discordancia de doctrina entre ellos. El historiador de quien se toma esta afirmación da al mismo tiempo que su propia opinión que la mayoría de los asiáticos eran homousianos, aunque tiranizados por la influencia de la corte, los sofismas, la importunidad y la audacia del partido de Eusebio. Este puñado de teólogos, avanzando sin escrúpulos hacia los más altos puestos eclesiásticos, se dedicó a cambiar la condición de las Iglesias así puestas en su poder; y, como se ha observado en el caso de Leoncio de Antioquía, llenaron los oficios inferiores con sus propias criaturas, y sembraron las semillas de futuras discordias y desórdenes, que no podían esperar tener la satisfacción de contemplar. La mayoría ortodoxa de obispos y teólogos, en cambio, tímida o indolentemente, se mantenía en un segundo plano; y se dejaron representar en Sárdica por hombres, cuyos principios sabían que no eran cristianos, y profesaban abominar. Y en tales circunstancias, la culpa de las disensiones abiertas, que siguieron entre las divisiones orientales y occidentales de la cristiandad, seguramente se atribuiría a los que instaban a que se convocara el Concilio, no a los que descuidaban su deber al mantenerse alejados. Sin embargo, para calificar esta censura hay que tener en cuenta el espíritu intrigante de los eusebianos; que podrían tener medios, de los que no se nos habla, para mantener alejados a sus hermanos ortodoxos de Sárdica. Ciertamente, el costo del viaje era considerable, cualesquiera que fuesen las asignaciones imperiales o eclesiásticas para él, y su ausencia de sus rebaños, especialmente en una época fértil en Consejos, era un mal. Sin embargo, hay suficiente en la historia de los tiempos, para evidenciar una negligencia culpable por parte de los ortodoxos de Asia.

Sin embargo, esta ruptura entre Oriente y Occidente se ha notado aquí, no para censurar a las Iglesias asiáticas, sino por su influencia en la suerte del arrianismo. Tuvo el efecto de empujar a los semiarrianos, como se les llama, a un partido distinto del partido de Eusebio o de la Corte, entre el cual hasta entonces habían estado ocultos. Este partido, como su nombre lo indica, profesaba una doctrina que se aproximaba a la ortodoxa; y así sirvió de medio para engañar a las Iglesias occidentales, que no eran hábiles en las evasivas con las que los eusebianos se libraban incluso de las confesiones más explícitas de la doctrina católica. En consecuencia, las seis confesiones heréticas relatadas hasta ahora eran todas de carácter semiarriano, ya que tenían la intención de justificar más o menos el partido herético a los ojos de los latinos. Pero cuando este objetivo dejó de ser factible, por el acontecimiento del Concilio de Cerdeña, los semiarrianos dejaron de ser útiles a los eusebianos, y gradualmente se produjo una separación entre las partes.

1.

Los semiarrianos, cuya historia se introducirá aquí, se originaron, en lo que se refiere a su doctrina, en el cambio de profesión que el anatema niceno fue la ocasión de imponer a los eusebianos; y tuvieron por fundadores a Eusebio de Cesarea, y al sofista Asterio. Pero vistos como una fiesta, son de una fecha posterior. Los verdaderos eusebianos nunca se tomaron en serio los credos modificados, que tan ostentosamente propusieron para la aprobación de Occidente. Sin embargo, mientras clamaban en defensa de la doctrina inconsistente contenida en ellos, la cual, semejante a la ortodoxa en palabra, podía de hecho subvertirla, y al mismo tiempo confesaban y negaban a nuestro Señor, sucedió que realmente recomendaron esa doctrina al juicio de algunos de sus seguidores, y lograron crear una creencia directa en una hipótesis. que en su propio caso no era más que el manto de su propia indiferencia hacia la verdad. Esta al menos parece la verdadera explicación de un tema intrincado en la historia. Siempre hay hombres de mentes sensibles y sutiles, las víctimas naturales del disputador audaz; Hombres que, incapaces de tener una visión amplia y de sentido común de un tema importante, tratan de satisfacer su intelecto y su conciencia con distinciones refinadas y reservas perversas. Hombres de esta estampa se encontraban especialmente en un pueblo que poseía el lenguaje y la agudeza de los griegos. En consecuencia, los eusebianos percibieron al fin, sin duda para su sorpresa y disgusto, que había surgido un partido entre ellos, con toda la positividad (como ellos lo considerarían), y nada de la sencilla simplicidad de los polemistas católicos, más dispuestos a dogmatizar que a argumentar, y atando a sus asociados al verdadero significado de las palabras: que ellos mismos habían elegido como meras evasivas de la ortodoxia; y para su consternación descubrieron que en este grupo se iba a contar el nuevo emperador en persona. Constancio, en efecto, puede ser tomado como un tipo de auténtico semiarriano; resistiendo, como lo hizo, la doctrina ortodoxa por exceso de sutileza, timidez, orgullo, inquietud u otra debilidad mental, pero lo suficientemente paradójico como para combatir y condenar al mismo tiempo a todos los que se atrevían a enseñar algo menos que esa ortodoxia. Equilibrado en este centro imperceptible entre la verdad y el error, desterró alternativamente a todas las partes en la controversia, sin perdonar ni siquiera a la suya; y recurría a su vez a todos los credos en busca de alivio, excepto en aquellos en los que realmente se podía encontrar la verdad.

El símbolo de los semiarrianos era el "semejante en sustancia", que sustituyeron por el ortodoxo "uno en sustancia" o "consubstancial". Sus objeciones a esta última fórmula tomaron la siguiente forma. Si la palabra "sustancia" denotaba la "primera sustancia", o un ser individual, entonces Homousios parecía tener un significado sabeliano e implicar una negación de la personalidad separada del Hijo. Por otra parte, si se entendía que la palabra incluía a dos Personas distintas (o Hipóstasis), esto era para usarla, como se usa de las cosas creadas; como si por sustancia se entendiera alguna naturaleza común, ya sea dividida de hecho, o una simplemente por abstracción. Fueron fortalecidos en este punto de vista por el decreto del Concilio, celebrado en Antioquía entre los años 260 y 270, en condena de Paulo, en el que se proscribió la palabra Homousion. Prefirieron, en consecuencia, llamar al Hijo "semejante en sustancia" o Homoousios, con el Padre, es decir, de una sustancia semejante en todas las cosas, excepto en que no es la sustancia del Padre; sosteniendo al mismo tiempo que, aunque el Hijo y el Espíritu estaban separados en sustancia del Padre, sin embargo, estaban tan incluidos en su gloria que no había más que un solo Dios.

En lugar de admitir la evasión de los arrianos, de que la palabra Hijo no tenía más que un sentido secundario, y que nuestro Señor era en realidad una criatura, aunque "no como las demás criaturas", declararon claramente que no era una criatura, sino verdaderamente el Hijo, nacido de la sustancia (usia) del Padre, como si fuera una emanación de Él a su voluntad; sin embargo, no le permitían ser simplemente Dios. como era el Padre; pero, afirmando que había varias energías en el Ser Divino, consideraban la creación como una, y la génesis o generación como otra, de modo que el Hijo, aunque distinto en sustancia de Dios, era al mismo tiempo esencialmente distinto de toda naturaleza creada. O sugerían que Él era hijo de la Persona (hipóstasis), no de la sustancia o *usia* del Padre; o, por así decirlo, de la Voluntad Divina, como si la fuerza de la palabra "Hijo" consistiera en este punto. Además, en lugar del "una vez dejó de ser", adoptaron el "tiempo de separación generado", por el cual incluso Arrio lo había cambiado. Es decir, como sosteniendo que la cuestión del comienzo de la existencia del Hijo estaba más allá de nuestra comprensión, sólo afirmaron que hubo tal comienzo, pero que fue antes del tiempo e independiente de él; como si fuera posible establecer una distinción entre la doctrina católica de la derivación o el orden de sucesión en la Santísima Trinidad (la "generación no originaria") y esta noción de un comienzo simplificado de la condición del tiempo.

Tal era el Credo Semiariano, que en realidad implicaba contradicciones en los términos, paralelas a aquellas de las que se acusaba a los ortodoxos: que el Hijo nació antes de todos los tiempos, pero no eterno; no una criatura, pero tampoco Dios; de su sustancia, pero no es la misma en sustancia; y su exacta y perfecta semejanza en todas las cosas, pero no una segunda Deidad.

2.

Sin embargo, los hombres eran mejores que su credo; Y es satisfactorio poder detectar en medio de la impiedad y la mundanidad del partido herético cualquier elemento de un espíritu más puro, que gradualmente se esforzó y se desarrolló a partir de la masa corrupta, en la que estaba incrustado. Aun así, vistos como distintos de sus socios políticos, los semiarianos son, en el mejor de los casos, un partido heterogéneo; sin embargo, pueden ser considerados como santos y mártires, cuando se les compara con los eusebianos, y de hecho algunos de ellos han sido reconocidos como tales por los católicos de tiempos posteriores. Su celo en descubrir el humanitarismo de Marcelo y Fotino, y su buen servicio en resistir a los anomoeos, que llegaron al mismo humanitarismo por un curso de pensamiento más audaz, se mencionarán más adelante. En general, eran hombres de vida recta y ejemplar, y serios de acuerdo con sus opiniones; y aun pretendían santidad en su comportamiento exterior, en que diferían de los verdaderos eusebianos, los cuales, en la medida en que los tiempos lo permitían, afectaban a las costumbres y principios del mundo. Puede añadirse que tanto Atanasio como Hilario, dos de los más intransigentes partidarios de la doctrina católica, hablan favorablemente de ellos. Atanasio no duda en llamarlos hermanos; considerando que, por muy necesario que fuera para la edificación de la Iglesia en general, que la Homousión se impusiera al clero, sin embargo, los privilegios de la comunión cristiana privada no debían ser negados a aquellos que, por una causa u otra, tropezaban en el uso de ella. Es notable que los semiarianos, por el contrario, en su célebre Sínodo (en Ancira, 358 d. de J.C.) anatematizaron a los poseedores de la Homousion, como si fueran cripto-sabelianos.

Basilio, el sucesor de Marcelo, en la sede de Ancira, unió en su persona la más variada ciencia con la vida más intachable de todos los semiarianos. Este elogio de la

rectitud en la conducta fue compartido con él por Eustaquio de Sebaste y Eleusio de Cízico. Estos tres obispos atrajeron especialmente la consideración de Hilario, cuando fue desterrado a Frigia por las intrigas de los arrianos (356 d.C.). El celoso confesor lamenta con sentimiento la condición en que encontró las Iglesias en esas partes. "No hablo de cosas extrañas para mí", dice, "no escribo sin conocimiento; He oído y visto en mi propia persona las faltas, no sólo de los laicos, sino de los obispos. Porque, exceptuando a Eleusio y a unos pocos con él, las diez provincias de Asia, en las que estoy, son en su mayor parte verdaderamente ignorantes de Dios". Su testimonio en favor de los semiarrianos del Asia Menor, debe considerarse en justicia como pronunciado con la misma fuerza de afirmación que caracteriza su protesta contra todos menos contra ellos; y en otra parte se dirige a Basilio, Eustaquio y Eleusio, con el título de "Sanctissimi viri".

Marcos, obispo de Aretusa, en Siria, ha obtenido de la Iglesia griega los honores de santo y mártir. De hecho, se entregó a una violencia de espíritu, que lo asimila a los arrianos puros, que fueron los primeros entre los cristianos en emplear la fuerza en la causa de la religión. Pero la violencia, que dura tan libremente como ataca, se gana nuestro respeto, si se le niega nuestra alabanza. Sus esfuerzos en la causa del cristianismo tuvieron un éxito considerable. En el reinado de Constancio, valiéndose de su poder como obispo cristiano, demolió un templo pagano y construyó una iglesia en su lugar. Cuando Juliano lo consiguió, le tocó el turno a Marcos. El Emperador había sido salvado por él, cuando era niño, en la matanza de los otros príncipes de su casa; Pero en esta ocasión consideró que las exigencias de justicia y de paganismo a la vez pesaban más que el recuerdo de los servicios antiguos. Marcos fue condenado a reconstruir el templo, o a pagar el precio del mismo; y, al huir de su obispado, muchos de su rebaño fueron arrestados como sus rehenes. Ante esto, se entregó a sus perseguidores, quienes inmediatamente lo sometieron a las indignidades más repugnantes y crueles. "Aprehendieron al anciano prelado", dice Gibbon, seleccionando algunos del número, "lo azotaron inhumanamente; le arrancaron la barba; y su cuerpo desnudo, ungido con miel, estaba suspendido, en una red, entre el cielo y la tierra, y expuesto a las picaduras de los insectos y a los rayos de un sol sirio". El pago de una pieza de oro para la reconstrucción del templo, lo habría rescatado de estos tormentos; Pero, resuelto a negarse a contribuir al servicio de la idolatría, se permitió, con una generosa insensibilidad, incluso burlarse de sus propios sufrimientos, hasta que agotó la furia, o incluso, se dice, efectuó la conversión de sus perseguidores. Gregorio Nacienceno y Teodoreto, además de celebrar su actividad en la creación de conversos, hacen mención de su sabiduría y piedad, de su entendimiento cultivado, de su amor a la virtud y de la honorable coherencia de su vida.

Cirilo de Jerusalén y Eusebio de Samosata son santos en el calendario romano, aunque conectados en la historia con el partido semiarriano. Eusebio era amigo de San Basilio, apellidado el Grande; y a Cirilo todavía lo conocemos en sus discursos perspicuos y elocuentes dirigidos a los catecúmenos.

Se podría nombrar a otros de una respetabilidad similar, aunque deficiente, a los antes mencionados, ya sea en el juicio moral o en el intelectual. Con ellos se mezclaban algunos de carácter más oscuro. Jorge de Laodicea, uno de los verdaderos eusebianos, se unió a ellos por un tiempo, y tomó una parte principal junto con Basilio en la administración del Concilio de Ancira. Macedonia, que originalmente era anomoea, pasó del semiarrianismo a la herejía de los pneumatomachistas, es decir, a la negación de la divinidad del Espíritu Santo, de la que teológicamente es el fundador.

3.

Los semiarrianos, siendo los antes descritos, fueron al principio tanto en la fe como en la conducta un ornamento y recomendación de los eusebianos. Pero, una vez que estos últimos estuvieron en desacuerdo con la Iglesia latina por el acontecimiento del Concilio de Cerdeña, dejaron de serles útiles como a un ciego, que ya no estaba disponible, o más bien eran una carga para ellos, y rivales formidables en el favor de Constancio. La separación entre las dos partes probablemente se retrasó durante un tiempo por la sumisión forzada y la retractación de los eusebianos Valente y Ursacio; pero pronto sucedió un suceso que liberó por completo a aquellos dos obispos y a los demás eusebianos de las vergüenzas en que la influencia de Occidente y la timidez de Constancio los habían envuelto por el momento. Este fue el asesinato del católico Constante que tuvo lugar en el año 350 d.C.; a consecuencia de lo cual (Constantino, el mayor de los hermanos, ya muerto) Constancio sucedió al imperio indiviso. Así, los eusebianos abrieron todo Occidente a su ambición; y no estaban atados por ningún impedimento, excepto el que el mal instruido semiarrianismo del Emperador pudiera imponerles. Sus procedimientos en estas afortunadas circunstancias se presentarán ante nosotros dentro de poco; aquí me limitaré a mencionar el artificio con el que lograron recomendarse a Constancio, mientras se oponían y triunfaban sobre el Credo semiarriano.

Este artificio, que, por obvio que sea, es curioso, por el lugar que ocupa en la historia del arrianismo, fue el de afectar por principio a limitar las confesiones de fe a los términos de la Escritura; y fue adoptado por Acacio, obispo de Cesarea, en Palestina, sucesor del sabio Eusebio, uno de los mismos hombres que habían abogado por los formularios semiarrianos no bíblicos de la Dedicación y de Filipópolis. Desde la fecha más temprana, los arrianos se habían refugiado de las dificultades de sus propios dogmas antibíblicos en la letra de los escritores sagrados; Pero apenas se habían aventurado a la inconsistencia de objetar los términos de la teología como tal. Pero aquí Eusebio de Cesarea anticipó los procedimientos de su partido; y, así como abrió a sus contemporáneos la evasión del semiarrianismo, así también anticipó a su discípulo Acacio en el artificio más especioso que ahora estamos considerando. Se sugiere en la apología que presentó por firmar el anatema niceno de las fórmulas arrianas; este anatema lo defiende en el principio de que estas fórmulas no fueron concebidas en el lenguaje de la Escritura. Se alude al mismo principio de vez en cuando en los Concilios arrianos subsiguientes, como si ya entonces los eusebianos más laxos estuvieran luchando contra el dogmatismo de los semiarrianos. Aunque el Credo de Luciano introduce la "usia", los otros tres Credos de la Dedicación la omiten; y esta hipótesis de diferencias de opinión en el cuerpo herético de estos Concilios explica en parte esa vacilación y ambigüedad en declarar su fe, que se ha notado en su lugar. De nuevo, el Macrostich omite la "usia", profesa generalmente que el Hijo es "semejante en todas las cosas al Padre", y refuerza la propiedad de atenerse al lenguaje de la Escritura.

Hacia el tiempo que actualmente se nos presenta más particularmente, es decir, después de la muerte de Constante, esta modificación del arrianismo se hace distinta y reúne en torno a sí a los eusebianos orientales, bajo la hábil dirección de Acacio. No es fácil fijar la fecha en que lo adoptó abiertamente, cuya causa inmediata fue su disputa con el semiarriano Cirilo, que se sitúa entre el 349 y el 357 d.C. El principio distintivo de su nueva doctrina era la adhesión a la fraseología de las Escrituras, en oposición a la inconveniente precisión de los semiarrianos; su principio distintivo es la vaga confesión de que el Hijo es

generalmente "semejante" o, a lo sumo, "semejante en todas las cosas" al Padre, "semejante al "uno en sustancia", "semejante en sustancia" y "semejante", es decir, la vaga confesión de que el Hijo es generalmente semejante, o totalmente semejante, al Padre. De estas dos expresiones, la de "en todas las cosas semejantes" fue permitida por los semiarrianos, que incluían "en sustancia" en ella; mientras que los acacianos (porque así se les puede llamar ahora), u homoeanos (como sosteniendo el Homoeon o semejantes), intentaron encubiertamente excluir lo "en sustancia" con esa misma expresión, ya que la mera semejanza siempre implicaba diferencia, y la "sustancia" estaba, como ellos argumentarían, necesariamente excluida del "en todas las cosas" si se pretendía que lo "semejante" representara algo menos la identidad. Es evidente, pues, que, en el sentido de sus autores y en el efecto práctico de la misma, esta nueva hipótesis no era ni más ni menos que la arriana pura, o, como se la llamó más tarde, anomoeana, aunque la frase en que se expresaba tenía en su letra el sentido inverso.

Tal era el estado de la herejía hacia el año 350; Antes de repasar su historia, tal como se llevó a cabo entre los dos partidos rivales en que se dividían sus defensores, los eusebianos, el semiarriano y el homeo, me referiré a los sufrimientos de la Iglesia católica en ese período.

SECCIÓN III.

LOS ATANASIOS.

La segunda persecución arriana se extiende por el espacio de unos doce años, siendo el intervalo entre la muerte de Constante y la de Constancio (350-361 d.C.). Varias violencias locales, particularmente en Alejandría y Constantinopla, habían ocurrido con el semblante de los eusebianos en una fecha anterior; pero fueron más bien actos de venganza, que, destinados a ser un medio para atraer a los católicos, y no se llevaron a cabo según ningún plan. Las sedes principales también habían sido capturadas y sus ocupantes desterrados. Pero ahora se introducía generalmente la alternativa de la suscripción o el sufrimiento; y, aunque el arrianismo fue más sanguinario en sus persecuciones posteriores, no pudo ser más audaz y abandonado de lo que se mostró en ésta.

El artificio del Homoeón, del que Acacio había asumido la dirección, fue adaptado para promover el éxito de su partido, entre los ortodoxos de Occidente, así como para engañar o avergonzar a los semiarrianos orientales, para quienes estaba especialmente previsto. Las Iglesias latinas, que no habían sido expuestas a esas pruebas de sutileza herética de las que la Homousión se convirtió a regañadientes en el remedio, se habían adherido con noble sencillez a la decisión de Nicea; estando satisfechos (al parecer) de que, tuvieran o no necesidad de la prueba de la ortodoxia en ese momento, en ella residía la seguridad de la gran doctrina en debate, siempre que llegara la necesidad. Al mismo tiempo, estaban naturalmente celosos de la introducción de tales términos en su teología, ya que principalmente servían para recordarles las disensiones de los extranjeros; y, influidos por este sentimiento, aun después de que sus jefes se hubiesen declarado contra los eusebianos en Sárdica, se vieron expuestos a la tentación de escuchar favorablemente el artificio del "Homoeon" o "semejante". Cerrar el tema en términos de las Escrituras, y decir que nuestro Señor era como Su Padre, sin añadir ninguna explicación, parecía ser una doctrina pacífica, y ciertamente era en sí misma inobjetable; y, por supuesto, tendría un aspecto aún más favorable, cuando se contrastaría con la amenaza del exilio y la pobreza, por la que se imponía su aceptación. Por otra parte, la medida propuesta ocultaba la grosería de esa amenaza misma, y fijó la atención de las Iglesias solicitadas más bien en el argumento que en el mandato imperial. Las mentes que están a prueba de las meras amenazas del poder, son vencidas por los artificios de una casuística importuna. Aquellos que hubieran preferido sufrir la muerte antes que haber sancionado las impiedades de Arrio, apenas veían cómo defenderse rechazando los credos, que eran abstractamente verdaderos, aunque incompletos, e intolerables sólo por las insignias de un partido prevaricador. De este modo, el arrianismo se asentó por primera vez en Occidente. Y, cuando se hacía una concesión, se exigía otra; o, en otras ocasiones, la primera concesión se convirtió, no sin engañosidad, en un principio, como permitiendo un cambio completo en el lenguaje teológico, como si apartarse de la Homousión fuera de hecho consentir en las impiedades abiertas de Arrio y los Anomoeos. Este es el carácter de la historia, tal como se ilustra más o menos en esta sección y en la subsiguiente; los católicos siendo acosados

por sofismas y persecuciones, y los semiarrianos consintiendo primero en el Homoeon, luego retractándose y haciéndose más distintivos en la escena, como los eusebianos o los acacianos se atrevían a hablar de nuestro Señor en términos menos honorables.

Pero había otra suscripción, exigida a los católicos durante el mismo período y desde una fecha anterior, tan dolorosa, y para todos, excepto para las mentes más honestas, tan vergonzosa, como la del credo del Homoeón; y esa fue la condena de Atanasio. Los eusebianos fueron incitados contra él por el resentimiento y los celos; percibían que el éxito de sus planes era imposible, mientras un obispo estaba en escena, tan popular en el país, tan respetado en el extranjero, el vínculo de conexión entre los ortodoxos de Europa y Asia, el órgano de sus sentimientos, y el guía y agente vigoroso de sus consejos. Además, las circunstancias de la época habían atribuido una importancia adventicia a su fortuna; como si la causa de la Homousión estuviera, providencialmente confiada a su custodia, y en su seguridad o derrocamiento, el triunfo o la pérdida de la verdad estuvieran realmente involucrados. Y, a los ojos del Emperador, el campeón católico aparecía como un rival de su propia soberanía; tipo, como realmente era, e instrumento de esa Orden Apostólica que, unida o no al poder civil, debe, hasta el fin de los tiempos, dividir el gobierno con César como ministro de Dios. Considerando, pues, a Atanasio demasiado grande para ser súbdito, Constancio, como si quisiera la paz de su imperio, deseaba su destrucción de todos modos. No importaba si era desafortunado o culpable; ya sea implicado en culpabilidad legal, o forzado por las circunstancias a su posición actual; sin embargo, era la víctima adecuada de una especie de ostracismo eclesiástico que, en consecuencia, llamaba a la Iglesia a infligir. Se lo exigió a la Iglesia, porque la misma eminencia de Atanasio hacía inseguro, incluso para el emperador, acercarse a él de otra manera. El Patriarca de Alejandría no podía ser depuesto, excepto después de una serie de éxitos sobre los católicos menos poderosos, y con la aquiescencia forzada o el beneplácito de las principales comunidades cristianas. Y así, la historia de los primeros años, de la persecución, nos presenta el curioso espectáculo de una guerra de partidos que se libra en todas partes, excepto en la vecindad de la persona que era el verdadero objeto de la misma, y que fue dejada por un tiempo para continuar la obra de Dios en Alejandría, sin ser molestada por los Concilios. conferencias y usurpaciones, que dejaron perplejas a las otras capitales de la cristiandad.

Por lo que se refiere a la mayoría de los obispos que fueron llamados a condenarlo, parece que había poco lugar para el error de juicio, si trataban honestamente con sus conciencias. Sin embargo, en Occidente había quienes, sin duda, apenas sabían lo suficiente de él como para darle su confianza, o que no tenían medios para formarse una opinión verdadera de los nuevos cargos a los que estaba sometido. Aquellas que originalmente se instaron contra él, ya han sido expuestas; las nuevas acusaciones eran las siguientes: que había provocado diferencias entre Constancio y su hermano; que había mantenido correspondencia con Magnencio, el usurpador de Occidente; que había dedicado, o usado, una nueva iglesia en Alejandría sin el permiso del emperador; y, por último, que no había obedecido el mandato que le había dado de convocar a Italia.—Ahora repasemos algunos de los pasajes destacados de la persecución:

1.

Pablo había sucedido a Alejandro en el año 336 d.C. En la fecha que nos ocupa (350 d. de J.C.), ya había sido expulsado tres veces de su Iglesia por las intrigas de los arrianos; Ponto, Galia y Mesopotamia, siendo sucesivamente los lugares de su exilio. Hacía ya dos

años que había sido restaurado, cuando fue llamado por cuarta vez, no sólo al exilio, sino al martirio. Por autoridad del emperador, fue trasladado de Constantinopla a Cucoso en Capadocia, una ciudad lúgubre en medio de los desiertos del Tauro, más tarde el lugar del destierro de su sucesor San Crisóstomo. Allí permaneció seis días sin comer; cuando sus conductores esperaban con impaciencia el fin de sus sufrimientos estrangulándolo en la cárcel. Macedonio, el semiarriano, tomó posesión de la sede vacante y mantuvo su poder con los excesos más salvajes. La confiscación de propiedades, el destierro, las marcas, la tortura y la muerte, fueron los medios para que él lograra en la Iglesia de Constantinopla una conformidad con los principios de la herejía. Los novacianos, como mantenidos de la Homousion, fueron incluidos en la persecución. Al negarse a comunicarse con él, fueron apresados y azotados, y los elementos sagrados fueron introducidos violentamente en sus bocas. Las mujeres y los niños eran bautizados a la fuerza; y, al resistir los primeros, fueron sometidos a crueldades demasiado miserables para ser descritas.

2.

Los sufrimientos de la Iglesia de Adrianópolis ocurrieron casi al mismo tiempo, o incluso antes. Bajo la supervisión de un funcionario civil, que ya había actuado como instrumento de los eusebianos en los Mareotis, varios de los clérigos fueron decapitados; Lucio, su obispo, por segunda vez cargado de cadenas y enviado al exilio, donde murió; y otros tres obispos de la vecindad visitados por el edicto imperial, que los desterraba, a riesgo de sus vidas, de todas las partes del Imperio.

3.

Continuando sus operaciones hacia el oeste, los arrianos se apoderaron de la provincia de Sirmio en Panonia, en la que se encontraban las diócesis de Valente y Ursacio. Estos obispos, a la muerte de Constante, habían recaído en la herejía de su hermano, que ahora era dueño de todo el mundo romano; y desde entonces pueden ser contados como los líderes del partido de Eusebio, especialmente en Occidente. La iglesia de Sirmio fue abierta a sus asaltos en las siguientes circunstancias. Siempre había sido la política de los arrianos sostener que la Homousión implicaba alguna que otra herejía por consecuencia necesaria. A veces se adscribía a la doctrina ortodoxa un materialismo valentiniano o maniqueo; y en otro tiempo, el sabelianismo, que era especialmente odioso para los semiarrianos. Y sucedió, muy desgraciadamente para la Iglesia, que uno de los más enérgicos de sus campeones en Nicea, había caído desde entonces en una herejía de carácter sabeliano; y había confirmado así el prejuicio contra la verdadera doctrina, por lo que podría considerarse como un ejemplo de su peligrosa tendencia. En el curso de una obra de refutación del sofista Asterio, uno de los primeros semiarrianos profesos, Marcelo, obispo de Ancira, fue inducido a simplificar (tal como él concebía) el credo de la Iglesia, con declaraciones que sabían a sabelianismo; es decir, mantuvo la unidad del Hijo con el Padre, a expensas de la doctrina de la distinción personal entre los Dos. Fue respondido, no sólo por el mismo Asterio, sino también por Eusebio de Cesarea y Acacio; y, en el año 335 d.C., fue depuesto de su sede por los eusebianos, para dejar paso al semiarriano Basilio. A pesar de las sospechas contra él, el partido ortodoxo lo defendió durante un tiempo considerable, y el Concilio de Sárdica (347 d.C.) lo absolvió y lo restituyó en su sede; pero al fin, tal vez a causa de la creciente definición de sus puntos de vista heréticos, fue abandonado por sus amigos como desesperado, incluso por Atanasio, quien lo apartó silenciosamente con la aquiescencia del mismo Marcelo. Pero el mal no terminó ahí; su discípulo Fotino, obispo de Sirmio, aumentó el escándalo, defendiendo, y con mayor

audacia, una doctrina casi unitaria. Los eusebianos no descuidaron la oportunidad que se les ofrecía, tanto para calumniar la enseñanza católica como para apoderarse de una sede tan considerable, que su actual ocupante había deshonrado con su herejía. Celebraron un concilio en Sirmio (351 d.C.), para indagar sobre sus opiniones; y a petición suya se celebró una disputa formal. Basilio, el rival de Marcelo, fue elegido para ser el antagonista de su alumno; y teniendo la posición más fácil de defender, obtuvo la victoria en el juicio de árbitros imparciales, que habían sido seleccionados. Siguió la deposición de Fotino, y un arriano, Germinio, fue colocado en su sede. También se promulgó un nuevo credo de una estructura entre Homoeusian y Homoeon, siendo el primero de los tres que se datan de Sirmium. Germinio, algunos años después, adoptó un semiarrianismo que rayaba en la doctrina católica, y eso en un momento en que se puede esperar que los puntos de vista seculares no influyeran en su cambio.

4.

El primer ataque abierto contra Atanasio y la independencia de Occidente, se realizó dos años más tarde en Arlés, en ese momento la residencia de la Corte. Allí el emperador celebró un concilio, con la intención de comprometer a los obispos de Occidente en un acto abierto contra el prelado alejandrino. Asistieron a ella los diputados de Liberio, el nuevo obispo de Roma, a quien el partido de Eusebio ya se había dirigido, con la esperanza de encontrarlo más dócil que su predecesor Julio. Liberio, sin embargo, había sido decidido a favor de Atanasio por la carta de un concilio egipcio; y, para evadir las propuestas del emperador, le dirigió un mensaje sumiso, pidiéndole un concilio general y definitivo en Aquilea, una medida que Constancio ya había hecho esperar a los católicos. Los obispos occidentales de Arlés, por su parte, exigieron que, como paso previo a la condena de Atanasio, el Credo ortodoxo fuera reconocido por el Concilio, y Arrio anatematizado. Sin embargo, los eusebianos mantuvieron su punto; Valente siguió con su violencia característica la imperiosidad de Constancio; Los malos tratos se añadieron, hasta que los Padres del Concilio, agotados por los sufrimientos, consintieron en deponer e incluso excomulgar a Atanasio. A raíz de esto, se publicó un edicto en el que se denunciaba el castigo a todos los obispos que se negaran a suscribir el decreto así obtenido. Entre los casos de cobardía que se exhibieron en Arlés, ninguno fue más lamentable que el de Vicente de Capua, uno de los diputados de Liberio al emperador. Vicente se había mostrado en ocasiones anteriores como un ferviente partidario de la ortodoxia. Se supone que es el presbítero del mismo nombre que fue uno de los representantes del obispo romano en Nicea; había actuado con los ortodoxos en Sárdica, y más tarde había sido enviado por Constante a Constancio, para llevar a cabo la restauración de los atanasios en el año 348 d.C. Fue en esta ocasión que él y su compañero habían sido expuestos a la malicia de Esteban, el obispo arriano de Antioquía; los cuales, ansiosos de destruir su influencia, hicieron que una mujer de carácter ligero se introdujera en su habitación, con la intención de fundar una calumnia contra ellos; y que, al descubrirse el artificio, fue depuesto por orden de Constancio. En esta ocasión, Vicente gozaba de la entera confianza de Liberio; el cual, habiéndole confiado su delicado encargo por el sentido de su vigor y experiencia, quedó profundamente afligido por su caída. Es satisfactorio saber que Vicente se recuperó después en Ariminum; donde resistió audazmente el intento tiránico de los eusebianos, de imponer su credo en la Iglesia occidental,

5.

Los tiempos de prueba atraen a hombres de celo y audacia, que así pueden transmitir sus nombres a la posteridad. Liberio, abatido por la desgracia de su representante, y propenso a las fluctuaciones de su espíritu, fue inesperadamente animado por la llegada del famoso Lucifer, obispo de Cagliari, a Cerdeña, y Eusebio de Vercellae. Estos, junto con algunos otros, procedieron como sus diputados y abogados al gran Concilio de Milán, que fue celebrado por Constancio (355 d.C.), dos años después de aquel en que cayó Vicente. Los Padres allí reunidos eran en número más de 300, casi todos de la Iglesia occidental. Constancio estaba presente, y Valente dirigía las maniobras arrianas; y tan seguros estaban él y su partido del éxito, que no tuvieron escrúpulos en insultar al Concilio con la propuesta de un credo arriano puro o anomoeano.

No se sabe si este credo fue generalmente suscrito; pero la condena de Atanasio fue universalmente aceptada, y apenas uno o dos de todos se negaron a firmarla. Esto es notable; en la medida en que, al principio, los occidentales exigieron a los eusebianos una confesión de la fe ortodoxa, como condición para entrar en la consideración de los cargos contra él. Pero aquí está la fuerza de los hombres audaces; que ganan lo que es injusto, pidiendo lo que es extravagante. Sozomeno atribuye la concesión del Concilio al miedo, la sorpresa y la ignorancia. En verdad, un grupo de hombres, que eran extraños entre sí, y sin organización ni líderes reconocidos, sin objetivos o políticas definidas, estaba abierto a toda variedad de influencias que la astucia de la facción usurpadora pudiera dirigir contra ellos. La sencillez de la honradez, la debilidad de un temperamento afable, la inexperiencia de una vida apartada y la lentitud del intelecto inexperto, todo se combinaba con su alarma por el disgusto manifiesto del Emperador, para impulsarlos a participar en su herejía. Cuando algunos de ellos se atrevieron a oponerse al gobierno de la Iglesia contra su mandato, para condenar a Atanasio y comunicarse con los arrianos, él respondió: "Mi voluntad debe ser su regla"; "Así lo han decidido los obispos sirios; Y así deben vosotros mismos, si escapáis del exilio".

Varios de los prelados más nobles de las principales Iglesias se sometieron a la alternativa y abandonaron sus sedes. Dionisio, exarca de Milán, fue desterrado a Capadocia o Armenia, donde murió antes del final de la persecución; Puesto en su sede Auxencio, un amargado arriano, traído para este propósito de Capadocia, y por su ignorancia del latín, singularmente mal preparado para presidir una provincia occidental. Lucifer fue enviado a Siria, y Eusebio de Vercellee a Palestina. Se publicó un nuevo y más violento edicto contra Atanasio; Se dieron órdenes para arrestarlo como una persona impía, y para poner a los arrianos en posesión de sus iglesias y de las bendiciones que Constantino había dejado para usos eclesiásticos y caritativos. A todos los obispos se les prohibió comulgar con él, bajo pena de perder sus sedes; y los laicos debían ser obligados por los magistrados a unirse al partido herético. Hilario de Poitiers fue la siguiente víctima de la persecución. Había tomado parte en una petición, presentada a Constancio, en favor de los obispos exiliados. En consecuencia, se convocó un Concilio galo, bajo la presidencia de Saturnino, obispo de Aries; e Hilario fue desterrado a Frigia.

6.

La historia de Liberio, el ocupante de la sede más poderosa de Occidente, posee un interés que merece nuestra cuidadosa atención. En el año 356, al año siguiente del Concilio de Milán, el principal eunuco de la Corte Imperial había sido enviado para instarle con amenazas y promesas a la condena de Atanasio; y, al insistir en un juicio justo para el acusado, y al negar el arrianismo por parte de sus acusadores, como condiciones

preliminares, habían hecho que se viera obligado a huir a Milán. Allí se le dirigieron los mismos argumentos con las palabras más impresionantes del mismo Emperador; que le instó a "la vida notoriamente perversa de Atanasio, su irritante oposición a la paz de la Iglesia, sus intrigas para llevar a cabo una disputa entre los hermanos imperiales, y su frecuente condena en los Concilios de la cristiandad oriental y occidental"; y le exhortó, además, como siendo por su oficio pastoral especialmente un hombre de paz, a que se cuidara de parecer el único obstáculo para la feliz solución de una cuestión que no podía arreglarse de otro modo. Liberio respondió exigiendo a Constancio aún más de lo que sus propios diputados habían propuesto al Concilio Milanés: primero, que hubiera una suscripción general a la fe nicena en toda la Iglesia; luego, que los obispos desterrados fuesen restituidos a sus sedes; y, por último, si el juicio de Atanasio se consideraba todavía aconsejable, que se celebrara un concilio en Alejandría, donde se pudiera hacer justicia entre él y sus acusadores. La conferencia entre ellos terminó con Liberio permitiéndole tres días para elegir entre hacer la suscripción requerida e ir al exilio; al cabo de este tiempo partió virilmente para Berea, en Tracia. Constancio y la emperatriz, impresionados por la nobleza de su conducta, enviaron tras él mil piezas de oro; Pero rechazó un regalo, lo que debió haberlo puesto bajo restricción hacia los benefactores herejes. Mucho más prontamente rechazó la oferta de ayuda que Eusebio, el eunuco antes mencionado, le hizo por cualquier sentimiento. "Has desolado las iglesias de la cristiandad", le dijo al poderoso favorito, "y luego me ofreces limosna como a un convicto. Ve, primero aprende a ser cristiano".

Hay hombres en cuyas bocas sentimientos como éstos se vuelven admirables y se hacen admirables, como resultado de la magnanimidad cristiana y se les impone por su posición en la Iglesia. Pero la secuela de la historia muestra que en la conducta de Liberio había más de sentimiento personal y de indignación intemperante, que de fortaleza de alma profundamente arraigada. Su caída, que siguió, por escandalosa que sea en sí misma, puede tomarse como un ejemplo de la silenciosa firmeza de aquellos otros sus compañeros de sufrimiento, de los que oímos hablar menos, porque se comportaban con más constancia. Dos años de exilio, entre las tristes soledades de Tracia, quebrantaron su espíritu; y el triunfo de su diácono Félix, que había sucedido a su poder, forzó dolorosamente en su imaginación su propia condición apática, que no le trajo ningún trabajo que realizar, ni testimonio de sus sufrimientos por causa de la verdad. Demófilo, uno de los más destacados del partido de Eusebio, fue obispo de Boroëa, el lugar del destierro de Liberio; y dio noticia de su creciente melancolía a sus propios asociados. Sabios en su generación, tenían un instrumento preparado para el oficio del tentador, Fortunacio, obispo de Aquilea, que se destacaba en la opinión de Liberio por su desinterés y valor, se había conformado a la religión de la corte en el Concilio arriano de Milán; y ahora era empleado por los eusebios, para ganarse al prelado vacilante. Los argumentos de Fortunaciano y Demófilo serán dados con las palabras de Maimbourg. "Le dijeron que no podían concebir cómo un hombre de su valía y espíritu podía resolver obstinadamente durante tanto tiempo ser miserable con una noción quimérica, que solo subsistía en la imaginación de personas de entendimiento débil o nulo; que, en verdad, si sufría por la causa de Dios y de la Iglesia, de la cual Dios le había dado el gobierno, No sólo deben considerar sus sufrimientos como gloriosos, sino que, estando dispuestos a participar de su gloria, también deben llegar a ser sus compañeros en el destierro. Pero que este asunto no se relacionaba ni con Dios ni con la religión; que se refería simplemente a una persona privada, llamada Atanasio, cuya causa no tenía nada en común con la de la Iglesia, a quien

la voz pública había acusado desde hacía mucho tiempo de innumerables crímenes, a quien los Concilios habían condenado, y que había sido expulsado de su sede por el gran Constantino, cuyo juicio por sí solo era suficiente para justificar todo lo que Oriente y Occidente habían pronunciado tan a menudo contra él. Que, aunque no fuera tan culpable como los hombres lo hicieron, sin embargo, era necesario sacrificarlo a la paz de la Iglesia, y arrojarlo al mar para apaciguar la tormenta que él era la ocasión de levantar; pero que, habiéndole condenado la mayor parte de los obispos, el defenderle sería provocar un cisma, y que era muy raro ver al prelado romano abandonar el cuidado de la Iglesia y desterrarse a Tracia, para convertirse en mártir de alguien a quien tanto la justicia divina como la humana habían declarado culpable tantas veces. Que ya era hora de desengañarse a sí mismo y de abrir los ojos por fin; para ver si no fue la pasión de Atanasio, que dio una falsa alarma, y se opuso a una herejía imaginaria, para hacer creer al mundo que tenían un espíritu para establecer el error".

Los argumentos, difusa pero instructivamente relatados en el fragmento anterior, se reforzaron mediante la amenaza de muerte como consecuencia de la obstinación; mientras que, por otra parte, una tentación de naturaleza peculiar se presentó al obispo exiliado en su misma popularidad entre el pueblo romano, que era tal, que Constancio ya se había visto obligado a prometerles su restauración. Además, como para dar realidad a los alicientes que le asaltaban, se había proyectado un plan específico de concesión mutua y concordia, en el que Liberio debía participar. Los católicos occidentales, como hemos visto, en todas las ocasiones requerían pruebas de la ortodoxia de los eusebianos, antes de consentir en tomar parte con ellos contra Atanasio. Constancio, pues, deseoso de congraciarse con el pueblo de Roma, y él mismo semiarriano, y alarmado en aquel momento por la creciente audacia de los anomoeos, o arrianos puros, que se mencionarán en un momento, percibió su oportunidad de efectuar una aceptación general de un credo semiarriano; y así, mientras sacrificaba a los anomoeanos, a quienes temía, a los católicos, y reclamaba a su vez de los católicos lo que apenas eran concesiones, en el imperfecto lenguaje de Occidente, para realizar esa paz religiosa, que consideraba incompatible con la ortodoxia inflexible de Atanasio. Además, las herejías de Marcelo y Fotimis estaban a favor de este plan; porque, al detenerse en ellos, apartó los ojos de los católicos de los errores contrarios del semiarrianismo. Se compiló un credo a partir de tres confesiones anteriores, la del Concilio ortodoxo contra Paulo (264 d.C.), la de la Dedicación (341 d.C.) y una de las tres publicadas en Sirmio. Así cuidadosamente compuesto, fue firmado por todas las partes, por Liberio 5, por los semiarrianos y por los eusebianos; los eusebianos fueron obligados por el emperador a someterse por el momento a la fórmula dogmática, que habían abandonado gradualmente. Si fuera deseable extenderse sobre esta miserable apostasía, hay abundantes materiales en las cartas que Liberio escribió en renuncia a Atanasio, a su clero y a los obispos arrianos. A Valente le protesta que nada más que su amor a la paz, más grande que su deseo de martirio mismo, le habría llevado al paso que había dado; en otro declara que no ha hecho más que seguir su conciencia a los ojos de Dios. Para aumentar su miseria, Constancio le permitió permanecer en el exilio durante un tiempo, después de haber cedido. Al fin fue restaurado; y en Ariminum en cierta medida remedió su error, junto con Vicente de Capua.

7.

Los sufrimientos y tribulaciones de Osio, que tuvieron lugar por la misma época, están calculados para impresionar el espíritu con los sentimientos más dolorosos, y aún

más con una viva indignación contra sus inhumanos perseguidores. Poco antes de la conferencia de Sirmio, en la que Liberio dio su lealtad a la supremacía del semiarrianismo, Valente y los otros miembros más audaces del cuerpo eusebiano habían redactado un credo en la misma ciudad. Parece que en esta fecha Constancio no había tomado la alarma contra los anomeos, en la medida en que lo sintió poco después, por las noticias probablemente de sus procedimientos en Oriente. En consecuencia, el credo en cuestión es de carácter mixto. No aventurándose en el Anomoean, como en Milán, condena, sin embargo, el uso de la usia (sustancia), la Homousion y la Homoeusion, en cierto modo en el plan equívoco, del cual Acacio, como he dicho anteriormente, fue el mecenas más conspicuo; y siendo tal, se presentó para su firma al anciano obispo de Córdoba. La crueldad que ejercieron para lograr su propósito era digna de esa facción singularmente malvada que Eusebio había organizado. Osio tenía entonces 101 años; y había pasado una vida, prolongada más allá de la edad del hombre, en servicios y sufrimientos por la causa de Cristo. Había asistido al célebre Concilio de Elvira, en España (hacia el año 300), y se había distinguido como confesor en la persecución de Maximiniano. Presidió los Concilios Generales de Nicea y Sárdica, y fue quizás el único obispo, además de Atanasio, que fue conocido y reverenciado a la vez en Oriente y Occidente. Cuando Constancio se apoderó del mundo occidental, lejos de aflojar su celo en una causa despreciada en la Corte, Osio se había esforzado en su propia diócesis por la fe ortodoxa; y, cuando comenzó la persecución, se esforzó por carta para despertar a otros obispos a un sentido de la conexión entre la absolución de Atanasio y el mantenimiento de la verdad divina. Los eusebianos estaban irritados por su oposición; fue llamado a la corte de Milán y, después de un vano intento de sacudir su constancia, fue despedido de nuevo a su sede. Renovadas poco después las importunidades de Constancio, tanto en forma de amenazas como de promesas, Osio le dirigió una carta admirable, que Atanasio ha conservado. Después de declarar su voluntad de repetir, si fuera necesario, la buena confesión que había hecho en la persecución pagana, exhorta al emperador a abandonar su credo antibíblico y a apartar su oído de los consejeros arrianos. Declara su convicción de que la condena de Atanasio fue instada simplemente para el establecimiento de la herejía; declara que en Sárdica sus acusadores habían sido desafiados públicamente para que presentaran las pruebas de sus acusaciones, y no lo habían logrado, y que él mismo había conversado con ellos en privado, y no podía obtener nada satisfactorio de ellos; y además le recuerda a Constancio que Valente y Ursacio se habían retractado hasta ahora de los cargos que una vez instaron contra él.

"Cambia tu curso de acción, te lo ruego", continúa el ferviente prelado; "Recuerda que eres un hombre. Temed el día del juicio; mantén tus manos limpias contra él; no te metas en los asuntos de la Iglesia; lejos de aconsejarnos acerca de ellos, más bien busca nuestra instrucción. Dios ha puesto dominio en tus manos; a nosotros nos ha confiado la dirección de la Iglesia; y, como un traidor a ti es un rebelde al Dios que te ordenó, así que ten miedo de tu parte, no sea que, usurpando el poder eclesiástico, seas culpable de un gran pecado. Está escrito: 'Dad al César, lo del César y lo que es de Dios, a Dios'. No podemos soportar el gobierno; tú, oh Emperador, no puedes quemar incienso. Escribo esto desde el cuidado de tu alma. En cuanto a su mensaje, sigo pensando lo mismo. No me uno a los arrianos. Los anatematizo. No suscribo la condena de Atanasio".

Hosio no se dirigió impunemente a un tribunal que afectaba a la majestad del despotismo oriental. Fue llamado a Sirmio y arrojado a prisión. Allí permaneció durante todo un año. Se añadieron torturas para obligar al anciano a abandonar su resolución. Lo

azotaron y luego lo colocaron en el potro. Era misterioso que una vida tan honrada fuera preservada hasta el extremo de la edad, para convertirse en el deporte y el triunfo del Enemigo de la humanidad. Al fin, quebrantado de espíritu, el contemporáneo de Gregorio y Dionisio fue inducido a tolerar las impiedades de la generación en que había vivido; no firmó, en efecto, la condena de Atanasio, porque despreció esa bajeza hasta el final, sino que cedió a un formulario que prohibía la mención de la Homousion, y por lo tanto virtualmente condenaba el credo de Nicea, y toleraba los procedimientos arrianos. Hosio vivió unos dos años después de este trágico suceso, y en su lecho de muerte protestó contra la compulsión que se había usado contra él y, con su último aliento, abjuró de la herejía que deshonraba a su divino Señor y Salvador.

8.

Mientras tanto, el gran prelado egipcio, sentado en su trono patriarcal, había proseguido tranquilamente la obra, por la que había sido levantado, como si su nombre no hubiera sido mencionado en los concilios arrianos, y los problemas que agitaban a la Iglesia de Occidente no fueran el preludio del golpe que iba a caer sobre él mismo. Sin instrucción en la concesión a la impiedad, por la experiencia o la perspectiva del sufrimiento, sin embargo, sensiblemente consciente de la diferencia entre la incredulidad y la malinterpretación, mientras castigaba perdonaba, y restauraba en el espíritu de mansedumbre, mientras reprendía y rechazaba con poder. A su regreso a Alejandría, siete años antes de los últimos acontecimientos registrados, le llovieron felicitaciones y declaraciones de afecto desde las provincias de todo el mundo romano, cerca y lejos. De África a Ilírico, y de la época de Gregorio y Dionisio fue inducido a tolerar las impiedades de la generación en que había vivido; no firmó, en efecto, la condena de Atanasio, porque despreció esa bajeza hasta el final, sino que cedió a un formulario que prohibía la mención de la Homousion, y por lo tanto virtualmente condenaba el credo de Nicea, y toleraba los procedimientos arrianos. Hosio vivió unos dos años después de este trágico suceso, y en su lecho de muerte protestó contra la compulsión que se había usado contra él y, con su último aliento, abjuró de la herejía que deshonraba a su Divino Señor y Salvador.

De Inglaterra a Palestina, 400 cartas episcopales solicitaban su comunión o patrocinio; y las disculpas y la oficiosidad del servicio personal fueron ofrecidas generosamente por aquellos que, por cobardía, torpeza o interés propio, se habían unido al partido herético. Atanasio tampoco dejó de mejorar la temporada de prosperidad, por la verdadera fuerza moral y la santidad sustancial del pueblo confiado a él. Se asistía diligentemente a los servicios sagrados; las limosnas y las beneficencias suplían las necesidades de los desamparados y los enfermos; y los jóvenes dirigieron sus pensamientos a esa generosa consagración de sí mismos a Dios, recomendada por San Pablo en tiempos de angustia y persecución.

En verdad, los sufrimientos que la Iglesia de Alejandría había sufrido recientemente a manos de los eusebios, eran suficientes para indisponer las mentes serias hacia los compromisos seculares, o los votos de deber para con un semejante mortal; para apagar aquellas anticipaciones de quietud y paz, que el derrocamiento del paganismo había excitado al principio; y para recordarles que el cinturón del celibato y la lámpara de los vigilantes eran los que mejor se adaptaban a aquellos sobre quienes los juicios de Dios podían caer repentinamente. No habían pasado más de diez años desde que Gregorio, nombrado para la sede de Atanasio por el Consejo de la Dedicación, había sido lanzado sobre ellos por el gobernador imperial con los ultrajes más espantosos y repugnantes.

Fiagrio, un apóstata de la fe cristiana, y Arsacio, un eunuco de la Corte, introdujeron al obispo eusebio en su ciudad episcopal. Una Iglesia asediada y saqueada, la matanza de los fieles reunidos, el clero pisoteado, las mujeres sometidas a las profanaciones más infames, estos fueron los primeros saludos benedictinos esparcidos por el arriano entre su pueblo. A continuación, los obispos fueron robados, golpeados, encarcelados, desterrados; los elementos sagrados de la Eucaristía fueron despreciados por la chusma pagana, que secundó a la parte usurpadora; las aves y los frutos se ofrecían en sacrificio en la mesa sagrada; himnos cantados en honor de los ídolos del paganismo; y las Escrituras dadas a las llamas.

Tal había sido ya la prueba de una Iglesia muy duradera; y podría renovarse de repente a pesar de su prosperidad actual. El Concilio de Sárdica, convocado principalmente para remediar estos miserables desórdenes, había advertido en su carta sinodal a los católicos alejandrinos que no se relajaran en el valiente testimonio que daban de la fe del Evangelio. "Os exhortamos, amados hermanos, ante todo, a que tengáis la recta fe de la Iglesia Católica. Muchos y penosos han sido vuestros sufrimientos, y muchos son los insultos e injurias infligidos a la Iglesia Católica, pero 'el que persevera hasta el fin, éste se salvará'. Por tanto, si ensayan más enormidades contra ti, que la aflicción sea tu regocijo. Porque tales sufrimientos son una especie de martirio, y tales confesiones y torturas tienen su recompensa. Recibiréis de Dios el premio del combatiente. Por tanto, lucha con todas tus fuerzas por la sana fe y por la exculpación de nuestro hermano Atanasio, tu obispo. Nosotros, por nuestra parte, no hemos guardado silencio acerca de ti, ni hemos dejado de proveer a tu seguridad; sino que hemos estado atentos y hemos hecho todo lo que el amor cristiano exige de nosotros, sufriendo con nuestros hermanos que sufren, y considerando sus pruebas como las nuestras".

Se acercaba el momento, que fue anticipado por la solicitud profética de los Padres Sardos. El mismo año en que Osio fue encarcelado, las furias de la malicia herética se desataron sobre los católicos de Alejandría. Jorge de Capadocia, hombre de mente analfabeta y modales salvajes, fue elegido por los eusebianos como su nuevo sustituto de Atanasio en la sede de esa ciudad; y el encargo de ejecutar esta extraordinaria determinación fue confiado a Syriano, duque de Egipto. Las escenas que siguieron no son más que la repetición, con horrores más agravados, de las atrocidades perpetradas por el intruso Gregorio. Syriano entró en Alejandría de noche; y en seguida se dirigió con sus soldados a una de las iglesias, donde los alejandrinos estaban ocupados en los servicios de la religión. Tenemos el relato de la irrupción del mismo Atanasio; el cual, siendo acusado por los arrianos de cobardía, con ocasión de su posterior huida, después de defender su conducta de la Escritura, describe las circunstancias bajo las cuales fue expulsado de su Iglesia. "Ya era de noche", dice, "y algunos de los nuestros estaban en vigilia, ya que la comunión estaba en perspectiva; cuando el duque Syrianus se nos presentó de repente, con una fuerza de más de 5000 hombres, preparados para el ataque, con espadas desenvainadas, arcos, dardos y garrotes... y rodeó la iglesia con grupos cercanos de soldadesca, para que nadie pudiera escapar de adentro. Parecía impropio que yo abandonara a mi congregación en semejante tumulto, en lugar de arriesgar el peligro en su lugar; así que me coloqué en mi silla de obispo, y le pedí al diácono que leyera el Salmo y a la congregación alternar 'porque su misericordia es para siempre', y luego todos se retiraron y se fueron a casa. Pero el general, irrumpiendo al fin en la iglesia, y sus soldados bloqueando el presbiterio, con el fin de arrestarme, el clero y algunos de mi gente presentes comenzaron a su vez a instarme clamorosamente a que me retirara. Sin embargo, me negué

a hacerlo, antes de que todos y cada uno de los miembros de la iglesia se hubieran ido. En consecuencia, me puse de pie y ordené que se dijera oración; y entonces les rogué a todos que se fuesen primero, porque era mejor que yo corriera el riesgo, que cualquiera de ellos sufriera. Pero cuando la mayoría de ellos se habían ido, y los demás me seguían, los Hermanos Religiosos y algunos de los clérigos, que estaban inmediatamente a mi alrededor, subieron corriendo los escalones y me arrastraron hacia abajo. Y así, sea la verdad mi testigo, aunque los soldados bloqueaban el presbiterio, y se movían alrededor de la iglesia, guiando el Señor, me abrí paso a través de ellos, y por su protección escapé sin ser visto; glorificando poderosamente a Dios, que me había sido permitido estar junto a mi pueblo, y aun enviarlo delante de mí, y sin embargo, había escapado a salvo de las manos de los que me buscaban".

La protesta formal de los cristianos alejandrinos contra este atropello, que aún existe, ofrece una declaración más fuerte y completa de las violencias que lo acompañan. "Mientras velábamos en oración", dicen, "de repente, alrededor de la medianoche, el muy noble duque Siriano vino sobre nosotros con una gran fuerza de legionarios, con armas, espadas desenvainadas y otras armas militares, y sus cascos puestos. Proseguían las oraciones y la lectura sagrada, cuando asaltaron las puertas, y, al ser abiertas por la fuerza de los números, dio la palabra de orden. Ante lo cual, unos comenzaron a soltar sus flechas, y otros a hacer sonar una carga; Y se oyó un choque de armas, y las espadas brillaron contra la luz de la lámpara. Poco después, las vírgenes sagradas fueron masacradas, muchas fueron pisoteadas unas sobre otras por la embestida de los soldados, y otras fueron asesinadas por las flechas. Algunos de los soldados se lanzaron a saquear y comenzaron a despojar a las mujeres, para quienes el solo contacto de los extraños era más terrible que la muerte. Mientras tanto, el obispo se sentó en su trono, exhortando a todos a orar... Lo arrastraron y casi lo despedazaron. Se desmayó, y quedó como muerto; No sabemos cómo se escapó de ellos, porque estaban decididos a matarlo".

El primer propósito de Atanasio en su huida fue dirigirse de inmediato a Constancio; y había comenzado su viaje hacia él, cuando las noticias de la furia, con la que la persecución se desató en todo el Oeste, cambiaron su intención. Se puso precio a su cabeza, y se buscó diligentemente en todos los lugares para intentar encontrarlo. Se retiró al desierto de la Tebaida, entonces habitada por los seguidores de Pablo y Antonio, los primeros ermitaños. Empujado finalmente por la actividad de sus perseguidores, pasó por una variedad de extrañas aventuras, que duraron el espacio de seis años, hasta que la muerte de Constancio le permitió regresar a Alejandría.

Sus obispos sufragáneos no escaparon a una persecución, que no se dirigía contra un individuo, sino contra la fe cristiana. Treinta de ellos fueron desterrados, noventa fueron privados de sus iglesias; y muchos de los clérigos inferiores sufrieron con ellos. La enfermedad y la muerte eran el resultado ordinario de penurias como las del exilio; Pero la violencia directa sustituyó en buena medida a una venganza prolongada e incierta. Jorge, el representante de los arrianos, abrió el camino en un curso de horrores, que llevó a través de todos los rangos y profesiones del pueblo católico; y los judíos y paganos de Alejandría, compadeciéndose de su brutalidad, se sometieron a su guía y le permitieron extender el alcance de sus crímenes en todas direcciones. Las casas fueron saqueadas, las iglesias fueron incendiadas o sometidas a las profanaciones más repugnantes, y los cementerios fueron saqueados. En la semana después de Pentecostés, el propio Jorge sorprendió a una congregación que se había negado a comunicarse con él. Sacó a algunas de las vírgenes

consagradas y las amenazó con matarlas en la hoguera, a menos que se convirtieran inmediatamente al arriano. Al darse cuenta de la constancia de sus propósitos, los despojó de sus vestiduras y los golpeó tan bárbaramente en la cara, que durante algún tiempo después no se pudieron distinguir sus facciones. De los hombres, cuarenta fueron azotados; Algunos murieron a causa de sus heridas, el resto fue desterrado. Este es uno de los muchos hechos notorios, declarados públicamente en su momento, y no contradichos; y que no eran simplemente los excesos no autorizados de un Capadocio inculto, sino que eran reconocidos por el cuerpo arriano como actos propios, en un documento de estado de la Corte Imperial, y perpetrados para el mantenimiento de la paz de la Iglesia, y de un buen entendimiento entre todos los que estaban de acuerdo en la autoridad de las Sagradas Escrituras. En el manifiesto, emitido para el beneficio del pueblo de Alejandría (356 a.B.), el emperador encaprichado aplaude su conducta al apartarse de un tramposo e impostor, y ponerse del lado de aquellos que eran hombres venerables, y sobre todo alabanza. "La mayoría de los ciudadanos -continúa- fueron cegados por la influencia de alguien que se elevó del abismo, engañando oscuramente a los que buscan la verdad; que no tuvo en ningún momento ninguna exhortación fructífera para comunicarse, sino que abusó de las almas de sus oyentes con discusiones frívolas y superficiales... Ese noble personaje no se ha atrevido a ser juzgado, sino que se ha condenado al destierro; de quien es interés incluso a los bárbaros deshacerse, no sea que, derramando sus penas como en una obra al primero que llega, persuada a algunos de ellos a ser profanos. Así que le deseamos un buen viaje. Pero para vosotros, sólo unos pocos elegidos son vuestros iguales, o, mejor dicho, ninguno es digno de vuestros honores; a quienes se les asigna la excelencia y el sentido, tal como proclaman sus acciones, celebradas como son en casi todos los lugares. ... Os habéis levantado de las humillantes cosas de la tierra a las del cielo, comprometiéndos Jorge a ser vuestro jefe, un hombre de todos los demás el más consumado en tales asuntos; bajo cuyo cuidado disfrutaréis en los días venideros de una esperanza honorable y de la tranquilidad en el tiempo presente. Que todos vosotros os aferréis a sus palabras como a un ancla sagrada, para que cualquier corte y quema sea innecesario de nuestra parte contra los hombres de almas depravadas, a quienes aconsejamos seriamente que se abstengan de rendir homenaje a Atanasio, y que desechen de sus mentes su molesta charlatanería; o tales hombres facciosos se verán envueltos en un peligro extremo, que tal vez ninguna habilidad podrá evitarles. Porque sería absurdo conducir al pestilente Atanasio de país en país, con el objetivo de morir, aunque tuviera diez vidas, y no poner fin a las extravagancias de sus aduladores y malabaristas asistentes, como es una vergüenza nombrar, y cuya muerte ha sido determinada desde hace mucho tiempo por los jueces. Sin embargo, hay una esperanza de perdón, si desisten de sus ofensas anteriores. En cuanto a su despilfarrador jefe Atanasio, distrajo la armonía del estado e impuso a los hombres más santos manos impías y sacrílegas".

La ignorancia y la locura de este notable documento son a primera vista increíbles; Pero para una mente observadora, la experiencia común de la vida proporciona pruebas suficientes de que no hay nada demasiado audaz para que el espíritu de partido lo afirme, nada demasiado grosero para que lo reciba el monarca o el pueblo inflamado.

SECCIÓN IV. LOS ANOMEOS.

Queda por relatar las circunstancias de la abierta desunión y cisma entre los semiarrianos y los anomoeanos. A fin de exponer esto claramente ante el lector, primero se debe hacer una breve recapitulación de la historia de la herejía, que ha sido arrojada a la sombra en la última sección, por la narración de los eventos eclesiásticos a los que dio ocasión.

La escuela semiarriana era hija de los ingeniosos refinamientos bajo los cuales los eusebianos ocultaban impiedades que el temperamento de los fieles les hacía inconveniente confesar. Su credo precedió a la fiesta; es decir, aquellas sutilezas, que eran demasiado débiles para enredar los claros intelectos de la escuela de Luciano, produjeron después de un tiempo su debido efecto sobre los temas naturales de ellos, a saber, hombres que, con más devoción que los arrianos, tenían menos sentido claro, y una deficiencia similar de humildad. Una fantasía platónica los hizo víctimas de una sutileza aristotélica; y en el filósofo Eusebio y en el sofista Asterio, reconocemos a los inventores apropiados, aunque no a los discípulos sinceros, del nuevo credo. Durante un tiempo, la distinción entre los semiarrianos y los eusebianos no apareció abiertamente; los credos propuestos por todo el partido eran todos, más o menos, de un tinte semiarriano, hasta el Concilio de Sirmio inclusive (351 d.C.), en el que Fotino fue condenado. Mientras tanto, los eusebianos, poco complacidos con el creciente dogmatismo de los miembros de su propio cuerpo, se encontraron con el expediente de limitar sus confesiones a los términos de las Escrituras; las cuales, cuando se separaban de su contexto, eran, por supuesto, inadecuadas para concentrar y determinar la verdadera doctrina. De ahí la fórmula del Homoeón; que fue introducida por Acacio con el propósito expreso de engañar o desconcertar a los miembros semiarrianos de su partido. Esta medida era tanto más necesaria para los intereses de Eusebio, cuanto que al mismo tiempo surgió en Oriente una nueva variedad de la herejía, preconizada por Aecio y Eunomio; quienes, al profesar audazmente el puro principio arriano, alarmaron a Constancio y lo arrojaron de nuevo contra Basilio y los otros semiarrianos. Esta nueva doctrina, llamada anomoea, porque sostenía que la usia o sustancia del Hijo era diferente de la *usia divina*, fue adoptada de hecho por una parte de los eusebianos, Valente y sus rudos occidentales, cuyo lenguaje y temperamento, no admitiendo los refinamientos del genio griego, los llevaron a precipitarse de la ortodoxia a la impiedad más dura y no disimulada. Y así se encuentran las partes en la fecha que ahora tenemos ante nosotros (356-361 d.C.); Constancio siendo alternativamente influenciado por Basilio, Acacio y Valente, es decir, por el Homeousiano, el Homoean y el Anomoean, el Semiarriano, el Escrituralista y el Arriano puro; por su respeto a Basilio y a los semiarrianos, el talento de Acacio y su apego personal a Valente.

1.

Aecio, el fundador de los anomoeanos, es un ejemplo notable de las luchas y el éxito de una mente inquieta y ambiciosa bajo la presión de las dificultades. Era natural de Antioquía; Su padre, que tenía un cargo bajo el gobernador de la provincia, murió cuando él era un niño, y fue hecho siervo o esclavo de un viñador. Primero fue promovido al oficio de orfebre o calderero ambulante, según los testimonios contradictorios de sus amigos y enemigos. Al encontrarse con un practicante itinerante de medicina, adquirió tanto conocimiento del arte, que llegó a profesarlo él mismo; y, al seguir estudiando su nueva profesión introduciéndolo en las disputas de sus hermanos más eruditos, manifestó tal agudeza y audacia en la argumentación, que pronto se contrató, a la manera de los sofistas, como defensor pagado de los médicos que deseaban que sus propias teorías se exhibieran en la forma más ventajosa. Las escuelas de medicina estaban en ese tiempo infectadas con el arrianismo, y así lo introdujeron en la ciencia de la teología, así como en la de la disputa; dándole una inclinación hacia la herejía, que fue confirmada poco después por la enseñanza de Paulino, obispo de Tiro. En Tiro condujo tan audazmente los principios del arrianismo a sus legítimos resultados, que escandalizó al eusebio, sucesor de Paulino; que le obligó a retirarse a Anazarbo, y a reanudar su antiguo oficio de orfebre. La energía de Aecio, sin embargo, no podía ser contenida por los obstáculos que el nacimiento, la educación y la decencia ponían en su camino. Conoció a un profesor de gramática; y, adquiriendo fácilmente una pizca de literatura cortés, pronto pudo criticar las exposiciones de su maestro de la Sagrada Escritura ante sus alumnos. Se produjo una pelea, como era de esperar; y Aecio fue recibido en casa del obispo de Anazarbo, que había sido uno de los prelados arrianos en Nicea. Este hombre fue mencionado anteriormente como uno de los más rudos y atrevidos entre los primeros asaltantes de la divinidad de nuestro Señor. Es probable, sin embargo, que, después de firmar la Homousion, se hubiera entregado a la duplicidad y mundanidad características del partido eusebiano; pues se dice que Aecio se quejó de que le faltaba profundidad y, a pesar de su hospitalidad, buscó otro instructor. Encontró a uno así en la persona de un sacerdote de Tarso, que había sido desde el principio un arriano consecuente; y con él leyó las Epístolas de San Pablo. Al regresar a Antioquía, se convirtió en discípulo de Leoncio, en las Escrituras proféticas; y, después de un tiempo, se puso bajo la instrucción de un sofista aristotélico de Alejandría. Logrado esto, fue ordenado diácono por Leoncio (350 d.C.), quien había sido elevado recientemente a la sede patriarcal de Antioquía. Así, el surgimiento de la secta anomoea coincide en el tiempo con la muerte de Constante, un acontecimiento ya notado en la historia de los eusebianos, como la transferencia del Imperio de Occidente a Constancio, y, por lo tanto, fomentando su división en las facciones homeeas y homeeusianas. Apenas había sido ordenado Aecio, cuando las mismas notorias irregularidades en su porte, cualesquiera que fueran, que más de una vez habían llevado a su expulsión de la comunión laica de los arrianos, provocaron su deposición del diaconado, por el mismo prelado que lo había promovido a ella. Después de esto, poco se sabe de él durante varios años; exceptuando una disputa, que mantuvo con el semiarriano Basilio, que marca su creciente importancia. Durante el intervalo, se congració con Galo, el hermano de Juliano; y estuvo implicado en sus delitos políticos. Escapando, sin embargo, de la ira de Constancio, por su insignificancia comparativa, se retiró a Alejandría, y vivió durante algún tiempo en el séquito de Jorge de Capadocia, quien le permitió officiar como diácono. Tal era en este tiempo el carácter del clero, a quien los arrianos habían introducido en las iglesias sirias, que este despreciable aventurero, cuyos modales eran tan odiosos como su vida excéntrica y su credo blasfemo, tuvo suficiente influencia para fundar una secta, que atrajo la atención de los eruditos semiarrianos en

Ancira (358 d.C.). y ha empleado los poderes polémicos de los Padres ortodoxos, Basilio y Gregorio Nyssen.

Eunomio, su discípulo, fue el principal disputador en la controversia. Con más erudición que Aecio, pudo completar y fortificar el sistema anomoeano, heredando de su maestro las dos peculiaridades de carácter que pertenecen a su escuela; el primero, una facultad de disputa sutil y razonamiento matemático duro, el segundo, un desdén feroz, y en cierto sentido honesto, por el compromiso y el disimulo. Estas habían sido las dos marcas del arrianismo en su primer ascenso; y los primeros asociados de Arrio, que, después de su sumisión a Constantino, se habían mantenido alejados del partido de la corte con disgusto, ahora acogieron con alegría y se unieron a los anomoeanos. La nueva secta justificó sus anticipaciones de su audacia. La misma impaciencia con la que Aecio había recibido las explicaciones ambiguas del obispo eusebio de Anazarbo, fue expresada por Eunomio por el acacianismo de Eudoxio de Antioquía, quien en vano se esforzó por instruirlo en una profesión menos real y sistemática de los principios arrianos. Su partido llevó su vehemencia hasta el punto de volver a bautizar a sus cristianos conversos, como si hubieran sido paganos; y esto, no sólo en el caso de los católicos, sino, para gran ofensa de los eusebianos, incluso de aquellos a quienes convirtieron de las otras formas de arrianismo. La seriedad es siempre respetable; y, si se permite hablar con una especie de catástrofe moral, los anomoeanos merecieron por este motivo, así como aseguraron, un éxito que una falsa conciliación no debe esperar obtener.

2.

El progreso de los acontecimientos los llevó rápidamente a la escena de la política eclesiástica. Valente, que para entonces se había ganado la delantera de los obispos occidentales, fue secundado en su patrocinio de ellos por los eunucos de la Corte; de los cuales Eusebio, el Gran Chambelán, tenía un dominio ilimitado sobre la débil mente del Emperador. Las concesiones, hechas por Liberio y Hosio al partido de Eusebio, proporcionaron un semblante adicional al arrianismo, siendo tergiversadas como avances reales hacia la doctrina herética. El tinte artificioso de la teología occidental, que apenas reconocía una hipótesis intermedia entre la del Homousion y la del arrianismo puro, reforzó la opinión de que aquellos que habían abandonado el uno, debían de hecho haber abrazado el otro, y, como si esto no fuera suficiente, parece que en Oriente circuló un credo anomoeano. con el pretexto de que era la misma fórmula que Osio y Liberio habían suscrito. En estas circunstancias, los anomoeanos pronto fueron lo suficientemente fuertes como para ayudar a los eusebianos de Oriente en su lucha contra los semiarrianos. Los acontecimientos en las Iglesias de Antioquía y Jerusalén favorecieron su empresa. Sucediendo que Acacio de Cesarea y Cirilo de Jerusalén eran rivales por la primacía de Palestina, la supuesta conexión de Cirilo con el partido semiarriano tuvo el efecto de arrojar a Acacio, aunque el autor del Homoeón, al lado de sus asaltantes anomoeos; en consecuencia, con la ayuda de los obispos vecinos, logró deponer a Cirilo y enviarlo fuera del país. En Antioquía, al morir el cauteloso Leoncio, obispo arriano (357 d.C.), los eunucos de la corte se las ingeniaron para colocar en su sede a Eudoxio, un hombre de temperamento inquieto e intrigante, y opuesto a los semiarrianos. Uno de sus primeros actos fue celebrar un Consejo, en el que Acacio estuvo presente, así como Aecio y Eunomio, los jefes de los Anomoeos. Allí los obispos reunidos no se aventuraron más allá del lenguaje del segundo credo de Sirmio, que Osio había firmado, y que se mantenía alejado de la doctrina anomoea; pero no tuvieron dificultad en dirigir una carta de

agradecimiento y felicitaciones al grupo de los Anomoean Valens, por haber llevado en Sirmium los problemas del Oeste a un final tan satisfactorio.

Sin embargo, la elección de Eudoxio, y el Consejo que le siguió, no iban a pasar sin oposición por parte de los semiarrianos. Ya se ha mencionado a un tal Georges, presbítero de Alejandría; quien, siendo uno de los primeros partidarios de Arrio, fue degradado por Alejandro, pero, siendo recibido por los eusebianos en la Iglesia de Antioquía, llegó a ser finalmente obispo de Laodicea. Jorge se sintió justamente ofendido por la promoción de Eudoxio, sin su consentimiento y el de Marcos de Aretusa, los obispos más importantes de Siria; y, en esta coyuntura, tomó parte contra la combinación de homoeanos y anomoeanos, en Antioquía, que acababan de publicar su asentimiento al segundo credo de Sirmio. Al encontrarse con algunos clérigos a quienes Eudoxio había excomulgado, envió cartas a Macedonio, a Basilio de Ancira y a otros líderes de los semiarrianos, rogándoles que levantaran una protesta contra los procedimientos del Concilio de Antioquía, y que obligaran así a Eudoxio a separarse de Aecio y los anomoeanos. Esta protesta produjo su efecto; y, bajo el pretexto de la dedicación de una Iglesia, el partido semiarriano celebró inmediatamente un Concilio en Ancira (358 d.C.), en el que se condenó la herejía anomoea. La carta sinodal, que publicaron, afirmaba estar fundada en los credos semiarrianos de la Dedicación (341 d.C.), de Filipópolis (347 d.C.) y de Sirmio (351 d.C.), cuando Fotino fue condenado y depuesto. Es un documento valioso, incluso como defensa de la ortodoxia; su error consistió en su obstinado rechazo de la Homousión de Nicea, el único baluarte práctico de la fe católica contra las tergiversaciones de la herejía, contra una especie de triteísmo por un lado, y una concepción degradada del Hijo y del Espíritu por el otro.

Las dos partes en litigio apelaron a Constancio en Sirmio. Aquel débil príncipe había sancionado recientemente el credo casi acacio de Valente, que Osio se había visto obligado a suscribir, cuando la diputación de Antioquía llegó a la Corte Imperial; y dio su asentimiento a la nueva edición que Eudoxio había promulgado. Apenas lo había hecho, cuando los semiarrianos hicieron su aparición desde Ancira, con Basilio a la cabeza; y tuvo tanto éxito en representar el carácter peligroso del credo aprobado en Antioquía, que, llamando al mensajero que había sido enviado a esa ciudad, celebró inmediatamente la Conferencia, mencionada en la sección anterior, en la que impuso un credo semiarriano a todas las partes, viéndose obligados Eudoxio y Valente, los representantes de los eusebianos, así como el ortodoxo Liberio, para firmar un formulario, que Basilio compiló a partir de los credos contra Paulo de Samosata y Fotino (264-351 d.C.), y el credo de Luciano, publicado por el Concilio de la Dedicación (341 d.C.). Sin embargo, a pesar de la erudición y la respetabilidad personal de los semiarrianos, que en ese momento ejercían esta fuerte influencia sobre la mente de Constancio, la destreza de los eusebianos en la disputa y la intriga finalmente tuvo éxito.

Aunque setenta obispos de su partido fueron inmediatamente desterrados, éstos fueron reinstalados a los pocos meses por el caprichoso emperador, que desde entonces se inclinó primero a la doctrina acacia u homeeana, y luego a la abierta doctrina anomoea o arriana pura; y que antes de su muerte (361 d. de J.C.) recibió el bautismo de manos de Euzoio, uno de los asociados originales de Arrio, entonces recientemente colocado en la sede de Antioquía.— La historia de este cambio, con los Concilios que lo acompañaron, nos llevará al final de este capítulo.

3.

Los semiarrianos, eufóricos por su éxito con el emperador, siguieron obteniendo su consentimiento para un Concilio Ecuménico, en el que la fe de la Iglesia cristiana debía ser definitivamente declarada para siempre. No se había intentado una reunión de toda la cristiandad, excepto en el caso del Concilio de Sárdica, desde el Niceno; y el mismo sardo había sido convocado principalmente para decidir sobre los cargos formulados contra Atanasio, y no para abrir la cuestión doctrinal. De hecho, es evidente que nadie, excepto el partido heterodoxo, ahora dominante, podía debatir consecuentemente un artículo de creencia, que el testimonio unido de las Iglesias de Oriente y Occidente había establecido una vez por siempre en Nicea. Este era, pues, el proyecto de los semiarrianos. Su objetivo era una renovación a escala ecuménica del Concilio de la Dedicación en Antioquía en el año 341 d.C. El partido de Eusebio, sin embargo, no tenía intención de someterse dócilmente a la derrota. Comprendiendo que sería más para su propio interés que los prelados de Oriente y Occidente no se encontraran en el mismo lugar (dos cuerpos eran más manejables que uno), se esforzaron tan vigorosamente con la ayuda de los eunucos del palacio, que al fin se determinó que, mientras los orientales se reunían en Seleucia en Isauria, el Concilio Occidental debería celebrarse en Ariminum, en Italia. A continuación, se celebró una conferencia previa en Sirmio, con el fin de determinar el credo que se presentaría al Concilio bipartito; y aquí también los eusebianos obtuvieron una ventaja, aunque no de inmediato en la medida de sus deseos. Advertidos por la tardía indignación de Constancio contra el principio anomoeano, no intentaron rescatarlo de su disgusto; pero lucharon por la adopción del Homoeón acacio, que el Emperador ya había recibido y abandonado, y de hecho efectuaron la adopción de lo "semejante en todas las cosas según las Escrituras", una frase en la que los semiarrianos incluían de hecho su "semejante en sustancia" u Homoeusion, pero que no se refería necesariamente a la sustancia o a la naturaleza en absoluto. Bajo estas circunstancias, los dos Concilios se reunieron en el otoño del año 359 d. de J.C., bajo la superintendencia nominal de los semiarrianos; pero por el lado de Eusebio, el astuto Acacio se comprometía a tratar con los griegos discutidores, el autoritario y cruel Valente con los latinos más sencillos. Unos 160 obispos de la Iglesia Oriental se reunieron en Seleucia, de los cuales no más de cuarenta eran eusebianos. La mayor parte eran semiarrianos profesos; sólo los prelados egipcios, de los cuales sólo doce o trece estaban presentes, mostrándose, como al principio, como los audaces y fieles partidarios de la Homousion, Pronto se hizo evidente que la reconciliación forzada que Constancio había impuesto a las dos partes en Sirmio, no servía de nada en sus deliberaciones reales. Por cada lado se exigió una modificación de la fórmula propuesta. A pesar de la sanción dada por Basilio y Marcos a los "iguales en todas las cosas", la mayoría de sus partidarios se contentarían con nada menos que el definido "semejante en sustancia" o la Homoeusión, que no dejaba ninguna apertura (según ellos consideraban) a la evasión; y, en consecuencia, propuso volver al credo de Luciano, adoptado por el Consejo de la Dedicación. Acacias, por su parte, no satisfecho con la ventaja que acababa de obtener en la reunión preliminar de Sirmio, donde se eliminó la mención de la usia o sustancia (aunque recientemente impuesta por Constancio a todas las partes, en el formulario que Liberio firmó), propuso un credo en el que se condenaba la Homousion y la Homoeusion, el Anomoeon anatematizado, como fuente de confusión y cisma, y su propio Homoeon adoptado (es decir, "como" sin la adición de "en todas las cosas"); y cuando se vio incapaz de llevar a cabo su propósito, no esperando la sentencia formal de deposición, que los semiarrianos procedieron a pronunciar sobre él y otros ocho, partió hacia Constantinopla, donde el emperador se encontraba entonces, con la esperanza de obtener allí, en ausencia de Basilio y su grupo, lo que se le había negado en

la reunión preliminar de Sirmio. Sucedió, sin embargo, que su objetivo se había realizado incluso antes de su llegada; porque, habiendo resultado de la reunión de Ariminum, y habiendo sido enviados diputados de los partidos rivales a Constancio de manera similar, ya se había celebrado una conferencia en una ciudad llamada Niza o Nicea, en las cercanías de Adrianópolis, y se había adoptado un credo enmendado, en el que no sólo se omitía la salvaguardia del "en todas las cosas", y la usia condenada, pero también la palabra hipóstasis (subsistencia o persona), sobre la base de que era un refinamiento de la Escritura. Tanto se había ganado ya con la influencia de Valente, cuando la llegada de Acacio a Constantinopla dio nueva actividad al partido de Eusebio.

Entonces se convocó un Concilio en la ciudad imperial de los obispos vecinos, principalmente de los de Bitinia, y se confirmó la fórmula acacia de Ariminum. Constancio fue fácilmente persuadido a creer de Basilio, lo que antes se había afirmado de Atanasio, que él era el impedimento para la solución de la cuestión y para la tranquilidad de la Iglesia. Se alegaron varios cargos de naturaleza civil y eclesiástica contra él y otros semiarrianos, como anteriormente contra Atanasio, con qué grado de verdad es imposible determinar en este día; y se dictó sentencia de deposición contra ellos. Cirilo de Jerusalén, Eleusio de Cízico, Eustacio de Sebaste y Macedonio de Constantinopla, fueron algunos de los que sufrieron con Basilio; Macedonio fue sucedido por Eudoxio, quien, así asentado en la primera sede de Oriente, se convirtió posteriormente en el principal sostén del arrianismo bajo el emperador Valente.

Este triunfo del partido eusebiano en Oriente, tuvo lugar a principios del año 360 d.C.; para entonces el Concilio de Ariminum en Occidente, había llegado a su fin. A ella debemos dirigir ahora nuestra atención.

El Concilio Latino había comenzado sus deliberaciones, antes de que los orientales se hubiesen reunido en Seleucia; Sin embargo, no los puso fin hasta finales de año. La lucha entre los eusebianos y sus adversarios había sido tanto más tenaz en Occidente, en la medida en que éstos eran más numerosos allí, más alejados de la doctrina arriana, y Valente, por otra parte, más inescrupuloso y armado con más poderes. Cuatrocientos obispos fueron reunidos en Ariminum, de los cuales sólo ochenta eran arrianos; y el oficial civil, a quien Constancio había confiado la superintendencia de sus procedimientos, tenía órdenes de no dejarlos salir de la ciudad hasta que se pusieran de acuerdo en una confesión de fe. En la apertura del Concilio, Valente, Ursacio, Germinio, Auxencio, Cayo y Demófilo, los comisionados imperiales, habían presentado a la asamblea la fórmula de lo "semejante en todas las cosas" acordada en la conferencia preliminar de Sirmio; y exigió que, dejando a un lado todos los términos extraños y misteriosos de la teología, fuera adoptada de inmediato por los Padres reunidos. Habían recibido por respuesta que los latinos habían resuelto adherirse al formulario de Nicea; y que, como primer paso en sus deliberaciones presentes, era necesario que todos los presentes anatematizaran inmediatamente todas las herejías e innovaciones, comenzando por la de Arrio. Los comisionados se habían negado a hacerlo, y habían sido rápidamente condenados y depuestos, siendo enviada una delegación de diez miembros del Consejo a Constancio, para informarle del resultado de sus deliberaciones. El tema de esta misión a la Corte, a la que Valente se opuso a uno de su propio partido, ya ha sido relatado. Constancio, con el fin de agotar a los Padres latinos, fingió que la guerra bárbara requería su atención inmediata, y retrasó la consideración de la cuestión hasta principios de octubre, varios meses después de la apertura del Concilio; y luego, atemorizando a la diputación católica para que

obedeciera, efectuó en Niza la adopción del credo homeeano (es decir, el "semejante" sin el "en todas las cosas") y lo devolvió a Ariminum.

La terminación del Consejo allí reunido fue vergonzosa para sus miembros, pero más aún para el propio Emperador. Angustiados por su largo encierro, impacientes por su ausencia de sus respectivas diócesis y temerosos de la proximidad del invierno, comenzaron a vacilar. Al principio, en efecto, se negaron a comunicarse con sus propios diputados apóstatas; Pero éstos, casi en defensa propia, fueron activos y exitosos en atraer a otros a sus nuevas opiniones. Tauro, el prefecto del pretorio, que supervisaba las discusiones, amenazó con que quince de los más obstinados serían enviados al destierro; y Valente era importuno en el uso de tales argumentos y explicaciones teológicas, que probablemente lograrían su objetivo. El prefecto les conjuró con lágrimas para que abandonaran una obstinación infructuosa, para que reflexionaran sobre la duración de su anterior encierro, sobre la incomodidad de su situación, sobre los rigores del invierno, y para que consideraran que sólo había una posible terminación de la dificultad, que residía en ellos mismos, no en él. Valente, por su parte, afirmaba que los obispos orientales de Seleucia habían abandonado la usia; y preguntó a los que aún se mantenían firmes qué objeción podían hacer al credo bíblico que se les proponía, y si, en aras de una palabra, serían los autores de un cisma entre la cristiandad oriental y la occidental. Afirmaba que el peligro aprehendido por los católicos no era más que quimérico; que él y su partido condenaban las armas y el arrianismo, tan fuertemente como ellos mismos, y que sólo deseaban evitar una palabra, que confesamente no está en la Escritura, y que en el pasado había producido mucho escándalo. Luego, para poner a prueba su sinceridad, comenzó a anatematizar sucesivamente a los sostenedores de las blasfemias arrianas; y concluyó declarando que creía que el Verbo era Dios, engendrado por Dios antes de todos los tiempos, y no en el número de las criaturas, y que cualquiera que dijera que era una criatura como las demás criaturas, era anatema. La historia precedente de la herejía ha explicado suficientemente cómo los arrianos evadieron la fuerza de estas fuertes declaraciones; pero los latinos inexpertos no se dieron cuenta de su falta de sinceridad. Satisfechos, y contentos de ser liberados, renunciaron a la Homousion, y firmaron la fórmula del Homoeon; y apenas se habían separado, cuando Valente, como era de esperar, se jactó de su victoria, argumentando que la fe de Nicea había sido condenada por la misma circunstancia de que se le permitió confesar que el Hijo "no era una criatura como las otras criaturas", y así dar a entender que, aunque no como otras criaturas, sin embargo, fue creado. Así terminó este célebre Concilio; cuyo resultado está bien caracterizado en la viva afirmación de Jerónimo: "El mundo entero gimió de asombro al verse arriano".

En los procedimientos que acompañaron a los Concilios de Seleucia y Ariminum, los Eusebianos habían obtenido hábilmente dos objetivos importantes, por medio de concesiones insignificantes de su parte. Habían sacrificado a Aecio y a su Anomoeon; y efectuó a cambio la desgracia de los semiarrianos, así como de los católicos, y el establecimiento del Homoeon, el símbolo verdaderamente característico de un partido que, como se preocupaba poco por el sentido de la Escritura, encontraba una excusa y una indulgencia de su indiferencia en un pretendido mantenimiento de la letra. En cuanto al miserable montañés que acabamos de mencionar, cuya profanidad era tan abominable que le valió el título de "ateo", fue condenado formalmente en el Concilio de Constantinopla (360 d. de J.C.) ya mencionado, en el que el semiarriano Basilio, Macedonio y sus asociados de entonces habían sido depuestos. Durante las discusiones que siguieron, Eleusio, uno de los últimos, expuso ante el emperador un credo anomoeo, que

atribuyó a Eudoxio. Este último, al ser cuestionado, lo repudió; y nombró a Aecio como su autor, quien fue convocado de inmediato. Introducido en la presencia imperial, fue incapaz de adivinar, a pesar de su agudeza natural, si el emperador estaba contento o disgustado con la composición; y, arriesgándose a reconocerlo, atrajo sobre sí mismo toda la indignación de Constancio, que lo desterró a Cilicia, y obligó a su mecenas Eudoxio a anatematizar tanto la confesión en cuestión, como todas las posiciones de la herejía arriana pura. Tal fue la caída de Aecio, en el tiempo del triunfo de los eusebianos; pero poco después fue promovido al episcopado (se desconoce en qué circunstancias), y fue notado favorablemente, como antiguo amigo de Galo, por el emperador Juliano, quien le dio un territorio en la isla de Mitilene.

Eunomio, su discípulo, escapó de los celos de Constancio gracias a los buenos oficios de Eudoxio, y fue ascendido al obispado de Cícico; pero, impaciente por el disimulo, pronto cayó en desgracia y fue desterrado. La muerte del emperador tuvo lugar a finales del año 361 d.C.; sus últimos actos evidencian una nueva aproximación a la herejía sin paliativos de Arrio. En un Concilio celebrado en Antioquía en el curso de ese año, sancionó la doctrina anomoea en su forma más repugnante; y poco antes de su muerte, recibió el sacramento del bautismo, como se ha dicho anteriormente, de Euzoio, el amigo personal y asociado original del mismo Arrio.

CAPÍTULO V
CONCILIOS DESPUÉS DEL REINADO DE CONSTANCIO

SECCIÓN I.

EL CONCILIO DE ALEJANDRÍA EN EL REINADO DE JULIANO.

A la ascensión de Juliano al trono se produjo una restauración general de los obispos desterrados; y todas las miradas de la cristiandad se volvieron inmediatamente hacia Alejandría, como la Iglesia, que, por sus sufrimientos y su espíritu indomable, había pretendido ser el árbitro de la doctrina y la garantía de la paz para el mundo católico. Atanasio, según cuenta la historia, a la muerte de su perseguidor, fue encontrado repentinamente en su trono episcopal en una de las iglesias de Alejandría; una leyenda, felizmente expresiva de la incansable actividad y casi ubicuidad de aquel hombre extraordinario que, mientras se le ponía precio a su cabeza, se mezclaba sin ser percibido en los procedimientos de Seleucia y Ariminum, y dirigía los movimientos de sus colaboradores con sus escritos, cuando se le impedía el ejercicio de su destreza en el debate y su energía persuasiva en la conversación privada. Pronto se le unió su compañero de exilio, Eusebio de Vercellae; Lucifer, que había viajado con este último desde la Alta Tebaida, a su regreso a Occidente, se había adelantado a Antioquía por asuntos que se explicarán más adelante. Mientras tanto, no se perdió tiempo en celebrar un Concilio en Alejandría (362 d.C.) sobre el estado general de la Iglesia.

El objeto de Juliano al llamar a los obispos desterrados era la renovación de las disensiones, por medio de la tolerancia, que Constancio se había esforzado por poner fin por la fuerza. Sabía que estos prelados eran de diversas opiniones, semiarrianos, macedonios, anomoeanos, así como ortodoxos; y, resuelto a ser él mismo neutro, esperó con la satisfacción de un ecléctico el acontecimiento; Persuadido de que el cristianismo no podía resistir el choque de los partidos, no menos discordantes y mucho más celosos que las sectas filosóficas, se dice incluso que "invitó a su palacio a los jefes de las sectas enemigas, para que pudiera disfrutar del agradable espectáculo de sus furiosos encuentros". Pero, al permitirse tales anticipaciones de derrocar al cristianismo, no hizo más que mostrar su propia ignorancia de los cimientos sobre los que se había construido. Apenas podría concebirse que un incrédulo, educado entre herejes, comprendiera el vigor y la indestructibilidad del verdadero espíritu cristiano; y Juliano cayó en el error, al que están expuestos los hombres del mundo en todas las épocas, de confundir todo lo que se muestra en la superficie de la Comunidad Apostólica, sus prominencias e irregularidades, todo lo que es extravagante y todo lo que es transitorio, con el verdadero principio móvil y vida del sistema. Son sólo los tiempos de prueba los que manifiestan a los santos de Dios; pero a pesar de todo, viven y apoyan a la Iglesia en su generación, aunque permanezcan en su oscuridad. En los días del arrianismo, en efecto, fueron en su medida, revelados al mundo; sin embargo, para gente como Juliano, eran inevitablemente desconocidos, tanto en lo que respecta a su número como a sus dones divinos. Los miles de creyentes silenciosos, que adoraban en espíritu y en verdad, fueron oscurecidos por las decenas y

veintenas de las diversas facciones heréticas, cuyos clamorosos discursos asediaron la Corte Imperial; y Atanasio sería retratado a la imaginación de Juliano según la imagen de su propio preceptor, el servil y sin escrúpulos Eusebio. El suceso de su experimento refutó la opinión que lo había conducido. La tolerancia imparcial de todas las convicciones religiosas, por maliciosa que fuera su intención, no hizo más que contribuir al predominio de la recta fe; Esa fe, que es el único alimento verdadero de la mente humana, que puede ser considerada como un principio así como una opinión, y que influye en el corazón para sufrir y trabajar por su causa.

De los temas que ocuparon la atención del Concilio de Alejandría, sólo es necesario mencionar aquí dos; el trato que debía seguirse hacia los obispos, que se habían arrianizado en el reinado de Constancio, y el establecimiento del sentido teológico de la palabra hipóstasis. Y aquí, de la primera de ellas.

1. La cuestión de los obispos arrianizantes

Ya han ocurrido ejemplos de la línea de conducta seguida por Atanasio en asuntos eclesiásticos. La apostasía deliberada y la herejía sistemática fueron los objetos de su implacable oposición; pero en su comportamiento hacia los individuos, y en su juicio de los inconsistentes, ya sea en la conducta o en el credo, demuestra una ternura y una paciencia admirables. No sólo abandonó a regañadientes a su socio, el desdichado Marcelo, en su sabelización, sino que incluso se refirió favorablemente a los semiarrianos, hostiles a él tanto de palabra como de obra, que rechazaron la prueba ortodoxa y habían confirmado contra él personalmente en Filipópolis el veredicto de la comisión de Mareotis. Cuando los obispos de su propio partido, como Liberio de Roma, fueron inducidos a excomulgarle, lejos de resentirse, habla de ellos con un temperamento y una franqueza que, como se muestra en el calor de la controversia, evidencia una prudencia ampliada, por no hablar de la caridad cristiana. Es esta unión de excelencias opuestas, la firmeza con el discernimiento y la discreción, la que es el elogio característico de Atanasio, así como de varios de sus predecesores en la sede de Alejandría. Los cien años que precedieron a su episcopado habían dado campo al celo ilustrado de Dionisio y a la paciente resolución de Alejandro. Por otro lado, cuando miramos a nuestro alrededor a los otros campeones más conspicuos de la ortodoxia de su tiempo, por mucho que debamos reverenciar y bendecir su memoria, sin embargo, en lo que respecta a esta madurez y plenitud de carácter, son muy inferiores a Atanasio. El noble Hilario era intemperante en su lenguaje, y atacó a Constancio con una aspereza impropia de un sujeto obediente. El ardiente obispo de Cagliari, ejemplar como es su abnegación, mostró tan abiertamente su deseo de martirio, que llevó al emperador a ejercer hacia él una tolerancia desdeñosa. Eusebio de Vercellae negoció en los Concilios, con una sutileza que rayaba en la insinceridad arriana. Atanasio estaba exento de estas deficiencias de carácter; y en la ocasión que ha dado lugar a estas observaciones, tuvo especial necesidad de la combinación de dones, que ha hecho su nombre inmortal en la Iglesia.

La cuestión de los obispos arrianizantes era muy difícil. Estaban en posesión de las Iglesias; y no podía ser depuesto, si es que lo era, sin el riesgo de un cisma permanente. Es evidente, además, por la narración anterior, cuántos habían sido traicionados para que aprobaran las opiniones arrianas, sin comprenderlas ni actuar en consecuencia. Este era

particularmente el caso en Occidente, donde las amenazas y los malos tratos habían sido más o menos sustituidos por esas falacias que la lengua latina apenas admitía. E incluso en las remotas Iglesias griegas había mucho de esa sencillez devota y desprevenida, que era el deporte fácil de la sofistería arrogante de los eusebianos. Este fue el caso del padre de Gregorio Nacianceno; el cual, persuadido a aceptar la confesión acacia de Constantinopla (359, 360 d.C.), sobre la base de su pura significación de las Escrituras, se encontró repentinamente abandonado por una gran parte de su rebaño, y fue librado de la acusación de herejía, sólo por la destreza de su sabio hijo. De hecho, a muchos de los obispos arrianizantes se les pueden aplicar las observaciones que Hilario hace sobre los laicos sometidos a la enseñanza arriana; que su propia piedad les permitía interpretar religiosamente expresiones que originalmente fueron inventadas como evasiones de la doctrina ortodoxa.

E incluso en partes de Oriente, donde existía una percepción mucho más clara de la diferencia entre la verdad y el error, debe haber sido una dificultad extrema para los ortodoxos que vivían entre arrianos, determinar de qué manera era mejor cumplir con los deberes que estaban en oposición entre sí. La misma obligación de unidad de los cristianos, que era la disculpa por los laicos que permanecían, como en Antioquía, en comunión con un obispo arriano, conduciría a un reconocimiento similar de su autoridad por parte del clero o de los obispos que estaban eclesiásticamente subordinados a él. Así, Cirilo de Jerusalén, que no era en ningún sentido ni anomeo ni eusebio, recibió la consagración de manos de su metropolitano Acacio; y San Basilio, apodado el Grande, el vigoroso campeón de la ortodoxia contra el emperador Valente, asistió al Concilio de Constantinopla (359, 360 d.C.), como diácono, en el séquito de su homónimo Basilio, el líder de los semiarrianos.

Por otra parte, no era seguro dejar al hereje deliberado en posesión de su poder espiritual. Muchos obispos también no eran más que las criaturas de los tiempos, levantados de lo más humilde del pueblo, y deficientes en las calificaciones elementales de la erudición y la sobriedad. Aun aquellos que habían cedido a la violencia de los demás eran objeto de una justa sospecha; ya que, francamente, tal como ahora se unían a los atanasios, ya habían mostrado tanto interés y confianza en el partido opuesto.

Movidos por estas últimas consideraciones, algunos de los prelados reunidos abogaron por la adopción de medidas severas hacia los arrianizantes, considerando que su deposición se debía tanto a la dignidad herida como a la seguridad de la Iglesia Católica. Atanasio, sin embargo, propuso una política más moderada; y su influencia fue suficiente para triunfar sobre la excitación de la mente que comúnmente acompaña a la liberación de la persecución. Se aprobó un decreto por el que los obispos que se hubieran comunicado con los arrianos por debilidad o sorpresa serían reconocidos en sus respectivas sedes, al firmar el formulario niceno; pero que aquellos que habían defendido públicamente la herejía, sólo debían ser admitidos a la comunión laical. Ningún acto podía demostrar más claramente que éste que no era un interés de partido, sino el predominio de la doctrina ortodoxa misma, que era el objetivo de los atanasianos. Permitieron que el poder de la Iglesia permaneciera en manos de hombres indiferentes a los intereses de sí mismos, en su regreso a esa fe, que habían negado por miedo; y su habilidad para imponer a los arrianizadores esta condición, evidencia lo que podrían haber hecho, si hubieran elegido hacer un llamamiento contra los más culpables de ellos al clero y a los laicos de sus respectivas iglesias, y crear y enviar obispos para suplir sus puestos. Pero deseaban la paz,

tan pronto como los intereses de la verdad estuvieran asegurados; y su magnánima decisión fue adoptada inmediatamente por los Concilios celebrados en Roma, en España, en la Galia y en Acaya. El estado de Asia era menos satisfactorio. En cuanto a Antioquía, su suerte atraerá inmediatamente nuestra atención. Frigia y el Proconsulado estaban en manos de los semiarrianos y macedonios; Tracia y Bitinia, controladas por la Metrópoli Imperial, eran el bastión de la facción de Eusebio o de la Corte.

2. La cuestión de la sucesión en Antioquía: Melecio

La historia de la Iglesia de Antioquía ofrece una ilustración de los desórdenes generales de Oriente en este período, y de la intención de la medida sanatoria aprobada en Alejandría con respecto a ellos. Eustaquio, su obispo, uno de los principales campeones nicenos, había sido una de las primeras víctimas de la malicia de Eusebio, siendo depuesto bajo cargos calumniosos en el año 331 d.C. Una serie de prelados arrianos tuvieron éxito; algunos de los cuales, Esteban, Leoncio y Eudoxio, han sido conmemorados en las páginas anteriores. Los católicos de Antioquía no se habían puesto de acuerdo entre sí sobre cómo actuar en estas circunstancias. Algunos, tanto clérigos como laicos, rechazando la comunión de maestros herejes, se habían mantenido unidos por el momento, como un cuerpo distinto, hasta que la causa de la verdad recobrara su supremacía natural; mientras que otros habían admitido la sucesión usurpadora, que la voluntad imperial imponía a la Iglesia. Cuando Atanasio pasó por Antioquía a su regreso de su segundo exilio (348 d.C.), había reconocido a los secesionistas, por respeto a su ortodoxia y a los derechos del clero y los laicos en la elección de un obispo. Sin embargo, no se puede negar que se encontraron hombres de celo y audacia entre los que permanecieron en la comunión herética. Dos laicos, Flaviano y Diodoro, protestaron con espíritu contra la heterodoxia del astuto Leoncio, y mantuvieron vivo un partido ortodoxo en medio de los eusebianos.

Al trasladar Eudoxio a Constantinopla, un año antes de la muerte de Constancio, ocurrió un accidente que, hábilmente mejorado, pudo haber curado el incipiente cisma entre los trinitarios. Apenas Melecio, el nuevo obispo del partido de Eusebio, tomó posesión de su sede, cuando se conformó a la fe católica. La historia lo describe como dotado de una notable dulzura y benevolencia de carácter. Los hombres así caracterizados son a menudo deficientes en sensibilidad, en su juicio práctico de la herejía; que aborrecen en abstracto, pero que toleran en el caso de sus amigos, por una falsa caridad; lo que los lleva, no sólo a esperar lo mejor, sino a pasar por alto la culpa de oponerse a la verdad donde el hecho es innegable. Melecio había sido educado en la comunión de los eusebianos; una desgracia en la que se vieron envueltos casi todos los cristianos orientales de su tiempo. Siendo considerado como uno de su partido, había sido promovido por ellos a la sede de Sebaste, en Armenia; pero, ofendido por la conducta de su rebaño, se había retirado a Borcea, en Siria. Durante la residencia de la Corte en Antioquía, en el año 361 d.C., se produjo la elección del nuevo prelado de esa sede; y la elección tanto de los arrianos como de los ortodoxos arrianistas recayó en Melecio. Acacio fue el principal impulsor de este negocio. Recientemente había logrado establecer el principio del liberalismo en Constantinopla, donde se había condenado el uso de palabras que no se encuentran en la Escritura, en las confesiones de fe; Y difícilmente podría haber elegido un instrumento más adecuado, según parecía, para extender su influencia, que un prelado

que uniera la pureza de vida y la amabilidad de temperamento, a una aparente indiferencia a las distinciones entre la verdad doctrinal y el error.

A la llegada del nuevo patriarca a Antioquía, fue escoltado por los obispos de la corte, y por su propio clero y laicos, hasta la catedral. Deseoso de solemnizar la ocasión, el emperador mismo había condescendido a dar el texto, sobre el cual los prelados reunidos debían comentar. Fue el célebre pasaje de los Proverbios, en el que Orígenes detectó piadosamente, y los arrianos reprimieron perversamente, el gran artículo de nuestra fe; "El Señor me creó [poseyó] desde el principio de sus caminos, antes de sus obras antiguas." Jorge de Laodicea, que a la partida de Eudoxio de Antioquía había abandonado a los semiarrianos y se había reunido con los eusebianos, abrió la discusión con una explicación dogmática de las palabras. Acacio siguió con esa ambigüedad del lenguaje, que era la característica de su escuela. Al fin, el nuevo Patriarca se levantó, y para sorpresa de la asamblea, con un tono moderado y con palabras mesuradas, evitando ciertamente la Homousión de Nicea, pero fijando con precisión el significado de sus expresiones, confesó el verdadero principio católico, tanto tiempo exiliado del trono y los altares de Antioquía. Siguió una escena, como podía esperarse del temperamento excitable de los orientales. La congregación recibió su discurso con gritos de alegría; mientras el arcediano arriano de la iglesia, que corría hacia él, se llevaba la mano a la boca para impedirle hablar; sobre la cual Melecio extendió su mano a la vista de la gente, y levantando primero tres dedos, y luego uno, simbolizó la gran verdad que no podía pronunciar. Las consecuencias de esta audaz confesión podrían esperarse. Melecio fue desterrado, y se nombró un nuevo obispo, Euzoio, amigo de Arrio. Pero este suceso resultó una ventaja importante para la causa ortodoxa; católicos y herejes ya no estaban unidos en una sola comunión, siendo estos últimos arrojados a la posición de cismáticos, que habían rechazado a su propio obispo. Tal era el estado de las cosas, cuando la muerte de Constancio ocasionó el regreso de Melecio y la convocatoria del Concilio de Alejandría, en el que se consideró su caso.

El camino a seguir en este asunto por la Iglesia en general era evidente. Había ahora en Antioquía, además del partido herético, dos comuniones que profesaban la ortodoxia, de las cuales lo que podría llamarse el cuerpo protestante carecía de cabeza, ya que Eustaquio había muerto algunos años antes. Era el deber obvio del Concilio recomendar a los eustaquios que reconocieran a Melecio y se unieran a su comunión, cualquier intrusión original que pudiera haber en la sucesión episcopal de la que recibió sus órdenes, y cualesquiera que pudieran haber sido sus propios errores de doctrina anteriores. El principio general de la restauración, que habían convertido en la regla de su conducta hacia los arrianizantes, los llevó a esto. En consecuencia, se nombró una comisión para que se dirigiera a Antioquía y se esforzara por llevar a buen término la disensión.

Sus intenciones caritativas, sin embargo, ya habían sido frustradas por la desafortunada interferencia de Lucifer. Este obispo latino, esforzado en luchar por la fe, tenía poco del conocimiento de la naturaleza humana, o de la destreza en la negociación, necesaria para el manejo de un punto tan delicado como el que se había encargado de resolver. Había ido directamente a Antioquía, cuando Eusebio de Vercellae se dirigió a Alejandría; y, al llegar la comisión alejandrina a la primera ciudad, el daño estaba hecho, y la mediación ineficaz. Complaciendo, en lugar de vencer, la renuencia natural de los eustaquios a someterse a Melecio, Lucifer había sido inducido, con la ayuda de otros dos, a consagrar una cabeza separada para su comunión, y al hacerlo reanimar una disensión, que había seguido su curso y estaba muriendo por sí misma. El resultado de esta

indiscreción fue el surgimiento de un cisma adicional, en lugar de la terminación del cisma existente. Eusebio, que estaba a la cabeza de la comisión, se retiró de Antioquía disgustado. Lucifer, ofendido por convertirse en objeto de censura, se separó primero de Eusebio y, finalmente, de todos los que reconocían a los arrianizantes conformes. Fundó una secta, que se llamó por su nombre, y duró unos cincuenta años.

En cuanto al cisma de Antioquía, no terminó hasta el tiempo de Crisóstomo, hacia fines del siglo. Atanasio y las Iglesias egipcias continuaron en comunión con los Eustaquios. Por mucho que hubieran deseado y se habían esforzado por una reconciliación entre las partes, no podían dejar de reconocer, mientras existía, a ese cuerpo que todo el tiempo había sufrido y trabajado con ellos mismos. Y, ciertamente, la relación que Melecio mantuvo con Acacio, sin principios, en el Concilio de Antioquía al año siguiente, y su negativa a comunicarse con Atanasio, no fueron adecuadas para hacerles arrepentirse de su determinación. Los occidentales y las Iglesias de Chipre siguieron su ejemplo. Los cristianos orientales, por el contrario, habiéndose arrianizado en su mayor parte, tomaron parte con los meletianos. Finalmente, San Crisóstomo ejerció con éxito su influencia entre los católicos egipcios y occidentales en favor de Flavio, el sucesor de Melecio; un prelado, hay que admitirlo, no exento de culpa en la disputa eclesiástica, aunque había desempeñado un papel audaz con Diodoro, después obispo de Tarso, en la resistencia a los insidiosos intentos de Leoncio de secularizar la Iglesia.

3. La cuestión de la hipóstasis: —El término Síntesis o Persona

El Concilio de Alejandría también se preocupó por determinar una cuestión doctrinal; y también aquí ejerció una mediación virtual entre los partidos rivales en la Iglesia antioquena.

La palabra Persona que nos atrevemos a usar al hablar de esos tres modos distintos y reales en los que Dios Todopoderoso ha complacido revelarnos su ser, es en su sentido filosófico demasiado amplia para nuestro significado. Su significación esencial, tal como se aplica a nosotros mismos, es la de un agente inteligente individual, que responde a la hipóstasis griega o realidad. Por otra parte, si lo restringimos a su sentido etimológico de persona o prosopon, es decir, carácter, evidentemente significa menos que la doctrina de la Escritura, que queremos definir por medio de ella, como denotando simplemente ciertas manifestaciones externas del Ser Supremo relativas a nosotros, que son de naturaleza accidental y variable. Las declaraciones de la Revelación se encuentran, pues, entre estos sentidos antagónicos en los que puede concebirse erróneamente la doctrina de la Santísima Trinidad, entre el Triteísmo y lo que popularmente se llama Unitarismo.

En la elección de las dificultades, pues, entre palabras que dicen demasiado y demasiado poco, los latinos, mirando el lado popular y práctico de la doctrina, eligieron el término que pertenecía propiamente a la noción externa y defectuosa del Hijo y del Espíritu, y los llamaron Persona o Caracteres, sin ninguna intención, sin embargo, de infringir la doctrina de su integridad y realidad. como distintos del Padre, pero apuntando a la verdad completa, tan cerca como su lenguaje lo permitiera. Los griegos, por otra parte, con su ansiedad instintiva por la exactitud filosófica de la expresión, aseguraron la noción de su existencia en sí mismos, llamándolas hipóstasis o realidades; por lo cual consideraron, con

alguna razón, que tenían la sanción del Apóstol en su Epístola a los Hebreos. Además, fueron inducidos a insistir en esta visión interna de la doctrina, por el predominio del sabelianismo en Oriente en el siglo III; una herejía, que pretendía resolver la distinción de las Tres Personas, en una mera distinción de carácter. De ahí la prominencia dada a las Tres Hipóstasis o Realidades, en los credos de los semiarrianos (por ejemplo, el de Luciano y el de Basilio, 341-358 d.C.) que fueron los antagonistas especiales de Sabelio, Marcelo, Fotino y herejes afines. Fue este loable celo del sabelianismo lo que llevó a los griegos a poner énfasis en la doctrina del Verbo Hipostático (el Verbo en existencia real), para que el uso desnudo de los términos Verbo, Voz, Poder, Sabiduría y Resplandor, al designar a nuestro Señor, llevara a un olvido de Su Personalidad. Al mismo tiempo, la palabra *usia* (sustancia) fue adoptada por ellos, para expresar la simple individualidad de la Naturaleza Divina, a la que los griegos, tan escrupulosamente como los latinos, referían las Personalidades separadas del Hijo y del Espíritu.

Así, las dos grandes divisiones de la cristiandad descansaban satisfechas, cada una con su propia teología, coincidiendo en la doctrina, aunque diferenciándose en la expresión de la misma. Pero, cuando el curso de la detestable controversia que Arrio había planteado, introdujo a los latinos en la fraseología de los griegos, acostumbrados a la palabra Persona, se sorprendieron de la doctrina de las tres hipóstasis; un término que no podían traducir sino por la palabra sustancia, y por lo tanto considerado sinónimo de la *usia* griega, y que, de hecho, había llevado al arrianismo por un lado, y al triteísmo por el otro. Y los orientales, por su parte, desconfiaban del mantenimiento latino de la Única Hipóstasis, y de las Tres Personas; como si tal fórmula tendiera al sabelianismo.

Esto no es más que una descripción general de la diferencia entre la teología oriental y la occidental; porque es difícil determinar cuándo el lenguaje de los griegos se hizo por primera vez fijo y consistente. Algunos críticos eminentes han considerado que la *usia* no se distinguía de la hipóstasis hasta el Concilio que ha dado origen a estas observaciones. Otros sostienen que la distinción entre ellos se reconoce en la "sustancia o hipóstasis" del Anatema de Nicea; y éstos ciertamente tienen la autoridad de San Basilio de su parte. Sin intentar dar una opinión sobre un punto oscuro en sí mismo, y que no es de mayor importancia en la controversia, se expondrá aquí la diferencia existente entre los griegos y los latinos en los tiempos del Concilio de Alejandría.

En esta fecha, la fórmula de las Tres Hipóstasis parece, de hecho, haber sido más o menos una característica de los arrianos. Al mismo tiempo, era sostenido por los ortodoxos de Asia, que se habían comunicado con ellos; es decir, interpretado por ellos, por supuesto, en el sentido ortodoxo que ahora tiene. Esto dará cuenta de la explicación de San Basilio del anatema niceno; siendo natural en un cristiano asiático, que parece (inevitablemente) haberse arianizado durante los primeros treinta años de su vida, imaginar (con razón o no) que percibía en ella la distinción entre *usia* e hipóstasis, que él mismo estaba acostumbrado a reconocer. Por otra parte, en el cisma de Antioquía, que se ha narrado más arriba, el partido de Melecio, que se había arianizado durante tanto tiempo, mantuvo a las Tres Hipóstasis, en oposición a los Eustaquios, quienes, como cuerpo, estaban de acuerdo con los latinos, y en consecuencia habían sido acusados por los arrianos de sabelianismo. Por otra parte, esta conexión de los ortodoxos orientales con los semiarrianos, explica en parte algunos triteísmos aparentes de los primeros; una herejía en la que este último ciertamente cayó.

Atanasio, por otra parte, sin preocuparse de ser uniforme en el uso de los términos, sobre los cuales los ortodoxos difieren, favorece el uso latino, hablando del Ser Supremo como una Hipóstasis, es *decir*. sustancia. Y en esto difiere de los escritores anteriores de su propia Iglesia; los cuales, no teniendo experiencia de la teología latina, ni de las perversiones del arrianismo, adoptan, no sólo la palabra hipóstasis, sino (lo que es más fuerte) las palabras "naturaleza" y "sustancia" para denotar las personalidades separadas del Hijo y del Espíritu.

En cuanto a los latinos, se dice que, cuando Osio llegó a Alejandría antes del Concilio de Nicea, deseaba que se diera alguna explicación sobre la hipóstasis, aunque no se resolvió nada en consecuencia. Pero, poco después del Concilio de Sárdica, se hizo una adición a su confesión, que en Teodoreto dice así: "Mientras que los herejes sostienen que las Hipóstasis del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo son distintas y separadas, declaramos que, según la fe católica, no hay más que una Hipóstasis (a la que llaman *Usia*) de las Tres; y la hipóstasis del Hijo es la misma que la del Padre".

Tal era el estado de la controversia, si puede llamarse así, en la época del Concilio de Alejandría; la Iglesia de Antioquía era, por así decirlo, el escenario en el que estaban representadas las dos partes en disputa, los Melecianos se ponían del lado de los ortodoxos de Oriente, y los Eustaquios de los de Occidente. El Concilio, sin embargo, en lugar de tomar parte en ninguno de los dos, determinó, de acuerdo con los escritos del mismo Atanasio, que, puesto que la cuestión se refería simplemente al uso de las palabras, era conveniente permitir que los cristianos entendieran la "hipóstasis" en uno u otro sentido indiferentemente. El documento que transmite su decisión, nos informa de los motivos de la misma. "Si alguno se propone hacer adiciones al Credo de Nicea (dice la carta sinodal), detenga a tales personas y más bien persuada a que busquen la paz; porque atribuimos tal conducta nada menos que a un amor por la controversia. Habiéndose ofendido por una declaración de parte de ciertas personas de que hay tres hipóstasis, y habiéndose insistido en que este lenguaje no es bíblico, y por esa razón sospechoso, quisimos que la investigación no se extendiera más allá de la Confesión de Nicea. Al mismo tiempo, a causa de este espíritu de controversia, les preguntamos si hablaban, como los arrianos, de hipóstasis extrañas y diferentes entre sí, y diversas en sustancia, cada una independiente y separada en sí misma, como en el caso de las criaturas individuales, o de la descendencia del hombre, o, como sustancias diferentes, el oro, la plata o el bronce; o, también, como sostienen otros herejes, de Tres Orígenes y Tres Dioses. En respuesta, nos aseguraron solemnemente que no habían dicho ni habían imaginado tal cosa. Al preguntarnos: '¿En qué sentido entonces dices esto, o por qué usas tales expresiones en absoluto?', respondieron: 'Porque creemos en la Santísima Trinidad, no como una Trinidad solo de nombre, sino en la verdad y la realidad. Reconocemos al Padre verdaderamente y en verdadera subsistencia, y al Hijo verdaderamente en sustancia y subsistencia, y al Espíritu Santo subsistiendo y existiendo'. Dijeron también que no habían hablado de Tres Dioses, o de Tres Orígenes, ni tolerarían esa afirmación o noción; sino que reconoció una Santísima Trinidad en verdad, pero una sola Divinidad, y un solo origen, y el Hijo consustancial al Padre, como declaró el Concilio, y el Espíritu Santo, no una criatura, ni extraña, sino propia e indivisible de la sustancia del Hijo y del Padre.

"Satisfechos con esta explicación de las expresiones en cuestión, y las razones para su uso, examinamos a continuación a la otra parte, a la que el mencionado acusaba de tener una sola hipóstasis, si su enseñanza coincidía con la de los sabelianos, en la

destrucción de la sustancia del Hijo y la subsistencia del Espíritu Santo. Fueron tan serios como podían serlo los demás, al negar tanto la afirmación como el pensamiento de tal doctrina; "pero nosotros usamos Hipóstasis" (subsistencia), dijeron, "considerando que significa lo mismo que Usia (sustancia), y sostenemos que no hay más que una, porque el Hijo es de la Usía (sustancia) del Padre, y debido a la identidad de Su naturaleza; porque creemos, como en una sola divinidad, así en una sola naturaleza divina, y no que el Padre es uno, y que el del Hijo es extranjero, y también el del Espíritu Santo". Parecía, pues, que los dos que eran acusados de tener tres hipóstasis estaban de acuerdo con la otra parte, y los que hablaban de una sola sustancia profesaban la doctrina de la primera en el sentido de su interpretación; por ambos fue anatematizado Arrio como enemigo de Cristo, Sabelio y Paulo de Samosata como impíos, Valentín y Basíledes como extraños a la verdad, Maniqueo, como originador de malas doctrinas. Y, después de estas explicaciones, todos, por la gracia de Dios, están unánimemente de acuerdo en que tales expresiones no eran tan deseables o precisas como el Credo de Nicea, cuyas palabras prometieron consentir y usar en el futuro".

Por sencilla que fuera esta afirmación, y por natural que fuera la decisión que de ella resultara, difícilmente podía esperarse que encontrara aceptación en una ciudad donde los acontecimientos recientes habían aumentado las disensiones de larga data. Al proporcionar a los eustaquios heridos y celosos una cabeza eclesiástica, Lucifer había administrado, en las circunstancias existentes, un estimulante a los latidos y supuraciones de las pasiones más bajas de la naturaleza humana, pasiones que requiere el fuerte esfuerzo de la magnanimidad y la caridad cristianas para vencer. Los meletianos, por otra parte, reconocidos como eran por la Iglesia oriental como una rama legítima de sí mismos, estaban en la posición de un establecimiento, y por lo tanto expuestos a la tentación de despreciar a aquellos a quienes las Iglesias circundantes consideraban cismáticos. Hasta qué punto cada parte tuvo la culpa, no podemos determinarlo; pero la culpa estaba en alguna parte, porque la controversia sobre la hipóstasis, por verbal que fuera, se convirtió en la consigna de la disputa entre las dos partes, y solo terminó cuando los eustaquios fueron finalmente absorbidos por el cuerpo más grande y poderoso.

SECCIÓN II.

EL CONCILIO ECUMÉNICO DE CONSTANTINOPLA EN EL REINADO DE TEODOSIO

El segundo Concilio Ecuménico se celebró en Constantinopla en 381-383 d.C. Se celebra en la historia de la teología por su condena de los macedonios, quienes, separando el Espíritu Santo de la unidad del Padre y del Hijo, insinuaban o inferían que era una criatura. Un breve relato de ella se añade aquí en su aspecto eclesiástico; la doctrina misma, de la que formalmente daba testimonio, habiendo sido discutida incidentalmente en el segundo capítulo de este volumen.

Ocho años antes de la fecha de este Concilio, Atanasio había sido llevado a su descanso. Después de una vida de lucha, prolongada, a pesar de las penalidades que encontró, más allá de la edad de setenta años, se durmió en la pacífica posesión de las Iglesias, por las que había sufrido. Apenas concluido el Concilio de Alejandría, fue denunciado por Juliano, y salvó su vida huyendo o ocultándose. Al regresar al trono de Joviano, se vio obligado, por quinta y última vez, a retirarse ante los ministros de su sucesor arriano Valente; y permaneció escondido en el sepulcro de su padre. Al hacerse una representación al nuevo emperador, incluso con el consentimiento de los mismos arrianos, finalmente fue restaurado; y así sucedió, por la buena providencia de Dios, que el furor de la persecución, por muy fuerte que amenazara en sus últimos años, se suspendió hasta su muerte, cuando estalló de inmediato sobre la Iglesia con renovado vigor. De este modo, se le permitió reflexionar sobre sus pruebas pasadas y sus perspectivas para el futuro; para recoger su mente para encontrarse con su Dios, reuniéndose con Jacob en su lecho de edad, y entregando el espíritu pacíficamente entre sus hijos. Sin embargo, en medio de la decadencia de la naturaleza y las visiones de la disolución venidera, la atención de Atanasio no se apartó en modo alguno de los deberes activos de su posición. El vigor de su obediencia a esos deberes no disminuyó; uno de sus últimos actos fue la excomunión de uno de los duques de Libia, por irregularidad de vida.

Al final, cuando el gran Confesor fue destituido, la Iglesia sufrió una pérdida, de la que nunca se recuperó. Su resuelta resistencia a la herejía no había sido más que una parte de sus servicios; Se le debe una alabanza más excelente por su habilidad caritativa para unir a sus hermanos en unidad. La Iglesia de Alejandría fue la mediadora natural entre Oriente y Occidente; y Atanasio había mejorado bien las ventajas que se le habían confiado. Su juiciosa intervención en los disturbios de Antioquía ha sido descrita recientemente; y las disensiones entre su propia Iglesia y Constantinopla, que siguieron a su muerte, pueden tomarse como una muestra de cuánto dependía la combinación de los católicos de su autoridad silenciosa. Las sutilezas teológicas siempre comenzaban a existir entre los cristianos griegos; y la controversia arriana había corrompido su espíritu, donde no había logrado perjudicar su ortodoxia. La disputa era la regla de la creencia y la ambición de la conducta en la escuela de Eusebio; Y estas malas introducciones sobrevivieron a su día. Patrocinadas por el poder secular, las grandes Iglesias de la cristiandad concibieron celos unos de otros, y gradualmente se fortalecieron con sus propios recursos. A medida que

Atanasio se acercaba a su fin, la tarea de la mediación se hizo más difícil. A pesar de su deseo de mantenerse al margen de la fiesta, las circunstancias lo arrojaron contra su voluntad a una de las dos divisiones que comenzaban a descubrirse en el mundo cristiano. Incluso antes de su tiempo, aparecen rastros de una rivalidad entre las Iglesias asiática y egipcia. Los acontecimientos de su propia época, desarrollando sus diferencias de carácter, conectaron al mismo tiempo a los egipcios con los latinos. Los errores de sus propios amigos le obligaron a ponerse del lado de una aparente facción en el cuerpo de la Iglesia de Antioquía; y, en el cisma que siguió, se encontró en oposición a las comunidades católicas de Asia Menor y Oriente. Sin embargo, aunque el curso de los acontecimientos tendía a perturbar en última instancia a la Iglesia Católica, su influencia personal permaneció intacta hasta el final, y le permitió interponerse con buen efecto en los asuntos de Oriente. Esto está bien ilustrado por una carta dirigida a él poco antes de su muerte, por San Basilio, que pertenecía al partido contrario, y que entonces había sido recientemente elevado al exarcado de Cesarea. Se insertará aquí, y puede servir como una especie de despedida al despedirse de alguien que, después de los Apóstoles, ha sido un instrumento principal por el cual las verdades sagradas del cristianismo han sido transmitidas y aseguradas al mundo.

"A Atanasio, obispo de Alejandría. Cuanto más se acrecientan las enfermedades de la Iglesia, tanto más ardientemente nos volvemos todos hacia tu perfección, persuadidos de que para ti guiarnos es el único consuelo que nos queda en nuestras dificultades. Por el poder de tus oraciones, por la sabiduría de tus consejos, puedes llevarnos a través de esta terrible tormenta; como están seguros todos los que han oído o probado tan poco de esa perfección. Por tanto, no ceses de orar por nuestras almas, ni de conmovernos con tus cartas; Si supieras el provecho que nos reportaría, no dejarías pasar la oportunidad de escribirnos. En cuanto a mí, si me fuera concedido, por la cooperación de tus oraciones, verte una sola vez, y aprovechar el don que se deposita en ti, y añadir a la historia de mi vida un encuentro con un alma tan grande y apostólica, ciertamente me consideraría haber recibido de la amorosa misericordia de Dios una compensación por todos los males, con la que siempre ha sido afligida mi vida".

1. Persecución bajo Valente: —Fin de la herejía semiarriana.

Los juicios de la Iglesia, de los que habla Basilio en esta carta, fueron el comienzo de la persecución dirigida contra ella por el emperador Valente. Este príncipe, que sucedió a Joviano en Oriente, había sido bautizado por Eudoxio; el cual, desde el momento en que tomó posesión de la sede de Constantinopla, fue el jefe, y pronto se convirtió en el único, aunque poderoso, apoyo de la facción de Eusebio. Se dice que obligó a Valente por juramento, en el momento de su bautismo, de que establecería el arrianismo como la religión estatal de Oriente; y, por lo tanto, haber prolongado su ascendencia durante dieciséis años adicionales después de la muerte de Constancio (361-378 d.C.). Al comienzo de este período, el partido herético había sido debilitado por la secesión de los semiarrianos, que no sólo lo habían abandonado, sino que se habían unido a los católicos. Esta parte de la historia ofrece una ilustración sorprendente, no sólo de la influencia gradual de la verdad sobre el error, sino de la manera notable en que la Divina Providencia hace uso del error mismo como preparación para la verdad; es decir, empleando las formas

más ligeras de la misma para barrer con las de naturaleza más ofensiva. Así, el semiarrianismo se convirtió en el baluarte y precursor de la ortodoxia a la que se oponía. Desde el año 357 d.C., fecha del segundo y prácticamente homeeano formulario de Sirmio, había protestado contra la impiedad de los auténticos arrianos. En los sucesivos Concilios de Ancira y Seleucia, en los dos años siguientes, los había condenado y depuso; y había establecido el credo apenas objetable de Luciano. En su posterior desgracia en la Corte, se había concentrado en el lado asiático del Helesponto; mientras que el alto carácter de sus principales obispos por la seriedad y rigor de la vida, y su influencia sobre las instituciones monásticas, le dieron una popularidad formidable entre las clases bajas de la costa opuesta de Tracia.

Seis años después del Concilio de Seleucia (365 d.C.), en el reinado de Valente, los semiarrianos celebraron un Concilio en Lámpsaco, en el que condenaron el formulario homeeano de Ariminum, confirmaron el credo de la Dedicación (341 d.C.) y, después de citar a los eudoxianos para responder a las acusaciones presentadas contra ellos, procedieron a ratificar esa deposición de ellos. que ya se había pronunciado en Seleucia. En este tiempo parecen haber abrigado esperanzas de ganar al Emperador; pero, al ver que la influencia de Eudoxio era primordial en la corte, su horror o celos de su partido los llevó a dar un paso más audaz. Resolvieron ponerse bajo la protección de Valentiniano, el emperador ortodoxo de Occidente; y, encontrando necesario para este propósito que la Iglesia latina quedara bien con ella, vencieron al fin su repugnancia a la Homousion, y suscribieron una fórmula, de la cual (al menos hasta el Concilio de Constantinopla, 381 d. de J.C.) habían estado entre los más ansiosos y obstinados opositores. Cincuenta y nueve obispos semiarrianos dieron su asentimiento a la ortodoxia en esta memorable ocasión, que tuvo lugar en el año 366 d.C. Sus diputados fueron recibidos en la comunión por Liberio, que se había recuperado en Ariminum, y que escribió cartas en favor de estos nuevos conversos a las Iglesias de Oriente. A su regreso, se presentaron ante un Concilio ortodoxo reunido entonces en Tiana, exhibieron las cartas de recomendación que habían recibido de Italia, Galia, África y Sicilia, así como de Roma, y fueron reconocidos gozosamente por los Padres reunidos como miembros del cuerpo católico. Se nombró un último Concilio en Tarso; donde se esperaba que todas las Iglesias de Oriente enviaran representantes, a fin de completar la reconciliación entre las dos partes. Pero se había hecho lo suficiente, al parecer, en el curso externo de los acontecimientos, para unir las porciones dispersas de la Iglesia; y, cuando ese fin estaba a punto de cumplirse, intervino la ley usual de la Divina Providencia, y dejó la secuela de la unión como una tarea y una prueba para los cristianos individualmente. El proyecto del Consejo fracasó; treinta y cuatro obispos semiarrianos se opusieron repentinamente al propósito de sus hermanos y protestaron contra la Homousion. El emperador, por su parte, recién bautizado por Eudoxio, intervino; prohibió el Concilio propuesto, y procedió a emitir un edicto, en el que todos los obispos que habían sido desterrados bajo Constancio fueron depuestos de sus sedes y restaurados por Juliano. Fue en esta época cuando tuvo lugar el quinto exilio de Atanasio, del que se ha hablado recientemente. Una persecución más cruel siguió en el año 371 d.C., y duró varios años. La muerte de Valente, en el año 378 d.C., fue seguida por la caída final del arrianismo en la Iglesia Oriental.

En cuanto al semiarrianismo, desaparece de la historia eclesiástica en la fecha del propuesto Concilio de Tarso (367 d.C.); a partir de ese momento, la parte del partido que permaneció inconformista, se designa más propiamente macedonio o pneumatomaquista por el artículo principal de su herejía.

2. Renacimiento de la ortodoxia en Constantinopla: —Gregorio Nacianceno

Durante el reinado de Valente, mucho se había hecho en favor de la verdad evangélica, en el territorio aún restante del arrianismo, por los procedimientos de los semiarrianos; pero al mismo tiempo habían aparecido en la misma Constantinopla los síntomas del retorno de la ortodoxia, incluso en su forma más pura. A la muerte de Eudoxio (370 d.C.), los católicos eligieron a un sucesor ortodoxo, llamado Evagrio. Fue desterrado instantáneamente por orden del Emperador; y la población de Constantinopla secundó el acto de Valente, con los excesos más no provocados hacia los católicos. Ochenta de sus clérigos, que en consecuencia habían sido delegados para presentar sus quejas ante el Emperador, perdieron la vida en circunstancias de extrema traición y barbarie. La fe, que fue capaz de mantenerse firme en tal época de persecución, se vio naturalmente impulsada a actos más extenuantes, cuando los tiempos prósperos sucedieron. A la muerte de Valente, los católicos de Constantinopla buscaron ayuda más allá de su propia comunidad para combatir la herejía dominante. Evagrio, a quien habían elegido para la sede, parece haber muerto en el exilio; e invitaron a su lugar al célebre Gregorio Nacianceno, hombre de diversos logros, distinguido por su elocuencia, y aún más por su ortodoxia, su integridad y la inocencia, amabilidad y refinamiento de su carácter.

Gregorio era natural de Capadocia y amigo íntimo del gran Basilio, con quien había estudiado en Atenas. Al ser elevado Basilio al exarcado de Cesarea, Gregorio había sido colocado por él en el obispado de Sasime; pero, al ser impugnado el nombramiento por Antimo, que reclamaba la primacía de la baja Capadocia, se retiró a Nacianceno, la diócesis de su padre, donde asumió los deberes a los que el anciano Gregorio se había vuelto desigual. Después de la muerte de este último, permaneció varios años sin empleo pastoral, hasta que la llamada de los católicos lo llevó a Constantinopla. Su elección fue aprobada por Melecio, patriarca de Antioquía; y por Pedro, el sucesor de Atanasio, que por carta reconoció su acceso a la sede metropolitana.

A su primera llegada allí, no tenía un lugar de culto más adecuado que su propio alojamiento, donde predicó la doctrina católica a la menguada comunión que presidía. Pero el resultado que Constancio había previsto, cuando negó a Atanasio una iglesia en Antioquía, pronto se mostró en Constantinopla. Su congregación aumentó; la casa en que se reunían fue convertida en iglesia por la piadosa liberalidad de su dueño, llamado Anastasia, en la esperanza de la resurrección que ahora esperaba las verdades del Evangelio enterradas durante mucho tiempo. El desprecio con que los arrianos lo habían mirado al principio fue sucedido por una persecución por parte del populacho. Se intentó apedrearlo; Su iglesia fue atacada, y él mismo fue llevado ante un magistrado, bajo el pretexto de haber causado los disturbios. Una violencia tan injusta no hizo más que aumentar la influencia que una tolerancia desdeñosa le había permitido establecer; y la ascensión al trono del ortodoxo Teodosio la aseguró.

A su llegada a Constantinopla, el nuevo emperador resolvió ejecutar en su capital la determinación, que ya había prescrito por edicto al Imperio de Oriente. Se exigió a los obispos arrianos que se suscribieran al formulario niceno, o que renunciaran a sus sedes. Demófilo, el eusebio sucesor de Eudoxio, que ya ha sido presentado a nuestra atención como cómplice en la seducción de Liberio, fue el primero en presentar esta alternativa; Y,

con una honestidad de la que su partido ofrece pocos ejemplos, se negó de inmediato a asentir a las opiniones a las que se había opuesto durante toda su vida, y se retiró de la ciudad. Muchos obispos, sin embargo, del partido arriano se conformaron; y la Iglesia fue desgraciadamente inundada por el mismo mal, que en el reinado de Constantino los Atanasios habían resistido enérgica y exitosamente.

La desafortunada política que condujo a esta medida podría parecer a primera vista sancionada por el decreto del Concilio de Alejandría, que hizo de la suscripción la prueba de la ortodoxia; Pero, en una inspección más cercana, se encontrará que los casos son completamente diferentes. Cuando Atanasio actuó de acuerdo con ese principio, en el reinado de Juliano, no había ningún objetivo secular que se pudiera obtener mediante la conformidad; o más bien, la malevolencia del Emperador se dirigía peculiarmente contra aquellos, ya fueran ortodoxos o semiarrianos, que mostraban alguna seriedad acerca de la verdad cristiana. Incluso entonces, el reconocimiento no se extendió a aquellos que habían tomado parte activa en el lado de la herejía. Por otra parte, el ejemplo del mismo Atanasio, y de Alejandro de Constantinopla, en el reinado de Constantino, marcó suficientemente su juicio en la materia; ambos habían resistido el intento de la Corte de imponer a Arrio a la Iglesia, a pesar de que profesaba su asentimiento a la Homousion.

Ya sea que estuviera o no en el poder de Gregorio impedir el reconocimiento de los arrianizantes, o que su firmeza no fuera igual a su humildad y celo, las consecuencias de la medida son visibles en la conducta del Concilio General, que la siguió. Él mismo puede ser considerado como la víctima de ella; y nos ha dejado en la poesía y en la oratoria su testimonio del deterioro de los principios religiosos, que las vicisitudes crónicas de la controversia habían provocado en la Iglesia oriental.

El siguiente pasaje, de uno de sus discursos, ilustra tanto el estado de los tiempos como su propio hermoso carácter, aunque incapaz de luchar contra ellos. "¿Quién hay - dice- que no descubra, al medirse a sí mismo por las reglas de San Pablo para la conducta de los obispos y sacerdotes, que deben ser sobrios, castos, no aficionados al vino, no golpeadores, aptos para enseñar, intachables en todas las cosas, inexpugnables por los impíos, que está muy lejos de su perfección? Me alarma pensar en la censura de nuestro Señor a los fariseos, y en su reprensión a los escribas; Sería verdaderamente vergonzoso que nosotros, que estamos tan por encima de ellos en virtud, para entrar en el reino de los cielos, pareciéramos aún peores que ellos... Estos pensamientos me persiguen noche y día; consumen mis huesos y se alimentan de mi carne; Me guardan de la audacia, o de andar con el semblante erguido. Me humillan de tal manera y entorpecen mi mente, y ponen una cadena en mi lengua, que no puedo pensar en un cargo de Gobernante, ni en corregir y guiar a otros, que es un talento por encima de mí; sino sólo cómo yo mismo huiré de la ira venidera, y me rasparé un poco del veneno de mi pecado. Primero, debo ser purificado; y luego purificar a los demás; aprender sabiduría, y luego impartirla; acércate a Dios y luego lleva a otros a Él; santificarse, y luego santificarse. ¿Cuándo llegarás al final de esto?', dicen los apresurados e inseguros, que se apresuran a construir y derribar. "¿Cuándo pondrás tu luz en un candelabro? ¿Dónde está tu talento?'. Así lo dicen mis amigos, que tienen más celo por mí que seriedad religiosa. ¡Ah, mis valientes hombres!, ¿por qué pedir mi tiempo para actuar y mi plan? Seguramente el último día de pago es muy pronto, la vejez en su término extremo. Las canas tienen prudencia, y la juventud no se enseña. Es mejor ser lento y seguro, no rápido e irreflexivo; un reino por un día, no una tiranía por una vida; un poco de oro, no un peso de plomo. Era la tierra poco profunda que disparaba la espada

primitiva. En verdad, hay motivo de temor, no sea que me aten de pies y manos, y me arrojen fuera de la cámara nupcial, como un intruso audaz sin ropa adecuada entre los invitados reunidos. Y, sin embargo, fui llamado allí desde mi juventud (para confesar un asunto que pocos conocen), y por Dios fui arrojado desde el vientre; hecho a Él por la promesa de mi madre, confirmado en Su servicio por los peligros posteriores. sí, y mi propio deseo creció junto a su propósito, y mi razón corrió con él; y todo lo que tenía para dar, riquezas, nombre, salud, literatura, se las traje y se las ofrecí a Él, que me llamó y me salvó; mi único placer de ellos era despreciarlos, y tener algo a lo que pudiera renunciar por Cristo. Está por encima de mí emprender la dirección y el gobierno de las almas, que aún no he aprendido bien a ser guiadas, ni a ser santificadas en la medida en que conviene. Mucho más es esto así en un tiempo como el presente, cuando es una gran cosa huir a algún lugar de refugio, mientras que otros son arremolinados de un lado a otro, y así escapar de la tormenta y las tinieblas del maligno; porque este es un tiempo en que los miembros del cuerpo cristiano luchan entre sí, y todo lo que quedaba de amor se ha reducido a la nada. Moabitas y Amonitas, a quienes incluso se les prohibió entrar en la Iglesia de Cristo, ahora pisan nuestros lugares más santos. Hemos abierto a todos, no las puertas de la justicia, sino de la injuria y la injuria mutuas. Pensamos que son los mejores de los hombres, no los que se guardan de toda palabra ociosa por temor a Dios, sino los que más han calumniado abierta o encubiertamente a su prójimo. Y marcamos los pecados de los demás, no para lamentarnos, sino para culparlos; no para curar, sino para secundar el golpe; y hacer de las heridas de los demás una excusa para las nuestras. Los hombres son juzgados buenos y malos, no por el curso de su vida, sino por sus enemistades y amistades. Alabamos hoy, llamamos nombres mañana. Todas las cosas son fácilmente perdonadas a la impiedad. ¡Tan magnánimamente estamos perdonando de maneras malvadas!"

La primera perturbación en la Iglesia de Constantinopla había surgido de la ambición de Máximo, un filósofo cínico, que pretendía suplantar a Gregorio en su sede. Era amigo y compatriota de Pedro, el nuevo patriarca de Alejandría; y había sufrido el destierro en el Oasis, en la persecución que siguió a la muerte de Atanasio. Su reputación era considerable entre los eruditos de la época, como lo demuestran las cartas que le dirigió Basilio. Gregorio se encontró con él en Constantinopla; y complacido por la aparente severidad y hombría de su conducta, lo recibió en su casa, lo bautizó y finalmente lo admitió en órdenes inferiores. La respuesta hecha por Máximo a su bienhechor fue para llevar a cabo una intriga con uno de sus principales presbíteros; para ganarse a Pedro de Alejandría, que ya había reconocido a Gregorio; obtener de él la presencia de tres de sus obispos; y, entrando en la iglesia metropolitana durante la noche, para instalarse, con su ayuda, en el trono episcopal. Se produjo un tumulto y se vio obligado a abandonar la ciudad; pero, lejos de dejarse intimidar por el fracaso inmediato de su complot, expuso su caso ante un Concilio de Occidente, consiéndolo su alegato, por una parte, en la alegación de que Gregorio, como obispo de otra Iglesia, tenía la sede contraria a los cánones, y por otra parte, en el reconocimiento que había obtenido del patriarca de Alejandría. El Consejo, engañado por sus representaciones, aprobó su consagración; pero Teodosio, a quien luego se dirigió, vio a través de sus artificios y lo desterró.

Nuevas mortificaciones esperaban al elocuente predicador, a quien la Iglesia de Constantinopla debía su resurrección. Mientras los arrianos censuraban sus hábitos retraídos y su abstinencia de los placeres inocentes de la vida, su propio rebaño comenzó a quejarse de que descuidaba el uso de su influencia en la corte para su beneficio. Abrumado por las inquietudes a las que nacían estos acontecimientos, Gregorio resolvió

decir adiós a un puesto que requería una mente menos sensible o más vigorosa que la suya. En un discurso de despedida, relató sus trabajos y sufrimientos durante el tiempo que había estado entre ellos, conmemoró sus éxitos y los exhortó a perseverar en la verdad que habían aprendido de él. Su congregación se vio afectada por este discurso; y, teniendo lugar una reacción de sentimiento, le rogaron apasionadamente que abandonara una resolución que implicaría la ruina de la ortodoxia en Constantinopla, y declararon que no abandonarían la iglesia hasta que accediera a sus importunidades. A sus súplicas, consintió en suspender la ejecución de su propósito por un tiempo; es decir, hasta que los preladados orientales que se esperaban en el Concilio General, que ya había sido convocado, nombraran un obispo en su habitación.

Las circunstancias que rodearon la llegada de Teodosio a Constantinopla, relacionadas como estaban con el establecimiento de la verdadera religión, estaban calculadas para infligir una herida adicional a sus sentimientos y aumentar su indisposición a continuar en su puesto, aunque le resultaba querido por sus primeras asociaciones. Los habitantes de una metrópoli opulenta y lujosa, familiarizados con el arrianismo por sus cuarenta años de ascendencia entre ellos, y disgustados por la aparente severidad de la escuela ortodoxa, se prepararon para resistir la instalación de Gregorio en la catedral de Santa Sofía. Se designó una fuerte fuerza militar para escoltarlo hasta allí; y el Emperador dio su aprobación a los procedimientos con su propia presencia. Permitiéndose poner en posesión de la iglesia, Gregorio se mantuvo firme en su propósito de no sentarse en el trono arzobispal; y cuando la muchedumbre frívola lo requería clamorosamente, no estaba a la altura de la tarea de dirigirse a ellos, y delegó a uno de sus presbíteros para que hablara en su lugar.

Ni los modales de la Corte eran más agradables a su mente bien regulada que el espíritu anárquico del pueblo. Ofendido por los desórdenes que allí presenciaba, rehuía las insinuaciones condescendientes del Emperador; y con dificultad se retiró de los deberes de su posición, de la soledad de sus propios pensamientos y de la actividad de los ministerios piadosos, la oración y el ayuno, el castigo de los ofensores y la visita de los enfermos. Descuidado del esplendor personal, permitió que las rentas de su sede se gastaran en sostener su dignidad, por eclesiásticos inferiores, que gozaban de su confianza; y, al mismo tiempo que defendía el principio sobre el cual el arrianismo había sido desposeído de su poder, se esforzó con fervor por proteger a los herejes de toda ejecución inmoderada del decreto imperial.

Tampoco el elevado refinamiento de Gregorio se adaptaba mejor para influir en las mentes de la jerarquía corrupta que el arrianismo había engendrado, que para gobernar la Corte y el pueblo. "Si tengo que decir la verdad", dice en una de sus cartas, "me siento dispuesto a rehuir toda conferencia de obispos; porque nunca vi que el Sínodo se llevara a un buen término, ni que remediara, sino que aumentara, los males existentes. Porque siempre hay rivalidad y ambición, y éstas tienen el dominio de la razón; no me creáis extravagante por decirlo, y es más probable que un mediador sea atacado él mismo que tenga éxito en su pacificación. En consecuencia, me he replegado sobre mí mismo y considero que la quietud es la única seguridad de la vida".

3.El Concilio Ecuménico

Tal era el estado de cosas bajo el cual se convocó el segundo Concilio Ecuménico, tal como se ha considerado desde entonces. Se reunió en mayo del año 381 d.C.; con el fin de poner fin, en la medida de lo posible, a esos mismos desórdenes, que desgraciadamente encontraban su principal ejercicio en las asambleas que habían de eliminarlos. La Iglesia de Occidente disfrutaba en este tiempo de una paz casi perfecta, y no envió diputados a Constantinopla. Pero en las provincias orientales, además de las distracciones causadas por las diversas ramificaciones heréticas del arrianismo, sus efectos indirectos existían en las disensiones de los mismos católicos; en el cisma de Antioquía; en las pretensiones de Máximo a la sede de Constantinopla; y en los recientes disturbios de Alejandría, donde la pérdida de Atanasio ya era dolorosamente visible. A esto se añadía la posición ambigua de los macedonios; que se resistían a la doctrina ortodoxa, pero que sólo por implicación eran herejes, o al menos algunos de ellos mucho menos que otros. Treinta y seis de sus obispos asistieron al Concilio, principalmente de la vecindad del Helesponto; de los ortodoxos había 150, siendo Melecio, de Antioquía, el presidente. Otros prelados eminentes presentes fueron Gregorio Nyssen, hermano de San Basilio, que había muerto algunos años antes; Anfiloquio de Iconio, Diodoro de Tarso, Cirilo de Jerusalén y Gelasio de Cesarea, en Palestina.

Apenas había cumplido el Concilio su primer acto, el establecimiento de Gregorio en la sede de Constantinopla, con exclusión de Máximo, cuando murió Melecio, el presidente; un acontecimiento desdichado, ya que no sólo quita un cheque a sus miembros más turbulentos, sino que suministra en sí mismo los materiales de la discordia inmediata. Se había llegado a un acuerdo entre las dos comuniones ortodoxas de Antioquía, por el cual se disponía que el superviviente de los obispos rivales sería reconocido por la parte contraria, y así se pondría fin al cisma. Esto estaba de acuerdo con el principio actuado por el Concilio de Alejandría, sobre la separación de los Melecianos de los arrianos. En ese momento se pidió al partido de Eustaquio que cediera, reconociendo a Melecio; y ahora, a la muerte de Melecio, se convirtió a su vez en el deber de los Melecianos someterse a Paulino, a quien Lucifer había consagrado como obispo de los Eustaquios. El cisma, sin embargo, no admite estos sencillos remedios. La voluntad propia de un obispo latino había derrotado el plan de conciliación en el primer caso; y ahora el orgullo y los celos de los orientales se rebelaban contra la comunión con un prelado de creación latina. El intento de Gregorio, que había sucedido en la presidencia del Consejo, de calmar sus sentimientos de ira y persuadirlos de que trataran con justicia a los eustaquios, así como de restaurar la paz en la Iglesia, sólo dirigió su violencia contra él. Fue bajo la lluvia donde su propia conexión con el partido meletiano evidenció la moderación y la franqueza de sus consejos; en vano que la época de Paulino daba la seguridad de que el triunfo nominal de los latinos no podía durar mucho tiempo. Flaviano, que, junto con otros, había jurado solemnemente que no aceptaría el obispado en caso de muerte de Melecio, se permitió ser elevado a la sede vacante; y Gregorio, expulsado del Concilio, se refugió de sus clamores en una parte remota de Constantinopla.

Por esta época, la llegada de los obispos egipcios aumentó la disensión. Por alguna omisión inexplicable no habían sido convocados al Consejo; y llegaron, inflamados de resentimiento contra los orientales. En todo momento se habían puesto del lado de Paulino, y ahora su fervor en su favor se acrecentaba por los celos que sentían por sus oponentes. Se les dio otra causa de ofensa, en el reconocimiento de Gregorio antes de su llegada; ni el hecho de que se pusiera de su parte en favor de Paulino sirvió para evitarle las consecuencias de su indignación, pues Máximo era su compatriota, y la deposición de

Gregorio era necesaria para apaciguar su insultado patriotismo. En consecuencia, se revivió la acusación anterior de la ilegalidad de su promoción. Un canon del Concilio de Nicea prohibía el traslado de obispos, sacerdotes o diáconos de una Iglesia a otra; y, aunque se pretendía calumniosamente que Gregorio había tenido sucesivamente tres obispados, Sasime, Nacienceno y Constantinopla, no se podía negar que, al menos, había pasado de Nacienceno, el lugar de su ordenación original, a la ciudad imperial. Urgido por este nuevo ataque, Gregorio resolvió una vez más retirarse de una eminencia que desde el principio se había mostrado reacio a ocupar, excepto por el bien de los recuerdos con los que estaba relacionada. El Emperador aceptó con dificultad su renuncia; pero al fin le permitió partir de Constantinopla, siendo Nectario colocado en el trono patriarcal en su lugar.

Mientras tanto, se había celebrado en Aquilea un concilio de los obispos del norte de Italia, con el fin de investigar la fe de dos obispos de Dacia, acusados de arrianismo. Durante su sesión, se trajeron noticias de la determinación de los Padres constantinopolitanos de nombrar un sucesor de Melecio; y, sorprendidos tanto por la inesperada continuación del cisma, como por el desaire que se les había hecho, pidieron a Teodosio que permitiera convocar un concilio general en Alejandría, al que pudieran asistir los delegados de la Iglesia latina. Por otra parte, durante un tiempo se sintió cierta insatisfacción por el nombramiento de Nectario, en lugar de Máximo, a quien habían reconocido originalmente. Poco después cambiaron su petición y expresaron el deseo de que se celebrara un Concilio en Roma.

Estas cartas de Occidente fueron presentadas al Concilio de Constantinopla, en su segunda o (como algunos dicen) tercera sesión, en 382 o 383 d.C., presidida por Nectario. Se volvió una respuesta a los latinos, negándose a regresar a Roma, sobre la base de las molestias que surgían de la ausencia de los obispos orientales en sus diócesis; se les envió el Credo y otras declaraciones doctrinales del Concilio, y se mantuvo que la promoción de Nectario y Flaviano estaba de acuerdo con los Cánones de Nicea, que determinaban que los obispos de una provincia tenían el derecho de consagrar a aquellos de sus hermanos, que fueran elegidos por el pueblo y el clero, sin la interposición de Iglesias extranjeras; se añadió una exhortación a seguir la paz, y a preferir la edificación de todo el cuerpo de los cristianos, a los apegos personales y a los intereses de los individuos.

Así terminó el segundo Concilio General. En cuanto a la adición que hace al Credo de Nicea, está concebida con el espíritu templado que podría esperarse de aquellos hombres que tomaron la parte más activa en sus discusiones doctrinales. La parte ambiciosa y tumultuosa de la asamblea parece haberse cansado de la controversia y haber dejado su solución a los más experimentados y serios de su cuerpo. Se dice que el Credo de Constantinopla es la composición de Gregorio Niceno.

A partir de la fecha de este Concilio, el arrianismo se convirtió en una secta exterior a la Iglesia Católica; y, refugiándose entre los invasores bárbaros del Imperio, se funde entre aquellos enemigos externos del cristianismo, cuya historia no puede ser considerada como estrictamente eclesiástica. Tal es el curso general del error religioso; que se levanta dentro de los recintos sagrados, pero en vano se esfuerza por echar raíces en un suelo que no le es propicio. La dominación de la herejía, por prolongada que sea, no es más que una etapa de su existencia; siempre se apresura a llegar a su fin, y ese fin es el triunfo de la

Verdad. "Yo mismo he visto a los impíos con gran poder", dice el salmista, "y floreciendo como un laurel verde; Pasé por allí, y he aquí que él se había ido; Lo busqué, pero no pude encontrar su lugar por ninguna parte". Y así, de los peligros presentes, con los que nuestra rama de la Iglesia está asediada, en cuanto tienen una marcada semejanza con los del siglo IV, así son las lecciones que obtenemos de ese tiempo antiguo, especialmente alentadoras y edificantes para los cristianos de hoy. Entonces como ahora, existía la perspectiva, y en parte la presencia en la Iglesia, de un Poder Herético que la cautivaba, que ejercía una influencia variada y un derecho usurpado en el nombramiento de sus funcionarios, e interfería en la gestión de sus asuntos internos. Ahora como entonces, "todo el que caiga sobre esta piedra será quebrantado, pero sobre el que caiga, lo molerá hasta convertirlo en polvo". Mientras tanto, podemos consolarnos reflexionando que, aunque la tiranía actual tiene más de insulto, hasta ahora ha tenido menos de escándalo que el que acompañó al ascendiente del arrianismo; podemos regocijarnos en la piedad, la prudencia y las variadas gracias de nuestros Gobernantes Espirituales; y que descansen en la confianza de que, si la mano de Satanás nos oprime duramente, nuestro Atanasio y Basilio nos serán entregados a su tiempo predestinado, para romper los lazos del Opressor, y dejar libres a los cautivos.



EL VENCEDOR EDICIONES